

Selecta



HIELO EN
LAS VENAS

Marcia Cottlan



Hielo en las venas
Los hijos del Monstruo 3

Marcia Cotlan

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A mis hijos, que siempre serán lo mejor de mí.

*«Los monstruos son reales y los fantasmas también:
viven dentro de nosotros y, a veces, ganan».*

STEPHEN KING

Los detectives Travis Duncan y Kurt Donahue llegaron al vertedero de Pompano Beach, en el condado de Broward (Florida), pasadas las once de la mañana. Hacía un calor infernal y eso acentuaba el insoportable olor de la basura en descomposición. Aparcaron el viejo Ford de la policía detrás de los coches patrulla que se les habían adelantado. El sargento Blake, que fue quien les avisó por teléfono, estaba esperándolos justo en la entrada, con signos visibles de nerviosismo. Se pasó varias veces las manos por el pelo canoso en el tiempo que transcurrió entre que los detectives aparcaron, salieron del vehículo y llegaron caminando hasta él.

—Ya está el gobernador dándole por el culo al comisario con este caso y eso que acabamos de comenzar —dijo, a bocajarro, antes siquiera de saludar.

Recientemente, el gobernador había considerado que la mejor manera de ahorrar en gastos era recortar ciertos servicios, como el alumbrado público, que se encendía más tarde en las zonas del extrarradio, o las plazas de policías y bomberos, que no se cubrían cuando alguno de ellos se jubilaba.

—Tendrá miedo de que, si tardamos en resolver el caso, los medios lo culpen a él y a sus recortes —dijo Travis Duncan.

—¿El cuerpo? —preguntó Kurt, cambiando bruscamente de tema.

—Por aquí —indicó el sargento Blake.

Caminaron sobre la gravilla que rodeaba el edificio de oficinas y que se encontraba cerca de la entrada del vertedero. Siguieron por una senda que

conducía al lugar en el que había sido hallado el cuerpo. El olor, justo allí, era tan nauseabundo que los miembros del equipo de la científica, que ya se encontraban en el lugar desde hacía más de media hora, se habían aplicado bajo las aletas de la nariz un poco de Vicks Vaporub para neutralizar el hedor. El jefe del equipo, Jack Riley, les ofreció el bote de ungüento y los detectives también se lo aplicaron. Les producía picor en los ojos debido a la alta concentración de eucalipto, pero cualquier cosa era mejor que la peste nauseabunda del vertedero.

—Cuéntanos qué tienes, Riley —pidió Donahue.

—Mujer joven, blanca, probablemente asfixiada. Laceraciones en los brazos. Cuando se lleve a cabo el levantamiento sabré más. Calculo que lleva muerta unas veinticuatro horas. Solo eso puedo decirte por ahora.

Se apartó de donde estaba y los detectives pudieron ver el cuerpo —al menos, parte de él— sobresaliendo de una enorme bolsa de basura de color gris oscuro. El pelo rubio y largo le tapaba buena parte del rostro y solo uno de sus brazos era visible, el otro permanecía dentro de la bolsa. El fino tirante blanco del vestido estaba roto y, aunque el cuerpo había caído del camión boca abajo, la cabeza estaba ladeada.

—Solo me quedan un par de guantes —comunicó Riley, mientras se los alargaba a Travis, que era quien estaba más cerca. Este se los puso antes de agacharse al lado del cuerpo para observarlo de cerca. Kurt Donahue metió las manos en los bolsillos del pantalón para evitar tocar nada, como hacía cada vez que no llevaba guantes puestos. No quería contaminar la escena.

—Marcas de una ligadura alrededor del cuello —comenzó enumerando Travis—, marca del sol en la muñeca izquierda, o sea que aquí solía llevar el reloj. —Separó con delicadeza un mechón de pelo que caía sobre el rostro de la víctima y se lo colocó detrás de la oreja—. Lleva unos pendientes que aparentan ser muy caros. No entiendo de joyas, pero no parecen precisamente baratijas, ¿no? Y los pedruscos de la pulsera de la mano derecha o son una imitación extraordinaria o parecen diamantes. Catorce diamantes —dijo, tras

contarlos.

—La ropa también es cara, de marca. El vestido es de Donna Karan, según dice la etiqueta —comentó Riley.

—No tengo ni idea de quién es esa tal Donna Karan —confesó Kurt.

—Bueno, yo tengo una hija que estudia Moda. Qué menos que interesarme por la pasión de mi hija —explicó Riley. Todos sonrieron.

—Habrà que acabar de procesar el escenario. Mientras eso ocurre, hablaremos con el tipo que la encontró.

Se llamaba Adam Advertine y trabajaba en el vertedero desde hacía más de diez años. Pocos minutos antes les habían avisado, desde la comisaría, de que en su juventud había tenido varios arrestos por robar coches. Justo en ese momento, Adam se encontraba sentado en una de las sillas de la sala de juntas, con los brazos sobre la mesa y los dedos jugueteando con el dobladillo de la manga de su mono verde de trabajo. Estaba pálido y parecía nervioso. Lo acompañaban dos agentes de policía y otro operario sentado un poco más lejos.

—Buenos días, señor Advertine. Somos los detectives Duncan y Donahue. Necesitamos hablar con usted sobre lo que acaba de encontrar —le informó Travis.

Los detectives se sentaron frente al operario y este simplemente asintió.

—¿Cómo descubrió el cadáver? —seguía preguntando Travis. Kurt, entre tanto, tomaba notas de lo que se iba diciendo.

—Anoche la mujer de Peters lo llamó para decirle que había roto aguas.

—¿Y Peters es...?

—El conductor del camión que trajo hasta aquí el... El cadáver. Lo dejó sin descargar porque su mujer se puso de parto. Como esta mañana aún no había dado a luz, decidí volcar la carga y dejarlo preparado para el conductor de esta noche. Cuando acabé de hacerlo y retiré el camión, me fijé en la mano que sobresalía de una bolsa. Se veía claramente que era una mano, aunque al principio pensé que sería un maniquí, pero no sé por qué acabé acercándome.

Un mal presentimiento, imagino. Entonces vi de qué se trataba. Justo en ese momento apareció Carver. —Señaló al otro hombre del mono verde que estaba sentado un poco más lejos—. Yo estaba paralizado, así que fue él quien llamó a la policía de inmediato.

—Me acerqué para decirle que si lo ayudaba —intervino entonces Carver— y vi el cadáver.

—Puede irse, señor Carver —dijo Travis—, aunque quizás le necesitemos más adelante para ratificar sus palabras en comisaría.

El hombre asintió y salió después de la sala. Travis se fijó de nuevo en Adam Advertine.

—¿Entonces la bolsa se rompió al volcarla del camión? ¿No la habrá abierto usted, verdad? —En la mano de la víctima había una marca del reloj dejada por el sol y este no estaba. Tal vez no lo llevase puesto, tal vez se lo quedase el asesino como trofeo... O tal vez aquel tipo se lo había apropiado. Teniendo en cuenta los pendientes, la pulsera y la ropa que llevaba la joven, el reloj no sería precisamente barato.

—¿Yo? —Le tembló el labio inferior un poco—. ¿Por qué iba a hacer semejante cosa? ¡A mí no me van a echar la culpa de esta muerte! Seguro que han comprobado mis antecedentes y han pensado que sería un buen idiota al que colgarle esto, ¿no? Pero se equivocan si creen que...

—No queremos culparlo de nada, señor Advertine, solo darle la oportunidad de explicarse bien. Si nos dice que no tocó ni la bolsa ni el cadáver y después sus huellas aparecen, tendrá muchos problemas.

Dudó durante unos instantes, después confesó.

—Puede que tocara la bolsa y el brazo de la mujer, no lo recuerdo. Comprendan que estoy en *shock*. En todo caso, si lo toqué fue para comprobar que no era un maniquí. Ya les digo que no recuerdo nada de lo que hice. Estaba muy nervioso.

—¿Se dio cuenta de si había un reloj en el brazo que sobresalía de la bolsa? Seguramente sería un reloj muy caro.

Nuevamente silencio. Adam palideció.

—¿Qué...? ¿Qué quiere decir? —balbuceó.

—Lo que quiero decir, señor Advertine, es que, si se ha quedado con algún objeto de la víctima, lo acusaré no solo de robo, sino de obstrucción a la justicia por quedarse con algo que podría contener pruebas que nos ayudarían a resolver el caso. Eso es lo que quiero decir. Y bien, ¿llevaba o no llevaba reloj? —insistió Travis.

Los instantes que tardó aquel hombre en procesar la información y en responder le indicaron al detective que estaba en lo cierto, así que le apretó un poco más las clavijas.

—Quedarse con un objeto de la víctima a modo de trofeo es algo muy habitual en asesinos en serie que...

—¡Basta! Yo no le he hecho nada a esa mujer.

—De acuerdo. Pediré una orden para mirar en su taquilla y entre sus pertenencias y no me moveré de aquí ni le dejaré moverse hasta que esa orden llegue. Si cree que podrá deshacerse del reloj antes de que yo lo encuentre, es que no me conoce.

—No, no hará falta la orden... Yo... Solo quería pagar el alquiler. Debo dos meses. Para qué iba a necesitar ella el reloj, si está muerta, ¿eh?

—No me interesan sus excusas. ¿Dónde lo escondió?

Masculló algo entre dientes y se levantó de la silla.

—Síganme —dijo secamente.

Caminaron tras él por un pasillo largo y oscuro hasta llegar a la zona de las taquillas. Adam abrió la suya y vieron que en el interior solo guardaba su ropa de calle y sus zapatos. Dentro de uno de ellos estaba el reloj de Cartier, de oro blanco y un diamante en el centro de la esfera. Fue Travis quien lo recogió porque solo él lleva guantes.

—Yo quería... —comenzó a decir Adam.

—Cállese los motivos, Advertine, y díganos qué recorrido solía hacer el camión que trajo hasta aquí el cadáver —esta vez fue Kurt quien habló.

—El área entre la Séptima Avenida y North River Drive —respondió de inmediato—. ¿Me acusarán de robo?

—Encuentra a una mujer muerta metida dentro de una bolsa de basura y lo primero que se le ocurre hacer es robarle el reloj. ¿A usted qué le parece? —preguntó Travis. No esperó una respuesta. Les hizo un gesto a los agentes para que se ocuparan de Adam y se dio la vuelta, seguido de Kurt. Se dirigieron hacia donde había aparecido el cuerpo de la joven para hablar con Riley. Le entregaron el reloj y él lo metió en una bolsa de pruebas.

—Así que vamos a encontrar las huellas de ese tipo por la bolsa y el cadáver. ¡Será gilipollas! —exclamó Riley—. Por cierto, la bolsa de basura en la que apareció no estaba atada, como era de esperar, sino completamente abierta. Parece que al asesino le urgía que la encontráramos. Por cierto, la pobre tiene cortes largos y profundos en la espalda. Se los vi en cuanto movimos el cuerpo.

Kurt y Travis resoplaron.

—Puto sádico —dijo Kurt.

—Hay maneras más fáciles de deshacerse de un cadáver que en un contenedor de basura en medio de una calle transitada donde cualquiera puede verte. Si la dejó aquí, es porque cree que aquí es donde merece estar, entre la basura —explicó Travis.

—Sí —aseguró Riley—, además siempre hay algo muy personal en un estrangulamiento. Es íntimo, lento, requiere de mucha fuerza, de mucha voluntad. Matar no es fácil, menos aún estrangulando. Puede que el asesino la conociera. Puede que la odiara. Puede que al matarla a ella imaginara estar matando a otra persona, a una novia que lo abandonó, a alguien que le hizo algún daño.

Los tres se dieron la vuelta para ver cómo sacaban el cuerpo de la bolsa de basura y lo depositaban sobre una camilla. Alguien guardó la bolsa para procesarla a fondo en el laboratorio.

Travis y Kurt no pudieron apartar la mirada de aquel cuerpo inerte que

yacía, desmadejado y sucio, sobre la camilla. Estaba descalza, pero los zapatos aparecieron dentro de la bolsa, al igual que su pequeño bolso blanco, aunque dentro no había documentación que ayudara a identificarla. Llevaba hecha la manicura y la pedicura, las uñas estaban pintadas de color rojo intenso, aunque alguna se había roto. El vestido, que aún se veía bonito y confeccionado con tela de buena calidad, era floreado. El pelo, rubio y largo, había sido colocado por los sanitarios con cuidado para que no le tapase la cara. Su boca estaba entreabierta y, justo cuando su cabeza tocó la camilla, se entreabrió un poco más. Kurt creyó notar algo pequeño y blanco que asomaba entre sus dientes.

—¡Esperad! ¿Qué tiene en la boca? —preguntó.

Riley se acercó al cuerpo y se inclinó para observarla de cerca. Sacó unas pinzas de su bolsa para poder extraerlo. Era un pequeño trozo de papel plastificado.

—Hay algo escrito —murmuró, mientras lo leía. Después miró a los detectives—. No os vais a creer esto.

Riley le dio la vuelta y Kurt y Travis pudieron por fin leerlo.

—¡No me jodas! —exclamó Kurt.

Travis tardó un poco más en asimilar lo que había leído:

«Mis respetos, señor Skald. Espero que este trabajo sea de su agrado. Atentamente, un admirador secreto».

Horas más tarde, en su despacho de la comisaría de policía, aún sin conocer los resultados de la autopsia, Travis Duncan y Kurt Donahue se sintieron al fin tranquilos para tratar el tema con frialdad. Afuera había un jaleo de mil demonios. Varios participantes en una manifestación habían sido arrestados por desorden público y estaban gritando como locos porque no los dejaban marcharse.

—¿Piensas lo mismo que yo sobre el asesinato del vertedero? —preguntó Kurt, con el ceño fruncido y el cuerpo echado hacia atrás en la silla giratoria.

—¿Un imitador de Skald? —Travis lo miró fijamente.

—Sí, es un imitador de Skald, un admirador que trata de rendirle tributo, ahora que sabe que en quince días irá a la silla eléctrica —explicó Kurt—. Eso significa que no parará aquí, seguramente. Ya estará preparando otro «regalo» para tu padre.

—¡No digas que es mi padre, joder! —Travis levantó la voz.

—Lo siento, tío —Kurt a veces olvidaba que no podía hablar así con su amigo. Olivia, su mujer, se refería a Skald como su padre sin ningún tipo de problema, pero Travis se rebelaría contra este hecho hasta su último aliento.

—Centrémonos en lo importante: quién es la chica, dónde y cuándo desapareció, qué le hizo el asesino y cómo detenerlo antes de que actúe de nuevo.

—Bien, entonces veamos qué tenemos por ahora. Mujer blanca, en apariencia joven. Cortes profundos en la espalda y los brazos, posible estrangulamiento como causa de la muerte. Si es cierto que imita a Skald, la mujer no habrá sido violada y no tendrá un pasado muy limpio.

—Apareció en una enorme bolsa de basura industrial —continuó Travis—. Habrá que averiguar marca y modelo para investigarlo, aunque no creo que aporte muchos datos. Yo mismo utilizo esas bolsas cuando hago limpieza en el garaje y quiero tirar muchas cosas. El cadáver estaba vestido y aparecieron sus zapatos y su bolso, pero no llevaba ninguna identificación encima.

—Y no olvidemos la nota mecanografiada en la boca.

—Sí. Me llama la atención que esté mecanografiada y no impresa.

—La letra tenía pinta de pertenecer a una máquina antigua, ¿no? —preguntó Kurt.

—Sí. Yo tenía una Olivetti que escribía muy parecido, creo recordar. Era de principios de los noventa.

—Bien, ahora solo hay que esperar dos cosas: los resultados de la autopsia

y que la prensa no se entere de que el asesino le dejó una nota a Skald metida en la boca de la víctima. Lo que faltaba para engordar el ego de ese monstruo es que antes de que lo fríen en la silla eléctrica sea testigo de cómo un admirador suyo continúa su obra.

En ese momento la puerta se abrió y el detective Cooper entró con una media sonrisa.

—¿Cómo puede ser que siempre estéis tan cerca del lugar en el que ocurre un crimen goloso y lleguéis antes que los demás? ¿O es que Blake os avisa primero que al resto para daros los casos más succulentos? —les preguntó con sorna.

—¿Estás poniendo en duda la profesionalidad y la honradez de Blake? —Kurt alzó las cejas. Era de sobra sabido en toda la comisaría que el viejo Blake era un policía intachable.

—Tienes razón, Blake no haría eso. Entonces... Déjame que lo piense, porque aquí hay truco... Ummm. ¿Cómo puede ser que estés siempre metido en todas las investigaciones que tienen que ver de uno u otro modo con Skald, eh, Travis? ¿Acaso tu papaíto te pasa información para que asciendas como la espuma en el departamento?

Travis se levantó de la silla dando un salto, más por la palabra «papaíto» que por la acusación que acababa de escuchar, pues era del todo falsa y muy fácil de demostrar.

—Nosotros no tenemos la culpa de que estés más preocupado haciendo la ronda por los bares en los que hay camareras guapas que por las calles de esta ciudad, Cooper. Llegamos antes que tú porque nosotros sí hacemos nuestro trabajo —le espetó Travis.

—Ya veremos si hacéis bien vuestro trabajo o la cagáis, Duncan. Ya lo veremos. Este caso no deberíais llevarlo vosotros, sino Hopper y yo. Tú eres el hijo de Skald y Donahue es su yerno, joder, y está claro que ese monstruo tiene algo que ver con el asesinato. Ojalá el comisario abra los ojos y se dé cuenta de que no sois su equipo estrella, sino dos tíos con suerte que usan su

parentesco con un asesino en serie para pisarnos los casos a los demás.

Después de decir esto, se fue dando un portazo.

La relación entre el crimen del vertedero y Hans Skald era lo suficientemente preocupante como para tomársela en serio y, por lo tanto, la familia debía reunirse. Travis y Kurt creyeron que lo mejor sería explicar de manera conjunta la historia a sus esposas. También habían avisado a Freya, la pequeña del clan, pero ninguno estaba demasiado seguro de que acudiera. Los tres hijos de Skald se habían reunido al fin, pero solo Travis y Olivia parecían dispuestos a ponerse al día, a tratar de construir una relación fraternal. El caso de Freya era distinto: seguía tratando a Kurt como si él fuese su verdadero hermano, mientras que rechazaba a los que sí lo eran de sangre. No los rechazaba de manera ostensible —era demasiado educada y comedida como para ser grosera—, pero sí había levantado un muro infranqueable que les impedía acercarse a ella.

Travis Duncan y su esposa Alana vivían con su hija en la isla oeste de Bay Harbour, muy cerca de donde también vivían Kurt Donahue y su esposa Olivia. La casa de los Duncan era una hermosa construcción de ladrillo blanco y estilo *midcentury* de finales de los años cincuenta. En ese momento, las dos parejas estaban sentadas en la gran mesa del comedor, con cara de preocupación. ¿Acaso nunca dejaría de perseguirlos la sombra de Hans Skald?

Cuando sonaron los golpes en la puerta, todos enderezaron la espalda en sus asientos, sorprendidos.

—Creí que Freya no vendría —dijo Olivia.

Travis fue a abrir y, desde el comedor, el resto del grupo pudo oír la conversación.

—No llamé al timbre para no despertar a la niña —explicó Freya.

—Te lo agradezco. Nos costó bastante dormirla hoy. Es como si notara que estamos nerviosos y ella se contagiara —respondió Travis.

Caminaron hacia el comedor y Freya tomó asiento al lado de Kurt. Siempre lo hacía así, como si saberlo cerca la hiciera sentir segura. Iba vestida con ropa informal, con unos vaqueros tobilleros, una camiseta blanca y unas deportivas del mismo color. Llevaba el pelo recogido y ni una pizca de maquillaje, así que parecía bastante más joven de lo que realmente era.

—Bueno, no vamos a alargar esta espera más... Ya sabéis que tenemos que comunicaros algo sobre Skald —comenzó Kurt, en cuanto Travis se sentó en la cabecera de la mesa.

Freya se revolvió incómoda en su silla.

—¿Se adelanta o se retrasa la ejecución? —preguntó muy seria.

—No es nada de eso. —Travis tomó aire antes de continuar—. Apareció el cadáver de una mujer en el vertedero de Pompano Beach. El asesino le había introducido en la boca una nota para Skald.

Hubo un profundo silencio durante varios segundos.

—¿Una nota? —Olivia lo preguntó con un hilo de voz.

—Sí. En la nota, le enviaba sus respetos a Skald y decía que esperaba que lo que había hecho con aquella mujer fuese de su agrado —explicó Travis.

—Barajamos varias posibilidades: que sea un imitador, que sea un cómplice o que simplemente sea un fan que busca la aprobación de su ídolo —enumeró Kurt.

—¿Es que nunca podremos vivir tranquilos? ¿Y si la prensa averigua lo de la nota? —Olivia parecía agotada. Había transcurrido poco tiempo desde la última vez que los tabloides se hicieran eco de las historias de Skald, de su huida de la cárcel, del ataque a Alana y del descubrimiento de las libretas donde detallaba sus torturas y asesinatos. Lo más doloroso había sido ver su cara y la de Travis al lado de la de Freya en noticieros, periódicos y revistas, como una especie de presentación oficial ante todo el país de la familia del Monstruo.

—¿Creéis que Skald es cómplice de este asesino? —le preguntó Alana a su marido y a Kurt, mientras se acariciaba la abultada barriga de siete meses. Justo ahora, que debía centrarse en el próximo nacimiento del bebé, Skald volvía a aparecer en sus vidas.

—No lo es —afirmó categóricamente Olivia—. Me prometió que no volvería a matar y no me traicionaría. Sé que os cuesta creerlo, pero es un hombre de palabra.

—A mí no me cuesta creerte. Sé que es un hombre de palabra —Freya hablaba por primera vez del tema ante sus hermanos. Jamás había dicho nada sobre su padre ante ellos. Incluso cuando eran Travis u Olivia quienes hacían algún comentario, ella carraspeaba, incómoda, y se iba a otra habitación.

—Tú lo conoces mejor que todos nosotros: has vivido con él, te ha criado. Me alegro de que estés de acuerdo conmigo en esto. —Olivia le sonrió con tristeza.

—Tú también lo conoces. Si te ha prometido no volver a matar, no romperá su promesa. Nunca te traicionaría.

Se hizo un silencio incómodo en la mesa. Fue Alana quien lo rompió.

—Creo que deberíamos prepararnos para lo que se avecina. La prensa volverá a cebarse con nosotros, volverá a meterse en nuestras vidas. Les damos demasiado morbo a los lectores como para no exponernos públicamente en periódicos y programas de televisión. ¡Maldita sea!

—No queda más remedio que ser fuertes y herméticos. No debemos responder a sus preguntas, no debemos alterarnos por más que nos persigan. Que digan lo que quieran, que especulen, pero que no sepan nada por nuestra boca. Nuestra historia es solo nuestra. Si perdemos los nervios una sola vez, dirán que se nota que la sangre de Skald corre por nuestras venas —sentenció Freya.

—Es fácil decirlo. Lo difícil es aguantar día tras día preguntas incómodas, suspicacias de todo tipo. No, no es fácil callarse y mantener la calma. — Travis trataba de controlar su mal humor por lo que sabía que se avecinaba.

—Sé muy bien que no es fácil. Estás hablando conmigo. Recuerda cómo fue mi vida. No era más que una niña y, aun así, supe mantener la calma y la boca cerrada —nada más decir esto, los músculos del rostro de Freya se contrajeron. Lo que acababa de decir no era del todo cierto. Una vez sí había hablado más de la cuenta, había confiado en alguien y este la había traicionado de la manera más vil. El simple hecho de pronunciar ese nombre le revolvía el estómago: Colter Bronstein, el maldito periodista obsesionado con el caso de Hans Skald.

—Callarse será lo mejor. Así la prensa pasará página primero. —Alana se encogió de hombros.

—De todos modos, espero que tengamos todavía un tiempo de relativa calma. Somos muy pocos los que sabemos de la existencia de la nota, así que difícilmente se filtrará a la prensa aún —Travis parecía estar muy seguro de lo que decía.

—En ese caso, si me perdonáis, me iré a casa. He hecho doble turno en el hospital y estoy muy cansada. —Freya abrió entonces el bolso y sacó un pequeño peluche en forma de estrella de mar—. Lo vi el otro día en un escaparate y me acordé de Melissa.

—¿Quieres verla? —le preguntó Travis—. Así podrás dejarle el peluche en la cuna tú misma.

—Claro, me encantaría.

Ambos se levantaron y cruzaron el comedor, el salón y el largo pasillo con enormes ventanas de cristal que regalaban la imagen nocturna de un jardín pequeño y muy bien cuidado. Travis abrió la puerta de la habitación de Melissa con mucho cuidado y entraron de puntillas. Freya se quedó unos instantes ante la cuna, mirando la rubia cabecita de su sobrina, que descansaba plácidamente. Con ella no había muro. Con sus hermanos sí, por algún motivo lo había alzado como mecanismo de defensa, pero aquella niña le había robado el corazón desde el primer momento en que la vio y le extendió sus manitas para que la abrazara. Fue una simpatía mutua e

instantánea: la niña la adoraba y ella adoraba a la niña.

—Es un ángel —susurró emocionada. Nunca había querido tan intensamente a nadie, a excepción de su padre.

—A veces también es un diablillo.

Ambos sonrieron. Unos minutos más tarde, salieron del dormitorio de Melissa y Freya se dirigió al comedor para despedirse de todos.

—Siento irme tan pronto, pero estoy muy cansada —se disculpó.

—No te preocupes por eso. —Alana se levantó para darle un beso—. Solo recuerda que estamos aquí para cuando nos necesites, ¿de acuerdo?

Freya tragó saliva y asintió.

En cuanto se sentó en su Jaguar, rompió a llorar y no dejó de hacerlo durante todo el recorrido, desde que cruzó el puente Causeway para alejarse de Bay Harbour y hasta que llegó a Little Havana, donde vivía.

Entró en su apartamento más calmada. Se dio una ducha larga y, aún enrollada en la toalla de baño, rebuscó en el fondo del penúltimo cajón de su armario hasta encontrar el viejo álbum de fotos familiares e hizo lo que tantas veces hacía: dormirse abrazada a él, sin atreverse a abrirlo y mirar las imágenes. Hacía muchos años que no las miraba.

Tuvo una pesadilla. Tuvo, en realidad, «la pesadilla»... La de siempre, la que le había amargado las noches tras el encarcelamiento de su padre. Es cierto que cada vez era menos frecuente, pero muy de vez en cuando aún regresaba.

Siempre comenzaba igual. Hacía un calor sofocante. Llegaba a casa más temprano del instituto porque un profesor, ni siquiera recordaba cuál, había cancelado alguna de las actividades extraescolares. Subía de dos en dos los escalones que ascendían desde los pies de la colina hasta la cima en la que había sido edificada la casa victoriana en la que vivía con su padre, en Fort Lauderdale. Abría la puerta con su propia llave, se descalzaba a la entrada y se dirigía al despacho, en la primera planta, creyendo que iba a encontrarlo allí. Antes de llegar, escuchaba un alarido que le helaba la sangre. «¿Papá?»,

preguntaba con voz insegura. No había respuesta. Bajaba las escaleras, siguiendo unos lamentos, ahora más apagados, y un extraño ruido metálico que la conducía hasta el sótano. Apenas bajaba allí, pero su padre sí pasaba las horas muertas construyendo sus maquetas de aeromodelismo, o eso creía ella. Lo primero que le llamaba la atención era que alguien había movido el armario de las herramientas de su lugar habitual, en la pared de enfrente, y que detrás había una puerta cerrada. El sonido, indiscutiblemente, provenía de detrás de aquella puerta. Nunca supo qué clase de locura la había llevado a abrirla, porque incluso antes de ver lo que estaba ocurriendo detrás, ya sabía que era algo muy malo. Lo que nunca imaginó fue hasta qué punto sería aterrador. En el momento en que abrió, vio a una mujer desnuda atada de pies y manos a un somier. Tenía heridas por todas partes y emitía un quejido apenas perceptible. Solo después se dio cuenta de que había un hombre de espaldas con algo metálico en la mano izquierda que no supo identificar. Incluso cuando se dio la vuelta y vio el rostro de su padre, tardó unos instantes en relacionar los hechos, en darse cuenta de que era él quien estaba torturando a aquella pobre mujer. Sintió que el tiempo se detenía, que un viento helado la envolvía y solo salió de ese estado cuando escuchó la voz de su padre como nunca antes la había escuchado: rota de dolor. «No, mi niña, no. No deberías haber visto esto», repetía una y otra vez, mientras ella corría escaleras arriba y salía descalza de casa, clavándose en la planta de los pies, sin sentirlos, todos los guijarros del camino empedrado. El rostro de la mujer le resultó familiar. No tardó en caer en la cuenta de que era la desaparecida cuya foto había visto en las noticias. Ya por aquella época, soñaba con ser psiquiatra y le obsesionaba la mente de los asesinos en serie, de modo que coleccionaba noticias de aquellos que habían salido en la prensa. Tenía decenas de recortes del Monstruo de Florida. Ató cabos muy pronto: el somier, las heridas en el cuerpo de la mujer, el interés que mostraba su padre cada vez que exponía sus teorías infantiles sobre cómo podría ser la personalidad del Monstruo... Entonces fue cuando se dio cuenta, aterrorizaba,

de que su padre era el Monstruo. No recordaba nada más de lo que después Kurt Donahue le contó: cómo había vagado desorientada por la carretera hasta que él la encontró. Lo siguiente que recordaba era haber encendido, a escondidas, el televisor de la habitación del hospital al que la habían llevado y ver la imagen de su padre entrando en un furgón policial aparcado delante de su casa... Y aquellas palabras que él dijo a las cámaras, mirándolas fijamente como si la estuviera mirando a ella: «Sé fuerte, que no puedan contigo». Siempre supo que iban dirigidas a ella, porque su padre ya entonces intuía todo lo que iba a tener que soportar en adelante por ser hija de quien era.

Se despertó sudando, temblando y cayó al suelo el álbum al que se había abrazado para dormir. Su primer pensamiento fue, como siempre, para aquella mujer que vio torturada a manos de su padre. Supo que a Kurt se le murió entre los brazos cuando entró al sótano y se topó con el Monstruo, sentado en una silla, al lado de la mujer moribunda, esperando tranquilamente la llegada de la policía. Si tan solo hubiera llegado unos minutos antes, podría haberla salvado. La culpabilidad volvía a llenarlo todo... ¿Y si ella hubiese corrido más deprisa buscando ayuda cuando salió de la casa? ¿Y si no hubiese actuado como una sonámbula? Tal vez entonces esa mujer hubiese logrado sobrevivir.

El doctor DeLaurentis, jefe de la unidad forense del departamento de policía del condado de Miami Dade, había acabado el informe preliminar de la autopsia hacía casi un par de horas. No habían pasado ni veinticuatro desde que el cadáver llegara a sus manos. Cuando confirmó que todo estaba en orden y bien repasado, avisó a los detectives Travis Duncan y Kurt Donahue, que tardaron escasos minutos en aparecer allí.

—¿Y bien? —preguntó Kurt, arrugando la nariz. El olor del depósito de cadáveres era vomitivo, por más que trataran de enmascarar el hedor a muerte y podredumbre con desodorantes de olores neutros. Esa mezcla de descomposición y desinfectante lo llevaba casi hasta la arcada y no lograba acostumbrarse.

El doctor los condujo del depósito de cadáveres a su despacho, un habitáculo oscuro con un ventanuco en la parte superior de la pared frontal y escaso mobiliario: escritorio, silla y armario metálico con doble cerradura para el papeleo legal. Les dio una copia del informe y después regresaron al depósito. Sus pasos retumbaban por el largo y vacío pasillo. Abrió la portezuela de la nevera, tras la cual se encontraba el cadáver de la joven. Su rostro continuaba hinchado y de color púrpura, pero le limpiaron el hilo de sangre que se había secado en torno a los labios. Ahora, parecía estar en paz.

—Fue estrangulada, pero eso ya lo sabíais. El borde del cable está claramente definido en el cuello, así que fue un estrangulamiento rápido. Si lo

hubiera hecho con lentitud, asfixiando lo justo para no llevarla a la muerte, repitiéndolo una y otra vez para alargar su agonía, habría quedado una marca difusa del cable o incluso varias marcas distintas. Como veis, es una sola marca muy bien definida, así que lo hizo con rapidez y aplicando toda la fuerza de la que era capaz. —Señaló las muñecas y tobillos del cadáver—. Estaba atada. Las marcas aquí muestran que ella se debatió, tratando de soltarse, de ahí las abrasiones. Los cortes de la espalda y los brazos me despistaron, pero estoy casi seguro al cien por cien de que se trata de latigazos dados con una enorme precisión. Se necesita mucho entrenamiento para hacer algo así.

En ese instante, la conversación fue interrumpida por una llamada telefónica que respondió Travis.

—Es del Departamento de Huellas —dijo, a modo de excusa, antes de responder. Escuchó en silencio, murmurando algún monosílabo de vez en cuando. Finalmente colgó—. Ya tenemos la identidad de la víctima. Se llama Lucy Woodson. Su madre denunció su desaparición hace varios días. Lo extraño es que también ha desaparecido su prometido, Milton Zacher.

—¿Desparecieron ambos a la vez? —preguntó Kurt.

—La madre de Lucy Woodson le dijo a la policía que, al no poder ponerse en contacto con su hija, trató de hacerlo con su prometido, sin éxito. Parece ser que ambos desaparecieron el mismo día. Demasiada casualidad para que no estén los casos conectados.

—Tal vez el prometido haya sido asesinado y su cadáver esté también en el vertedero. Imagino que, si la misma persona los mató a ambos, se habrá desecho de los dos en el mismo lugar, ¿no?

Travis se encogió de hombros, después miró al forense.

—Perdona por la interrupción, Ralph. ¿Qué más puedes contarnos?

—Tenía un poco de sangre en las comisuras de los labios, pero pertenecía a la víctima, no al asesino. Se mordió la lengua, supongo. Las abrasiones alrededor de la boca se deben a la cinta adhesiva que le pusieron. También

puedo decirlos que fue violada. Tiene contusiones y laceraciones en la zona vaginal y un corte en el ano. Me aventuro a decir que fue penetrada analmente con algún objeto del que sobresalía una arista que le provocó el corte. En su vagina encontré restos de lubricante. No hay restos de líquido seminal, así que creo que el asesino utilizó un preservativo y que los restos de lubricante son de dicho preservativo. La muerte fue rápida, pero todo indica que con la violación sí se ensañó.

Travis y Kurt se miraron el uno al otro.

—Este asesinato no tiene nada que ver con los que cometía Skald —explicó Kurt—. Él no violaba. Más allá de la nota que apareció en la boca de la víctima y que iba dirigida a Skald, no hay nada que relacione los asesinatos de ambos.

—No nos olvidemos del prometido, el tal Zacher —recordó Travis.

—No, no hay que olvidarse de él. Puede que algo se torciera cuando el asesino iba a secuestrar a la víctima. Tal vez no contaba con que el prometido estuviese allí y tuvo que deshacerse de él, ¿pero cómo? ¿Y dónde está?

—Una posibilidad que no hemos barajado aún es que él pueda estar vivo en alguna parte —propuso Travis.

—Creo que no, que también está muerto y metido en alguna de esas bolsas del vertedero. Sería demasiado burdo que el novio fuese el asesino que trata de impresionar a Skald. Hay que ser idiota para elegir como víctima a una que te señala como sospechoso principal. Sabes que cuando muere una mujer, en quien primero se piensa como culpable es en su pareja o en su ex —señaló Kurt.

Mientras un grupo de la científica rebuscaba en el vertedero, Kurt y Travis fueron al apartamento de lujo que Lucy Woodson compartía con su prometido, en el centro de Miami, en uno de los condominios más caros de la

ciudad.

—¿Cómo pueden pagar esto una maestra de escuela y un inglés sin trabajo conocido? —preguntó Travis en voz alta, pues ya había recibido una llamada de la comisaría dándole información detallada sobre la pareja.

El mobiliario del apartamento era moderno y caro, no había más que verlo, como caras eran las joyas que llevaba la joven asesinada y también su ropa. Rebuscaron en cajones, armarios y hasta el último rincón de cada estancia, pero no hallaron nada fuera de lo normal. Los gatos —contaron más de seis— merodeaban a sus anchas por toda la casa o dormitaban sobre los sofás y la cama de matrimonio. Si el comedero y el bebedero no hubieran sido automáticos, de esos que dispensan comida y agua cada ciertas horas, esos animales ya se habrían devorado los unos a los otros, pues llevaban solos casi una semana. El cajón de arena, colocado en la terraza de la primera planta, estaba hasta arriba de excrementos.

—Nos llevamos el ordenador, quizás ahí hallemos algo. Lo encontramos escondido en el doble fondo de uno de los cajones del armario. Si estaba tan oculto, será por algo —dijo Kurt.

El administrador del condominio permaneció en todo momento en el umbral de la puerta del apartamento, horrorizado ante la noticia de que su inquilina había sido asesinada. Travis se dirigió a él.

—¿Qué puede contarnos de la pareja?

—Eran muy, muy amables. Tenían muchos amigos, la gente entraba y salía de este apartamento. Hacían fiestas, iban a presentaciones. Nunca me dieron ningún motivo de queja, ni a mí ni al resto de los vecinos. Es una desgracia. —Parecía realmente impactado por los hechos.

—¿Sabe si el novio de la señorita Woodson puede estar de viaje? —preguntó Travis. El administrador negó con la cabeza.

—No. Siempre decían cuándo iban a salir de viaje para pedirme que buscara a alguien que les regara las plantas de la terraza. —Señaló el enorme ventanal que daba a la selva improvisada de la que estaba hablando—. Y

sobre todo por los gatos. Los querían como si fuesen sus niños y me pedían que buscara a alguien que se ocupase del cajón de la arena y de jugar con ellos un ratito cada día.

—¿Tenían coche?

—Sí. Tienen una plaza de garaje alquilada en el subsuelo.

—¿Me indica dónde está, por favor? —pidió Kurt, que apareció detrás de Travis.

Siguió al administrador, junto con un par de policías, hasta las plazas de garaje comunitarias y allí vio el Porsche de Milton Zacher.

—Oiga, señor Petersen, ¿sabe a qué se dedicaba Zacher? No consta que tenga ningún trabajo y su tren de vida era mucho más que elevado. No se puede vivir así siendo ella una maestra y él, un desempleado.

El administrador se encogió de hombros. Parecía nervioso. No dejaba de morderse las uñas, acción esta que no cuadraba con su porte señorial y su traje hecho a medida. El impacto del asesinato había sido enorme.

—No lo sé, pero era inglés y muy educado. Siempre creí que era uno de esos herederos europeos que viven del dinero de su familia.

—Ya... —murmuró Kurt. No parecía muy convencido con esa explicación. Si era un rico heredero, ¿por qué trabajaba Lucy Woodson como maestra de escuela cobrando una miseria? Aquello no cuadraba.

Se acercaron más al coche y entonces comprobaron que tenía la llave metida en la cerradura del maletero. Se giró hacia los dos policías que lo acompañaban y les dio una orden clara con voz ronca.

—King, quédate conmigo. Weston, vete a buscar a los de la científica. Creo que acabo de encontrar al novio desaparecido.

El policía corrió hacia los ascensores, el administrador dio varios pasos hacia atrás y Kurt se puso los guantes de látex, se acercó al vehículo y abrió el maletero. Efectivamente, allí estaba el cuerpo de Milton Zacher. La autopsia revelaría que había muerto degollado y que no había signos de haberse defendido. Seguramente lo pillarían por sorpresa en el propio

aparcamiento y allí mismo lo habrían matado, a juzgar por las salpicaduras de sangre en la parte trasera del coche. El forense aseguró que no se había enterado de nada. El asesino debió de atacarlo por la espalda y Zacher estaría muerto antes incluso de darse cuenta de lo que le estaban haciendo.

Colter Bronstein había tenido una reunión aquella mañana con el director del *Miami Herald*. Aún estaba nervioso. Hacía ya varios años que se había despedido de su puesto de redactor en *The Miami Lighthouse* porque prefería trabajar por libre y vender después sus investigaciones al periódico que le ofreciera más dinero. No se sintió tentado a formar parte nuevamente de una plantilla fija... Hasta ahora. La oferta que le hacían desde el *Herald* era muy distinta a todas las que había recibido. A lo largo de los últimos años, se había labrado una sólida reputación como periodista de investigación, más allá de sus artículos y sus libros sobre el Monstruo de Florida. Había sacado a la luz importantes estafas inmobiliarias y escándalos de toda índole en los que se veían involucrados políticos de primera fila. Este era el motivo de que el *Herald* lo quisiera en su plantilla y propusiera incluir en su contrato una cláusula en la que se comprometían a respetar su libertad para publicar sus investigaciones como considerase más oportuno, algo que *The Lighthouse* no había hecho jamás.

Eligió ropa formal para aquella entrevista: traje oscuro y camisa blanca, pero sin corbata, y todo fue tan bien como esperaba. En cuanto sus abogados revisaran el contrato —quizás ya lo estaban haciendo en aquellos momentos—, lo firmaría. Estaba deseándolo.

Entró con este pensamiento en la cafetería en la que solía desayunar, al menos, un par de veces por semana y ordenó las tostadas y el café bien cargado justo antes de rebuscar en la montaña de periódicos que se apilaban al final de la barra, pero todos eran atrasados, así que se conformó con

esperar su desayuno mientras miraba en la televisión sin volumen las noticias de la CNN. Habían pasado unos escasos minutos cuando vio la imagen de Hans Skald ocupando toda la pantalla. Era la fotografía de su ficha policial, realizada varios años atrás.

—¿Puedes subir el volumen, por favor? —le pidió a la camarera, pero para cuando ella se secó las manos en el delantal, encontró el mando a distancia y subió el volumen, la presentadora ya comentaba otra noticia distinta.

Llamó a Zeke Alvarado, un amigo periodista, pero no respondió. Tenía un extraño presentimiento, así que no pudo esperar a hablar con Zeke y lo hizo con la camarera.

—Perdona, ¿por casualidad sabes qué ha ocurrido con el Monstruo de Florida? —Daba por supuesto que ella sabría de quién estaba hablando. Que el asesino en serie más prolífico del país hubiera vivido durante décadas en una ciudad a escasos minutos es algo que no le pasaba desapercibido a nadie. De hecho, la casa de Hans Skald en Fort Lauderdale fue exhibida como casa de los horrores durante mucho tiempo y eran numerosos los visitantes semanales que se interesaban por aquel sótano en el que él llevaba a cabo sus atrocidades. En la actualidad, la casa había sido adquirida por un particular y permanecía cerrada y casi en estado de ruina.

—Claro... Apareció una chica asesinada en un vertedero de basura hace varios días y dicen que ese tipo tiene algo que ver. Bueno, no es que él mismo lo hiciera, porque está en la cárcel, pero debe de tener un cómplice que lo hace por él y que ha escrito una carta al periódico. Salió todo en las noticias de esta mañana.

Colter no fue capaz de moverse durante unos instantes. ¿Skald tenía un cómplice? No le pegaba nada. Decidió llamar de nuevo a Zeke Alvarado.

—¿Ya te enteraste de lo de Skald, eh, Bronstein? —le pregunto, con su acento cubano, nada más descolgar.

—Sí y no. Estoy en una cafetería del centro. He visto imágenes en la televisión, pero estaba sin volumen y no me he enterado de lo que decían. Me

contó algo la camarera, pero no sé si creerlo del todo. —Dejó un par de billetes sobre el mostrador y se fue sin haber probado siquiera el desayuno. Caminó por la atestada acera hacia la boca de metro más próxima.

—Imagino que te enteraste de lo del cadáver que apareció en el vertedero hace unos días, ¿no? Bien, pues esta mañana tu antiguo periódico ha publicado la carta que les envió el asesino y nombra a Skald, pero no está del todo clara la relación entre ambos. Deberías leerla.

—¿Solo envió la carta a *The Lighthouse* o también a otros periódicos?

—Solo a *The Lighthouse*. Tengo un amigo dentro y me ha contado que la carta venía a tu nombre. El asesino debe de creer que sigues trabajando allí y quiere hacer lo que hacía Skald: hablar contigo —explicó Zeke.

—El cabrón de Dorwen... —exclamó Colter con rabia; odiaba al director de *The Lighthouse*. Era un rastreo y el motivo principal por el que había abandonado el periódico, años atrás—. Nos vemos en una hora. ¿Estás en tu casa?

—Sí, aquí estoy. Te espero.

Más tarde, Colter Bronstein leyó lo siguiente en la carta que el asesino había enviado al periódico:

La mujer del vertedero no es una víctima. Tuvo lo que se merecía. Estoy haciendo el trabajo que la policía debía haber hecho ya y no hizo. Limpio las calles. Me quedo la documentación de esa zorra de recuerdo. Veamos cuántos carnets de conducir añado a mi colección antes de que alguien me meta entre rejas. Por si dudáis de mi identidad, os diré algo que no ha salido en los medios: en la boca de esa perra introduje una nota para mi admirado Hans Skald.

Cuando la policía confiscó esta carta y la envió al laboratorio, descubrieron que había sido escrita con la misma máquina que aquella otra nota encontrada en la boca de Lucy Woodson. Dicha máquina tenía desgastada la letra erre minúscula.

Colter y Zeke estaban sentados en el bar del hotel Marriott. Eran las once de la noche y se estaban tomando el tercer whisky.

—¿Estás totalmente seguro de lo que vas a hacer? No sé si involucrarte nuevamente con Hans Skald es lo que más te conviene, Colt. Desde el punto de vista periodístico será un *boom*, pero a nivel personal te pasa una factura demasiado alta. Recuerda la resaca tras el éxito de cada uno de tus libros.

—Esta vez será distinto. Lo haré bien —respondió convencido.

—Eso pensaste con el segundo libro. «Es por ella, Zeke. Necesita saber por qué su padre se convirtió en un monstruo». Pero conseguiste lo contrario a lo que pretendías.

—Ahora... —empezó a decir él.

—Joder, Colter, madura. Pasa página. Deja de pensar en Freya Skald o échale cojones y pídele una cita, lo que sea, pero haz algo más que adorarla y cuidarla desde lejos. Resulta patético y tú no eres un tipo patético.

Colter apartó la mirada de su whisky y la centró en su amigo.

—La quiero, ¿eres capaz de entender eso, por raro que te parezca? —dijo con voz un poco pastosa por el alcohol.

—Lo entendí hace veinte años, cuando llegaste de Oslo obnubilado por la muchacha. Tenías diecinueve años y ese tipo de romanticismo de novela se podía entender. Ahora lo entiendo mucho menos, qué quieres que te diga. Has salido con mujeres extraordinarias y boicoteas cada relación.

—No son ella, Zeke. La quiero a ella. —Dio el último trago de whisky.

—La quieres porque no la has podido tener, porque es la fruta prohibida, la hija de Skald, la muchachita a la que decepcionaste en Noruega y a la que quieres demostrar que sigues siendo el príncipe azul de cuento que ella creía. Eso no es amor, joder.

Colter le golpeó con el dedo índice en el pecho.

—No sabes lo que dices. No tienes ni idea. La quiero porque en unos días

me hizo sentir lo que nadie más me ha hecho sentir nunca. La quiero porque es la persona más fuerte que conozco. La quiero porque cuando me miraba yo sentía que era el hombre que siempre había deseado ser o que no lo era aún, pero que iba a serlo por ella. Toda mi vida, cada paso, cada esfuerzo por ser un persona digna y decente lo he hecho por ella. La quiero de verdad, Zeke, porque hay mil modos de amar y yo me he enamorado de lejos, como Rudel.

—¿Rudel?

—Sí, Rudel, el trovador que se enamoró locamente de la condesa de Trípoli, que vivía a miles de kilómetros. La amaba sin esperanza, la amaba porque amarla era lo único que su corazón podía hacer.

—Por el amor de Dios, Colter, has bebido demasiado. ¿Te estás escuchando? Hablas como un loco.

—Mírame, Zeke. ¿Crees que soy un loco sin cerebro?

—No —tuvo que reconocer su amigo.

—Entonces lo que siento tampoco es una locura. Es extraño e inusual, pero la quiero desde que hablé por primera vez con ella y me moriré queriéndola y lo siento, pero lo loco no es querer a alguien así. Lo loco sería conformarse con cualquier mujer por miedo a la soledad o a no conseguir a quien de verdad deseo. La quiero a ella y solo a ella. He intentado tener pareja y no funciona porque Freya siempre está presente. Es ella. No hay nadie más ni puede haber nadie más para mí.

Zeke Alvarado resopló.

—Eso significa que vas a ayudar a la policía para acercarte a Freya, ¿no? Como Travis Duncan es policía...

—Eso significa que voy a ayudar a la policía en todo lo que pueda porque es lo correcto y porque quiero arreglar lo que tiempo atrás hice mal. ¿Que si espero ver a Freya y tener una oportunidad? Por supuesto. Lo espero con todo mi corazón, pero sinceramente creo que ella aún no está preparada para entender quién he sido yo en su vida y quién puedo llegar a ser. Ha sufrido demasiadas decepciones, necesita tiempo para confiar, para creer, y yo tengo

todo el tiempo del mundo. Llevo veinte años esperando.

Un joven policía recién salido de la academia entró tímidamente en el despacho de los detectives Travis Duncan y Kurt Donahue después de llamar a la puerta. Ambos estaban examinando pruebas del caso de la mujer del vertedero y releendo el informe de la autopsia. Se habían despertado la mañana del día anterior con la noticia de que el asesino de la mujer del vertedero había escrito una carta al periódico *The Lighthouse*, tal y como también tenía por costumbre hacer Skald. Era como volver a revivir una vieja pesadilla. Ahora que los periodistas y toda la población se habían convertido en telespectadores de aquel loco, la investigación iba a complicarse mucho.

—Ha venido a veros el alcaide de la cárcel estatal. Dice que tiene algo muy importante que deciros sobre Skald —dijo el novato.

Kurt y Travis se miraron.

—Hazlo pasar —ordenó Kurt.

Cuando volvieron a estar solos, le dijo a Travis: «Esto no me gusta. No sé qué cojones está tramando Skald». Justo después entró el alcaide.

—Buenos días —les dijo, al tiempo que les estrechaba la mano.

—Buenos días —respondieron al unísono.

El alcaide desabrochó el botón de su *blazier*, se sentó y entró directamente en materia.

—Vengo a hablarles de Skald y del asesinato de esa joven que apareció en el vertedero.

Kurt y Travis intercambiaron miradas.

—Díganos —lo animó el primero.

—Antes de nada, quiero que sepan que, si vengo a contarles esto, es porque creo que puede ayudar a encarcelar al desalmado que asesinó a la pobre muchacha, pero me pone enfermo pensar que lo que les diga puede retrasar la

ejecución de ese maldito de Skald.

—¿Retrasar su ejecución? ¿O sea que cree que Skald es cómplice de este nuevo asesino? —preguntó Travis con asombro.

—No lo sé, pero está claro que Skald sabía que esto iba a pasar —aseguró el alcaide.

Se hizo un silencio pesado en el despacho.

—¿Sabía que iban a matar a la señorita Woodson? ¿Está seguro? —insistió Kurt.

—Estoy seguro. Hace un tiempo, cuando le comuniqué a Skald la fecha y hora de su ejecución, simplemente sonrió. Me aseguró que no me libraría de él tan pronto, porque en breve la policía necesitaría su ayuda para resolver un asesinato.

Travis respiró tranquilo al escucharlo.

—Bueno, señor alcaide, eso es algo demasiado ambiguo. En esta ciudad hay asesinatos todos los días. Skald podría tratar de engañarnos diciendo que tiene datos sobre alguno de ellos. Es lo suficientemente listo como para preparar algo así —le dijo.

—Se equivoca. Skald no me comentó algo general, sino que concretó. Me explicó que en alguna parte del país aparecería asesinada una joven rubia cuyo nombre empezaba por ele. Dijo también que era maestra de escuela, que practicaba aerobio y que era una amante de los gatos.

Tanto Kurt como Travis se quedaron mudos durante varios segundos y ambos pensaron en los gatos que merodeaban por el apartamento de Lucy Woodson y Milton Zacher y en el amplio surtido de ropa deportiva con el nombre de un gimnasio especializado en aerobio.

—¿Le dijo esto hace un tiempo? —quiso cerciorarse Kurt. El alcaide asintió—. Woodson fue asesinada hace solo tres días.

Nuevamente reinó silencio durante unos segundos.

—Imagino que querrán hablar con él, así que he concertado ya una cita —les dijo el alcaide—. Esta tarde, si no tienen inconveniente.

Travis apretó los puños. Creía que nunca más tendría que ver a Skald y ahora este caso lo obligaba a tenerlo cerca de nuevo. Ya se imaginaba cómo trataría de manipular la situación para saber cosas sobre Melissa y Alana, también sobre Olivia y Freya. Ahora que estaba en régimen de aislamiento desde su última escapada y vigilado para que no recibiera noticias del exterior, debía de estar loco por saber cómo le iba a su familia, así que estaba seguro de que lo usaría como moneda de cambio para obtener información.

No hacía ni media hora que el alcaide se había ido cuando Olivia llamó a Kurt. Él contestó extrañado, pues no solía llamarlo al trabajo a menos que ocurriera algo verdaderamente importante.

—¿Ha pasado algo?

—Enciende la televisión. Mira la CNN ahora mismo, corre —dijo su esposa, apremiándolo—. Está saliendo Colter Bronstein. Llevan sacando un video suyo un buen rato. Trata de comunicarse con el asesino.

—¿¡Qué!?

Travis lo vio salir corriendo del despacho y lo siguió hasta la sala en la que solían tomar todos juntos el café. La televisión estaba encendida y emitía el parte meteorológico de una cadena local. Kurt se hizo con el mando, buscó en la guía hasta dar con la CNN y cambió el canal, entonces vieron a Bronstein dando una rueda de prensa improvisada ante varios periodistas.

—De manera que si quieres comunicarte conmigo, tal y como lo hacía Skald, puedes escribirme al *Miami Herald*, que es donde trabajo ahora. —Fue todo lo que lograron escuchar. Después de eso, el noticiero cambió la imagen de Bronstein por la de Skald para recordarles a los espectadores cómo, tantos años atrás, El Monstruo le había contado al joven periodista lo que se negaba a confesarle a la policía. También criticaron la falta de ética del director de *The Lighthouse* por abrir una carta dirigida a Bronstein, que ya no trabajaba

para ellos, y utilizarla en portada, al darse cuenta del filón de la noticia.

—Ese hijo de puta oportunista de Bronstein... —murmuró Travis.

—Tenemos que hablar con él —le dijo Kurt.

—Hazlo tú, porque yo le reviento la cara si lo tengo delante.

Pero no hizo falta ponerse en contacto con él, porque el propio Bronstein se presentó en la comisaría y preguntó por los detectives que llevaban el caso de la joven hallada muerta en el vertedero.

—Juro que vengo en son de paz —dijo, nada más entrar en el despacho—. Sé que deseáis matarme, pero antes, dejad que me explique.

—Habla —le dijo Kurt. Travis le daba la espalda. Miraba a través del ventanal porque en ese momento no soportaba verle la cara.

—Sé lo que parece, pero mi intención era buena. Trabajé para *The Lighthouse*. Sé lo que van a hacer con esas cartas. Ni siquiera yo pude controlarlo cuando formaba parte de su plantilla, así que imaginaos ahora. En el *Herald* es distinto. Acabo de firmar un contrato blindado con una libertad máxima de movimiento. Cuando reciba las cartas, no moveré ni un dedo sin hablar con vosotros y con los asesores de la policía. Publicaré lo que me digáis que publique y nada más. Estamos juntos en esto. No busco nada sensacionalista, ¿de acuerdo? Quiero que lo pillen. Esta vez quiero hacer las cosas bien, no como cuando publiqué los libros.

Ni Kurt ni Travis dijeron nada, así que Colt continuó tratando de convencerlos para que confiaran en él.

—No soy un gilipollas desalmado. Duele tener que explicarlo a estas alturas. Creo que ya me conocéis un poco, ¿no? Todo lo que tenga que ver con Skald me afecta. —Lo que le afectaba era todo lo que tenía que ver con Freya Skald, pero eso no era algo que fuera a confesarles a ellos.

—Vamos a darte un voto de confianza —dijo Travis—, siempre y cuando el comisario esté de acuerdo, pero, si metes la pata una sola vez, toda la policía del condado estará en tu contra. No recibirás nuestra ayuda ni nuestra cooperación jamás, de eso me encargaré yo personalmente, ¿estamos?

—Estoy de acuerdo.

Colter sabía que, a pesar de esta decisión, los policías no confiaban en él, de modo que debía demostrarles que era digno de esa confianza.

—Alguien dejó esta carta para mí en el periódico hace apenas una hora. Las cámaras registraron a un hombre de baja estatura con gabardina, gafas y gorro. No se distinguen sus rasgos. —Extendió el sobre abierto en el que podía leerse el nombre del periodista mecanografiado. Dentro había una breve nota, también mecanografiada:

Señor Bronstein:

Fue un buen amigo para Skald y espero que también lo sea para mí. Ha sido indigno de su antiguo periódico abrir una carta que estaba a su nombre. Me alegró verlo en los informativos tratando de llamar mi atención. Me sentí sumamente halagado. Me complace comunicarle que me encuentro bien, en mi hogar, feliz por haber limpiado las calles de Miami de ponzoña. Tendrá noticias mías en breve.

—Es él, sin duda. —Travis señaló la muesca en la erre minúscula. Después, miró a Colter—. Puede que sí podamos trabajar juntos, después de todo.

Más tarde, cuando Bronstein se fue, Kurt se volvió hacia Travis y le preguntó:

—¿En serio vas a darle un voto de confianza?

—¡Y una mierda! No me fío ni un pelo de ese cabrón. Lo que vamos a hacer, en realidad, es aprovecharnos de él, ir un paso por delante. Mejor tenerlo de nuestro lado que en contra, no vaya a ser que saque un tercer libro sobre Skald y acabe de hundirnos en la mierda.

—En la carta dice dónde está, Trav. «Estoy en mi hogar» —releyó la carta—. Basta con que averigüemos a qué considera él su hogar.

Hacía varios meses que nadie visitaba a Skald. Tras su última huida, se le había prohibido el contacto incluso con la mayoría de los guardias y permanecía gran parte del día confinado en una celda de aislamiento, a excepción de la hora al aire libre que pasaba solo en el patio. Ya se conocían las portentosas dotes escapistas del Monstruo de Florida, así que habían extremado la seguridad con él. Todo eso hacía aún más especial la visita de su hijo y de su yerno.

Le habían avisado justo en el instante en que lo hicieron salir de la celda para conducirlo a la sala de visitas. En el pasado, debido a su buen comportamiento, habían tenido siempre la deferencia de anunciarle las entrevistas con mucha antelación.

Lo condujeron a través del pasillo exterior, encadenado de pies y manos, de manera que su movilidad era tan reducida que tardó una eternidad en recorrer lo que se hacía normalmente en escasos minutos. Travis Duncan y Kurt Donahue ya estaban sentados en la mesa de siempre, la más alejada del ventanal. Levantaron la vista de los papeles que estaban ojeando cuando escucharon el estruendo de las cadenas. Skald se sentó y les sonrió.

—¿Qué tal están Freya, Olivia, la niña y Alana? —les preguntó. A ninguno de los dos detectives les pasó desapercibida la gradación, cómo había nombrado a las cuatro mujeres, de la que tenía mayor a la que tenía menor importancia para él. Con el Monstruo de Florida nada era casual.

Travis torció el gesto y mostró un tono de voz lleno de impaciencia.

—No es una visita de cortesía. Venimos a hablar de la mujer que apareció en el vertedero de Pompano Beach. El alcaide nos contó lo que le dijiste. ¿Cómo tenías esa información?

Skald se echó hacia atrás en su silla y colocó las manos esposadas sobre la mesa. El ruido que hizo con las cadenas fue ensordecedor.

—Me temo que eso no voy a hablarlo con vosotros.

Kurt abrió mucho los ojos, sorprendido. No se lo esperaba. Creía que les haría chantaje: información sobre sus hijas y su nieta a cambio de

información sobre el asesino. Se dispuso a decir algo, pero Travis se le adelantó.

—¡Déjate de gilipollecas! —murmuró entre dientes.

Apenas lograba controlarse y Kurt temía que acabaran apartándolo del caso precisamente por eso.

—Es lo que hay, Travis —sentenció Skald con calma—. Solo hablaré con dos personas: Freya y Colter Bronstein, y con los dos al mismo tiempo, además. Esas son mis condiciones. Si no os interesan, devolvedme a mi celda y esperaré el día de mi ejecución. Lo tomas o lo dejas. Es mi última palabra.

—Vámonos —le dijo Travis a Kurt—. Solo está jugando con nosotros, como hace siempre. No tiene más información que nos interese.

Los dos detectives le dieron la espalda a Skald mientras se alejaban por el largo pasillo. Los guardias condujeron al Monstruo hacia su celda y cuando este ya estaba lejos, pero no tanto como para no ser escuchado, les gritó:

—La siguiente víctima se llama Mary y parece ser una buena chica de familia luterana y voluntaria en un comedor social. Cuando la encontréis a ella en un vertedero, puede que estéis más dispuestos a negociar conmigo.

Los guardias seguían conduciéndolo hacia su celda y aun así volvió a vociferar:

—¡Saludos a la familia! Decidles a mis chicas que las quiero.

Hacía casi veinte años que Freya no veía a Colter Bronstein, así que cuando aquella mañana entró en la comisaría de policía y lo vio sentado en la sala donde también le indicaron a ella que debía esperar, supo que no se trataba de un encuentro casual. El Monstruo de Florida volvía a salir en los medios de comunicación y aquel maldito sinvergüenza rondaba de nuevo a los Skald. Pensó que seguramente habría ido a ver a Travis.

Tomó asiento en la fila de sillas más alejada de la suya y le dio la espalda, pero su imagen aún le quemaba la retina. Seguía siendo el tipo imponente y guapo que había sido siempre, con barba de tres días y aspecto un poco canallesco, pero ahora era un hombre, no el joven de diecinueve años que ella conoció, y eso le sumaba atractivo. Si reconocía que era un hombre guapo, es porque objetivamente lo era, no porque le atrajera en lo más mínimo —ya no, ¡por supuesto que no!— y porque una vez más se cumplía aquella máxima de que el envoltorio atractivo oculta a veces un caramelo envenenado. Porque eso le parecía Colter: veneno para cualquiera que llevara en sus venas la sangre de Hans Skald.

Los detectives Duncan y Donahue salieron a buscarlos y los hicieron pasar juntos. Freya había dado un beso a su hermano y otro a su cuñado en cuanto oyó su nombre y se había quedado paralizada al escuchar el de Colter Bronstein. ¿Iban a hacerlos entrar al mismo tiempo?

—¿Pero qué ocurre? —le preguntó Freya a Kurt justo cuando pasó a su

lado de camino al despacho—. ¿Qué demonios hace ese periodista aquí?

—Ahora os lo explicamos todo —respondió Kurt en un tono de voz bastante bajo, para que solo Freya lo oyera.

Colter y ella tomaron asiento en las dos sillas que había frente al escritorio que ya ocupaba Travis. Kurt se apoyó contra la pared.

—Tenemos que ponerlos en antecedentes antes de deciros lo que os vamos a pedir. Sé que os preguntaréis por el motivo de juntaros aquí a ambos. Debéis tener un poco de paciencia. —Travis tomó aire y continuó—: Como ya sabéis, el asesino de la mujer del vertedero le ha dejado una nota a Skald dentro de la boca de la víctima. Los distintos canales de televisión se han encargado de airearlo. Lo que no sabéis es que, varias semanas atrás, el propio Skald le dijo al alcaide que dudaba de que lo ejecutasen en la fecha prevista, pues tenía información sobre una serie de crímenes que iban a cometerse. Para que el alcaide se diera cuenta de que iba en serio, contó que la joven asesinada sería rubia, su nombre empezaría por ele, trabajaría como maestra de escuela y sería una amante del *fitness* y de los gatos. Bien, pues Lucy Woodson encaja en esa descripción. Fuimos a verlo a la cárcel hace unos días y nos dijo que la próxima víctima se llamaría Mary, de familia luterana y voluntaria en un comedor social. La joven que acaba de aparecer esta misma mañana en un vertedero ilegal que hay cerca de Doral se llama Mary Johns y coincide con la descripción que ha dado Skald. También tenía una nota mecanografiada metida en la boca. Es evidente que el Monstruo posee información y que sabe quién es el asesino y ahí es donde entráis vosotros, porque dice que no hablará con nadie más del tema.

El periodista y Freya se miraron durante un instante.

—Está jugando de nuevo —dijo Colter.

—Así es. Siempre está jugando. No os pediríamos esto si no supiéramos que la información que posee es capital para salvar vidas y para atrapar al asesino —explicó Kurt.

—¿Qué quiere mi padre de él? —preguntó Freya, señalando a Colter—.

¿Acaso pretende darle material para que escriba un nuevo libro?

—No sé lo que quiere —reconoció Travis—, aunque es evidente que pretende conseguir algo. Ya lo conocéis. Lo que no logro entender es qué retorcida idea ocupa ahora su cabeza.

—Yo iré —prometió Colter, absolutamente convencido.

A Freya se le escapó una risa un tanto amarga.

—Por supuesto que irás, te encanta todo esto, ¿eh? Es un juego para ti también, como para él. Noto cómo te corre la adrenalina por las venas, la emoción, el olor del dinero que te reportará un nuevo libro. —Lo estaba mirando con desprecio. Su comportamiento era frío y altanero. A Colt no lo pilló por sorpresa. Ya tenía noticias de en qué clase de bloque de hielo se había convertido Freya y se preguntó si él habría tenido algo que ver.

—No es eso lo que persigo —le respondió—. Tengo material para escribir al menos otros dos libros sobre tu familia, uno sobre Travis y otro sobre Olivia. Podría escribir incluso sobre ti: la pesadilla de la hija de Skald tras descubrir quién era su padre. ¿Has visto esos libros en las librerías? No, ni los verás. Lo que quiero es que todo esto se acabe cuanto antes.

—Ya, claro. Lo vas a hacer por pura bondad, como cuando viniste a verme hace años a Noruega, ¿no? —dijo Freya sin alterarse apenas, pero con una mueca de desprecio que a él le resultó de los más ofensiva.

—¿Ya os conocíais? —les preguntó Travis, sorprendido.

—Vino a Oslo cuando yo vivía allí. Quería sonsacarme información para su segundo libro —explicó Freya.

—¡Joder, pero si no era más que una cría, Bronstein! ¡Y tú eras otro crío!, un universitario que debería estar estudiando y yendo a fiestas, en vez de perseguir a una adolescente que acababa de vivir una tragedia para sonsacarle información sobre su padre. ¿Los periodistas no conocéis límites?

—¡Ese no es el motivo por el que fui! —exclamó Colter, furioso—. Estoy harto de parecer un monstruo en todo esto. ¡El Monstruo está entre rejas y es vuestro padre, no soy yo! Era un crío manipulable y sí, me emborraché de

triunfo tras el primer libro... Aún en la universidad y requerido para artículos y entrevistas por los medios más importantes del país, pero no era capaz de cualquier cosa. Tengo límites. —Miró a Travis—. Y tú más que nadie deberías saberlo. ¿Fui rastrero contigo cuando Skald me pidió que te buscara? ¡Y, joder, esa era una noticia de primera página! Me habrían dado mucha pasta. ¿En serio me crees capaz de irme a Noruega a importunar a propósito a una cría?

—¿Entonces a qué fuiste? —preguntó Freya.

—Me envió tu padre. En aquella época aún no tenía la red de contactos que más tarde tejió entre rejas y hacía dos años que no sabía nada de ti. Estaba volviéndose loco de preocupación, así que me encargó buscarte. Solo quería saber que estabas bien. A cambio me daría más información, el nombre de otras víctimas tuyas que ni la policía sabía y la ubicación donde estaban enterradas. Nunca pretendí molestarte. Ni siquiera deberías haberme visto, pero todo se torció.

—Ya... Se torció, claro... —Sonrió con desgana—. Disculpadme, debo acudir a otra cita y se me ha hecho tarde. —Freya se levantó en cuanto pronunció la última palabra y se encaminó hacia la salida; justo antes de cerrar la puerta del despacho detrás de ella, volvió a hablar.

—Iré a la cárcel, pero no con él —señaló a Bronstein—. Me niego. Mi padre deberá conformarse solo conmigo.

En cuanto ella se fue, se quedaron los tres unos instantes en silencio.

—¿Qué cojones le hiciste a mi hermana en Oslo? —preguntó Travis apretando los dientes. Era la primera vez que Kurt Donahue lo escuchaba llamarla *hermana* y defenderla de aquella manera. Sonrió.

—No le hice nada. Tuvo un problema en un momento determinado y me vi en la obligación de ayudarla. Comenzamos a hablar. Conversamos mucho, se sinceró conmigo y...

—Y tú contaste esas intimidades en un libro —terminó Travis.

—¡No!

Los detectives se quedaron mirando fijamente a Colter.

—Bien, no necesito que me cuentes más —comentó Duncan—, solo que vayas con Freya a ver a Skald y que no te comportes como un hijo de la gran puta haciendo negocio con esta noticia.

—Eso está hecho —prometió él, mientras se preguntaba cuánto haría falta para que se dieran cuenta de que él no era ningún traidor ni ningún rastrero.

Colter acababa de entrar en casa y tirar la chaqueta sobre el sofá, justo antes de desplomarse entre los numerosos cojines, cuando el teléfono sonó. Lo sacó del bolsillo del pantalón y vio el nombre de su hermano en la pantalla. Barajó la posibilidad de no contestar, pero no. Lo mejor era enfrentarlo cuanto antes. Sabía perfectamente que quería hablarle de Skald. Debía de haberlo visto en la televisión tratando de ponerse en contacto con aquel nuevo asesino y todas las alarmas familiares se habrían disparado. ¿Llamaría en su propio nombre o sería su madre la que estaba detrás de aquello?

—Hola, Holden —le dijo Colter, nada más responder.

—Hola, hermanito. Te he visto muy favorecido en la CNN.

Colter resopló.

—Dime, ¿persigues una exclusiva con el nuevo asesino o sigues obsesionado con Skald? —continuó su hermano.

—Vete al grano, Holden. Échame la bronca ya y acabaremos antes.

—¡Joder, Colter! ¿En qué coño estabas pensando? ¿No te han traído demasiados problemas ya tanto Skald como su hija?

—Deja a Freya fuera de esto. No tiene nada que ver —respondió, molesto.

—¡Que no tiene nada que ver! ¿Entonces por qué saltas como una pantera en cuanto te la nombro? Freya siempre tiene que ver, Colter. Siempre. ¡De hecho, Freya es el puñetero epicentro de tu vida desde hace dos décadas, joder! Vas a matar a mamá.

—Tampoco metas a mamá en esto, Holden.

—Sí, meto a mamá porque me da la gana. ¿Quieres que todos vuelvan a señalarnos como oportunistas por todas partes? Fuimos, durante mucho tiempo, la madre y el hermano del periodista rastrero que se hizo amigo de Skald. El primer libro fue un error perdonable, eras un crío, pero el segundo no. Te importó más esa niñata que tu familia y no te voy a consentir que vuelvas a hacerlo. ¡Me lo debes!

Colter sabía exactamente a qué se estaba refiriendo Holden. Efectivamente, se lo debía.

—No es por Skald, es porque creo que puedo ayudar a la policía a...

—No me engañes, Colt. No soy idiota. Es por ella. Crees que Freya te perdonará lo de Oslo, ¿verdad?

—¡No tiene nada que perdonarme! No hice lo que ella cree y es fácilmente demostrable.

—Entonces, ¿por qué nunca te acercaste ella para sacarla de su error? —preguntó con tono irónico.

—No lo entenderías, Holden.

—Te equivocas, hermanito. Te entiendo mejor de lo que crees. Te conozco al dedillo. Has trabajado duro para convertirte en un hombre digno de ella. Querías acercarte cuando tuvieras algo bueno que ofrecer y ahora ya lo tienes, ¿verdad? Es el momento de aparecer como el ángel salvador, ¿no es así? Pero tú y yo sabemos lo que eres capaz de hacer por Freya y la mierda en la que involucras a los demás por protegerla. ¡Tengo las manos manchadas de sangre por tu obsesión con Freya Skald, maldita sea, y no permitiré que me arrastres más en tus locuras! Mamá está delicada, joder. ¿Quieres matarla de un disgusto? ¿Quieres que pese otra muerte sobre tu conciencia?

«Otra muerte sobre tu conciencia». Aquellas palabras rebotaron en su cabeza una y otra vez, trayendo consigo los recuerdos de una noche que llevaba años queriendo olvidar. Sangre en las manos, tierra en los zapatos y aquel secreto terrible que no podía salir a la luz. Si Freya se enteraba...

Cuando el Asesino del vertedero llamó al timbre de La Casa del Dolor, el club sadomasoquista más exclusivo de la ciudad, se sentía mucho más seguro que la última vez que había estado allí. Notar cómo la vida de Lucy Woodson se había consumido entre sus manos mientras tensaba la cuerda alrededor de su cuello aún lo hacía sentir eufórico, aunque no tanto como los «juegos» previos. Con cada nueva víctima, mejoraba la opinión que tenía de sí mismo.

Una sumisa rubísima que atendía al nombre de Goldie le abrió la puerta. Llevaba un vestido negro, corto y escotado. Lo saludó con una inclinación de cabeza.

—Buenas noches, señor Bolka.

Devolvió el saludo sintiéndose importante. Ella no le había pedido en esta ocasión la credencial para entrar, ya lo conocía. La joven cerró la puerta una vez que hubo entrado él y le dijo si quería quitarse la cazadora. Como asintió, lo ayudó a hacerlo y desapareció por una de las puertas laterales. Otra sumisa se le acercó, casi de inmediato, para preguntarle qué quería beber. Esta iba completamente desnuda, a excepción de los altos tacones y el collar de perro.

—Un *gin-tonic*. Estaré en la sala de billar —le indicó, porque era de ahí de donde procedían las voces que estaba escuchando.

La sumisa se alejó y Bolka entró en la estancia ufano, orgulloso de sentirse parte de aquello: un grupo de hombres y mujeres dominantes con sumisos y sumisas a sus pies. Literalmente a sus pies. En esos momentos, una de las amas tenía, a su lado y de rodillas, a su esclavo con una máscara que imitaba la cara de un perro; había sumisas de pie, desnudas, con la mirada perdida y la espalda recta, colocadas unos pasos por detrás de sus amos, que charlaban tranquilamente y tomaban unas copas sentados en los cómodos sofás del local. Eran de terciopelo color sangre y destacaban en aquella sala cuyas paredes estaban cubiertas por un papel que imitaba tela y era de color azul petróleo.

—¿Qué haces ahí de pie, Bolka? Pasa y siéntate. Estamos planeando la próxima fiesta —dijo Hausser, el máster del club.

Bolka tomó asiento en uno de los sillones vacíos. De inmediato, su *gin-tonic* fue traído por una sumisa.

De todos los lugares del mundo, aquel era el único en el que se sentía en paz. Es cierto que ninguno de aquellos dominantes, ni siquiera el ama, que era a la que más le gustaban los juegos sádicos de todos ellos, llegaba a su nivel, precisamente porque todos paraban el juego pensando en el bienestar de los sumisos y a él lo que le gustaba era destrozar a quien estaba en sus manos, escuchar cómo gritaba de dolor pidiendo misericordia y sabiendo que no iba a ser clemente. Pero ese era su pequeño secreto. Uno no puede ir contando a nadie qué se esconde realmente en su cabeza, por eso Skald era para él tan importante, porque lo entendía. Era una lástima que lo tuvieran en régimen de máxima seguridad. Al menos le había dado tiempo a enviarle algunos detalles de las mujeres a las que había asesinado.

Allí, en aquel club de BDSM[1], podía ser más él mismo que en ninguna otra parte y, aun así, debía fingir que le interesaban aquellas conversaciones sobre el bienestar físico y emocional de los sumisos, aunque lo que de verdad le interesaba era aprender a manejar un látigo sin importar el daño que causaba, inmovilizar con las cuerdas sin importar la belleza del *bondage*, solo por el placer de tener a aquellas mujeres a su merced y aterradas... Él había ido allí a aprender cómo ser el sádico perfecto y lo que se encontró fue a un grupo de dominantes extrañamente preocupados por los deseos de los sumisos a su cargo y por su bienestar, pero eso era mejor que nada. Al menos allí se hablaba de sangre y dolor.

Freya se sentó en una de las pequeñas mesas de Charlotte Bakery, un local que se encontraba en Washington Avenue y en el que se podían comer las

empanadas más deliciosas de todo Miami. Solía quedar allí con su amiga Dina Salgado, pues ella hacía varias horas semanales de voluntariado en el área de pediatría de una clínica pública, muy cerca del local. Dina trabajaba, al igual que Freya, en el hospital Hammond y era allí donde se habían conocido. Congeniaron desde el principio, quizás porque Dina había llegado desde Cuba a los dieciocho años esperando encontrarse con una tía amorosa en cuya casa podría vivir y, cuando pisó suelo estadounidense, descubrió que su tía había muerto y que no tenía dónde alojarse. Tuvo que salir sola adelante y, aun así, logró terminar la carrera de Medicina y encontrar un buen trabajo. A Cuba no podía regresar, pues su madre ya había fallecido y su padre era un hombre abusivo que la había golpeado toda la vida. Ni Dina ni Freya dedicaban demasiado tiempo a quejarse por tonterías, daban a las cosas la justa importancia que tenían y solían divertirse muchísimo con los pequeños placeres de la vida, porque, al contrario de lo que se pensaba de la doctora Skald, era una mujer sumamente divertida.

Dina llegó con un cuarto de hora de retraso y a las carreras, como siempre.

—Me llegó en el último momento una mamá con un niño ardiendo en fiebre. Siento el retraso —se disculpó.

—No pasa nada.

Dina se dejó caer en la silla al lado de Freya y la miró con una sonrisa. Le extrañó que ella no se la devolviera.

—¿Y esa cara, Frey? Se debe a todo el lío de ese asesino que le envía notas a tu padre, ¿no? —dijo ella con su cantarín acento cubano.

—Sí, pero no solo es por eso... ¿Recuerdas a Colter Bronstein, el periodista que escribió dos libros sobre mi padre?

—¡Claro! El imbécil que te utilizó para conseguir información, ¿no?

—El mismo... No te vas a creer lo que ha ocurrido.

—Espera, espera, que me parece que voy a necesitar algo fuerte —dijo Dina, mirando a la camarera que se acercaba a su mesa—. Un café extragrande con hielo, por favor. —Después volvió a fijar toda la atención en

su amiga—. A ver, cuéntamelo todo.

Freya le contó punto por punto que Skald exigía que ella y Colter fueran a hablar con él a la cárcel si querían obtener información sobre el asesino.

—Los periodistas son carroña —sentenció Dina— y a tu padre no lo entiendo. ¿Es que quiere darle información para que saque un nuevo libro?

—Las cosas no van por ahí. Es peor que eso, me temo.

—¿Cómo puede ser peor?

—Ya te conté que, hace años, mi padre utilizó cientos de artimañas para unir a Kurt y Olivia, para que se enamoraran locamente. Creo que puede tratar de hacer lo mismo conmigo y con Colter.

—¿¡Qué!? Pero es de locos. ¿Cómo vas a enamorarte del tipo que te utilizó para saber más cosas sobre tu padre y escribir un libro sobre él? ¿Es que tu padre no sabe que fue a Oslo?

—Puede que no. Llevo sin hablar con él mil años y dudo que Colter le haya contado que fue a Noruega a sonsacarme.

—Pues vete a la cárcel y díselo, Freya. Que tu padre sepa la calaña de ese tío. No permitas que se acerque otra vez a vosotros o sacará un tercer libro.

—Él dice que fue mi padre quien le pidió ir a Oslo para buscarme, para comprobar que estaba bien, porque sabía que ya no vivía con mi abuelo materno, pero no tenía ni idea de dónde me encontraba.

—Venga ya, ¿te imaginas a tu padre pidiéndole favores a ese periodista?

—La verdad es que sí me imagino pidiéndole que fuera a buscarme. Mi padre manipula a quien sea cuando desea algo y estoy segura de que estaba desesperado por saber dónde me encontraba yo... No sé qué pensar.

—A ver, niña mía, usa la cabeza. —Dina resopló—. No pierdas el norte porque el periodista ese sea un adonis.

—¡No digas tonterías!

—¡Escúchame! Incluso si tu padre le pidió que fuera a ver dónde estabas y cómo te encontrabas, lo que seguro que no le pidió es que hablara contigo, te preguntara cosas personales y publicara un libro con todo lo que tú le habías

dicho.

—¿Contó de forma muy detallada las intimidades de mi vida con mi padre?
—Freya lo preguntó con una mezcla de vergüenza y rabia. No estaba muy segura de querer saberlo.

—¡Y yo que sé!

—Creí que lo habías leído.

—¿¡Yo!?! Ni loca. No me gusta ese tipo de lecturas macabras. ¡No me digas que tú tampoco lo has leído!

—No he sido capaz. —Ella resopló, como si el aire que había en sus pulmones pesara como el plomo—. Empecé a leer el primer libro y me pareció un error cómo lo planteaba. El foco estaba en mi padre, en lo listo que era y cómo había esquivado a la policía durante tantos años. Me pareció una falta de respeto hacia los policías y su labor. El segundo ni siquiera intenté leerlo. ¡Cuando vi que lo había publicado y que se convertía en *best seller*, casi me muero! Aún recuerdo la publicidad que le hacían en todos los medios, aquella frase lapidaria: «Si quieres conocer la vida privada de Skald, este es tu libro. Los más íntimos del Monstruo han hablado en exclusiva para Bronstein y él nos lo cuenta a nosotros». Era como si me hubieran arrancado el corazón, no te imaginas cómo me dolió.

Dina la miró muy seria durante unos segundos.

—¿Te dolió tanto porque te sentiste simplemente traicionada o porque Colter te gustaba? Nunca me aclaraste eso del todo y tampoco quise insistir, pero siempre me ha parecido que hubo algo entre vosotros.

Freya bajó la mirada y frunció los labios.

—Creo que quizás sí me gustaba un poco —mintió descaradamente— y pensé que se interesaba por mí, eso me hizo sentir bien, ¿sabes? Cuando ocurrió lo de mi padre y salió en las noticias, las reacciones de la gente hacia mí eran exageradas, para bien y para mal. Me resultaba aterrador salir a la calle. O se abalanzaban sobre mí para decirme que era una heroína y que gracias a mí estaba entre rejas —eso me hacía sentir una mala hija, de alguna

retorcida manera— o me atacaban esas locas obsesas que se habían enamorado de mi padre y le enviaban mil cartas de amor a la cárcel. Creí que nunca nadie más se acercaría a mí por mí misma y entonces ocurrió lo de Colter. Hablábamos, era encantador, llegué a creer que hasta le gustaba... Qué bien lo hizo el muy desgraciado. Me abrí en canal, le conté mis miedos, mis ilusiones... Y él desaparece de mi vida casi sin despedirse y publica ese maldito libro contando mis intimidades, las cosas que yo le había confiado.

—Madre mía, Frey... ¡Te habías enamorado de él!

—¡No, no, no! —repitió la negativa varias veces en su cabeza para convencerse también a sí misma—. Era una cosa de críos. Me ilusioné un poco, solo eso, pero su traición fue como un mazazo. No puedo confiar en los hombres, ni siquiera en la inmensa mayoría de las mujeres. Siempre creo que ocultan alguna intención oscura cuando son amables conmigo o se acercan a mí y sí, claro que como psiquiatra sabría cómo salir de este bloqueo que me domina, pero es que no me interesa, no me compensa, porque al menos mientras estoy detrás de mi muro estoy segura, ¿comprendes? Mientras estoy aquí atrincherada, estoy a salvo de las decepciones y el dolor.

Dina la observaba boquiabierta.

—No tenía ni idea de que Colter había sido tan importante en tu vida. Realmente, él colocó la primera piedra de ese muro que te rodea.

—Sí.

—¿Vas a ir con él a ver a tu padre a la cárcel?

—Ni loca.

Dina asintió complacida.

—Me alegro. Colter Bronstein es un desgraciado, aléjate de él. —Tomó un sorbo de café—. ¿Sientes aún algo por él?

—Rabia —respondió Freya de inmediato, sin darse tiempo para pensar.

—Ya... —dijo Dina, pero no parecía del todo convencida.

A media hora del centro de Miami se encuentra Doral, una pequeña ciudad que es sede de importantes empresas inmobiliarias y tecnológicas. Los vecinos llevan más de diez años quejándose por el mal olor de la zona debido a un vertedero ilegal que se halla a las afueras. Ahí es donde apareció el cadáver de Mary Johns, la segunda víctima del que la prensa bautizó ya como el Asesino del vertedero. En esa ocasión, no hubo camión que llevara el cuerpo hasta allí, ya que era un vertedero ilegal y no tenía servicio de recogida. Fue el propio asesino el que la dejó tirada sobre un sofá roído por las ratas. La visión era tan dantesca que los niños que la encontraron tuvieron que ser atendidos de urgencia con un ataque de ansiedad.

Se repitieron en Mary Johns muchos de los detalles que la policía ya había visto en el cuerpo de Lucy Woodson: no apareció su documentación; murió estrangulada y el asesino lo hizo con rapidez; el ensañamiento se produjo durante la violación. Había múltiples cortes y contusiones por todo el cuerpo, laceraciones en la zona vaginal y anal y un mensaje mecanografiado introducido en la boca de la víctima: «Esta zorra me recuerda mucho a Gina Kelso, supongo que sabe a qué me refiero. Le di su merecido. Mis respetos, señor Skald».

Travis y Kurt estaban entrando en la oficina del forense cuando el segundo recibió una llamada del Departamento de Huellas, que le daba noticias sobre una huella parcial que habían encontrado en el maletero del coche del novio

de la primera víctima.

—Los chicos encontraron varias huellas en el bolso de Mary, el que apareció al lado de su cadáver. Una de ellas coincide con la encontrada en el maletero del novio de Lucy Woodson. No está en nuestra base de datos —le comunicó a Travis, nada más colgar—. Nuestro asesino no está fichado por la policía, al menos en Florida. Están tratando de ampliar el espectro de búsqueda. Esperemos que encuentren algo.

El doctor DeLaurentis les pasó una copia del informe de la autopsia, pero prefirió explicarles ciertas cosas él mismo.

—La espalda de esta pobre mujer es un poema. Le dieron latigazos hasta despellejarla. Tiene unas abrasiones terribles en tobillos y muñecas, probablemente del forcejeo para lograr soltarse de sus ataduras. El dolor ha debido de ser insoportable. La zona genital está destrozada. Debió de usar navajas, barras, algo de madera, porque encontré unas astillas en el ano. Es aterrador, de las cosas más bestiales que he visto en mi vida. Le arrancó dientes, probablemente con alicates; también uñas. Está todo especificado en el informe. Llevará muerta un mes, más o menos. Quería comentaros además algo que me ha llamado la atención: el látigo. No es fácil usarlo sin hacerte daño. De adolescente, fui a un taller circense y veía entrenar a los domadores. Era muy fácil darte a ti mismo con el látigo si no lo controlabas. Las marcas que él ha dejado demuestran que, aunque no sea un maestro en la materia, sí sabe lo que hace. Eso requiere de un aprendizaje, quizás podáis empezar por ahí. Las marcas del látigo en Lucy Woodson indican que es más diestro. O no es la misma persona o ha mejorado enormemente entre el asesinato de Mary y el de Lucy, que es posterior, aunque el cadáver haya aparecido en primer lugar. Calculo que no media entre ambos más de dos meses.

Travis y Duncan se miraron el uno al otro. Había un circo instalado en la explanada del antiguo mercado. Llevaban bastante tiempo allí instalados. Era uno de esos circos que, a pesar de ser itinerantes, permanecían varias semanas en un mismo lugar. Se despidieron del forense y se subieron al

coche con intención de acercarse hasta allí, pero recibieron una llamada urgente que les hizo cambiar de planes.

—Venid inmediatamente —dijo Ralphie, de Delitos Informáticos— hemos dado con todas las contraseñas del ordenador de Zacher, el novio de Lucy Woodson, y esto es la hostia. Creo que no podré dormir en meses después de lo que he visto.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Travis.

—De pornografía infantil, tío. Esos hijos de puta... Él y su novia. Los dos.

Colter no soportaba ver en qué se había convertido Freya. Sabía que su vida, en muchos aspectos, había sido un infierno, pero aquel bloque de hielo era una ofensa a la adolescente dulce que había conocido en Oslo. ¿Tendría él algo que ver con esa frialdad? Todos tenían parte de culpa, seguramente: él, Skald y cada persona que se acercó a ella y la dañó, aun sin pretenderlo.

Tres años atrás, se había topado en un bar con uno de los promotores inmobiliarios más reputados de Florida. El tipo había bebido más de la cuenta y le estaba contando sus penas a un camarero, que lo aguantaba con estoicismo.

—¿Qué ocurre, Emmet? —le preguntó Colter, tras palmearle la espalda, sentarse a su lado y pedir ron.

—Joder, mira a quién me voy a encontrar, ¡al biógrafo de Skald! Sabes que la hijita de ese puto monstruo es una buena pieza... Hija de puta. Ha salido a su padre. Se lo estaba contando a mi amigo —dijo con voz pastosa de borracho mientras señalaba al camarero.

—¿¡Freya!?! —preguntó Colt, sorprendido. Tenía noticias de que apenas hablaba con nadie, de que era cerrada y altiva, de que carecía de sentimientos y se negaba a cualquier relación mínimamente estrecha, pero de eso a decir que era como su padre, iba un buen trecho.

—Sí, Freya, claro, ¿acaso tiene más hijas? —preguntó Emmet Durban. Por esa época aún nadie sabía de la existencia de sus otros hijos.

—¿Qué te hizo?

—¿Qué me hizo? ¡Qué no me hizo! —Dio otro trago largo a su whisky—. Llevábamos follando como tres meses y le dije que quizás deberíamos plantearnos hacer algo más que quedar en habitaciones de hotel. Yo qué sé, ir a cenar, a tomar una copa, al cine... Se negó. Le pedí que al menos dejáramos de follar en hoteles. Ninguno de los dos tiene pareja, ¿por qué no podíamos hacerlo en su casa o en la mía? Solo me dijo, a quemarropa, que lo nuestro se había acabado, se largó y me dejó allí, en la habitación del hotel, sin más explicaciones. La busqué, la perseguí para que me hablara. Lo único que hizo fue enviarme este puto mail esta mañana. —Lo buscó en su móvil y me lo leyó—:

Los términos de nuestro acuerdo estaban claros desde el principio. Te dije que no quería relaciones y que, si tú empezabas a querer algo más, daría por finalizado lo nuestro. Ha ocurrido así y he actuado como te dije que actuaría. Gracias por los momentos vividos, creo que lo pasamos bien juntos, pero se acabó. No sigas persiguiéndome ni acosándome. Si lo haces una sola vez más, te denunciaré y no sería bueno para tu carrera.

Emmet se quedó mirando a Colter, esperando quizás una confirmación de lo que él había dicho, que aquella mujer era una perra del averno. Como el periodista no dijo nada, siguió él:

—Hija de la gran puta. ¿Nuestro acuerdo? Habla como si fuera una transacción comercial. Era sexo del bueno, joder. No te imaginas lo bien que la traté, ¿y ahora esto? ¿Amenaza con demandarme si la acoso? ¿¡Yo la acoso por pedirle explicaciones!? Joder, la esperé a la salida de su casa y del trabajo varias veces, ¡porque quería respuestas! Y la muy puta usa lo que siento por ella en mi contra...

Colter no supo qué decir ni qué hacer, aparte de escucharlo. Volvió a darle

una palmada en la espalda.

—Será mejor que no te busques problemas. Ya tienes tu explicación, deja de seguirla.

—¿Estás de su parte o qué? —escupió mientras hablaba. Su borrachera ya comenzaba a ser considerable.

—Solo digo que, si no quiere hablar, no puedes obligarla y que, si es una hija de puta, como dices, pongas distancia entre ella y tú. Si es tan cabrona, te ha hecho un favor yéndose, Emmet. Piénsalo.

Él farfulló algo más, apenas comprensible y Colter supo que era el momento de subirlo a un taxi y enviarlo a su casa, pero se quedó buena parte de la noche en vela tratando de relacionar a esa mujer emocionalmente fría con la adolescente que él había conocido en Oslo y no, no la consideraba cruel por amenazar a Emmet con una demanda. Acosar a alguien le parecía injustificado siempre, hiciera lo que hiciera la persona en cuestión. Lo que Colter criticaba era la crueldad con la que ella había reaccionado ante los sentimientos de Emmet. ¿Era tan difícil para ella explicarle a alguien que siente algo por ti que lo vuestro no puede ser y hacerlo con un mínimo de respeto?

Unos meses atrás, el Asesino del vertedero se había convertido en Bert Olson y había sido extremadamente fácil hacerlo.

El verdadero Bert Olson era un pobre desgraciado cuya única familia, su madre, procedía de Sacramento y acababa de fallecer. Solitario, sin amigos, sin relación sentimental alguna, era la víctima perfecta. Se habían conocido en un comedor social, a pesar de que Bert no estaba sin blanca del todo, y a él le llamó la atención porque jamás se relacionaba con nadie. Se sentó a su lado e inició una conversación banal. Descubrió que Bert era un solitario por obligación, más que por decisión propia. Tenía miedo a ser rechazado y ni

siquiera intentaba entablar amistad con nadie, como les ocurre a quienes han sido ignorados por los demás, o peor: a quienes han sido objeto de burla.

Bert le contó toda su vida: no tenía amigos ni en Sacramento ni en Florida; tras la muerte de su madre, ya nada lo ataba a ninguna parte y decidió cambiar de aires; necesitaba un trabajo para abandonar el albergue en el que dormía; sin trabajo, nadie le alquilaba un apartamento. Fue idea del Asesino del vertedero que se presentara al puesto como personal de mantenimiento en el hospital Hammond, donde trabajaba Freya. El día que le comunicó que la entrevista había salido bien y que lo habían contratado, firmó su sentencia de muerte. Cuando todos los papeles estaban ya listos y su pase del hospital firmado y sellado, el Asesino del vertedero llevó a cabo su plan.

El cuerpo de Bert Olson apareció tiempo después dentro de un bidón con ácido. Estaba tan deteriorado que no pudo saberse su identidad. El asesino abandonó el bidón en un vertedero de otro estado, concretamente al sur de Georgia, y eso dificultaba aún más relacionarlo con una persona desaparecida de Florida. Además, Bert Olson no estaba desaparecido. El asesino lo suplantó. Se rapó la cabeza, al igual que él; comenzó a usar su ropa, la tarjeta de crédito que la madre de aquel pobre hombre había dado a su hijo con apenas doscientos dólares, pues compartían cuenta bancaria, ya que él no tenía trabajo; alquiló un apartamento inmundo, de esos que no te piden demasiados datos si pagas por adelantado, y comenzó a trabajar en el turno de noche del hospital Hammond, el mismo lugar en el que también trabajaba Freya Skald, tras cambiar magistralmente la foto de Bert por una suya en el pase que debía llevar en la chaqueta... El Asesino del vertedero tenía planes para Freya y le llevaría su tiempo, pero había dado el primer paso.

De eso hacía varios meses.

Travis y Kurt subieron a toda prisa hasta la tercera planta del edificio,

donde se encontraba Delitos Informáticos. Había un revuelo enorme y los detectives reconocieron de inmediato al jefe de la sección de pornografía infantil, Ed Stace. Él y Ralphie Wilson los esperaban. Aquello debía de ser gordo de verdad. Travis tragó saliva y respiró hondo. Nunca había podido afrontar aquel tipo de delitos que se cometían contra niños, pero, desde que había sido padre, lo soportaba aún peor.

—Esto es la hostia, tíos —dijo Ralphie—. Ese hijo de puta tenía cientos de fotos de niños pequeños.

—No os recomiendo que las veáis —intervino Ed y tanto Travis como Kurt estuvieron de acuerdo. Ambos sabían que Stace acudía a la consulta de un psicólogo desde que había comenzado a trabajar en la sección de pornografía infantil. Nadie podía permanecer impasible viendo lo que él veía. También tenían noticia de que había pedido un cambio de departamento, aunque significara rebajar su categoría, pues no había puestos disponibles para jefes de sección. Lo entendían. Ver lo que él veía y no perder la fe en el ser humano era imposible.

—No tengo el más mínimo interés en ver las fotografías, pero contadnos el resto —respondió Kurt.

—Agarraos porque es duro... Creemos que Lucy Woodson utilizaba su trabajo como maestra de primaria para acceder a los niños. Hay decenas y decenas de mails donde Zacher promete a gente anónima en la web profunda que conseguirá más material en el colegio. Debió de tomar las fotos en las distintas escuelas en las que fue maestra. Además, hay videos de ella con algunos niños y niñas mientras Zacher grababa y le daba indicaciones tras la cámara. Son muy duros, una mezcla de sexo y sadismo. Jamás había visto nada igual y mirad que he visto cosas terribles en este trabajo —dijo Ralphie. Ed calló, porque seguramente en su sección sí había visto cosas tan terribles como aquellas a diario—. Ahora nos estamos centrande en localizar los foros en los que se mueven, pero llevará tiempo. Estos tíos son profesionales. Quizás uno de los hombres de Jack White logre algo, porque lleva tiempo

infiltrado en un grupo y se ha ganado ya su confianza. Esperemos que haya suerte.

—De modo que esa es la conexión que el asesino tiene con Skald: él también es un justiciero.

—Hay algo más que ha llamado mi atención —empezó a explicar Ralphie—. Lucy Woodson tenía una cuenta de correo en la que recibió un par de invitaciones para eventos que tenían lugar en un local llamado La Casa del Dolor. Es un club sadomasoquista que se encuentra en South Beach. Aquí tenéis la dirección. —Le dio a Kurt un papel.

—Esto se está complicando cada vez más. Como en el caso de Skald, se hará un juicio paralelo en la calle y los medios. Habrá muchísima gente a favor de un asesino que liquida de las calles a gentuza como esta —dijo Travis.

Kurt asintió, antes de preguntarle a Ralphie:

—¿Has encontrado algo ya en el portátil de Mary Johns? Ella trabajaba en un comedor social donde hay muchos niños. Me temo que vamos a toparnos cosas muy turbias también.

—No he tenido tiempo. Ahora que acabé con el de Zacher, me pondré con el de Mary. ¿Cuándo vais a llevar a la doctora Skald y a Bronstein a ver al Monstruo?

—Mañana a primer hora —respondió Kurt.

—Esperemos que tengáis suerte y lo pillemos pronto —dijo Ralphie.

—Pues qué queréis que os diga —comentó Ed Stace—, si limpia las calles de este tipo de gentuza tan difícil de encontrar para la policía, no me preocupa tanto que ande suelto.

—Joder, Ed... Somos policías, cojones. No podemos apoyar que la gente se tome la justicia por su mano y menos todavía tipos que hacen salvajadas como estas—dijo Travis.

—Tú no llevas dos años viendo lo que yo he visto, Duncan. No tienes ni puta idea de lo que esa gente llega a hacerles a esos niños. No, no me da

ninguna lástima de lo que el asesino le haga a ese tipo de gente. Para mí, el Asesino del vertedero está haciendo una labor de limpieza muy necesaria. Llega donde la policía no puede llegar.

—Entonces, ¿qué nos diferencia de un asesino, si justificamos un asesinato, por depravada que sea su víctima? —le preguntó Travis.

—Nunca te vi tan magnánimo con tu padre, Duncan. El Monstruo de Florida sí merece la muerte, ¿pero el resto de los asesinos no? No juzgas igual lo que te duele que lo que no te duele. A tu padre lo quieres muerto para que desaparezca de tu vida. El resto de los asesinos no te molestan tanto y ahí te puedes poner moralista y hablar de lo salvaje que es la pena de muerte.

—Sí, la pena capital me parece salvaje. Nunca he dicho que Skald merezca morir, pero no me apenaré cuando lo frían en la silla eléctrica, que es distinto. Y no vuelvas a decir que es mi padre. Un padre es otra cosa, no el que solo aporta un puñado de espermatozoides.

—Vámonos, Trav. Hay mucho trabajo que hacer —intervino Kurt, para sacarlo de allí y que aquellos dos buenos policías no siguieran con una discusión que no conducía a ninguna parte.

Travis y Kurt iban en el coche camino de South Beach. Llegarían a La Casa del Dolor en unos veinte minutos si el tráfico no empeoraba.

—Lo que vamos a encontrar en el ordenador de Mary Johns va a ser la hostia también, ya lo verás... —dijo Kurt, que iba al volante.

—Lo sé. Por eso el asesino escribió, en la nota que le metió en la boca, que la joven le recordaba a Gina Kelso, una de las mujeres asesinadas por Skald. ¿Te acuerdas de quién era Gina?

—Joder, claro. La hija de puta que pedía a sus novios que abusaran de su hija de nueve años delante de ella y lo grababa y hasta participaba en la orgía y luego compartía los videos en foros de pederastas y pedófilos. ¿Qué fue de

la niña, por cierto?

—Ni idea. Asumieron su tutela los Servicios Sociales y le perdí la pista. La madre conoció a Skald en un bar donde trabajaba como camarera. Se habían acostado unas cuantas veces cuando le propuso que la niña entrara en el juego. Le enseñó una foto y todo. Skald entró en su casa por la noche. La niña declaró en el juicio que él le había llevado un peluche y una caja de caramelos y le había dicho que las cosas se arreglarían, que su madre no le haría daño nunca más. Se la llevó de su dormitorio, entró disfrazado en la sala de urgencias del hospital y la dejó al cuidado de una enfermera. Regresó después a la casa, donde había sedado previamente a la madre, la secuestró y la retuvo en su sótano de Fort Lauderdale. Se ensañó con ella durante días y días. Cuando la niña bajó del estrado, tras declarar, corrió hacia Skald y lo abrazó.

—Lo sé —dijo Kurt—. Yo estaba allí, en la sala.

—Vi en comisaría la cinta del juicio que habíais grabado.

—Entonces no oíste lo que oí yo, que estaba dos bancos más atrás que Skald. La niña lo abrazó y le dio las gracias. Él la besó en la frente y le dijo: «Ya estás a salvo, pequeña».

Travis iba a decir algo, pero su teléfono sonó. Era Alana. Escuchó lo que ella le decía y se puso nervioso.

—¿Pero estás bien? —Volvía a escuchar a su mujer—. Voy para allá inmediatamente. ¿Dejaste a la niña con Olivia? De acuerdo. Llego en diez minutos.

—¿Qué pasó? —preguntó Kurt, preocupado.

—Alana está en el hospital. Dice que ha tenido contracciones.

—Tranquilo, ¿vale? Te llevo para allá.

—Tendrás que ir sin mí a La Casa del Dolor.

—No pienses en eso, Trav.

—Puedes llevarte a uno de los novatos, que esté allí calladito y aprenda.

—Yo me ocupo de eso —dijo Kurt—, tú piensa solo en Alana y en el niño.

Travis asintió.

Freya salía tarde de trabajar aquella noche, como tantas noches, pero esta vez salía a las carreras porque debía ir a la gala anual que el Colegio de Psiquiatras celebraba para recaudar fondos. Era una de las organizadoras, además. Cerró con llave su despacho y vio al hombre de mantenimiento al fondo del pasillo. Llevaba el mono verde, de manera que hacía la doble función: mantenimiento y limpieza. Se acercó a él con prisas.

—Perdone... ummm... —Miró la tarjeta identificativa prendida a su mono para llamarlo por su nombre—. Perdone, Bert, ¿podría recoger los papeles de mi despacho hoy, por favor? Sé que tendrá que hacer mucho esta noche y que la recogida para el reciclado es mañana, pero he destruido documentos y está la papelera hasta los topes. Mañana tengo que destruir más documentos y la necesito vacía. Lo haría yo misma, pero voy con el tiempo justo para la gala del Colegio de Psiquiatras.

El Asesino del vertedero la miró por primera vez a los ojos. La tenía a menos de un metro de distancia. El corazón se le aceleró.

—Por supuesto.

—Mi despacho es el... —No le dio tiempo a completar la frase.

—El 421. Sé quién es usted, doctora Skald. Descuide, esta noche sacaré el papel de su despacho. —Sonrió.

Freya también le sonrió.

—Muchas gracias, de verdad. Sé que le estoy pidiendo algo que no le corresponde hacer hoy.

—No se preocupe, no hay problema. —Seguía sonriendo, mirándola.

Freya hizo una inclinación de cabeza justo antes de desaparecer en el ascensor. El Asesino del vertedero seguía sonriendo. Buscó la llave en el enorme manajo que llevaba colgado en el cinturón del mono y entró en el

despacho.

Colter Bronstein llevaba muchos años recibiendo, de manera anónima, la invitación anual a la gala benéfica del Colegio de Psiquiatras de Florida, pero nunca había ido, precisamente para evitar encontrarse con Freya. Daba por supuesto que ella no deseaba tal encuentro y no quería incomodarla. Jamás antes se había preguntado quién le enviaba aquella invitación. Era más que evidente que invitarlo no era idea de Freya.

La primera vez que la había recibido, llamó a la sede central para informarse y lo único que le dijeron fue que alguien había pagado una cuota elevada para que durante los siguientes años él recibiera dicha invitación. Creyó que sería el departamento de Marketing del hospital, que buscaría personas más o menos notorias del estado para dar cierto renombre al acontecimiento y que saliera en la prensa, pero la verdad es que esa gala siempre había contado con la asistencia de personalidades de distintos campos y no necesitaban marketing de ese tipo. Colter no había pensado en ello más, después de esa primera vez. Simplemente tiraba a la basura la invitación en cuanto la recibía por correo, pero este año era diferente porque sí iba a ir.

Vistió un *smoking* negro que no utilizaba desde el año anterior, cuando había asistido en Nueva York a la gala de los Premios de Periodismo para recibir su galardón a la mejor crónica política. Llegó tan puntual que fue de los primeros. No quiso esperar a que el Pérez Art Museum, donde tenía lugar

el evento, se llenara de gente, pues eso haría más difícil encontrar a Freya y poder hablar a solas. Tenía que arreglar las cosas, ella no se podía permitir el lujo de ser orgullosa cuando un asesino andaba suelto y Skald solo les daría información a ellos. Caminó hacia el Parque del Bicentenario, frente a la Bahía Biscayne y observó el impresionante edificio diseñado por Herzog y de Meuron. Subió la escalinata blanca entre las altas columnas y se dirigió a la sala de eventos. Enseñó la invitación a los guardias de seguridad y por fin pudo acceder al local. Aún no había llegado demasiada gente, pero no vio a Freya por ninguna parte. Se paseó entre los invitados, saludando a algunos conocidos y siendo presentado por estos a personas que no le interesaban. Observó las fotografías que decoraban las paredes de la sala y donde se mostraba las mejoras llevadas a cabo en el ala de psiquiatría del hospital Hammond. Los invitados fueron llegando y en pocos minutos el local estaba a rebosar y el champán y los canapés volaban de las bandejas de los camareros, que no dejaban de pasearse de un lado para otro. Entonces escuchó la voz de Freya.

—Muy buenas noches, señoras y señores —dijo, captando la atención del público, que silenció las charlas y se volvió hacia el escenario para escucharla. Llevaba un vestido largo azul eléctrico con escote en forma de corazón y el pelo recogido en un moño alto. Estaba espectacular—. Quiero darles las gracias en mi nombre y en el de todo el equipo de psiquiatría del Hammond por estar hoy aquí y por sus generosísimos donativos. Este es el séptimo año que esta gala se lleva a cabo, cada vez con mayor éxito. Gracias a ustedes, la gente sin recursos de esta ciudad podrá tener una atención psiquiátrica de calidad, independientemente de su poder adquisitivo. Me gustaría dejarlos ahora en compañía de mi antecesor en el cargo y también mi mentor, el artífice de que esta gala se pusiera en marcha por primera vez y que es presidente honorífico de nuestra asociación, mi querido y admirado doctor Bartholomew Waterhouse.

Un hombre de cabello blanco y mucho más ágil de lo que cabría esperar

para los años que aparentaba subió al escenario y le dio un efusivo abrazo a Freya, que lo dejó frente al micro y descendió para perderse entre la multitud. Desde lejos, Colt vio que se dirigía a un pasillo lateral y, antes de pensar siquiera en lo que hacía, sorteó la enorme cantidad de gente que los separaba y tomó la misma dirección que ella. Cuando al fin llegó, se dio cuenta de que estaba discutiendo con un hombre no demasiado alto y que llevaba unas gafas de pasta negras. Lo reconoció como uno de los neurocirujanos más eminentes del momento, un médico estrella de los que operaba lo inoperable, más por puro ego que por deseo de ayudar al prójimo, o al menos eso había opinado Colter de él tras verlo en una entrevista por la televisión.

—Me siento acosada, Peter. Ya basta —le estaba diciendo Freya con frialdad.

—¿Acosada? ¿Por mí? Resulta que ahora soy un acosador por tratar de que des una explicación coherente, ¿es eso? —Parecía que estaba a punto de perder los nervios.

—La explicación te la di hace cuatro meses. No quiero seguir quedando contigo. No me siento cómoda. No hay nada más de qué hablar, acéptalo —ella seguía sin perder la compostura.

—¿Aceptarlo? Un día estamos bien y al otro no quieres seguir conmigo, ¿qué cojones pasó, me lo quieres explicar?

Ella mostró un gesto de fastidio.

—Los dos sabíamos que la relación era informal, que iba a durar lo que tardáramos en dejar de divertirnos y ya no me divertía, Peter. Las cosas empezaron a tomar un tinte dramático cuando me negué a ir contigo a la fiesta del club y, sinceramente, no entiendo el drama que armaste.

—¡Llevábamos acostándonos cinco meses y no quisiste ir conmigo a una puta fiesta, Freya! No sé qué esperabas, ¿que siguiera siendo tu secretito y me mantuviera callado en un rincón?

—No eras mi secretito. Teníamos una relación informal, que es distinto. Si lo nuestro fuera un secreto, no habríamos salido de copas, ni a cenar, nos

hubiéramos escondido entre las cuatro paredes de una habitación para que nadie nos viera. Mi problema no era que nos vieran, mi problema era ir como pareja, porque nunca hemos sido pareja. Creía que ambos lo teníamos claro.

Él masculló algo que Colter no logró entender, justo antes de despedirse.

—Eres una hija de puta sin corazón —gritó, cuando ya estaba a unos metros de distancia. —Después desapareció por una puerta que había a la derecha y Freya se quedó unos segundos allí de pie, con la mirada perdida. Colter se acercó para ver cómo se encontraba.

—¿Estás bien? —le preguntó, logrando sobresaltarla. Ella se dio la vuelta para enfrentarlo. Unos cabellos del flequillo se habían soltado de su perfecto peinado y le daban un aire más humano. Lo miró muy seria antes de responder.

—¿Qué haces aquí?

Colter se acercó un poco más a ella, hasta dejar entre ambos apenas un metro de distancia.

—Eso es lo de menos ahora. Lo que me interesa es saber si estás bien.

Ella no respondió de inmediato. Frunció los labios.

—¿Te he preguntado qué haces aquí, Bronstein? —insistió.

—Me enviaron una invitación gratis la semana pasada. De hecho, me la envían desde hace años. Nunca había hecho uso de ella hasta hoy. Creí que en medio de un ambiente festivo sería más fácil hablar contigo sin entrar en conflictos.

—Lo que me faltaba —dijo ella, con tono cansado.

—Quizás no haya sido buena idea venir. Perdona —murmuró.

—¿Y te das cuenta ahora? ¿¡Ahora!?! Hace unas horas, mientras te ponías tu elegante *smoking*, te pareció una buena idea venir a la fiesta que llevo meses organizando, aun sabiendo que tu presencia me incomoda.

Colter tomó aire.

—Llevo veinte años queriendo disculparme, Freya, pero sabía que no querías verme ni escucharme y lo último que pretendí siempre es

incomodarte.

—¿Y qué te hace pensar que ahora no me incomodas? —Freya alzó las cejas, esperando la respuesta.

—El otro día, en comisaría, rompimos el hielo de estos veinte años. Creí que era el momento, precisamente porque debemos enfrentar juntos asuntos muy serios, como la visita a tu padre.

Hubo un silencio pesado durante varios segundos.

—No quiero tus disculpas, Colter. Ha pasado mucho tiempo, casi una vida. Es absurdo pedir perdón ahora, cuando ya no sirve de nada.

—Freya...

Ella estaba mirando al suelo, parecía cansada. Alzó la mirada cuando él pronunció su nombre.

—Está bien —dijo él—, si no sirve de nada, no lo haré, pero al menos déjame que te diga que dar con el asesino de estas mujeres debería estar por encima de nuestros conflictos, a no ser que tu orgullo te lo impida.

—¿Estás intentando manipularme? ¿En serio? —Sonrió—. Quieres asegurarte de estar en primera fila para poder contarlo en primicia, ¿no?

—Estoy intentando hacerte entrar en razón, solo eso. ¿Tengo que caerte bien para que vayas a esa cárcel conmigo? ¿Tenemos que ser amigos del alma o algo así? —Empezaba a estar harto de que ella lo tratara de aquel modo. Ella y todos los hijos de Skald.

—Con que mi acompañante fuera un tipo medianamente íntegro me bastaría.

—Pues vas a tener que conformarte conmigo, que según tú soy tan poco íntegro, o aceptar la responsabilidad de la próxima mujer que aparezca violada y torturada en un vertedero. Tú verás lo que decides.

Se dio media vuelta y comenzó a alejarse.

—¿Quieres saber quién te ha estado enviando las entradas para esta gala año tras año? —le preguntó Freya, alzando la voz.

Colter se giró para mirarla. No le hizo falta decir ni una sola palabra, ella

respondió igual.

—Mi padre —dijo.

—¿¡Skald!? ¿Por qué? —Estaba confundido.

—Por lo mismo que te hablaba de mí con insistencia cuando ibas a entrevistarte con él a la cárcel. Por lo mismo que te pagó el viaje a Oslo a ti para que averiguaras si yo estaba bien. Por lo mismo que preparó encuentros entre Olivia y Kurt durante años.

—¿Qué quieres decir? —Frunció el ceño.

—¿No te das cuenta de que te está manipulando, arrastrándote hacia mí una y otra vez? Porque yo he atado cabos.

—¿Estás diciéndome que Skald quiere que tú y yo...? —Ni siquiera sabía qué palabra utilizar.

—Exactamente. ¿Sigues creyendo que hay algún interés en Skald por las víctimas? No, su interés somos tú y yo. Nos considera los simples peones del juego que quiere finalizar antes de que lo lleven a la silla eléctrica. Que te cuente Kurt todo lo que hizo para que él y Olivia se enamoraran. ¿Sigues deseando que vayamos juntos a la cárcel para entrevistarnos con él?

—Sí —dijo Colter, sin titubear—. Hay que detener a ese asesino como sea, es urgente. Lo demás no me importa. Lo que él pretenda conseguir me da lo mismo.

La Casa del Dolor se encontraba en South Beach, concretamente en la avenida Collins, en una casa independiente de estilo *art déco* y tres plantas que habían pertenecido al club sadomasoquista desde 1923. Kurt Donahue, acompañado de la agente Lisa Prendes, había llegado ante su puerta a última hora de la tarde. Nada más llamar al timbre, la puerta se abrió automáticamente y accedieron a un pequeño *hall*. Tuvieron que llamar de nuevo a una campanilla y, en esta ocasión, una mujer vestida solo con unos

altos tacones y un collar de perro en el cuello abrió la puerta.

—Buenas tardes, ¿tienen invitación? —preguntó con una media sonrisa.

Kurt enseñó su placa. Como Lisa y él iban vestidos de calle, sin el uniforme de la policía, aquella joven los había confundido con clientes.

—Policía de Miami Dade. Tenemos que hablar con el director. Traemos una orden.

La joven se quedó indecisa unos segundos, sin saber si dejarlos pasar o no.

—¿Pueden esperar un momento aquí, por favor? —preguntó, un poco nerviosa. Cerró la puerta, que volvió a abrirse unos cinco minutos más tarde, pero esta vez tenían ante ellos a un hombre imponente de un metro noventa y unos cuarenta años.

—Mi nombre es Hausser. Soy el máster de esta casa. ¿En qué puedo ayudarle? —dijo, con voz profunda, mirando a Kurt. Ni siquiera se había fijado en Lisa Prendes, que se encontraba en un rincón oscuro del *hall*.

Kurt volvió a enseñar su identificación.

—Necesitamos hablar de un asunto muy delicado: el asesinato de una pareja que probablemente frecuentara su club.

Él frunció el ceño.

—Pase —dijo. Fue en ese momento cuando Lisa salió de las sombras para seguir a Kurt y Hausser la vio. Ella a penas se atrevió a apartar la mirada de la espalda del detective Donahue y cuando lo hizo para mirar al máster, la bajó de inmediato, provocando en él un arqueamiento de cejas.

Los hizo pasar a un amplio despacho con las paredes pintadas en un tono gris oscuro y con los muebles negros y brillantes. Había una serie de vitrinas donde se exponían lo que a Kurt se le antojaron como viejos instrumentos de tortura, desde látigos hasta pezoneras, y que captaron toda la atención de la agente novata Lisa Prendes. Ambos tomaron asiento en las sillas que había frente al escritorio de Hausser.

—Antes de nada, quiero decirles que esta casa tiene todos los permisos en regla y que jamás hemos sido denunciados por nadie —recalcó el máster.

—Lo sé, señor... Perdona, pero no consta ningún señor Hausser como dueño o gerente de este lugar —comentó Kurt.

—Todos utilizamos pseudónimos aquí. Hausser es el mío. Mi verdadero nombre es Trent Van Der Leim.

—¿Es el gerente, no es así?

—Soy el máster.

—Perdona, pero no estoy familiarizado con los términos de este negocio —Kurt se excusó con una sonrisa.

—Esta casa es una especie de cooperativa. Hay un número determinado de socios que aportan un capital. Se elige al máster por votación entre aquellos que llevan siendo socios más de diez años. O sea que sí, podría decirse que soy el gerente.

—Bien, la pareja de la que vengo a hablarle es esta. —Puso sobre la mesa un par de fotografías—. Lucy Woodson y su prometido, Milton Zacher. ¿Han estado aquí?

Hausser se inclinó hacia delante para observar las fotografías y frunció los labios.

—Sí, estuvieron aquí en varias ocasiones. Yo los conocía como Perséfone y Ares, una pareja de dominantes que venían a jugar con esclavos y esclavas, pero tuvimos que pedirles que no volvieran.

—¿Puedo saber por qué?

—Hicieron daño a una de las esclavas de la casa.

Kurt se sorprendió.

—Perdona, pero creí que de eso iba el sadomasoquismo —le dijo a Hausser. No fue él quien respondió, sino Lisa Prendes, que había permanecido muda e inamovible hasta ese instante.

—El sadomasoquismo va de dolor, no de daño —explicó. Hausser clavó su mirada en ella, muy serio.

—Efectivamente, justo es eso. No es lo mismo el dolor que el dominante inflige y el sumiso o esclavo recibe porque ha aceptado recibir, incluso lo

desea, que aquel que se le provoca en contra de sus deseos. Perséfone y Ares se excitaban con el daño, no con el dolor, así que les prohibimos la entrada y alertamos a otras casas.

—A ver, me estoy perdiendo con esta terminología. ¿Lo que usted llama casa es el club? —preguntó Kurt.

—No, un club de BDSM y una casa son cosas distintas. El club tiene un dueño que se beneficia económicamente de lo que la gente paga para entrar y jugar en él. En las casas, el máster no gana ni un centavo, administra el dinero de los socios para que la casa y sus instalaciones estén en buen estado, para que haya material de buena calidad. Esta casa no tiene un dueño, pertenece a una empresa creada a principios del siglo XX que tiene como nominativos a todos los socios. El dinero nunca se usa para las necesidades de nadie, sino para la casa.

—Comprendo. Dice que avisó a otras casas de cómo eran ellos. ¿Puede decirme lo que hicieron?

—Se les explicó cuáles eran los límites que no debían ser sobrepasados y aun así los traspasaron. Fui yo quien entró en la mazmorra al escuchar gritar a la esclava. Aquí los gritos son habituales, pero no así y no de ella. La conozco desde hace quince años. Ante la duda, preferí intervenir. Los expulsamos inmediatamente. ¿Le han hecho daño a alguien?

—No, los dañados han sido ellos. Han salido en las noticias. Ella apareció en el vertedero de Pompano Beach y él, degollado en el maletero de su coche. Hausser palideció.

—No creerán que alguno de nosotros los mató para vengarse de lo que le hicieron a la esclava, ¿verdad? Aquí entra mucha gente confundida queriendo ser socios. Más pronto que tarde, acaban mostrándose cómo son realmente. En el mundo del BDSM recalca mucho malnacido que cree que esto va de maltrato y esto no va de maltrato, sino de consenso. El sumiso tiene el poder de decidir qué le deja hacer al dominante.

—Entiendo que Lucy Woodson y su prometido no eran socios, ¿no?

—Por supuesto que no. Vinieron en tres o cuatro ocasiones nada más. Para ser socios se necesita un periodo no inferior a dos años donde los dominantes demuestran no solo su buen hacer en las prácticas de la mazmorra, sino que su ética del BDSM coincide con la de la casa.

—¿Los dominantes? Es decir, que los sumisos no pueden ser socios.

Hausser emitió una pequeña risa.

—No, la parte sumisa no es socia de la casa. Accede de la mano de la parte dominante o son sumisos y esclavos de la casa, es decir, personas a quienes les excita no tener un dueño, sino ser propiedad común, digamos, y responder solo ante mí para ser cedidos a los socios. —Al terminar de decirlo, le dedicó una mirada rápida a Lisa Prendes, que se sonrojó.

—¿Podría hablar con la esclava que tuvo el problema con esta pareja? —preguntó Kurt.

—Por supuesto. Si me da un teléfono, le pondré en contacto con ella.

Después de que el detective Donahue le diera una tarjeta, se despidió de Hausser y este los acompañó hasta la puerta. Lisa Prendes, en un arranque de valentía, levantó la vista hacia el máster para descubrir que él también la estaba mirando. Era unos treinta centímetros más alto, atlético y atractivo. De él emanaba ese poder, esa educación y esa amabilidad que ella había asociado siempre con los verdaderos dominantes.

Se subió al coche y se puso el cinturón. Kurt arrancó y, cuando se incorporaron a la autopista, le preguntó:

—¿Ya conocías al tal Hausser?

Ella se sorprendió.

—No, ¿por qué?

—Me pareció que os conocíais por cómo te miraba, pero puede que en realidad te reconociera como una afín.

—¿Afín? —Lisa se puso nerviosa.

—Sí, ya sabes, alguien a quien también le va el BDSM.

—¿De dónde sacas eso? ¿Lo dices porque expliqué la diferencia entre dolor

y daño? Eso lo sabe cualquiera que haya leído varias novelas de esas que están tan de moda ahora, ya sabes —trató de explicarse.

—No hace falta que te pongas a la defensiva conmigo. Lo que te gusta me da igual, pero, siendo policía e hija de quien eres, debes tener cuidado si te metes en ese mundo, ¿vale? Si algún día tuvieras problemas, yo estoy para ayudar.

—No me voy a meter en ningún mundo —dijo ella, muy seria.

—Lo que tú digas —respondió Kurt.

Hicieron el resto del viaje hasta la comisaría en silencio.

Lisa era hija del comisario Prendes, el jefe de policía, y acababa de llegar al cuerpo. Había pasado las pruebas con unas notas excelentes, pero, para su desgracia, nunca dejaría de llevar sobre sus hombros el peso de ser hija de quien era. Mucha gente dudaría siempre de su capacidad, pensarían que su padre la había favorecido. Si encima se filtraba que tenía unos gustos sexuales fuera de lo convencional, acabaría convertida en objeto de burla por el resto de su vida. A Kurt le preocupaba porque era una buena policía, tenía madera y sería una lástima que su carrera se viniera abajo por algo tan tonto como lo que le gustaba hacer en la intimidad.

Alana estaba hospitalizada en el Hammond. Freya había ido a verla la tarde anterior, cuando acabó su turno y se marchó un poco preocupada. Los médicos le dijeron que había tenido amenaza de parto y que lo mejor era tratar de alargarlo para que se cumplieran las semanas previstas, por el bien del bebé, así que estaría el resto del embarazo en reposo.

Kurt había ido aquella misma mañana con Olivia y la pequeña Melissa, para que su madre pudiera verla. La revolución hormonal era de tal calibre que Alana lloraba hasta viendo anuncios de pañales. No ver a su hija la estaba desquiciando, así que Kurt prometió llevársela cada día un rato. En esa ocasión, el detective Donahue iba con mucha prisa, pues había quedado con Freya y Colter en la cárcel para ir a ver a Skald.

—Siento dejarte colgado con el caso —le dijo Travis en el pasillo del hospital, mientras se despedía de Melissa y Olivia—, pero me perdí el nacimiento de Melissa y no me pasará lo mismo con Erik. Debo estar aquí.

—¡Por supuesto que debes estar aquí! —le dijo Kurt—. No pienses en el caso, lo tenemos todo controlado. Piensa en estar con Alana. ¿Ya has entregado los papeles?

—Sí, se los di ayer al comisario. Me dijeron que estabas con la hija de Prendes en La Casa del Dolor. He pedido una excedencia hasta que nazca el niño. Después, me concederán las semanas que me corresponden.

—Has hecho bien. Te mantendré al tanto de todo, ¿de acuerdo? Ahora debo

irme. No quiero llegar tarde a la cárcel. Esperemos que Skald cante todo lo que sabe cuando vea a Freya y a Colter.

Travis asintió, pero sabía que el Monstruo era demasiado listo como para contarle todo de buenas a primeras.

Freya dejó el coche en el aparcamiento de la cárcel y se tomó unos minutos antes de bajarse. El corazón le latía tan deprisa que creía sentir su martilleo en los oídos. Respiró hondo, pero aquello no la ayudaba a tranquilizarse.

No volvió a ver a su padre cara a cara desde que lo había descubierto en el sótano de su casa torturando a aquella mujer, veintidós años atrás. Al principio, su abuelo materno, que fue quien obtuvo su custodia, le impidió ir a visitarlo, por más que ella se lo rogó. Freya sentía que tenían una conversación pendiente, así que le envió una carta a la cárcel. Él le respondió que su abuelo tenía razón, que si quería tener una vida normal, debía prescindir del lastre de ser hija suya. Le dijo que siempre estaría para ella cuando lo necesitara, pero que no debía aferrarse a su relación, porque le haría daño. Aquella era la época en la que Charlton Devon, su abuelo, decidió cambiarle el apellido sin consultar con ella. También era la época en la que Freya contactó con su bisabuelo, Arvid Skald, para pedirle que luchara por su custodia. Arvid era un hombre aún joven. Los Skald siempre habían sido padres muy jóvenes. Tenía setenta y cinco años y un nieto de cuarenta, precisamente porque su hija Gudrun había tenido al Monstruo de Florida a los quince. Freya no conocía a su bisabuelo, pero, tras un año de llamadas telefónicas y múltiples cartas, decidió que su felicidad estaba en Noruega con aquel profesor de matemáticas jubilado, y con el resto de los Skald, no con los Devon y su manía que querer arrancarla de un pasado que era el suyo, aunque fuese monstruoso.

Freya salió del coche, pasó todos los arcos de seguridad y se encontró con

Colter y Kurt en la sala de visitas. Todo era gris y frío. Los espacios eran inmensos, pero ella sentía que se ahogaba. ¿Cómo habría podido soportar su padre estar allí encerrado tanto tiempo?

—Os dejo aquí. Debo irme. Skald no quiere que esté presente nadie más que vosotros —dijo Kurt—. Tratará de llevaros a su terreno y charlar sobre otros temas, pero no se lo permitáis. Que hable sobre el asesino, ¿de acuerdo?

Ambos asintieron. Mientras Kurt se alejaba, ellos tomaron asiento. Colter estaba en silencio, pero mucho más entero que ella. Había hablado allí mismo muchas veces con Skald. Freya, en cambio, tenía el rostro desencajado.

Hans Henning Skald apareció al fondo del pasillo, arrastrando los pies y las cadenas y flanqueado por dos guardias. Justo cuando distinguió a Freya, sus pasos se detuvieron una fracción de segundo, para después caminar con más rapidez. Antes de saber siquiera lo que hacía, ella se levantó del banco. Colter miraba la escena como un observador externo, sintiéndose de más en aquel momento cuya intensidad podía casi masticarse.

Skald llegó hasta la mesa, pero no se sentó. Al otro lado, Freya lo miraba, también de pie. Ambos tratando de contener una emoción que se desbordaba. Veintidós años habían pasado. Veintidós.

—*Pappa* —balbuceó ella en noruego—. *Pappa*.

Entonces Colter vio al Monstruo de Florida llorar. Las lágrimas le empañaron los ojos y recorrieron sus mejillas ajadas en cuanto él parpadeó. Extendió la mano para acariciar a su hija, pero uno de los guardias adelantó la porra y lo obligó a bajar el brazo.

—Sabes que está prohibido tocarse, Skald —le dijo.

—Te lo ruego, Bobby. Solo un segundo —pidió él con un tono que debería haber sido de súplica y en cambio era de pura rabia. El guardia negó con la cabeza y el Monstruo emitió un gruñido de impotencia que retumbó en la sala vacía. Se agarró como un animal arrinconado al borde de la mesa, como si quisiera partirla en dos, y agachó la cabeza. Colter miró entonces a Freya y descubrió que también lloraba. Vio cómo adelantaba el cuerpo tan solo unos

milímetros para tocar con su cabeza la de su padre, como hacen los gatos con sus crías, un gesto de afecto y familiaridad primitivo y salvaje. Fue un segundo apenas, porque enseguida los separó el guardia, que tiró de Skald para obligarlo a sentarse en el banco, pero a ella le dio tiempo a murmurarle algo en noruego que lo tranquilizó al instante. Sentados ambos ya, uno frente al otro, asintieron, como si tuvieran una conversación telepática, y se calmaron. Colter jamás había visto nada semejante. Frente a su hija, el Monstruo de Florida se transformaba en otra persona.

—Tenéis que hablar en inglés —dijo el guardia, tras escucharla a ella susurrar algo en noruego. Skald se recompuso y sonrió. Se fijó en Colter, al que no había mirado hasta ese momento.

—Me alegro de verte, Colt —le dijo. Se echó un poco hacia atrás y los miró a ambos juntos, uno al lado del otro, Freya y el periodista, y su sonrisa se volvió más amplia.

—Lo mismo digo, Hans —respondió él. Se giró hacia Freya y vio que aún estaba afectada, así que decidió tomar las riendas de la conversación—. Nos querías aquí para hablar y ya nos tienes. Tú dirás...

—No tan rápido.

—El tiempo corre. Esas mujeres están en peligro, Hans.

—Imagino que la policía ya ha empezado a averiguar quiénes eran de verdad esas dos mujeres, ¿no? No son angelitos. No son inocentes, así que tampoco veo la prisa por cazarlo. Vuestro asesino está limpiando la ciudad —giñó un ojo.

—Si te callas, permites que mueran más mujeres —dijo Freya, que sí sabía cómo hacer entrar en razón a su padre—. Si no impides que ocurra, eres culpable indirecto de sus muertes y le prometiste a Olivia que no volverías a matar, así que no hagas trampa.

Skald estiró la espalda y miró a Freya muy serio.

—¿Me crees capaz de no cumplir la palabra que le di a una de mis hijas?

Ella se mordió el labio antes de responder.

—No.

—Exactamente: no. Esas mujeres ya están muertas y no puedo hacer nada por evitarlo. Cuando me enteré de los datos de la primera, se lo dije al alcaide, pero él no me hizo caso. Cuando me enteré de los datos de la segunda, supe también que todas estaban ya muertas, las cuatro.

—¿Cuatro? —preguntó Colt.

—Sí, cuatro que llevan muertas un tiempo y Lucy Woodson. En total, cinco. No estoy ocultando información que salve vidas. Él ya ha cumplido con su misión. Ha matado a las cinco mujeres que pretendía matar. La policía encontró a Lucy la primera, pero es la última, en realidad. Las otras cuatro llevan desaparecidas mucho tiempo. Mi pregunta es ¿qué queréis saber hoy, los nombres de las víctimas o lo que sé del asesino? Porque no os lo voy a contar todo de golpe.

Colter respondió sin consultarlo con Freya.

—Lo que sepas del asesino. A la policía le será más útil. Por las víctimas ya no podemos hacer nada, si es cierto lo que nos cuentas.

—Es cierto, no os he hecho venir para deciros mentiras. —Sonrió—. Y hablando de lo que habéis venido a hacer aquí, hay algo que me gustaría comentar antes de hablaros del asesino.

—¿Sobre qué? —preguntó Freya.

—Hace un tiempo, le pedí a mi abogado que localizara a Colter. Había recibido información sobre Travis, llevaba buscándolo toda la vida y quise que Colt diera con él, que averiguara si verdaderamente era hijo mío. ¿Sabes dónde estaba? En Nápoles, aunque él me mintió, me dijo que estaba en Sorrento para que yo no atara cabos. Pero no los hubiera atado, Colt. No sabía que Freya estaba en Italia. La prensa no dijo su nombre cuando la noticia se filtró, además, así que es curioso que tú te enteraras.

El periodista palideció.

—¿Qué? —Freya no entendía.

—Colter estaba en Nápoles justo en la época en la que tú tuviste aquel

problemilla en la universidad —explicó su padre.

Freya había ido a dar unos cursos de postgrado en la universidad Federico II y se produjo un robo de información en el departamento de Física. Como Freya era titular en ese momento de la Universidad de Miami y ambas universidades habían emprendido una carrera para lograr un contrato con la NASA, la policía creyó que se trataba de un asunto de espionaje industrial, que ella era la responsable de dicho robo. Contra ella solo había pruebas circunstanciales, pero parecía que todo la señalaba. El asunto pintaba muy feo y, hasta que se descubrió al verdadero responsable, que ni siquiera estaba vinculado con la Universidad de Miami, estuvo retenida por la policía.

—No te entiendo —Ella lo miraba con cara extrañada.

—Lo que quiero decir es que Colter tardó solo cincuenta y cuatro horas en llegar a Nápoles desde que se enteró de tu problemilla con las autoridades y revolvió cielo y tierra para exculparte. La investigación la llevó a cabo él y se la presentó a la policía. Colter descubrió al verdadero culpable, pero no quiso que su nombre saliera a la luz. ¿Verdad, Bronstein, que le dejaste todo el mérito a la policía napolitana?

Él no respondió. Freya lo estaba mirando anonadada.

—Y ahora sí —dijo Skald—, os voy a decir lo que sé del asesino... Casi todo. Si os lo digo todo, no volveré a veros y sería una tragedia.

Era tan insistente la mirada de Freya sobre Colter, que él acabó mirándola también, con un nudo en el estómago y la boca seca. Finalmente volvió a centrar su atención en el Monstruo.

—Venga, Hans, dinos lo que sabes —le pidió.

—El asesino me envió una carta hace un tiempo. Realmente no era una carta, era la fotografía de una chica guapa, joven y rubia tomada en plena calle. En el dorso me decía que se llamaba Lucy, tenía veintiséis años, era maestra y le gustaban los gatos y el *fitness*. La siguiente carta me llegó a los pocos días y en ella me nombraba a cuatro mujeres. Estos datos ya no se los dije al alcaide porque no me había hecho caso cuando le hablé de la primera.

Pensé que ya llegaría mi momento. El asesino especificó que todas estaban muertas ya, excepto Lucy. Dijo que había llevado a cabo su misión. Que no necesitaba matar más.

Colter lo miraba con una expresión extraña.

—¿Conservas la foto y la carta?

—Sí, en mi celda. En la parte de atrás de un marco con fotos de mis hijos.

Freya alzó las cejas.

—La policía querrá verlos y saber quién permitió que te llegaran esas cartas.

—Fue un agente que ya no trabaja en la prisión, lo echaron por tener chanchullos con esa banda de narcos del sur de Florida... Eso es todo lo que os diré por hoy, muchachos.

—¿Ya está, eso es todo? —preguntó Colter.

—Sí. El próximo día os contaré más cosas sobre el asesino o sobre las víctimas, lo que prefiráis, y Freya sabrá también más cosas sobre ti, Colt. — Le guiñó un ojo.

—Esto es absurdo, Hans.

—¿Que tenga que intervenir yo porque tú no acabas de dar el paso con mi hija, Bronstein? Si, es totalmente absurdo, pero qué se le va a hacer.

—¡Arriba, Skald! Se ha acabado el tiempo —dijo uno de los guardias.

—Parece ser que tengo que irme ya. —Sonrió—. Hasta la próxima Colt. Freya...

Se quedó mirando a su hija y se notó que su semblante cambiaba, emocionado.

—Freya... —repitió.

Ella asintió, entendiendo lo que él quería decirle sin palabras. Lo vio alejarse por el largo pasillo y salió junto a Colter de la sala de visitas. Ninguno de los dos le dirigió la palabra al otro. Tampoco sabían qué decirse después de que quedara claro lo ocurrido en Nápoles tiempo atrás.

Kurt los esperaba en el aparcamiento. Salió de su coche con prisas.

—¿Estás bien? —le preguntó a Freya.

—Ha sido duro verlo de nuevo, pero estoy bien. Nos dio bastante información.

—Vámonos a la comisaría y me lo contáis —les dijo.

Colter y Freya se miraron un segundo antes de subirse a sus respectivos coches y seguir al detective Donahue hacia el centro de la ciudad.

Unas horas más tarde, Kurt y la agente Lisa Prendes se reunieron en el despacho para repasar la información nueva que habían descubierto a lo largo del día.

—Si lo que dice Skald es cierto, nuestro asesino solo planeaba matar a estas cinco mujeres, así que no volverá a actuar... ¿Pero eso es posible? Quiero decir, ¿qué tipo de asesino deja de matar cuando quiere? —preguntó Lisa.

—Los asesinos a sueldo, los que solo están movidos por el dinero y pueden dejar de hacerlo, bien por una temporada, bien para siempre. Estos asesinatos no parecen de ese tipo. El asesino no es un ejecutor, por más que considere que limpia las calles, por más que se vea a sí mismo como un justiciero. Hay algo en estos crímenes que demuestra su desequilibrio... Toda esa violencia...

—Kurt miró las dos notas del asesino que Skald guardaba en su celda y que habían sido requisadas por guardias de la prisión pocas horas antes. En la carta, mecanografiada como todo lo escrito por el asesino, decía:

Mientras sueño con lo que le haré a Lucy Woodson y la vigilo, me he ido recreando con cuatro alimañas, señor Skald:

Mary Johns es verdaderamente especial, un miembro muy respetado de la comunidad. Lleva años ayudando como voluntaria en diferentes albergues, mientras en su casa juega a cosas inadecuadas con su sobrinita de siete años, ya me entiende. Sus videos se cotizan muy bien en los foros

de malnacidos.

Tiffany Torben consiente lo que hace su marido Hal, entrenador de un equipo infantil local. A él lo he degollado, pero con ella he sido más creativo. La policía se sorprenderá cuando la encuentre. Le gustan mucho los animales y es socia de una perrera ubicada a las afueras de Miami.

Lauren Wilson vende por internet fotos y vídeos de sus hijas, de seis y once años. Subastaba su virginidad en el foro cuando di con ella y frustré sus planes.

Molly Talbot es una vieja asquerosa que jamás pagará todo lo que ha hecho, aunque la torture durante siete vidas.

Cuando reciba esta carta, Señor Skald, todas ellas estarán muertas y a buen recaudo. Sus cuerpos aparecerán cuando me interese que aparezcan. Ya he cumplido mi ciclo. No necesito matar más mujeres.

Saludos cordiales.

Su admirador secreto.

—Estas no son las palabras de un asesino a sueldo, sino las de alguien herido y desequilibrado que quiere saldar sus cuentas con el mundo. No mata a hombres que abusan de niños y que son el noventa y ocho por ciento de los pederastas y pedófilos. Mata a mujeres que abusan de niños y que son menos del dos por ciento. Hay algo muy personal en lo que hace, igual que ocurría con Skald. El Monstruo de Florida mataba a mujeres que le recordaban a su madre. ¿A quién estará matando una y otra vez El Asesino del vertedero? No me creo que ya no necesite matar y que pueda dejar de hacerlo a voluntad.

—Deberíamos empezar a investigar a las víctimas que nombra y que aún no han aparecido, ¿no? —comentó Lisa—. Por cierto, fui a la casa de Mary Johns, como me encargaste. Su madre estaba con la sobrinita que se nombra en la carta. Esa de la que dicen que abusaba. No quiero ni imaginarme lo que van a encontrar en su ordenador. —Hizo una breve pausa—. Pude registrar todo a fondo de nuevo y lo único que llamó mi atención fue un reloj.

—¿Un reloj? —Kurt tenía el ceño fruncido.

—Sí, un reloj... Al leer vuestro informe sobre el asesinato de Lucy Woodson, me di cuenta de que dedicabais varios párrafos a contar cómo supisteis que el operario que la encontró le había robado el reloj. Pensé que quizá fuera pura casualidad, pero acabo de dejar en Pruebas el que encontré en casa de Mary Johns y es idéntico: un Cartier de oro blanco y diamantes. En la parte trasera tiene grabada una palabra: «Ixchel», que es la diosa maya del amor. Lo sé porque mi familia es de origen guatemalteco y en la universidad estudié un curso de historia y religión maya.

—Madre mía... —dijo Kurt.

—Pero no te he contado lo mejor: en el reloj de Lucy Woodson estaba grabada la misma palabra. He llamado a Cartier y lo he comprobado. No viene de serie. Alguien los mandó grabar. Si encontramos dónde se grabaron, daremos con algún pez gordo del grupo de pedófilos. Estoy segura.

—Joder, Prendes —dijo Kurt, pasándose las manos por el pelo—. Eres una puñetera máquina.

—Soy una loca de los relojes, por eso me fijé en el de Mary Johns —le dijo, al tiempo que le enseñaba el que llevaba puesto—. Esta es mi última adquisición: tiene el teléfono incorporado. Puedo llamar, enviar mensajes. De todo. Los relojes ya no solo sirven para saber la hora. Incluso es sumergible. En fin. Una joya con muchas aplicaciones en nuestro trabajo. Ya te las contare algún día.

—Lo dicho, Lisa. Te quiero en mi equipo para siempre.

Ella sonrió, complacida.

—Tu equipo es bueno. Me gusta trabajar con Travis y contigo. Por cierto, ¿has hablado tú con la esclava de La Casa del Dolor?

—Sí, pero me dijo palabra por palabra lo mismo que el gerente de ese club sadomasoquista. Parece ser que Lucy y Zacher le clavaron anzuelos en la espalda sin su consentimiento. —Kurt alzó las cejas—. Me lo decía como si lo grave fuera que ella no había dado su consentimiento y no el hecho de que alguien le clavara anzuelos. ¿¡Anzuelos!?! ¿Te imaginas? El simple hecho de

que alguien dé el consentimiento para algo así y haya otra persona que se excite clavándolos es una locura. El mundo está loco, Prendes. Mantente bien lejos de esa gente, por más que te exciten esos rollos si los lees en una novela de esas que están de moda. La realidad tiene poco que ver con las esposas de terciopelo rosa de las novelas, créeme. A estos les van más las cuchillas y los anzuelos.

Colter vivía en Wynwood, el barrio bohemio y artístico de Miami, un lugar mágico lleno de muros con hermosos grafitis multicolor, galerías de arte y pequeños restaurantes llenos de encanto. Era difícil creer que, pocos años atrás, antes de recuperar el barrio, este había sido uno de los más peligrosos de la ciudad.

Freya aparcó el coche justo al lado de su apartamento. Era de noche y hacía calor. La gente ocupaba las calles y se oían sus risas y la música de los locales a través de las puertas abiertas. El edificio en el que vivía parecía haber sido construido en los años sesenta. Se accedía a los apartamentos directamente desde la calle. Freya buscó el número cincuenta y cuatro y se dirigió hacia la puerta pintada de color azul claro. Llamó con los nudillos y esperó. Al otro lado se escucharon unos pasos que se acercaban. Colter abrió y no pudo disimular su cara de sorpresa. Ella paseó la mirada por su rostro asombrado y después por su camiseta rosa, en la que podía leerse «El futuro es de las mujeres».

—Freya... —murmuró.

—Hola, Bronstein. —Se quedó allí parada, esperando que él la invitara a pasar, pero durante unos segundos, lo único que hizo fue mirarla.

—Eres como los tiburones, ¿eh? Vienes al olor de la sangre —le dijo.

—¿Qué sangre? —ella no entendía. Estaba demasiado concentrada en controlar su respiración y sus nervios para que él no notara hasta qué punto la

afectaba su cercanía.

—Estás aquí por lo de Nápoles, ¿no? Esa es la sangre de la que te hablo. Vamos, pasa.

Freya entró. El apartamento era pequeño, un simple estudio. Las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros casi hasta el techo y una de ellas servía de separador entre la habitación y la cocina americana. Había un sofá de dos plazas y color gris oscuro en medio de la sala y ni rastro de televisión. En una de las esquinas, bajo la ventana, se encontraba el enorme escritorio con el ordenador, el teclado, la impresora y una montaña de papeles subrayados y con apuntes manuscritos en los márgenes. Lo estaba observando todo de manera tan concienzuda que no se percató de que Colter hacía lo mismo con ella.

—No es gran cosa, tan solo un sitio donde dormir y trabajar a ratos. Paso poco tiempo aquí —dijo, a modo de disculpa.

—¿Por qué me salvaste el culo en Nápoles? —preguntó ella a bocajarro, aún de espaldas a él, sin prestar atención a lo que acababa de decirle.

Colter resopló después de sonreír. Oírla hablar así no le pegaba nada. «Salvar el culo», había dicho.

—¿Quieres tomar algo? Necesito una copa o dos, si vamos a hablar de esto después de tanto tiempo.

—Lo único que quiero es que respondas. No tengo sed.

Colt se encaminó hacia un mueble que tenía cerca de la cocina y sacó una botella. Se preparó con rapidez un ron de caña con hielo y se sentó en el sofá, donde Freya se encontraba esperándolo. Estaban tan cerca que si hubiera extendido el brazo, habría podido acariciarle el rostro.

—Si voy a sincerarme, cuéntame antes una cosa. ¿Qué le dijiste a tu padre en noruego, cuando estaba tan emocionado, para que se calmara de pronto?

—«Nos están mirando».

—¿Qué? —Colter no la comprendió.

—Le dije que nos estabais mirando los guardias y tú. No le gusta mostrar

sus emociones en público. Supe que se tranquilizaría. Ahora te toca a ti. ¿Por qué me ayudaste en Nápoles?

La miró fijamente antes de responder.

—Me preocupo cuando tienes problemas —dijo, sin rodeos.

—¿Por qué? —insistió ella.

—A ver, Freya —resopló—, supongo que te imaginas por qué. No nos hagamos los tontos a estas alturas.

—Si me pongo a imaginar, lo único que se me ocurre es que tienes algún tipo de parafilia. Ya sabes, gustos sexuales extraños.

—¿Qué?

—¿Eres uno de esos que se excitan con los asesinos?

—¿Eres acaso una asesina y no me he enterado?

—Soy la hija del asesino en serie más prolífico y retorcido de este país, lo suficiente para ponerte cachondo, si eso es lo que te va.

—No es eso lo que me va —respondió él, claramente ofendido.

—¿Entonces?

—Me gustas tú. No hay más —lo dijo sin rodeos, sin titubeos.

—Vaya, vaya, así que el plan de mi padre ha dado sus frutos contigo... ¿Desde cuándo?

—¿Ni siquiera vas a ponerlo en duda?

—¿Para qué? ¿Serviría de algo? ¿Si te lo estuvieras inventando para ocultar tu verdadero propósito, lo reconocerías?

—¿Cuál crees que es mi oscuro propósito diciéndote que me gustas? —preguntó, con resignación.

—Ni idea. Estoy esperando a que tú me lo cuentes.

—Me gustas desde que crucé la primera palabra contigo y no has dejado de gustarme en todos estos años. Me gustas mucho. Muchísimo, para ser exactos. ¿He sido suficientemente claro o sigues sin entenderme?

Ella lo miró, tratando de disimular su sorpresa por lo que acababa de escuchar.

—Ya veo... O sea que me salvaste en Nápoles porque te gustaba mucho y te preocupaba que estuviera en apuros. Todo muy lógico, sí. Lo que no me explico es cómo supiste que yo tenía problemas. Nunca se filtró mi nombre en la prensa ni en la televisión. Se hablaba de una ciudadana norteamericana involucrada en un posible caso de espionaje industrial.

—En esa época estaba saliendo con la doctora Norah Mailer. Fue ella la que me lo contó. A ver si te vas a pensar que soy un acosador que te estaba vigilando y por eso me enteré.

—¿Mailer confió en un periodista para contarle algo que, si se filtraba, podía desprestigiar a la universidad de la que es vicedecana?

—Norah me conoce. Sabe que soy de fiar. —La miró directamente a los ojos, sin titubear.

—¿Te acostabas con Mailer, pero yo seguía importándote tanto como para irte a otro continente para ayudarme? —le preguntó ella con sorna.

—Sí.

—No parece muy lógico, Bronstein. —Freya cruzo los brazos, a la defensiva.

—Nunca he usado mucho la lógica cuando se trata de ti. —Sonrió.

—¿Me puedes decir qué nombre le pones a lo que sientes por mí?

—Ahora mismo está hablando como una psiquiatra, doctora Skald.

—Es que eso es lo que soy.

La conversación se estaba desarrollando a una velocidad vertiginosa y el tono de Freya cada vez era más ácido y mordaz.

—Pero no estás en tu consulta ni soy tu paciente.

—Eres un hombre que no me conoce, no me frecuenta, no cruzó conmigo más que unas palabras durante varios días hace veinte años y que dice que le importo. Estoy calibrando si eres potencialmente peligroso o un simple chalado que cree que el amor es eso que le late en la bragueta cuando ve a una mujer un par de veces y le apetece acostarse con ella.

Él alzó las cejas, sorprendido por el tono descarnado utilizado por Freya y

por el insulto que eso suponía a lo que llevaba sintiendo por ella casi veinte años, y después se levantó. No iba a tolerar aquello.

—Muy bien, si pretendes reírte de mí, haz el favor de salir de mi casa. Por cierto, yo nunca he hablado de amor. Esa palabra la has usado tú, Freya.

—Qué digno.

—Pues sí, es cuestión de dignidad y también de respeto por mí mismo. Si pretendes reírte de mí, hazlo al menos lejos.

—¿De qué coño vas, Bronstein? ¿Me sonsacaste información cuando no era más que una cría y estaba en mi momento más vulnerable para escribir tu libro de mierda y ahora te haces el digno? ¿Tú puedes arrastrarme a mí por el fango, contar mis intimidades y yo no me puedo reír de lo que dices que sientes por mí? Venga ya, jodido mentiroso. ¿En serio pensaste que me la ibas a colar? —Por un segundo, había perdido los nervios.

—Vete, Freya. No pienso seguir hablando contigo si usas ese tono. Estás completamente equivocada. Lo que llevas creyendo de mí estos veinte años es falso y aún ahora sigues sin estar preparada para escuchar la verdad.

Ella se quedó mirándolo unos instantes. Lo hubiera abofeteado de buen gusto. ¿Pero quién narices se creía aquel sinvergüenza? En cambio, no lo atacó —solo le faltaría acabar arrestada si él la denunciaba—, pero él merecía un puñetazo en su cara de niño bonito. Se levantó y se fue del apartamento cerrando la puerta con sumo cuidado. Si Colter esperaba un portazo que indicara la rabia que la quemaba por dentro, podía esperar sentado.

Kurt Donahue y Lisa Prendes acudieron a la llamada que el comisario les había hecho un minuto antes. Parecía preocupado. Entraron en el despacho y él ni siquiera les mandó sentarse en aquellas viejas sillas tan incómodas que había frente a su escritorio. Para un hombre escrupulosamente educado como él, eso era indicativo de que algo muy gordo estaba ocurriendo.

—Ya sabéis que como no encontramos coincidencias con la base de huellas de delincuentes fichados, hemos ampliado la búsqueda.

—¿Encontrasteis ahora alguna coincidencia? —quiso saber Kurt, que permanecía cerca de la puerta.

El comisario asintió. Hizo un extraño gesto, frunciendo la boca, y se metió las manos en los bolsillos de su pantalón gris.

—Ese es el problema: encontramos una coincidencia.

—¿Por qué es un problema? —preguntó Lisa.

—Tanto la huella del maletero del coche de Zacher como la del bolso de Mary Johns son de Travis —dijo el comisario.

Hubo unos instantes de silencio, como si tanto Lisa como Kurt no acabaran de comprender lo que les estaban diciendo.

—¿De Travis Duncan? —quiso cerciorarse Lisa.

—Sí, de Travis Duncan.

—¿Le va a caer alguna sanción por no haber usado guantes en los escenarios del crimen? —Lisa dudaba porque nunca había tenido noticia de un caso semejante. Algo así podía tirar por tierra toda la investigación por haber contaminado el escenario. Cuando encontraran al asesino, esa sería una baza estupenda para el abogado defensor: ¿cómo fiarse de las pruebas de la policía si uno de los suyos había sido tan poco cuidadoso como para tocarlo todo sin guantes?

—Es imposible —dijo Kurt pensativo—. Imposible. Fui yo quien abrió el maletero de Zacher y encontró su cadáver dentro. Estaban conmigo un par de agentes y el casero. Nadie tocó nada, excepto yo y los de la científica. Travis ni siquiera bajó, se quedó en el apartamento. No pueden estar sus huellas en el maletero. Tampoco pueden estar en el bolso de Mary Johns. Nosotros no fuimos a ese escenario. Estábamos lejos del lugar cuando avisaron por radio los de la patrulla y acudieron Cooper y su compañero. ¿Cómo va a estar la huella de Travis en una prueba que él no procesó?

Nuevamente silencio. Lisa empezó a vislumbrar por dónde quería ir el

comisario Prendes, pero Kurt no caía porque le resultaba imposible llegar a semejante conclusión.

—De acuerdo, Donahue —dijo el comisario—. No pienses que es Travis. Piensa que estás en un caso en el que ocurre esto: alguien no ha estado en ese lugar, pero sus huellas están ahí. ¿Qué pensarías?

—Que miente, que sí ha estado, pero en el caso de Travis le aseguro que no. Yo estaba allí y sé dónde estaba él.

—Y si alguien tiene coartada para el momento en el que se supone que tendría que haber tocado los cadáveres, ¿cómo explicarías esas huellas? —insistió el comisario.

—Creería que lo tocó antes o después del momento de la coartada, pero es imposible que Travis lo tocara en el forense o que tocara el bolso que está en custodia. Ha estado en el hospital con su mujer.

—Pues si no fue después cuando dejó las huellas, tuvo que ser antes. ¿En qué único caso que se te ocurra alguien tocaría el bolso y el maletero de las víctimas? —lo interrogó el comisario. Kurt comprendió de golpe.

—Papá, por favor, es absurdo que... —comenzó a decir Lisa.

—Cuántas veces te he dicho que aquí no soy tu padre. Soy tu superior —la cortó, con tono seco.

—Señor —volvió a decir ella—, esa teoría es descabellada.

—¿Por qué? ¿Porque Travis te cae bien? ¿Porque te parece buena gente? ¿Porque es tu compañero? ¿Vamos a tratarlo con más miramientos que a un hombre de la calle normal y corriente? ¿No somos todos iguales ante la ley, incluidos los policías?

—¡Travis Duncan no es el asesino! —rugió Kurt, al tiempo que descargaba un golpe a puño cerrado contra la pared.

—Cuidado con lo que dices y cómo lo dices en adelante, Donahue —lo amenazó el comisario Prendes—. Entiendo lo difícil que es para ti, pero entiéndeme tú. ¿Qué haríamos si en vez de dar positivo con las huellas de Travis lo da con las de un ciudadano cualquiera? Lo traeríamos a comisaría

para interrogarlo y pediríamos una orden para registrar su casa. ¿Qué pretendes que hagamos con Duncan? ¿Quieres que asumamos que es inocente sin molestarlo? Casos más extraños he visto en mis años de servicio, gente aparentemente intachable involucrada en cosas horribles.

—¡No es el asesino! —levantó de nuevo la voz.

—Entonces no habrá problemas. Hablaremos con él y todo esto se arreglará.

—Pero... —Lisa parecía dubitativa—. Si Travis es inocente, y creo con seguridad que lo es, solo hay una explicación posible: alguien colocó ahí sus huellas, ¿pero por qué el asesino haría eso? ¿Para llamar aún más la atención de Skald implicando a su hijo?

—Es absurdo. Debe de ser algo directamente contra Travis. Si es un admirador de Skald, sabe cómo protege a sus hijos. El asesino lo admira, no lo pondría furioso a propósito —señaló Kurt.

—Entonces empecemos por ahí. ¿Quién puede admirar a Skald y odiar a Travis al mismo tiempo? —Lisa frunció el ceño.

En ese momento se abrió la puerta y el detective Cooper entró con una mal disimulada sonrisa.

—Bueno, Donahue, espero que nos deis toda la información que tengáis sobre el caso, si queréis que hagamos un buen trabajo. —Le guiñó un ojo.

Kurt miró al comisario sin entender.

—Travis no puede seguir con la investigación porque ha pedido un permiso para estar con su esposa en el hospital y tú tampoco puedes, por ser su compañero y estar demasiado involucrado en esta historia. Lo siento, Donahue, pero les he dado el caso a Cooper y a Hopper.

—Estaba aprendiendo mucho con este caso, señor —se apresuró a decir Lisa—. ¿Podría seguir colaborando con Cooper y su compañero?

El comisario lo pensó durante unos segundos y finalmente asintió. Kurt respiró tranquilo. Dentro de lo malo, aún Lisa estaba dentro y sabía que ella siempre se pondría de su parte y de la de Travis.

Tiffany y Hal Torben faltaban de su casa desde hacía dos meses, pero ninguno de sus vecinos dio la voz de alarma, pues sabían que tenían planeado un viaje largo por Sudamérica y los habían visto subirse a un taxi con maletas. La familia de ambos vivía en otro estado y no mantenían una relación estrecha, de manera que ni siquiera los echaron en falta.

El cuerpo de ella apareció dentro de un cubo de basura entre las calles 14 y 15, al oeste de la Primera Avenida, una de las zonas más peligrosas de la ciudad. Fueron unas vecinas que iban a tirar la basura quienes la encontraron y alertaron con sus gritos a los transeúntes de los alrededores, que avisaron a la policía. El cuerpo de él seguía sin aparecer.

Esta vez fueron los detectives Cooper y Hopper acompañados de la agente Lisa Prendes y encontraron lo esperable: todas las pertenencias de Tiffany Torben estaban en el contenedor, a excepción de los documentos que la identificaban. En su boca había una nota para el Monstruo: «Imploró que la matara para no seguir sufriendo y por eso tardé más en hacerlo, señor Skald. Usted ya me entiende». Lisa se fijó en que llevaba un reloj muy similar al de las otras dos víctimas y más tarde pudo comprobar que tenía una inscripción también idéntica: Ixchel, la diosa del amor.

—¿Y a se lo dijiste a Travis? —preguntó Lisa, que había acudido a casa de Kurt tan pronto salió de la oficina del forense.

—No, aún no. Lo haré esta noche. Solo pasa por casa para ducharse y ver a la niña. Está todo el día en el hospital. Cuando se entere de esto...

Al fondo se escuchaba el parloteo ininteligible de un bebé. Lisa sabía que se trataba de Melissa, la hija de Travis, que estaba al cuidado de Olivia mientras Alana se encontraba en el hospital.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos para que esto le lleve el menor tiempo posible —dijo Lisa.

—El problema es que creo que Cooper tiene algo personal contra Travis y no le hará las cosas fáciles.

—¿Crees que va a por él? —Lisa lo preguntó sorprendida. No le parecía posible ser tan mezquino con un hombre inocente, solo porque se lleven mal.

—No lo va a inculpar si sabe que es inocente, pero puede marear las pruebas para alargar el mal trago que está pasando Trav. Dime lo que sabes, Lisa, por favor.

—Ralphie encontró unos videos terribles en el ordenador de Mary Johns. Era tal y como os temíais. Su sobrinita... —Se le rompió la voz.

—¿Cooper te hizo ver los videos?

—No, fui yo, que soy gilipollas. Quiero demostrar siempre que puedo con todo y hay cosas que... —Se mordió el labio inferior.

—Joder, Prendes, nosotros tampoco podemos verlos, ni Travis ni yo, y me consta que los policías que deben verlos por obligación van a terapia. No vuelvas a ver algo así. Ya es bastante malo que alguien deba verlos, pero hacerlo por demostrar que eres dura, joder...

—No te preocupes. Ni muerta vuelvo a ver algo así. —Movía la cabeza con energía a uno y otro lado—. En cuanto a la nueva víctima Tiffany Torben: estaba vestida y con todos sus efectos personales, excepto la documentación, en un cubo de basura, en plena calle. Una cámara grabó una furgoneta oscura, pero se colocó de tal manera que solo se puede elucubrar que el conductor era bajo. No se ve que tire nada en el contenedor, pero se para justo delante y se baja del vehículo. Nadie más se acercó, así que ese debe de ser nuestro hombre. El forense dice que fue atada de pies y manos, brutalmente violada y torturada y que murió por asfixia. Tiene latigazos en la espalda, pero hechos con mucha mayor precisión que los de Mary, así que esta debe de ser la segunda que mató. Estuve investigando sobre lugares en los que puedes aprender a usar el látigo y profesores especializados y adivina qué... Conoces a uno de los máximos especialistas de la ciudad.

—¿En serio?

—En serio. Es el máster de La Casa del Dolor.

—¡No me jodas! —exclamó Kurt.

Ella asintió.

—Creo que, si él domina tanto el tema, quizás pueda saber algo de gente que está aprendiendo, aunque no sea en su club —dijo ella—. Porque una cosa está clara... Nadie aprende a usar un látigo con esa precisión sin ayuda de un buen maestro.

—Sé que es mucho pedir, que si te pillan te la cargas, Lisa, pero no me fío de cómo lleva la investigación Cooper. Deberías convencerlo para que te deje ir a hablar con ese máster, a ver qué le puedes sacar. No se te ocurra ir por tu cuenta, sin avisarle.

—Iré, no te preocupes. Por cierto, Tiffany Torben llevaba un reloj igual que

el de las otras dos víctimas, con la misma palabra grabada. Su marido aún no ha aparecido, pero, teniendo en cuenta que la noche en la que ellos se marchaban supuestamente de viaje se subieron a un taxi y que ese taxi y su conductor están desaparecidos desde ese día, todo apunta a que nuestro asesino mató al taxista, recogió a la pareja, los llevó a algún lugar apartado, degolló al marido, tal y como explicó en la carta a Skald, y, cuando demos con el taxi, daremos con los cadáveres del taxista y Hal Torben. Ralphie tiene su ordenador y todos sabemos que encontrará decenas de fotos y vídeos de los chavales del equipo infantil que entrena. Esto es una locura de caso, Kurt. Me importa mucho más dar con ese grupo de putos pedófilos que con el Asesino del vertedero, al menos él limpia las calles. Un pensamiento retorcido para una poli, ¿eh?

—Este caso nos está afectando a todos, Lisa. Esos niños... —Kurt se detuvo y apretó la mandíbula—. Yo también creo que toda esa gente está mejor muerta, por el bien de muchos niños, pero no justifico que los maten ni ese grado de sadismo... El asesino tampoco es mejor. ¿Quién demonios es él para tomarse la justicia por su mano y de esa manera salvaje, además?

A Freya le pareció extraño que alguien llamara a su puerta a aquellas horas. Nunca recibía visitas a partir de las diez de la noche. Las pocas veces que eso había ocurrido, era Kurt quien aporreaba su puerta y no traía buenas noticias.

En efecto, comprobó que era él en cuanto abrió, y venía acompañado de Olivia y la pequeña Melissa, dormida en sus brazos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Freya. Las caras de su hermana y su cuñado indicaban que el asunto era de máxima gravedad. Olivia tomó a la niña de brazos de Kurt y se sentó en el sofá con cuidado de no despertarla. El detective Donahue cerró la puerta y agarró a Freya por los hombros.

—Las huellas que estaban cotejando y que habían aparecido en el bolso de

Mary Johns y en el maletero del coche de Zacher son de Travis, pero es imposible, Frey, porque él no estuvo en ninguno de esos dos escenarios, así que el comisario cree que hay que interrogar a tu hermano, porque si en vez de policía fuese un ciudadano de la calle, esas huellas indicarían que es el asesino.

—No lo entiendo. —Freya estaba conmocionada—. ¿Cómo diablos pudieron cotejar las huellas con las de Travis? ¿Acaso fue arrestado alguna vez?

—No, pero hace muchos años, en Oregón, desapareció una chica y tomaron las huellas a todos los vecinos para descartar sospechosos, por eso pudieron cotejarlas. Las tenían archivadas y ampliamos la búsqueda a nivel nacional, a todas las huellas que hubiera en la base.

—Pero es imposible... —dijo Freya. Miró sus pies descalzos sin poder articular palabra. Ya estaba preparada para irse a dormir. Llevaba un camisón blanco de seda y Olivia, que siempre dormía con camisetas de algodón de sus grupos musicales favoritos, pensó que ella y su hermana eran como la dama y la vagabunda.

—Claro que es imposible que Travis lo hiciera. Lo que creemos es que alguien trata de incriminarlo y me llama la atención que el mismo asesino que busca la atención de Skald trate de fastidiar a su hijo, sabiendo cómo es el Monstruo con sus vástagos.

—Nada de esto tiene sentido. ¿Cómo puede el comisario creer tan fácilmente algo así de Travis? ¿Cuántos años lleva trabajando con él?

Kurt meneó la cabeza con desesperación.

—También a mí me extraña. No entiendo cómo puede desconfiar así... —Respiró profundamente—. Tengo que ir a hablar con Travis para contárselo todo y tú debes ir a hablar con Skald. Que se deje de juegos y te dé el nombre del asesino de una maldita vez —dijo con rabia.

En ese momento, alguien llamó a la puerta. Freya se dirigió a abrir como si estuviera sonámbula y vio a Colter frente a ella, con un libro en la mano. Se

quedó helado al verla en camión. Parecía sacada del desfile de una conocida marca de lencería.

—Colter... —murmuró. Él frunció el ceño ante la mirada asustada de ella.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

—Pasa, Bronstein —dijo Kurt. El periodista miró hacia el sofá y lo vio allí sentado. Se acercó a él de dos zancadas.

—¿Qué ocurre? ¿A qué viene esa cara de funeral que tenéis todos?

Olivia seguía meciendo a la niña, que dormía en sus brazos. Colter le dirigió una mirada rápida.

—Siéntate. Tengo un favor que pedirte. ¿Ibas en serio cuando dijiste que te metías en este caso para ayudar? —Kurt quiso cerciorarse.

—Por supuesto.

—¿Y lo vas a creer, Kurt? —preguntó Freya.

Él asintió justo antes de hacerle una petición al periodista.

—Vamos a necesitar tu ayuda, Bronstein. —Respiró hondo y le contó todo lo que acababa de explicarle a Freya unos minutos antes.

—¿Pero quién y por qué querría incriminarlo? —Colter no entendía la forma de pensar de aquel asesino—. Se nota que está orgulloso de sus crímenes, ¿y ahora quiere que ese mérito se lo lleve otro? ¿El hijo del hombre cuya atención busca tan desesperadamente que hasta le deja notitas en la boca de sus víctimas? No tiene sentido.

—Lo tiene si lo miramos desde otro punto de vista —dijo Olivia, que no había hablado hasta ese momento—. Quizás no le importe tanto liquidar a mujeres que han abusado de niños como destrozarse a Travis. ¿Y si no le mueve una pulsión asesina exclusivamente? ¿Y si no es tan importante que Skald sepa que existe? ¿Y si no es un imitador del Monstruo? Puede que simplemente sea alguien que quiera vengarse de Travis y que utiliza cierta tendencia homicida para inculparlo. Eso explicaría que pueda parar después de esas cinco mujeres. El verdadero móvil podría ser vengarse de Travis. Todo lo demás es circunstancial, incluso su admiración por Skald. Todo sería

importante, sí, pero no tanto como su odio por Travis. ¿Sabes de alguien que pueda odiarlo tanto, Kurt?

—No sé de nadie que lo odie como para hacer algo semejante.

—¿Qué quieres que haga, Donahue? —le preguntó Colter.

—Que vayas a la cárcel con Freya para que Skald os dé el nombre del asesino y que uses tus dotes como periodista de investigación para ver qué puedes averiguar del tipo, al margen de lo que encuentre la policía. Solo puedes hablarme a mí de ello. Me han apartado del caso y se lo han dado a Cooper, que no es precisamente un buen amigo de Travis. Además, no me quito de la cabeza lo que el asesino te escribió en la carta que envió al periódico. Dijo que estaba tranquilo en su hogar. ¡Su hogar! Si averiguamos a qué lugar se refiero, ¡lo tendremos!

—Eso está hecho —prometió.

—Yo iré a hablar con Trav. No sé ni por dónde empezar a contárselo...

—Directamente y sin rodeos —le recomendó Olivia. Él asintió. Aquello no le gustaba nada. Si alguien había sido capaz de colocar las huellas de Travis en la escena de un crimen, ¿hasta dónde podría llegar para inculparlo?

—¿A qué viniste a mi casa anoche? —le preguntó Freya a Colter al día siguiente, durante el trayecto en coche hasta la cárcel. Un atasco los mantenía detenidos, por culpa de unas obras, desde hacía casi quince minutos.

—A darte un ejemplar del segundo libro que escribí sobre tu padre. Sé que no lo has leído por cómo hablas de mí y lo que me echas en cara. Con todo el lío, me lo volví a llevar, en vez de dejártelo. Te lo envío mañana por un mensajero a tu despacho. No te lo llevo en persona porque no quiero encontrarme contigo más de lo estrictamente necesario. No me gustan las montañas rusas, sino la tranquilidad, a pesar de lo que pueda parecer, y contigo cerca la bronca está asegurada. Después de que lo leas, dime en qué

página he escrito una sola de las cosas que me confiaste en Oslo. —Parecía más triste que enfadado—. Dime si encuentras una sola palabra que tú me hayas contado y aparezca en alguna parte de ese maldito libro o de cualquier otra cosa que yo haya escrito a lo largo de estos veinte años y entonces sí, entonces aceptaré que me trates como a un pedazo de mierda, pero mientras tanto, a mí me respetas, Freya. No soy uno de esos peleles con los que tú te relaciones y a los que se les caen las pelotas porque una mujer guapa y lista les da unas migajas de atención y sexo. Porque eso es lo único que tú das: migajas, así que no vengas a darme lecciones de nada porque para eso tendrías que tener en las venas algo más que hielo —escupió las palabras antes de darse cuenta de lo que decía, llevado por el dolor de sentirse despreciado por ella, pero nada más pronunciar la última palabra, se arrepintió. Aun así, se mordió la lengua para no disculparse. Ella no se lo merecía. No, después de cómo lo estaba tratando.

Freya no respondió. Colter no había visto un autocontrol como aquel en toda su vida. Ni siquiera se defendió. Hizo el resto del viaje en absoluto silencio, sin apartar la mirada de la carretera, y solo cuando habían aparcado y salieron del coche le dijo lo que debía de haber estado rumiando durante esos minutos de silencio.

—Si no tengo más que hielo en las venas es porque gente como mi padre y como tú me enseñasteis lo que ocurre cuando eres crédula y cándida, cuando confías en la gente. —«Y aun así os quise... Y tal vez os quiero todavía», pensó ella, pero no lo dijo—. Si no doy más que migajas es porque aún no he conocido a un solo hombre que merezca más que eso. De hecho, esas migajas ya eran demasiado para ellos.

Se fue hacia la entrada de la prisión a paso firme. Tras ella y con las manos en los bolsillos, mascullando algo imposible de comprender, iba él.

Una vez que entraron en la cárcel, pasó media hora hasta que lograron superar todos los controles y sentarse en la sala de visitas. Esta vez, Skald estaba mucho más calmado ante la presencia de Freya que la primera vez,

pero el brillo de sus ojos cuando la miraban indicaba hasta qué punto era feliz por tenerla cerca.

—¿Qué queréis saber hoy, chicos: algo sobre el asesino o más sobre las víctimas? —preguntó con humor.

—Esto ya no puede ser un juego para ti, papá —le dijo Freya con voz ronca—. Han cotejado unas huellas encontradas en dos escenas de los crímenes y son de Travis, pero él no estuvo en esos escenarios, de manera que el comisario ha pedido que se le investigue. —Ella vio cómo el rostro de su padre palidecía—. Kurt cree que el asesino está tratando de inculpar a Travis.

—No —dijo él con un hilo de voz; a continuación, apretó la mandíbula y bramó—. ¡No!

—Si sabes quién es el asesino, debes decírnoslo. Di todo lo que sepas, te lo ruego, o Travis estará en verdaderos problemas.

—¡No, no! —gritó con impotencia, moviendo las cadenas que mantenían sus muñecas inmovilizadas.

—¿Qué sabes del asesino? —le preguntó Colter. No le cupo ni la más mínima duda de todo lo que Skald le haría a aquel tipo si lo tuviera delante y no hubiera nadie para detenerlo.

—Es Nick Duncan. Estuvo en la misma casa de acogida que Travis, en Oregón. ¡Es Nick Duncan!

Colter se quedó pensativo. Aquel nombre le resultaba familiar. Había estado en Oregón buscando a Travis cuando Skald se lo había pedido, averiguando si verdaderamente era su hijo. Conocía a los Longstone, la pareja que había criado a Travis y a otros muchos chavales huérfanos. Entonces lo recordó. No había conocido en persona a Nick, pero sí le habían llegado noticias de lo que le había ocurrido.

—Nick Duncan está muerto. Su coche apareció cerca de un acantilado de Apalachicola y él se arrojó al mar. Dejó incluso una carta de despedida para sus padres adoptivos.

—No murió, eso es lo que quería que creyeran todos. El cuerpo nunca

apareció, ¿verdad?

Colter pensó que era cierto. El cuerpo no había aparecido.

—¿Estás seguro de que es él, papá?

—Absolutamente, Freya. Antes de su supuesto suicidio también me envió una carta en la que me decía que Alana estaba engañando a Travis y que no era una buena madre para Melissa. Por eso me escapé de la cárcel y fui a por ella. Quería comprobar si era la mujer adecuada para mi hijo. La letra de esa carta es idéntica a la letra de las que me envió el Asesino del vertedero. Tiene esa manera particular de escribir, con caligrafía antigua. Estoy seguro, es él. Además, hace muchos años, cuando yo entraba y salía con cierta facilidad de la cárcel, hablé con Nick.

—¿¡Qué!?! —Colter estaba impactado. Freya ni siquiera articulaba palabra.

—Era un crío de catorce años que decía ser mi hijo. Por entonces estaba buscando desesperadamente a Travis. Creí que podría ser él. Uno de los guardias me dejó salir de la cárcel. Fui en su furgoneta a casa del que entonces era mi abogado y hablé durante mucho tiempo con Nick. Era como yo, un niño al que habían herido mucho y con esa pulsión violenta y asesina. Es él, estoy seguro. ¡Es él! Buscadlo. Él es el Asesino del vertedero.

—¿Tienes aún esa primera carta de Nick para cotejarla con las nuevas? —preguntó Colter.

—No. Tendréis que creer en mi palabra, pero lo que está en juego es mi hijo Travis, así que sabéis que no voy a jugar con eso.

—¿Dónde puede estar? Aquí, en Miami, por supuesto, pero ¿se te ocurre algún lugar en el que podría esconderse? Para cometer esas torturas, debe de tener un lugar apartado en el que poder pasar muchas horas en soledad... ¿Cómo saber dónde demonios se encuentra?

—Espero que no haya policías tan idiotas como para creer que otro policía sería tan descuidado como para dejar sus huellas por todas partes. A Travis se la están jugando, es evidente.

Freya no quería preocuparlo, por eso no le contó que, a pesar de ser tan

evidente, el propio comisario no estaba dispuesto a creer ciegamente en Travis, así que más valía que dieran con ese tal Nick Duncan de inmediato.

—Quizás debería ir a Oregón... Puede que, para saber cómo piensa Nick Duncan ahora y dónde se esconde, haya que empezar estudiando sus inicios —dijo Colter, tras salir de la cárcel, ante la mirada sorprendida de Freya—. Sí, está decidido. Iré a Oregón a investigar.

La sorpresa de Freya no era por la decisión que acababa de tomar Colter, que le parecía más que lógica, sino por la angustia que sintió al saber que él estaría durante no sabía cuántos días a muchísimos kilómetros de ella. Y eso le dolió. ¿Por qué tenía que dolerle alejarse de ese maldito periodista?

Kurt y Freya fueron juntos a hablar con Travis en el hospital Hammond. Recorrieron el largo pasillo blanco de la planta de Neonatología en absoluto silencio y se detuvieron ante la puerta de la habitación de Alana. Ni siquiera pudieron fingir una sonrisa cuando saludaron.

La embarazada se había quedado dormida y Travis leía el periódico sentado en una silla, a su lado. Los saludó con un gesto de cabeza en cuanto los vio y salió de manera sigilosa, para no despertar a su mujer.

—¿Cómo no has traído hoy a la niña? —preguntó Travis—. ¿Ella está bien, no?

—Está perfecta, no te preocupes —lo tranquilizó Kurt—. No la traje porque vengo a hablarte del Asesino del vertedero.

—¿Lo habéis pillado?

—Han cotejado las dos huellas encontradas, ya sabes, la del maletero y la del bolso, y son tuyas —le dijo Kurt sin anestesia, directamente.

—¿Qué? —Travis lo miró sin comprender—. Eso es imposible. No he estado en esos escenarios. Uno lo procesaste tú y el otro, Cooper.

—Lo sé, pero el comisario quiere que tratemos esta información como si no

fueras uno de los nuestros. Quiere interrogarte y ha pedido una orden para registrar tu casa.

—Vamos a ver, que yo me aclare. —Travis se puso en guardia y sus ojos desprendieron una frialdad glacial—. ¿Me estás diciendo que el comisario me considera un sospechoso? ¿Cree que he sido yo quien mató a esas mujeres y quien ha sido tan gilipollas de dejar sus huellas por todos lados? ¿En serio?

—En serio —respondió Kurt—. Me ha apartado del caso y se lo ha dado a Cooper.

—¡No me toques los cojones! Ese cabrón me las va a cobrar ahora todas juntas, con las ganas que me tiene desde hace tiempo. Puto Cooper. — Resopló.

—Lo bueno es que Lisa Prendes sigue en el caso y está de nuestro lado. Se pasa por casa al acabar su turno y me cuenta cómo va la investigación. — Kurt sabía que eso no iba a tranquilizar a su amigo, pero era mejor que nada.

—¿Cómo demonios llegaron mis huellas ahí? ¿Y cómo pudieron cotejarlas? Nadie me tomó muestras. —Tenía la vista perdida y los brazos en jarras.

—Tenían tus huellas en la base por un caso muy antiguo de Oregón, una muchacha que había desaparecido y os tomaron las huellas y muestras de ADN a todos los hombres del pueblo. Lo que no sé es cómo llegaron tus huellas al maletero y al bolso.

—Ya me acuerdo de ese caso... Fue hace veinte años o así.

—Creemos que el asesino ha puesto tus huellas para inculparte —le dijo Freya—. Acabo de estar hablando con papá. —Siempre se refería a Skald como *papá* cuando hablaba con sus hermanos y a Travis le ponía enfermo—. Me ha dicho el nombre del asesino... Y lo conoces.

La cara de Travis era de pura expectación.

—¿Quién es?

—Nick Duncan —dijo Freya.

Travis miró a Kurt y dio un par de vueltas sobre sí mismo, con gesto nervioso.

—¡Pero si está muerto! —movía las manos con desesperación—. ¿No ves que Skald se está quedando con nosotros, Freya?

—Me dijo que la letra de las cartas que tiene la policía es la misma que la de otra carta que le envió hace años y en la que firmaba con su nombre y apellido. Dijo que jamás mentiría en algo que te afectaba, Travis. Además, el cadáver de Nick nunca apareció, ¿verdad?

—Creo que puede ser verdad —intervino Kurt—. Nick puede haber tirado su coche por el barranco y enviar cartas de despedida, pero, si su cuerpo no apareció, no tenemos por qué creer que ha muerto de verdad.

—Dios mío... Lleva toda su vida obsesionado conmigo, primero intentando imitarme, observándome, poniendo micros en mi casa... ¡Y ahora quiere hacerme cargar con esos asesinatos! Ha colocado mis huellas en dos escenarios del crimen. Eso requiere más inteligencia de la que creí que poseía. —Miró a Kurt y luego a Freya—. ¿Sabéis dónde puede estar?

—No, pero Colter y yo vamos a investigarlo —respondió, antes de pensar a fondo esa decisión; tomándola más con el corazón que con la cabeza—. Él pensaba ir solo, pero creo que yo ayudaría con el perfil. Mi especialidad es la mente de los psicópatas. Llevo media vida estudiándolos. He pensado que podemos ir a Renfield a hablar con tus padres adoptivos y ver lo que pueden contarnos de él. Creo que si miramos en su pasado, antes de que llegara a casa de los Longstone, podríamos toparnos con el origen de todo esto y tal vez saber dónde puede estar y dónde lleva a sus víctimas. Si copia a Skald, tratará de matar antes o después a la persona que le ha hecho tanto daño, igual que el Monstruo mató a su madre. Si encontramos a esa persona antes que él, podremos estar esperándolo, porque una cosa es evidente: irá a por ella. Todas estas mujeres a las que está matando no son más que sustitutas de quien verdaderamente despierta su rabia.

—¿Confías en Colter? —le preguntó Travis.

—No lo sé, pero no tenemos a nadie más que pueda ayudarnos. No sabemos qué línea de investigación seguirá el detective Cooper, pero está

claro que no enviarán a nadie a Oregón. En la carta a Colter, el Asesino del vertedero dijo que se encontraba en su hogar... ¿Y, si no está en Miami, sino en Oregón... o en la casa de acogida anterior a la de los Longstone?

Travis se pasó las manos por el pelo.

—¿Qué coño le digo yo ahora a Alana? No me he separado de ella ni un instante. Le extrañará que me ausente tanto tiempo.

—No le digas aún la verdad, ¿vale? —propuso Freya—. Me quedaré con ella mientras vas con Kurt a comisaría. Dile que te necesitan para el caso del Asesino del vertedero, que será poco tiempo.

—Tiene razón Freya. No es necesario preocuparla aún —dijo Kurt.

Travis estuvo de acuerdo con ambos.

Freya salió del hospital y, antes de subirse a su coche, le envió un mensaje a Colter Bronstein: «Iré contigo a Oregón. Te hará falta mi conocimiento sobre la mente de los asesinos en serie».

Colter apareció en la puerta de la habitación justo cuando Alana estaba tomándose la cena y quejándose de que la sopa estaba sosa. Freya se quedó sin habla cuando lo vio con su pantalón negro, su camisa blanca informal y aquella sonrisa cargada de encanto.

—Hola, Freya. Hola, Alana, ¿qué tal estás?

Las dos mujeres lo miraron boquiabiertas durante un segundo, porque no se esperaban que apareciera por allí.

—No sabía muy bien qué traerte, Alana, y, como imaginé que te aburrirías... —Alargó el brazo para entregarle un libro—. Cuando nos encontramos en Oregón, vi que estabas leyendo un libro de la misma autora, así que opté por este. A ver si te entretiene. El tipo del kiosco me dijo que era trepidante. Si es trepidante, será entretenido, digo yo. —Sonrió.

—Gracias. Me encanta esta autora, sí —le dijo, incorporándose en la cama

para encontrar una postura en la que le dolieran menos los riñones.

Él miró a Freya.

—No me respondías al teléfono y como pasaba cerca de aquí... Leí el mensaje en el que me decías que vendrías conmigo a Oregón. Debemos salir antes de lo previsto. Todos los vuelos estaban llenos durante las próximas dos semanas, así que opté por el vuelo de mañana.

—¿¡Mañana!?! —Ella tenía los ojos desorbitados—. Ni siquiera he pedido permiso en el hospital, ni en la facultad.

—No será tan difícil. De las clases de la facultad puede encargarse tu becaria y de los casos del hospital que sean urgentes, alguno de esos colegas tuyos tan brillantes. Verás como no pasa nada. —Sonrió.

—Es muy apresurado. Nunca he dicho que me iba con horas de antelación. No es profesional.

—Hay una primera vez para todo, Frey. —Le guiñó un ojo—. Te recojo a las diez de la mañana. Adiós, Alana —dijo, mirando a la embarazada—. Que no se te haga muy larga la espera.

—Gracias, Colter —respondió ella.

Las dos se quedaron mirando cómo el periodista abandonaba la habitación con su aire elegante y desenfadado. Fue Alana quien rompió el silencio.

—¿¡Frey!?! ¿Colter Bronstein te llama Frey?

—Nos conocimos hace muchos años.

—Comprendo. ¿Hay algo que no me estés contando? Porque te vi un poquito acalorada cuando ese hombretón entró sin esperarlo. ¿Os vais de escapada romántica?

No sabía qué responderle. Travis aún no le había contado que trataban de inculparle, así que no sabía cómo explicar su viaje con Colter a Oregón.

—Discúlpame un momento. Hay algo que se me olvidó decirle.

Salió corriendo de la habitación y tomó el ascensor, rezando para que él no se hubiera ido ya. Lo vio en el *hall* del hospital. Frenó el ritmo para no parecer demasiado desesperada.

—¿Estás loco? —le preguntó, en cuanto llegó a su altura—. Contar nuestro viaje a Alana, que no sabe nada de que a su marido tratan de inculparlo en una serie de asesinatos... No entiendo que te aparezcas aquí así.

Él la miró durante un segundo, antes de responder.

—Ya tenía los billetes y temí no poder ponerme en contacto contigo y que perdiéramos el avión.

—Pudiste haberme mandado un mensaje, Colter —le dijo, con gesto hosco.

—Si no respondes al teléfono, ¿qué seguridad tengo de que vas a mirar los mensajes?

—No deberías haber venido —insistió.

—Fue lo único que se me ocurrió en ese momento. —Se encogió de hombros.

—No aguantabas sin verme hasta mañana, ¿eh? —le preguntó con tono de burla.

La miró muy serio durante un breve lapso. Después sonrió.

—Sé puntual. Yo siempre lo soy —dijo, mientras se alejaba—. Y no, la verdad es que no aguantaba hasta mañana para verte, pero que no se te suba a la cabeza.

Después de eso se marchó. Freya se quedó unos instantes observándolo, tratando de averiguar si hablaba en serio o si se estaba riendo de ella.

Los detectives Ben Cooper y Tony Hopper fueron acompañados por la agente Lisa Prendes a la casa de Lauren Wilson, una de las mujeres que el Asesino del vertedero había nombrado en la carta que le envió a Skald, pero cuyo cadáver aún no había aparecido. El apartamento se ubicaba en Shorecrest, en la esquina de la calle 79 con la avenida 10. Cuando dijeron en comisaría a dónde se dirigían, otro de los agentes les recomendó que se aseguraran de que hubiera botas de agua en el maletero.

—¿Ha vuelto a haber filtraciones? —preguntó Hopper. El agente asintió.

Miami-Dade había sido construida sobre piedra caliza porosa y eso favorecía las filtraciones del agua del mar, de manera que algunas zonas sufrían las subidas y bajadas de las mareas, sobre todo en época de mareas altas, *King Tide*, las más bruscas de todo el año. Los policías solían llevar botas de agua en el maletero del coche patrulla en aquella época.

Iban ya camino de Shorecrest, los detectives en los asientos delanteros y Lisa en el trasero, cuando ella les preguntó por las últimas noticias que les habían llegado sobre aquellas conversaciones en las que Skald hablaba con Freya y Bronstein para desvelarles detalles sobre el Asesino del vertedero.

—¿Creéis que ese tal Nick Duncan está vivo o desconfiáis de Travis?

Cooper y Hopper se miraron.

—Imagino que Travis te pidió que hicieras de topo con nosotros, a ver lo que averiguabas. Sé que hiciste muy buenas migas con él y con Donahue —le

dijo Cooper.

—Travis no me ha pedido nada —respondió ella. En realidad, se lo había pedido Kurt.

—Verás, Lisa, no voy a hablar de Travis contigo. Las pruebas son las que son y, mientras no se demuestre otra cosa, él es nuestro sospechoso principal. En cuanto a si Nick Duncan puede estar vivo, ¿por qué no? Cosas más raras se han visto.

Aparcaron delante del bloque de edificios y se pusieron las botas de agua antes de abandonar el vehículo. Entraron en el portal, donde los estaba esperando el casero.

—Soy Tate O’Kieff —se presentó, justo antes de entregarles la llave del apartamento treinta y seis. Era un hombre que rondaba los sesenta años y tenía aspecto bonachón. Llevaba tirantes y bigote y tenía los ojos un poco rasgados, como si siempre estuviera sonriendo.

—Nosotros, los detectives Cooper y Hopper y la agente Prendes —dijo Cooper.

—¿Saben qué le ha podido pasar a Lauren? Los vecinos están apenados por las niñas. No tienen a nadie, excepto a una tía lejana en Iowa, que no ha querido hacerse cargo de ellas, así que se las llevaron los de Asuntos Sociales. Si su madre no vuelve, no sé qué va a ser de ellas. Yo quiero quedármelas. Son como mis nietas. Pregúntenles por el tío Tate y verán. Me adoran y yo las adoro —dijo el casero.

—Estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano. ¿Puede contarnos de nuevo lo que dijo en su primera declaración?

Acababan de llegar al tercer piso y abrieron la puerta. Entraron los cuatro. Cooper hablaba con el casero mientras Hopper y Prendes volvían a registrar la casa.

—Ella se iba a trabajar muy temprano por las mañanas y volvía a eso de las cinco. Nelly, la mayor de las niñas, preparaba a su hermana pequeña y se iban juntas al colegio. También regresaban solas. A las siete de la tarde, como su

madre aún no había llegado, bajaron a preguntarme si me había dejado algún recado. A veces, cuando iba a llegar tarde, las dejaba a mi cargo.

—Entiendo. ¿Había hecho esto alguna vez?

—Alguna vez sí, pero no de esta manera y durante tanto tiempo. Se iba de juerga cuatro o cinco días y luego regresaba, pero siempre me avisaba para que me hiciera cargo de las niñas. Me dejaba un mensaje y apagaba el teléfono. No le gustaba darme explicaciones sobre dónde estaba o cuándo iba a volver. Lo que nunca había hecho es irse sin decir nada. Eso no era propio de ella, por eso estamos preocupados. Además, me gustaría saber si puedo quedarme con las niñas mientras ella regresa. Están acostumbradas a mí y deben de estar muy asustadas en un lugar extraño con gente desconocida.

—Eso no es competencia nuestra, pero le aseguro que hablaré con Asuntos Sociales. Sabe que puede ir a visitarlas, ¿verdad?

—Lo sé. Voy cada día por la tarde y ellas me preguntan que cuándo las traigo a casa. Es asombroso porque ni siquiera preguntan por su madre, solo se quieren venir conmigo. Por favor, ayúdelas y ayúdeme. —Estaba tan angustiado que Cooper sintió lástima.

Prendes había asistido a la conversación desde la habitación contigua y le extrañó la amabilidad de Cooper con aquel hombre. No era propio de él ser amable.

—Yo se lo prometo a título personal, señor O’Kieff —dijo Lisa—. Hoy mismo iré a la oficina de la DCF y hablaré con la directora. Es muy amiga de mi padre y la conozco desde hace años. Le aseguro que, si el bienestar de las niñas depende de estar a su lado, la directora Bloom hará todo lo posible para que cuanto antes las niñas estén con usted.

El hombre sonrió.

—Gracias, joven. No sabe lo que significa para mí que me diga esto. Estoy desesperado. Ya no sé con quién hablar.

Hopper salió en ese momento de la habitación del fondo con un portátil bajo el brazo. «Estaba escondido entre las toallas del armario del pasillo», le

murmuró a Cooper al oído.

—Podemos irnos cuando queráis. No he encontrado nada más de importancia.

Se despidieron del señor O’Kieff y subieron al coche patrulla. Esta vez era Hopper quien iba al volante.

—Este caso es mucho más que la persecución de un asesino en serie. Lo del reloj pone de manifiesto que hay una poderosa red de pornografía infantil que paga muy bien a quienes le sirven. Seguro que cuando encontremos el cadáver de Lauren también llevará ese maldito reloj —comentó Cooper—. Estoy más interesado en pillar a esos putos pedófilos que al Asesino del vertedero.

—Cada vez que los de Delitos Informáticos destripan el ordenador de una de las víctimas, sale a la luz algo espeluznante —murmuró Lisa Prendes.

—Tenemos que averiguar quién y dónde ha hecho la grabación de la palabra que hay en el reloj. Si compras un Cartier, no permites que te lo grabe cualquiera. Encárgate de eso, Lisa —le pidió Cooper. Ella asintió.

—¿Qué os parece si nos acercamos a la casa de Molly Talbot? Así finalizamos con la investigación de todas las mujeres de las que habló el asesino en la carta que le envió a Skald —propuso Hopper.

—Tendremos que dejarlo para otro momento —dijo Cooper—. Acabo de recibir un mensaje del comisario. Debemos ir inmediatamente a la comisaría. En una hora comienza el interrogatorio de Travis Duncan.

Travis conocía de sobra la sala de interrogatorios, pero nunca le había parecido tan pequeña y oscura como en aquella ocasión. Ni tan fría. Miró el espejo enorme que había a su derecha y saludó con un movimiento de cabeza. Imaginó que el propio comisario estaba allí detrás, en la sala contigua, junto con alguno de los miembros del equipo de análisis de conducta.

Fue el detective Cooper quien entró por la puerta llevando bajo el brazo una carpeta.

—Hola, Duncan —saludó, sin mirarlo, mientras se sentaba en la silla de enfrente y abría la carpeta sobre la mesa.

—Hola, Cooper. Te agradecería que me ahorraras la puesta en escena. Como comprenderás, sé de qué va esto, así que no me muestres carpetas llenas de folios como si tuvieras muchas pruebas contra mí. Vete al grano.

Cooper lo miró durante un instante.

—Está bien. —Cerró la carpeta—. Al grano: ¿conocías a Lucy Woodson o a su prometido, el señor Zacher?

—No.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—¿Sabes cómo pudo haber llegado una huella tuya al maletero del coche de Zacher, donde además estaba su cadáver?

—No, pero me parece raro que en ese maletero no haya huellas ni siquiera del propio Zacher. No me cuadra. O sea, el asesino limpia a conciencia de huellas el maletero y es tan imbécil como para dejar la suya allí plasmada.

Cooper ignoró el comentario.

—¿Y a Mary Johns, la conocías? Tu huella estaba en su bolso que, además, encontramos al lado del cadáver.

—Volvemos a lo mismo, Cooper. No conozco a Mary Johns de nada y me sorprende que el bolso esté limpio de huellas, incluso las de la propia dueña, pero que la mía esté allí bien visible. ¿Quieres que te explique cómo se puede colocar una huella digital en el escenario de un crimen o ese día estuviste atento en clase?

—No es el mejor momento para chulerías, Duncan. No tenemos muy claro cuándo fueron asesinadas Mary Johns y Tiffany Torben, pero sí sabemos en qué momento tiró los cuerpos en el vertedero el asesino. Conoces las fechas mejor que yo, este era tu caso. Dime, ¿qué hiciste esas noches?

—Estar en casa con mi mujer. Puedes preguntárselo.

—¿Y la noche que mataron a Lucy Woodson y su prometido?

—En casa con mi mujer.

—Tendremos que hablar con ella.

Una mueca de disgusto cruzó el rostro de Travis y a Cooper no le pasó desapercibido.

—¿Ocurre algo, Duncan? ¿Temes que tu mujer no corrobore tu coartada?

—Qué cabrón eres, Cooper. Lo que me jode es que vayan a molestar a Alana y a preocuparla. Está en el hospital, en reposo absoluto. Ya sabes, por el embarazo.

—Lo sé —dijo Cooper, pero no había rastro de burla en su tono ni en sus gestos—. No es mi intención molestarla, pero tendré que hacerlo.

—Lo entiendo.

—Ya sabes cómo va esto. ¿Me dejarás entrar en tu casa para registrarla o tendré que pedir una orden al juez?

—No hará falta orden. Podéis entrar cuando queráis.

Colter acababa de cerrar la maleta, no sin cierto esfuerzo. Después se tiró en el sofá e hizo una llamada telefónica.

—Hola, mamá. Te llamo para decirte que me voy unos días y quizá no pueda comunicarme contigo tan a menudo. Intentaré llamarte a diario, pero no sé si podré —explicó Colter.

—¿Te vas de vacaciones?

—No, es por trabajo. Voy a investigar a un tipo.

—Ten cuidado —pidió ella—. ¿Vas solo?

—No. Voy con... Voy con alguien.

Su madre notó la vacilación en la respuesta y sonrió.

—¿Una mujer?

Colter rio antes de responder.

—Sí, mamá, sí... Pero no es lo que piensas.

—Ya, ya... En fin... ¿Te gusta?

Otra vez se rio antes de responder.

—Me vuelve loco, pero discutimos mucho y ella me considera poco menos que el demonio, así que no hay nada que hacer, me temo.

—¿Un demonio? ¡Pero si eres un ángel!

—Eres mi madre, ¿qué vas a decir tú?

—Pues la verdad, hijo, la verdad. Nunca me escucharás llamar *ángel* a tu hermano. Dime por qué tiene tan mala opinión sobre ti esa chica que te vuelve loco.

—Recuerda que en el pasado, hace mucho tiempo, hice algunas cosas de las que no me enorgullezco y cree que soy el mismo hombre.

—¿Te refieres a los libros que escribiste sobre el Monstruo de Florida?

—Cómo me conoces, ¿eh? Sí, me refiero a eso. Cree que soy un oportunista, un sinvergüenza.

—¿Puedo darte un consejo, Colt?

—¡Claro! Venga, dispara.

—No te esfuerces en decirle que eres otro hombre, ni te esfuerces en decirle lo mucho que te gusta. Demuéstraselo con actos, cada día, cada vez que puedas. ¡Y hazla reír!

Colter se mordió el labio. Imaginó a su madre sentada en el viejo sillón de piel de su casa con un libro sobre el regazo, que retomaría tan pronto como acabara de hablar con él.

—Te quiero muchísimo, mamá.

—Lo sé, Colt, lo sé. Demuéstrale a esa joven quién es de verdad mi hijo menor. Demuéstrale quién es Colter Michael Bronstein.

—La haré reír, mamá. Lo prometo.

—Y soñar, Colt. Hazla soñar. Te quiero, hijo.

La mañana antes de tomar el avión hacia Oregón, Freya se acercó muy temprano al hospital. Había hablado con el director la noche anterior para comunicarle su necesidad de tomarse unos días y como el Monstruo de Florida salía a todas horas en la televisión relacionado con el Asesino del vertedero, este no puso ni una objeción, aunque había sido avisado con tan poco tiempo, pues imaginó que Freya necesitaba escapar de Miami por unos días y lo entendió perfectamente. Aun así, ella fue a su despacho del hospital a las seis de la mañana para seleccionar las carpetas de los pacientes cuya terapia no podía interrumpirse y dejárselas al doctor Mansfield que, tal y como ella suponía, ya se encontraba trabajando a aquellas horas de la mañana. Estaba a punto de tomar el ascensor cuando vio que aparecía aquel hombre de mantenimiento al que le había pedido un favor varios días antes. Se dirigió hacia él y lo tocó en el hombro. Se dio la vuelta sorprendido. No es que no supiera que ella estaba allí —su taconeo por los pasillos era inconfundible—, sino que no creyó que se dirigiera a él y menos aún que lo tocara. Un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza y no pudo disimularlo. Freya también se quedó sorprendida ante el modo en que él la miró.

—Hola, Bert. —Había mirado disimuladamente su chapa para cerciorarse de su nombre, igual que la primera vez que se había dirigido a él—. Solo quería darte las gracias por la rapidez con la que te deshiciste de las bolsas de papeles que te dejé en el despacho.

—Es mi trabajo —dijo él, con una sonrisa extraña que de pronto a Freya le desagradó.

—No, tu trabajo esa noche no era ese, por eso te lo agradezco. Que pases un buen día —le dijo, con un deseo repentino de meterse dentro del ascensor. Aquel hombre era raro, pero no una rareza que puede suscitar interés, sino una rareza que provocaba cierta incomodidad. Le ocurría siempre con la gente que miraba con una intensidad de miope, casi bizqueando, en su deseo

de concentrarse captando cada mínimo detalle de aquel a quien observaban.

—Igualmente —le deseó él.

Freya se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida. Decidió que bajaría por las escaleras. No quería esperar el ascensor y sentirse observada por aquel hombre. Estaba acostumbrada a las miradas largas de los hombres, como lo están todas las mujeres guapas, pero no por ello dejaba de ser incómodo convertirse en objeto y no una persona de carne y hueso que es algo más que un cuerpo deseable.

Se dirigió a la universidad para darle algunas indicaciones a la becaria que la iba a sustituir en clase y regresó a su casa para recoger la maleta y encontrarse con Colter a las diez de la mañana delante de su apartamento. Él llegó puntual y descendió del vehículo para ayudarla a introducir el equipaje en el maletero.

—¿Solo llevas esto? —preguntó asombrado al ver su pequeña maleta—. ¡Yo llevo el doble! No sabemos cuántos días vamos a estar.

—Vaqueros y camisetas, otros playeros a parte de estos y la chaqueta. — Señaló la que llevaba en esos momentos en la mano—. Lo necesario. ¿Qué demonios llevas tú ahí? —preguntó, al ver las dos maletas de él.

—Lo mismo que tú y algo más. Llevo unos cuantos «por si acaso». Por si acaso llueve, por si acaso hace frío... Y varios libros. Ya sabes, por si acaso me aburro contigo. —Alzó las cejas con gesto cómico.

Ella no secundó el chiste.

—Yo también llevo libros. Unos sesenta en el *e-reader*, que ocupa menos espacio. —Le sonrió—. También preveo que me aburriré contigo.

Se subieron al coche y se encaminaron al aeropuerto. Estaba sonando *It's Raining Again*.

—¿Es la radio? —preguntó ella, con ganas de tirarle alguna pulla.

—No. Es un cedé con mis canciones favoritas —dijo él, sabiendo que se avecinaba un comentario sarcástico.

—Por el amor de Dios, ¿te gusta *Supertramp*? ¿En serio?

—Son unos grandes. Claro que me gustan. A ti no, por lo que veo.

—Son unos blandos, Colter. Yo soy más de *Depp Purple* o *Black Sabbath*. Cosas así.

—Normal —dijo él, al tiempo que indicaba con el intermitente que iba a incorporarse a la circulación.

—¿Por qué dices que es «normal» que me guste ese tipo de música?

—Por algún lado te tiene que salir todo ese nervio que mantienes a raya con tu actitud fría y distante. Eres de las que saltan como locas, meneando la melena atrás y adelante, cuando oyes *rock* duro y música *heavy*, ¿a que sí?

Ella no se molestó en desmentirlo.

—Y tú eres de los que encienden el mechero en los conciertos durante las baladas y tararean canciones cuyas letras solo se saben a medias; como si lo viera...

Colter soltó una carcajada y ella lo miró muy seria.

—No somos amigos, Colter. Esto no ha sido una broma.

—Qué quieres que te diga, Freya... Eres graciosa, aun sin pretenderlo.

—Te veo contento —dijo, con fastidio.

—Es mi estado natural. Yo te veo enfurruñada.

—También es mi estado normal.

—No lo podías tener todo, mujer. La naturaleza ya ha sido demasiado generosa contigo como para darte además sentido del humor.

Ella se volteó para mirarlo, con el ceño fruncido, pero no dijo ni una palabra más.

Lisa Prendes se sorprendió de lo fácil que había sido convencer al detective Ben Cooper sobre la necesidad de hablar con el máster de La Casa del Dolor. Creyó, en un principio, que, como la idea partía de la época en la que Kurt Donahue llevaba el caso, él la rechazaría, pero, en cuanto le habló de cómo había evolucionado la destreza de quien había utilizado el látigo en la espalda de las víctimas, desde los tanteos con Mary Johns, la primera en ser asesinada hasta el pulso firme con el que fueron hechos los de Lucy Woodson, Cooper le dio prioridad a volver al club sadomasoquista. Ella hubiera deseado ir sola, igual que también estaba investigando sola los grabados de los relojes, pero en esta ocasión el detective Tony Hopper no parecía confiar demasiado en ella, ya que insistió en acompañarla, dejando a Cooper con el equipo de la científica para que fuera a registrar la casa de Travis Duncan.

Llegaron ante la puerta de La Casa del Dolor a las cinco de la tarde y una sumisa con un vestido negro de doncella decimonónica y unos labios increíblemente rojos les abrió la puerta y los condujo ante Hausser, en cuanto enseñaron sus placas. La joven llevaba un antifaz negro que le cubría la parte superior del rostro. Podía ser la misma que le había abierto la puerta la primera vez, pero Lisa no estaba segura.

—Debe de ser una fiesta temática —murmuró Hopper en voz tan baja que incluso a ella le costó escucharlo.

La casa estaba llena de gente que entraba y salía por las distintas puertas,

que subía y bajaba las escaleras de caracol, que colocaba flores aquí y velas allá, pero todo en un silencio tan absoluto que ambos policías estaban impresionados. De fondo, se escuchaba una *suite* de Bach.

La puerta negra del despacho se abrió y tras ella apareció Hausser. Iba vestido según la moda de los caballeros ingleses del siglo XIX, con pantalón negro ceñido, botas altas de caña, levita, camisa blanca, chaleco y corbatín. Se quitó el antifaz que llevaba en ese momento cubriéndole los ojos y la nariz. Estaba tan guapo que Lisa contuvo el aliento. Él le sonrió. Recordaba perfectamente su nombre.

—Hola de nuevo, agente Prendes. —Le sonrió con amabilidad, sin pretender ser seductor—. ¿Dónde ha dejado hoy a su compañero?

—El detective Donahue no ha podido venir —dijo, sin dar más explicaciones—, así que vengo con el detective Hopper.

—¿Quieren sentarse? —les preguntó Hausser. Todos se sentaron en torno al escritorio—. Hay un lío tremendo en la casa, como habrán visto ya. Esta noche tenemos una pequeña fiesta de disfraces y nos estábamos probando los trajes que acaba de traer la modista. Bien, ustedes dirán qué quieren.

—No hay ningún lío. No se oye ni un murmullo. Tiene bien adiestrados a los sumisos —dijo Lisa. De inmediato, se dio cuenta de lo inadecuado del comentario.

—Gracias, agente —dijo Hausser, con una mirada amable—. Odette me dijo que su compañero habló con ella.

—¿Odette? —Lisa no sabía quién era.

—Odette, sí. La esclava que tuvo el problema con la pareja que apareció muerta, Lisa Woodson y el tal Zachs.

—Ah, sí. Habló hace días con el detective Donahue, pero no venimos por eso, ¿verdad, Hopper? —dijo Lisa, intentando introducir a su compañero en la conversación, pero este estaba tan asombrado mirando los aparatos de tortura que había en los anaqueles del despacho que tardó en reaccionar.

—Vamos a ver, señor Hausser —comenzó a decir Hopper—. ¿Utiliza todo

esto que estoy viendo en sus jueguecitos?

Hausser lo miró en silencio durante unos segundos. No era tonto, sabía que el detective lo estaba juzgando y condenando.

—Antes de nada, quiero dejar claro que lo tenemos todo en regla y que nunca hemos hecho nada ilegal ni en contra de la voluntad de nadie y que siempre, absolutamente siempre que hemos sabido que un sumiso o un esclavo ha sentido que abusaban de su confianza, esa persona ha sido expulsada de inmediato de la casa. En segundo lugar, no tengo por qué decir lo que yo uso o no uso en mis actividades. Forma parte de mi intimidad. Y, por último, sí, cada cosa que usted está viendo ha sido utilizada por alguien en esta casa a lo largo de los años y siempre con personas que deseaban que se les hicieran las cosas que se les hicieron.

A Hopper no le importó que Hausser se pusiera a la defensiva. Continuó con sus observaciones. Era famoso en la comisaría por su poco tacto. Se levantó y se dirigió al anaquel en el que estaban los látigos, en parte porque la mayoría de los otros aparatos ni siquiera sabía para qué se utilizaban.

—Dígame una cosa, señor Hausser, ¿nunca se ha planteado que le falla algo en la cabeza a la gente que desea dar latigazos a alguien o la que desea recibir esos latigazos? Quiero decir... Los esclavos sureños han sufrido este tipo de violencia durante muchísimo tiempo y, cuando al fin se ilegaliza, ¿ustedes lo convierten en jueguecito erótico?

—Hace tiempo que los psiquiatras no nos llaman trastornados ni locos. Las sexualidades alternativas han empezado a reconocerse como lo que son: gustos distintos, parafilias. Si se dan entre personas mayores de edad que desean lo que hacen y lo que les hacen, a nadie más que a esas personas debe importarles lo que ocurre en su intimidad. En cuanto a violencia y sexo... — Señaló la cruz que Hopper llevaba colgada al cuello—. Veo que es usted católico. ¿Sabe que los inquisidores, allá por el siglo XVI o finales del XV, tenían un manual que debían leerse y saberse al dedillo y en el que se explicaba claramente cómo debían proceder para no excitarse mientras

torturaban a los presos?

Hopper sonrió con tirantez y cambió de tema. Tomó asiento de nuevo en la silla que había frente al escritorio, al lado de Lisa.

—Hemos venido precisamente por los látigos —dijo el detective—. Sabemos que usted es un maestro con ellos y nuestro asesino ha evolucionado muy rápido. Queríamos saber si ha tenido algún alumno que hace unos meses se defendiera con el látigo, pero no fuera demasiado diestro, y que en este tiempo haya mejorado mucho. Me refiero a una mejoría anormal.

Hausser palideció levemente.

—¿Creen que el asesino es alguien de esta casa?

—No estamos seguros —intervino Lisa—. Tenemos una serie de datos que nos hacen pensar que alguien está enseñando a ese hombre a utilizar el látigo. Hemos averiguado que en su mundillo a usted lo consideran un maestro en su manejo. Nos preguntábamos si ha estado enseñando a alguien que haya mostrado una increíble mejoría en estos dos últimos meses.

—Sí, hay alguien.

Hopper y Lisa se miraron. Hausser continuó.

—Bolka lleva con nosotros seis meses. Mostró interés por el látigo desde el principio, pero nunca dejó que los empuñen a menos que hayan pasado por ciertas etapas. Los inicio con látigos de cinco colas cortas y anchas y, cuando los manejan bien, les enseño con látigos más difíciles de controlar. Ahora mismo, Bolka majea un látigo serpiente, el más complicado. Viene cada día. Durante mucho tiempo practicó con un poste de madera, antes de tener a un sumiso delante. Nadie ha evolucionado tan rápido como él.

—¿La evolución se produjo en estos últimos dos meses? —preguntó Hopper.

—Sí, en estos dos o tres últimos meses —Hausser se pasó una mano por el pelo, nervioso.

—Dígame una cosa —dijo Lisa, recordando el vídeo en el que captaron al

asesino saliendo de su furgoneta en un vertedero y se dieron cuenta de que era de baja estatura—. ¿Ese tal Bolka es un hombre bajo?

Hausser volvió a palidecer.

—Sí.

—Está bien —intervino Hopper, excitado por el hallazgo—. Necesitamos que nos dé todos los datos personales de ese tipo.

—No tengo ningún dato de él, solo el nombre por el que se hace llamar.

—¿Cómo que no tiene datos? ¿Esto no es un club? —Hopper parecía impaciente.

—La gente que viene aquí lo hace porque desea vivir su vida y sus fantasías en la intimidad. El BDSM no está precisamente bien visto. Usamos alias, no damos nuestros nombres, y pagamos las cuotas con dinero en metálico, no vamos dando el número de nuestras cuentas bancarias. Solo mi nombre aparece recogido en la cámara de comercio, porque soy una especie de administrador.

—De acuerdo —insistió Hopper—, pero tendrá alguna manera de ponerse en contacto con él, ¿no?

—Sí, hay un número de teléfono. —Hausser sacó su móvil y buscó la información. Le enseñó la pantalla a Hopper.

—Hágame un favor. Envíele un mensaje, algo que no levante sospechas.

—Si le envío un mensaje solo a él, le parecerá raro. Nunca lo he hecho, tampoco lo he llamado. Podría mandar un mensaje al grupo de whatsapp. —Pensó durante unos instantes—. ¿Qué les parece esto?: «Decidme cuántos de vosotros venís seguro a la fiesta de esta noche. Necesito número exacto de dominantes para un jueguito».

—Perfecto —dijo Hopper, mientras tecleaba algo en su móvil—. Tengo que hacer una llamada, disculpe.

Buscó el contacto en la guía y llamó. Le respondieron casi de inmediato.

—Beth, necesito que me averigües todo lo que puedas sobre el número de teléfono que voy a darte. Sí, llámame en cuanto sepas algo y permanece

atenta. Rastréalo y pide a su compañía telefónica que te diga por dónde se ha movido en las fechas y horas que te voy a enviar ahora mismo.

—Bolka acaba de responder —dijo Hausser.

Lisa se levantó de su silla, rodeó el escritorio y se acercó al máster para leer su pantalla del móvil. Estaban tan cerca que pudo oler la exquisita colonia masculina.

—«Yo no puedo ir» —Lisa leyó en alto el mensaje.

—Ahora mismo ese número de teléfono está activo, Beth. Localízalo —dijo Hopper.

—También vamos a necesitar el látigo que utilizaba para enseñar a ese hombre. ¿Guardaba aquí el material? —le preguntó Lisa.

—Aquí, el único material que proporcionamos son las camillas, las cruces de San Andrés y poco más. Los juegos con sangre deben llevarse a cabo con muchísimas garantías, para evitar el contagio de enfermedades. Los látigos trenzados, como el que usa Bolka, son muy difíciles de limpiar, pues pequeñas gotas de sangre se quedan siempre entre el trenzado. Son personales e intransferibles. Un látigo debe usarse siempre con el mismo sumiso, si se quiere extremar la prudencia. Todo el material es personal, no es de la casa. Muchos de los socios lo dejan en su taquilla. Podemos mirar si Bolka lo guarda ahí, aunque él siempre carga una bolsa de deporte con sus juguetes, así que me temo que no encontrarán nada. Nadie suele cerrar las taquillas. Aquí no hay robos.

Lisa y Hopper siguieron a Hausser hasta el vestuario. Era grande, blanco e inmaculadamente limpio. Las duchas estaban a la derecha y las taquillas, a la izquierda. El nombre de Bolka aparecía en una de ellas, pero estaba cerrada, al contrario de lo que se esperaba.

—Necesitamos una orden del juez para abrirla —explicó Hopper. En ese momento sonó su móvil—. ¿Sí? De acuerdo...

Cuando colgó, miró a Lisa.

—Debemos irnos. Gracias, señor Hausser. Espero que sea discreto. Nos

pondremos en contacto con usted si volvemos a necesitarlo. Ha sido muy útil todo lo que nos ha dicho. Gracias.

Lisa se quedó asombrada de la amabilidad que estaba mostrando con el máster.

—Si recuerda algo más, llámeme a este número —le dijo ella a Hausser. Durante un breve instante, se miraron a los ojos sin pestañear.

Salieron del club y se dirigieron al coche patrulla.

—Beth me ha dicho que localizaron el teléfono en el hospital Hammond —dijo Hopper, preocupado—. ¿No es allí donde está la esposa de Travis?

—Sí, pero él no puede ser el asesino. Mide casi uno noventa y ese tal Bolka es bajo. Sabes que las cámaras lo captaron tirando uno de los cadáveres en un contenedor y se veía claramente que era bajo.

—Lo sé, ¿pero qué demonios hace ese asesino en el hospital Hammond, tan cerca de Travis y de su esposa?

El detective Cooper entró en la habitación del hospital para confirmar la coartada con Alana Keller. Había pasado toda la mañana, junto a un nutrido grupo de agentes, registrando la casa de la pareja y no habían encontrado nada sospechoso. Era de esperar.

—Buenos días, señora Duncan. Siento mucho molestarla en el hospital —dijo Cooper desde la puerta. Sin atreverse aún a pasar. Ella, que estaba adormilada con la cara vuelta hacia la pared, se incorporó en la cama y lo miró. El detective se quedó impresionado por su belleza. «Cabrón con suerte», dijo para sí mismo, pensando en Travis, que estaba allí, sentado en una silla, al lado de su esposa y con cara de pocos amigos.

—Pase, detective. No se preocupe. Travis ya me ha dicho a qué viene.

Cooper entró con cautela.

—Seré rápido. En estos momentos tiene que estar usted descansando y con

la cabeza puesta en cosas agradables. —Le sonrió.

—Voy a adelantarme, detective. Desde que estoy en el hospital, Travis no se ha ausentado más que para ir a darse una ducha rápida a casa. Puede hablar con los vecinos. Antes de hospitalizarme, Travis estaba en casa todo el tiempo, excepto cuando iba a trabajar, de noche y de día, así que, si ha secuestrado, torturado y matado a esas mujeres, ha tenido que hacerlo delante de mí. ¿Cree en serio que mi marido es el Asesino del vertedero?

—Sinceramente, me parece poco probable —le respondió con amabilidad—, pero no por eso puedo dejar de investigarlo a fondo, como comprenderá.

—Lo entiendo.

—Bien, pues no la molesto más. Gracias por haber hablado conmigo.

—De nada, detective.

Cooper hizo un movimiento de cabeza a modo de despedida y abandonó la habitación. Travis lo siguió hasta el pasillo.

—¡Cooper! —lo llamó.

Se dio la vuelta cuando escuchó su nombre.

—¿Qué quieres?

—Agradecerte la amabilidad con Alana.

Cooper alzó las cejas.

—¿Por quién me tomas? No tengo motivos para tratarla mal y menos aun sabiendo que está embarazada. Ella no es culpable de estar casada con un ególatra que se cree mejor que el resto.

Se dio la vuelta y se marchó. A Travis se le escapó la risa. «Mira quién va a hablar de ególatras que se creen mejores que los demás», pensó.

Cooper no había llegado aún a su coche, que se encontraba en la planta baja del aparcamiento del hospital, cuando recibió la llamada de Hopper. Se quedó parado escuchando lo que su compañero tenía que decirle sin emitir ni un solo sonido y, cuando colgó el teléfono, corrió de nuevo hacia el edificio del hospital. Llegó hasta la habitación donde estaba Alana en un tiempo récord y sin resuello. Travis frunció el ceño cuando lo vio.

—Hopper ha mandado una patrulla hace un momento. Vamos a poneros vigilancia.

—¿Por qué? —preguntó Travis.

Alana se incorporó con dificultad en la cama.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—Han dado con una posible pista del asesino en un club sadomasoquista. Usa un alias, así que no saben su verdadera identidad, pero el teléfono de contacto que dio en el club lo situaba aquí mismo hace media hora.

—¿¡Al asesino!?! —Alana abrió mucho los ojos, en parte por la sorpresa y en parte por el miedo que le producía saberlo a pocos pasos.

—¿Ya no crees que sea yo el asesino? —le preguntó Travis con tono burlón.

—Una cosa es que me caigas mal y otra que te considere tan imbécil como para dejar tus huellas en dos escenas del crimen —le respondió Cooper—. Lo que creo es que ese tipo tiene una fijación contigo. Estaba aquí mismo hace pocos minutos y desconocemos sus intenciones.

En ese momento, Hopper, Lisa y los agentes entraron en la habitación.

—No quiero que os mováis de la puerta, ¿de acuerdo? Siempre tiene que haber al menos uno vigilando —les dijo Hopper a los dos agentes armados que lo acompañaban. Ellos tomaron posiciones—. ¿Podemos hablar delante de él? —le preguntó a Cooper, señalando a Travis.

—Está más que claro que Duncan no es el asesino, ¿no? O sea que sí, habla delante de él. Le interesa todo esto más que a nosotros. Quieren inculparlo.

—Fuimos a La Casa del Dolor —comenzó a explicar Lisa— y su máster o su gerente, como lo queramos llamar, nos ha dicho que hay un tipo que concuerda con nuestros datos: baja estatura y en los dos o tres últimos meses ha mostrado una mejoría enorme en el manejo del látigo. Usa un alias, así que solo sabemos que se hace llamar Bolka. He buscado el nombre y parece ser rumano, significa «dolor».

—Beth ha rastreado el número de móvil que dio como contacto y es un

teléfono desechable —continuó Hopper—, de manera que no sabe quién es el dueño, pero rastreó la señal mientras estábamos en el club y en ese instante estaba aquí mismo, en el hospital. Beth ya se ha puesto en contacto con la compañía de teléfono móvil para que nos indique cerca de qué repetidores se encontraba ese teléfono las noches en que fueron abandonadas las víctimas en el vertedero.

—También nos acaba de firmar el juez la orden para abrir la taquilla de ese tipo en el club sadomasoquista —dijo Lisa.

—Muy bien. Estáis trabajando rápido. —Travis parecía asombrado.

—Por fin empezamos a ver la luz al final del túnel. Tengo la sensación de que estamos a punto de pillarlo —dijo Lisa.

—Lo difícil no va a ser pillar a este pobre idiota —hizo un gesto de fastidio—, sino dar con la red de pedófilos y pederastas que están pagando a estas mujeres por las fotos y los vídeos.

—Oye, Duncan, perdona que insista —intervino Hopper—, pero tengo una corazonada. ¿Tienes algún lugar más en el que podamos buscar, aparte de tu casa? Garajes, otras casas... Creo que ha escondido más pruebas incriminatorias y, si sabemos dónde buscar, quizás encontremos más información sobre él.

—Tengo una cabaña en un pueblo de Oregón. Si realmente el asesino es Nick Duncan, es importante que sepáis varias cosas sobre él: nos criamos como hermanos adoptivos en Renfield, en casa de los Longstone. Él llegó con unos trece años. Había estado entrando y saliendo de casas de acogida desde los dos años, más o menos. No nos llevábamos bien. Al principio, él simplemente me ignoraba, pero no sé por qué, de un día para otro comenzó a seguirme, a copiarme, vestirse con mi ropa... Cuando nuestro padre adoptivo lo reprendió, huyo de casa, vino a Florida y estuvo unas semanas. Finalmente llamó de nuevo para que alguien fuera a recogerlo. Me sacaba de quicio, nos peleábamos siempre y hace casi dos años, tuvimos un problema gordo en Renfield. Alana y yo estábamos en la cabaña y descubrí que nos espiaba por

la ventana y que había micros en algunas habitaciones. Avisé a la policía y lo denuncié, pero él había desaparecido y tiempo después encontramos su coche al borde de un acantilado. Había enviado cartas de despedida. El cuerpo nunca apareció, pero todos creímos que se había suicidado y que ocurriría como tantas veces que alguien se arroja al mar, que el cadáver aparece mucho después arrastrado por la marea en algún punto muy lejano. El problema que tenía Nick conmigo nunca supe cuál era, pero me detesta desde hace muchos años.

—¿Y la relación de Skald con Nick? —preguntó Cooper.

—Tampoco sé cuál era. Imagino que admiraba a Skald y quería ser como él.

—Alguien debería ir a hablar con Skald. ¿Qué tal si va tu hermana y el periodista ese? Con ellos sí quería hablar, ¿verdad? —le preguntó Cooper a Travis.

—Ellos no están en Miami en estos momentos. Han tenido que salir de viaje —dijo Travis a modo de excusa.

—¿Juntos? —Cooper pareció extrañado.

—Sí, juntos.

—¿Son pareja?

—Eso son cosas de mi hermana y las contará ella si quiere —Travis se puso a la defensiva.

—Comprendo. —Pero la mirada de Cooper daba a entender que sabía que le estaba ocultando algo y no algo referente a la situación sentimental de Freya, sino algo relativo al caso.

—Si quieres, puedo ir yo. Sé que ya no es mi investigación, pero puedo actuar de enlace, como estaban haciendo Freya y Colter —se ofreció Travis.

A Cooper le pareció una buena idea.

—También tenemos un trastero, ahora que recuerdo —soltó, entonces, Travis—. Lo alquilé en un hangar del centro. Será mejor que os explique lo que vais a encontrar allí, para que no lo malinterpretéis.

Ralphie, de Delitos Informáticos, les había pedido a los detectives Cooper y Hopper que fueran inmediatamente a verlo.

—Alguien ha limpiado el ordenador de Lauren Wilson, pero aun así pude recuperar ciertos archivos. Aparecieron fotos de sus hijas desnudas. Rastree la dirección del foro en el que las compartía y, aunque había sido borrado, recuperé parte de la memoria caché. Hay conversaciones sobre una puja. Parece que iba a subastar la virginidad de las niñas, pero esto no es lo que me sorprende más... Me ha sido imposible rastrear a los participantes del foro, excepto a seis. Al principio, me llamó la atención que estos seis fueran tan descuidados, después me di cuenta de que no era cuestión de descuido, sino de que ya no podían borrar sus huellas como los otros. Rastree la IP del ordenador de los seis. Viven en distintos estados, tienen diferentes edades, comprendidas entre los veintinueve y los sesenta y tres, diferentes razas, estatus sociales diversos... Pero todos tienen algo en común: han sido asesinados, poco a poco, durante los seis últimos años. Alguien ha estado ejecutando a estos tipos.

—¡Joder! —Cooper se pasó ambas manos por el rostro—. ¿Será nuestro asesino u otro?

—Tendréis que averiguarlo vosotros. Ninguno de ellos vivía en Florida, así que deberéis ponerlos en contacto con la policía de otros estados.

—Eso haremos. Por cierto, Ralphie, busca toda la información que puedas sobre la última víctima del Asesino del vertedero. Su cuerpo aún no apareció, pero su nombre estaba en la carta que envió a Skald. Molly Anne Talbot. Su casa estaba limpia. No había ordenador y su vecina nos dijo que era antitecnología. Su teléfono móvil estaba sobre la mesilla de noche. Parece una mujer afable, no tiene hijos, vivía sola. Se jubiló hace tres años. Era enfermera en una clínica de fecundación *in vitro*. Tiene sesenta y seis. Los vecinos empezaron a echarla en falta hace un mes.

—De acuerdo, buscaré a fondo. Os llamo en cuanto tenga algo —prometió Ralphie—. Vosotros sabéis que Travis no puede ser el asesino, ¿verdad?

—Lo sabemos, pero hay que investigar a fondo cada pista que tengamos. Travis es el talón de Aquiles de ese asesino. Quiere inculparlo a como dé lugar y tal vez por ahí acabamos dando con el verdadero culpable de todo.

—Por cierto, ¿quién habrá borrado el ordenador de Lauren Wilson? —preguntó Lisa.

—Sea quien sea, ha intuido que su desaparición estaba relacionada con las otras víctimas del Asesino del vertedero, así que pertenecerá a la red de pederastas.

El vuelo entre Miami y Portland duraba varias horas. Freya y Colter pisaron el aeropuerto pasadas las ocho de la noche y aún les quedaba una hora y media en coche para llegar a Renfield. La carretera era recta, sin apenas curvas y transcurría paralela a un riachuelo. Todo era verde, allá donde miraran, y daba la sensación de que se estaban adentrando en el corazón de un bosque inmenso.

Habían alquilado una camioneta *pickup* de Ford, muy distinto al Pontiac FireBird de color negro brillante que había alquilado más de un año atrás, cuando fue por primera vez a Renfield siguiendo la pista del hijo secreto de Skald cuando aún no sabía quién era Travis Duncan. En aquella ocasión, solo había *pickups* para alquilar, así que no perdió mucho tiempo eligiendo automóvil.

Apenas habían pronunciado palabra durante el viaje y estaba resultando tenso. Colter fue el único que habló, cuando estaban a media hora de Renfield.

—Te he traído el segundo libro que escribí sobre tu padre. No me dio tiempo a enviártelo con un mensajero. Fue todo muy apresurado, preparar el

viaje, la maleta y demás, pero quería dártelo porque me interesa que lo leas, si no supone una molestia muy grande. Después podemos hablar sobre ello, si quieres.

—Me parece bien —respondió Freya, de manera lacónica.

Tras esto, ambos se mantuvieron en silencio durante el resto del viaje. Colter volvió a hablar cuando tomó el ramal que cruzaba el bosque y conducía hasta la pequeña cabaña de troncos de Travis. «Estamos a punto de llegar», dijo. Su hermano le había dejado las llaves a Freya, pero ella no tenía ni idea de cómo llegar, en cambio Colt ya había estado allí.

Se apearon del vehículo y sacaron las maletas. Freya observó la cabaña durante unos segundos. Parecía la morada de un leñador. A Travis no le pegaba una casa así, pero tal vez no conociese lo suficiente a su hermano como para asegurarlo.

—La última vez que estuve aquí fue hace más de un año —dijo Colter—. Recuerdo que llegué y no había nadie, así que decidí esperarlo. A los pocos minutos apareció con Alana y la niña. Palideció nada más verme y me di cuenta de que él tenía claro a qué iba yo, supe que sabía que era hijo de Skald, que no iba a contarle nada nuevo.

—Esa era una buena historia para un libro —dijo ella.

—Ya lo creo. Oro puro —respondió, mientras cargaba las maletas de ambos y las llevaba al amplio porche de la cabaña.

—¿Entonces por qué no la publicaste?

Colter acababa de dejar en el suelo las maletas. La miró desde arriba. Era, al menos, treinta centímetros más alto que ella.

—Porque, aunque no lo creas, me sirvió con haber metido la pata dos veces.

Freya sacó la llave de su bolso y abrió la puerta. Metieron las maletas y miraron a su alrededor. La chimenea ocupaba el centro de la sala. Frente a ella estaban los sillones de piel. A la derecha, una gran mesa de comedor y a la izquierda, una cocina abierta, pero nada de esto se fijó en la memoria de Freya, porque estaba pensando en otras cosas.

—No te entiendo, Colter. O tal vez es que no quiero comprenderte, ya no lo sé. Cómo reaccionaste el otro día en tu casa, me ha hecho pensar. No sé si mereces un guantazo por hacerte el digno o si es cierto que no pretendes sacar tajada de todo esto, pero me cuesta creerlo, ¿sabes? Quizás no haya querido leer tu segundo libro hasta ahora, pero he leído el primero y me pareció brutal. No te importó nada, ni las víctimas, ni sus familias, le diste voz y megáfono a un asesino en serie, alimentaste el morbo de la gente para que te leyera, que compraran tu libro y labrarte una reputación como periodista. Si eras capaz de algo así con casi veinte años, no quiero imaginar lo maquiavélico que has podido llegar a ser dos décadas después.

Colter se sentó en uno de los sillones que había enfrente de la chimenea y le indicó con la mano a ella que se sentara en el otro. Freya lo hizo en silencio.

—No puedo cambiar lo que hice en ese libro, ni quién era a los diecinueve años, pero te aseguro que soy otro y que me di cuenta muy pronto de que ese no era el camino que quería seguir ni el tipo de periodista y de persona en la que me quería convertir. Me cegué. De pronto, un famoso asesino en serie que no hablaba con nadie quería hablar conmigo, me contaba cosas que la policía no lograba sonsacarle, los periódicos y las televisiones me entrevistaban, me pedían artículos sobre el tema, me pagaban. Tenía diecinueve años y no medí el alcance moral de lo que estaba haciendo. Podía haber escrito el libro de otra manera, incidir en la buena labor de la policía, por ejemplo, pero preferí mostrar el punto de vista de Skald por el morbo que generaba. Uno de mis profesores de la facultad me dijo que me estaba equivocando, que nunca se debía engordar el ego de un asesino en serie, pero me engañaba a mí mismo diciendo que este asesino era distinto, porque las víctimas se merecían la muerte. Habían abusado de sus hijos de una u otra manera, los habían maltratado... ¿Sabes cuántos de esos niños me dijeron que para ellos tu padre había sido un salvador? Me engañaba a mí mismo para no cuestionarme el alcance moral de todo aquello, Freya, pero un día desperté y fue gracias a ti. Visítate en Oslo me hizo ver las cosas de otro modo —dijo

él.

—¿Por qué? —preguntó ella muy seria.

—Porque querías profundamente a tu padre y sabías que sus víctimas eran seres humanos despreciables, pero jamás lo justificaste. Eras una niña y veías que tu padre había hecho algo monstruoso, que merecía la cárcel y que no podemos justificar los actos de un asesino por más depravada que sea su víctima. Nunca lo había pensado así. Nunca entendí las torturas, pero sí que las matara. Solo después de hablar contigo comprendí que, si matamos a un ser despreciable o justificamos que alguien lo haga, no somos mejores que él. Mi segundo libro fue un error, pero la intención era buena.

—¿En serio?

—Léelo primero, por favor. Luego responderé a todo lo que quieras.

Ella lo miró unos instantes antes de levantarse.

—Voy a colocar mi ropa para que no se arrugue —dijo. Se levantó del sillón, cogió la maleta y comenzó a subir las escaleras.

—Freya...

Ella se dio la vuelta para mirarlo.

—El otro día en mi casa fui excesivamente duro contigo. No me puse en tu lugar, solo pensé que me estabas tratando de manera injusta y reaccioné. No me gustó cómo me trataste y no estoy acostumbrado a tolerar faltas de respeto, pero ahora comprendo que tú me juzgas mal porque no tienes toda la información. Si quieres, podemos poner remedio a eso. —La paciencia de él, su tono tranquilizador despertaba algo en ella que llevaba dormido mucho tiempo.

—Leeré tu libro —dijo Freya por toda respuesta. Después, siguió subiendo la escalera.

—Te lo subo en un momento, en cuanto lo saque de la maleta —le dijo él, con la vista clavada en su espalda, pero ella no se dio la vuelta.

Lisa Prendes estaba en su escritorio de la comisaría de policía tachando los nombres de los joyeros y grabadores de Miami que había visitado. En esos momentos, Cooper pasó a su lado y miró por encima de su hombro lo que estaba haciendo.

—¿No avanzas? —le preguntó.

—No... Y mira que he visitado a grabadores. De hecho, hay tres que son los grabadores oficiales de Cartier, pero nada, ellos no recuerdan un trabajo así y llevan un registro de todas las grabaciones que realizan. He preguntado a otros sesenta, pero nada.

—Sigue preguntando, Lisa. Tengo la sensación de que esta pista es muy buena y nos va a ayudar a descubrir algo que nos lleve a esta red de pederastas.

—Lo sé. Yo también tengo esa sensación. Si no me necesitáis aquí, saldré a preguntar a unos cuantos de la lista.

—Por supuesto, pero llévate a alguien contigo, ¿de acuerdo? No sabemos si el grabador puede estar metido en el asunto. No quiero que vayas sola y te pongas en peligro —le ordenó.

—Llevaré a Anna Ortega. Siempre hemos trabajado muy bien juntas —informó.

A Cooper le pareció una buena idea. Tenía la corazonada de que estaban muy cerca de descubrir la verdad.

El ascensor estaba estropeado. Ralphie había bajado desde la planta cuarta por las escaleras y llegó a la primera sin resuello. Se prometió que dejaría de fumar, como siempre que debía hacer algo de ejercicio y se quedaba sin aire, pero se le olvidaría en cuanto llegara la hora del café. ¿Qué era un café sin su correspondiente cigarrillo?

Cruzó la comisaría de policía entera hasta llegar al pasillo del fondo. Era un día tranquilo. Había una joven interponiendo una denuncia en la mesa del agente Serton y una anciana haciéndole unas preguntas al agente Méndez, pero nadie más. Llamó a la puerta del despacho que compartían los detectives Cooper y Hopper y abrió sin esperar respuesta. También la agente Prendes se encontraba allí con ellos. Tenían puesto el ventilador, pero solo lograba mover aire caliente, de manera que servía para poco. El aire acondicionado lleva dos días sin funcionar. Todos se habían quitado las chaquetas y remangado las camisas. Revisaban el papeleo y las fotografías del caso del Asesino del vertedero.

—Hola, chicos. Acabé de revisar el móvil de Molly Talbot. Está limpio. No he encontrado nada turbio sobre ella. Es completamente distinta a las otras víctimas. No tiene ordenador y solo utilizaba el teléfono para llamadas y mensajes. No ha borrado ninguna conversación. Tiene guardadas cuatro o cinco fotos de flores y de la playa desierta. Nada más.

—Pues algo tiene que haber, si no es en su móvil, será en otra parte —dijo

Lisa.

—Eso pensé yo, así que amplié la búsqueda a su ámbito laboral. —Se detuvo, como creando expectativa.

—¿Y...? —Cooper intentó meterle prisa.

—Nada. Fue enfermera durante casi treinta años en una clínica de fecundación *in vitro*. Lleva cinco años jubilada. Allí no encontré nada tampoco, pero...

—Joder, Ralphie, déjate de suspense y cuéntalo ya —exigió Hopper.

—Hay algo con lo que creo que podemos trabajar. Hace treinta y un años dio a luz a un niño al que llamó Nicholas Jonathan Talbot, pero lo dio en adopción dos años más tarde. Aparece como hijo de padre desconocido.

—Hostia... Nicholas... Nick, ¡como Nick Duncan!

—Eso pensé yo —dijo Ralphie—. Además, coinciden en edad. El expediente de adopción está bloqueado, pero con una orden del juez nos darán acceso.

—Pues pidámosla cuanto antes —dijo Cooper—. Un trabajo cojonudo, Ralphie.

—¿¡Es su madre!?! —exclamó Lisa Prendes, que había permanecido anonada y muda desde que había empezado a atar cabos.

—Probablemente... Y, si está imitando a Skald, no la habrá matado de inmediato, la mantendrá retenida y estará torturándola. Se pasará muchos meses haciéndolo antes de matarla.

—Skald la torturó durante años. Tenemos que encontrar a esa mujer ya. ¿Cómo llevan lo del rastreo de las llamadas del teléfono que nos dio el máster de La Casa del Dolor? —preguntó Lisa.

—Voy a llamarlos, a ver qué me dicen.

Pero Cooper no pudo hacerlo, porque en esos momentos sonó su teléfono.

—¿Sí? —respondió; después se mantuvo unos segundos escuchando en silencio—. De acuerdo. Vamos para allá.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Hopper.

—Han encontrado un cuerpo en un vertedero. Creen que puede ser Lauren Wilson.

—Otra vez en Pompano Beach, como Lucy Woodson —dijo Cooper—. Nos está tomando el pelo, joder. Ha dejado el cadáver en un contenedor de esta ruta.

—Ojalá tuviéramos tantos agentes como para apostar uno al lado de cada contenedor, Cooper, pero sabes como yo que apenas tenemos patrullas en la calle para hacer el trabajo más básico —le respondió su compañero.

Hopper y él rodearon el edificio de oficinas del vertedero para acceder al lugar en el que había sido encontrado el cuerpo, sobre una montaña de desperdicios.

—Esta vez ni siquiera se molestó en meter el cadáver en una bolsa de basura. Quería que la encontráramos cuanto antes. Apuesto a que creía que los basureros la verían en el contenedor, pero lo volcaron en el camión sin comprobar antes el contenido, lo cual es normal, por otro lado —comentó Jack Riley, jefe del equipo de la científica, mientras les acercaba el Vicks Vaporub para que se lo aplicaran bajo las fosas nasales y evitar así el olor nauseabundo del lugar.

—¿Por qué crees que se trata de nuestro hombre? —le preguntó Hopper, pues desde esa distancia no podía ver nada llamativo en el cadáver.

—Marcas de una soga alrededor del cuello, latigazos en la espalda, un Rolex de oro en la muñeca izquierda... Es él o un imitador muy bueno.

—¿Apareció su bolso? —A Cooper no se le había escapado el detalle de que el bolso no había sido nombrado por Riley.

—Sí. Apareció a unos metros del cuerpo. Le falta la documentación, pero en la cartera hay una foto suya con las niñas. Se lo envié a Warren y me ha dicho que son las hijas de una de las mujeres de las que el asesino habla en la

carta que le envió a Skald, así que creemos que es ella.

—Si le veo el rostro, yo mismo te puedo decir si es ella o no. He visto decenas de fotos tuyas —explicó Cooper.

—El problema es que debe de llevar un tiempo en ese contenedor metida y las ratas le han comido la cara. Además, apostaría a que llevaba muerta al menos dos meses. Seguramente la escondió en algún lugar durante todo este tiempo.

—¿¡Que las ratas qué!?! —preguntó Hopper. Mirándolo con ojos desorbitados—. ¿Pero cuánto tiempo estuvo en ese contenedor de basura?

—No lo sabemos con exactitud. Por culpa de los recortes del gobernador, muchas cosas han cambiado en los barrios pobres. El alumbrado se enciende más tarde y eso favorece robos y trapicheos, además la basura se recoge solo dos veces por semana. —Riley alzó las manos en señal de impotencia—. Sabes que cuando las cosas van mal, siempre sufren las consecuencias los mismos.

—Y cuando van bien, siempre se benefician los mismos también. Los pobres están jodidos siempre, tanto en los buenos como en los malos momentos —murmuró Cooper, casi como si escupiera las palabras.

—¿Cuándo levantan el cadáver? —quiso saber Hopper. Tenía prisa por que llegara a manos del forense.

—Estamos esperando a la jueza, pero ya hemos comenzado a peinar la zona.

En ese momento, sonó el teléfono de Cooper. Miró la pantalla antes de responder.

—Es Prendes.

—¿El comisario? —preguntó Hopper.

—No, Lisa —puntualizó, antes de responder la llamada—. Dime, Lisa, ¿tienes algo sobre Nick Duncan?

Cooper escuchó en silencio e hizo un gesto de triunfo con el brazo. Después, colgó.

—Tenemos todos los registros de la compañía telefónica. ¡Es él! El dueño del teléfono desechable que nos proporcionó el gerente de La Casa del Dolor estuvo en los lugares donde fueron tirados los cadáveres y el día en el que creemos que se deshizo de ellos. También va asiduamente al hospital Hammond y hay otras dos localizaciones que visita casi a diario, un hangar que alquila trasteros y otro hangar abandonado a las afueras. Acaban de pasarme las coordenadas de ambos. Iremos antes a la segunda. Tiene toda la pinta de que sea allí donde las mantiene secuestradas y las tortura, porque está más aislado. El comisario Prendes ha enviado ya refuerzos. Nos esperan, así que andando.

Ambos detectives abandonaron el vertedero siguiendo el sendero de gravilla que rodeaba el edificio de oficinas y se dirigieron al coche a paso rápido.

—Por cierto, ¿qué ha sido de Advertine, el operario que robó el reloj del cadáver de Lucy Woodson? —preguntó Hopper.

—Lo despidieron y está a la espera de juicio por el robo —informó Cooper.

Freya comenzó a leer el segundo libro que Colter había escrito sobre su padre, pero no logró pasar de los dos primeros capítulos, ambos dedicados a los años de infancia de Hans Skald y en los que recogía testimonios de los vecinos sobre cómo su madre lo trataba. Para Freya no era ninguna novedad que su abuela se dedicara a la prostitución, pero sí lo era que aceptase que algunos clientes le pagaran más si el niño miraba o que incluso permitiera que lo tocaran y Dios sabe qué más. Eso último lo había contado una prostituta que había trabajado durante un tiempo con ella.

Cerró el libro porque no podía soportar aquella verdad. Por más que culpase a su padre de cada tortura y cada asesinato, también lo quería con todo su corazón. Quería a esa parte de él que la había amado y cuidado de niña, que

la abrazaba fuerte las noches de tormenta, cuando el ruido de los truenos la hacía estremecer; el que le enseñó a ser fuerte y el que le juraba que jamás la querría menos por nada de lo que ella hiciera, pensara y dijera. Amaba esa parte de su padre, pero odiaba al asesino. Para ella, eran dos hombres distintos, la cara y la cruz, el doctor Jeckyll y Mr. Hyde, la bondad y la depravación unidas en un mismo cuerpo. Amarlo la hacía sentir mal, pero odiarlo también. ¿Cómo amar al hombre que había torturado y asesinado a tantas mujeres? ¿Cómo odiar al hombre que la había cuidado, amado y enseñado cada día de su vida hasta los doce años? Era su primer referente en el mundo, pues su madre había muerto cuando ella no era más que un bebé.

Hacía muchos años, Freya había leído que las niñas conforman su opinión sobre los hombres basándose en las experiencias vividas con su padre. No recordaba quién era el autor ni cuál era el título de la obra, pero se le había grabado a fuego en la memoria. Basándose en eso, ¿podía decir que ella encajaba en ese perfil? Sí, encajaba.

Freya, de manera inconsciente, creía que los hombres tenían un lado oscuro que solo desataban cuando la mujer que estaba a su lado los amaba demasiado como para imaginar que un monstruo así habitara en el interior del hombre amado. Racionalmente, tenía mil maneras de combatir esa idea absurda. Era psiquiatra y lo bastante inteligente como para saber que los monstruos no eran habituales. La inmensa mayoría de la gente —de los hombres— no alcanzaba ni siquiera la categoría de «cabrón». Pero eso era a nivel racional. De manera inconsciente, su miedo estaba ahí y, aunque, como psiquiatra, sabía combatir ese bloqueo, no le interesaba hacerlo porque le servía como barrera de defensa contra el mundo. Con doce años se había prometido que nunca nadie más estaría tan dentro de su corazón como para dañarla y lo había cumplido. La única excepción había sido su pequeña sobrina Melissa. Ella había ocupado su corazón sin previo aviso, pero eso era distinto. Era una niña inocente. Colter también lo había tomado por asalto veinte años atrás, pero en eso no quería pensar demasiado.

Dejó el libro sobre la mesita de noche y salió del dormitorio. Había ocupado la habitación principal. Lo supo por la cuna de madera maciza que había colocada a los pies de la enorme cama. Colter ocupaba la habitación que había al fondo del pasillo.

Bajó las escaleras. Él había encendido la chimenea, pero no estaba allí, así que salió a buscarlo al amplio porche y lo encontró sentado en la mecedora de madera. Tenía los ojos cerrados, como si durmiera, pero algo en su semblante hizo que ella se diera cuenta de que estaba alerta.

—¿Ya estás lista? —preguntó sin abrir los ojos.

—Sí. Vamos cuando quieras.

Cuando aún estaban en Miami, habían decidido que lo primero que tenían que hacer era hablar con los Longstone y, después, averiguarían más información hablando con los vecinos.

Colter abrió los ojos, la miró durante unos instantes. Llevaba vaquero elástico, camiseta de manga larga y playeros.

—Bien, pues vámonos.

Se levantó de la mecedora. También él se había cambiado de ropa y se había dado una ducha después que ella. «Las toallas y las sábanas están en el armario empotrado del pasillo», le había dicho Travis. Freya había cogido una toalla para ella, pero no la había dejado en el baño, sino que se la había llevado enrollada al cuerpo hasta la habitación. Cometió el error de asomar la nariz por la puerta entreabierta y vio cómo Colter salía desnudo y mojado a buscar algo con lo que secarse. Tardó en encontrar la toalla en el último cajón del armario del pasillo, así que vio su cuerpo en todo su esplendor: sus músculos, su culo espectacular, sus abdominales, las piernas... y todo lo demás. Era un hombre guapísimo, eso no la pillaba por sorpresa. Siempre lo había sido.

Colter y Freya se subieron al coche para acercarse al pueblo, que estaba a diez minutos de la cabaña de Travis. Aparcaron en frente de El café de Sally.

—¿Te apetece cenar algo caliente? Los platos combinados de aquí son muy

buenos —dijo Colt.

—La verdad es que tengo hambre —reconoció Freya.

Entraron en el local. Estaba decorado con un estilo similar a las cafeterías de los años cincuenta, en tonos rojos y blancos. Había bastante gente. Se sentaron en la primera mesa que encontraron libre, uno frente al otro, y comenzaron a ojear la carta. Casi de inmediato, se les acercó una camarera joven y guapa.

—Buenas noches, señor Bronstein —dijo.

Él levantó la mirada de la carta y le sonrió.

—Hola, Rose.

Colter la había conocido en su anterior viaje a Renfield, solo que entonces ella trabajaba en otro local.

—¿Otra vez buscando información sobre Travis? —preguntó la muchacha.

—No, esta vez estamos investigando a su hermano, Nick Duncan. —Le guiñó un ojo—. ¿Qué podrías decirme sobre él?

Rose frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Poca cosa. Era raro, ¿sabe? No era como Travis, que siempre fue un encanto. Nick era muy raro. Me daban escalofríos cuando me miraba. No sé mucho sobre él, pero deberían hablar con los Longstone. Ellos son los únicos que verdaderamente lo conocían.

—Gracias, Rose. Eso haré —le respondió Colter.

—¿Ya sabéis lo que vais a comer?

—Yo quiero el plato número tres y agua sin gas. ¿Y tú, Freya?

—El número cinco sin patatas, por favor. Para beber, agua sin gas —respondió ella.

Cuando Rose se hubo ido, Freya lo miró fijamente.

—Has dejado huella aquí, ¿eh? Tanto tiempo después y aún te recuerdan.

—Estuve varios días investigando. La gente es amabilísima, no como en las grandes ciudades. Aquí aún se toman el tiempo para conversar con tranquilidad y siempre ayudan a quien lo necesita. Me enamoré de Renfield,

aunque también son muy cotillas, pero bueno... Nadie es perfecto. —Sonrió.

—Y algunos de Renfield se enamoraron de ti, por lo que veo —respondió Freya, mientras miraba a Rose, que cuchicheaba con otra camarera mientras miraba a Colter y se le escapaba una risilla adolescente.

—Es que soy encantador, Freya —le dijo, mientras se encogía de hombros.

—Encantador de serpientes, sí —respondió ella, arrancándole una sonrisa.

Comieron tranquilamente mientras discutían sobre la mejor manera de enfrentar a los Longstone. No era fácil decirles a unos padres adoptivos que uno de sus hijos era un asesino en serie que estaba tratando de inculpar a otro de sus hijos.

—Lo mejor siempre es ser directos. Si le damos muchas vueltas al asunto, le quitaremos la gravedad real. Los Longstone tienen que tener muy claro que deben contarnos todo lo que saben, no solo por el bien de Travis, sino de las mujeres que pueden convertirse en víctimas potenciales de ese monstruo —dijo Colter—. Dice Skald que el Asesino del vertedero no matará más, pero no me lo creo.

—Con tacto. Lo diremos con tacto —puntualizó Freya.

—Por supuesto, pero van a sufrir igual, por más que se lo edulcoremos.

—Lo sé, Colter, pero cuanto más dolor podamos evitarles, mejor. Son buena gente. Llevan décadas criando niños abandonados, sacándolos de situaciones terribles, dándoles amor y protección. Imagínate lo duro que será descubrir que uno de esos niños es el Asesino del vertedero.

—Tengo una idea. Explica tú la situación y yo haré las preguntas, así cada uno se dedicará a lo que mejor se le da.

En ese momento. Freya masticaba un delicioso bocado de pollo. Lo miró a los ojos y asintió.

El hangar abandonado se encontraba en el distrito norte de Miami. Años atrás había sido utilizado por una compañía del puerto para guardar maquinaria. Cuando los detectives Hopper y Cooper llegaron allí, varias patrullas habían tomado posiciones y acordonado el perímetro. Lisa Prendes caminó hacia ellos.

—Creo que lo tenemos, es una corazonada —dijo en voz baja.

«Ella y sus corazonadas», pensó Cooper.

—¡Policía del condado de Miami Dade! Si hay alguien dentro, salga con las manos en alto —gritó uno de los agentes. Esperó unos segundos, pero, al no obtener respuesta alguna, volvió a vociferar—. ¡Vamos a entrar!

Hizo un gesto con la cabeza y el policía que estaba detrás disparó sobre la cerradura de la enorme puerta metálica. Después la empujó con el pie y unos quince agentes armados entraron en el hangar. A través de la radio de la policía, Cooper se comunicó con ellos.

—¿Veis algo?

—Por ahora todo limpio —respondió una voz, pero casi al instante se escuchó una exclamación— ¡Hostia puta!

—¿Qué pasa? —quiso saber Cooper.

—Es la guarida de ese cabrón, no hay duda. No hay nadie, podéis entrar.

Los policías que aún se encontraban en el exterior ya se habían puesto los guantes de látex. Cooper hizo un gesto con la cabeza, ordenando a los de la

científica que entrasen a procesar el escenario. Aún no sabían lo que había en el interior, pero la exclamación de aquel policía que ya estaba dentro no presagiaba nada bueno.

Lo que encontraron nada más entrar fue una sala inmensa en medio de la cual yacía, oxidado y destripado, un viejo motor de embarcación. Los agentes pasearon las linternas por cada rincón sin hallar nada más digno de reseñar.

—¡Aquí! —gritó una voz desde la estancia contigua.

Todos se encaminaron hacia allí. Había un plástico semitransparente tapando la entrada. Olía a cerrado, a humedad y a algo más... Un cierto olor dulzón y metálico. «Sangre», pensó Cooper. Se tapó la nariz según iba avanzando. El hedor era insoportable.

Vieron a un grupo de policías arremolinados en torno a lo que parecía una bañera blanca y mugrienta. Los de la científica levantaron la mano para indicarles que se detuvieran. Tardaron casi una hora en fotografiar las huellas que había en el suelo.

Cuando al fin Cooper pudo acercarse a la bañera, con la nariz aún tapada y boqueando como un pez, observó que había en ella agua turbia mezclada con sangre.

—Ninguna de las víctimas tenía agua en los pulmones, así que no jugó a asfixiarlas —dijo Hopper.

—Tal vez usó el agua para limpiar sus... No sé cómo decirlo. —Se interrumpió Cooper—. Sus utensilios.

Vieron al fondo otra puerta oculta tras otro plástico y debieron esperar nuevamente a que los de la científica lo procesaran todo. Había pasado media hora más cuando accedieron al cuarto de los horrores. La habitación medía unos treinta metros cuadrados. El suelo era de tierra y las paredes, de chapa. Las linternas enfocaron una cruz de San Andrés improvisada, hecha con dos tablones bien sujetos. Tenía grilletes para las muñecas y los tobillos. A sus pies, reposaba el látigo que había utilizado para torturar a sus víctimas. A escasos metros, había una camilla de cuero blanco lleno de manchas granates

y marronáceas.

—Sangre seca, seguro —dijo uno de los policías.

Parecía la camilla de un hospital psiquiátrico. Tenía sujeciones idénticas para dejar inmovilizaba a la víctima.

Las linternas siguieron paseándose por la habitación y se tropezaron con una estantería hecha a base de burdos tablones. En ella reposaban las herramientas del verdugo: cuchillos, punzones, alicates, tenazas... Todo ello con restos de sangre. Cooper tropezó con algo, dirigió la linterna a sus pies y vio una pera.

—¿Qué cojones es esto? —preguntó, mientras se agachaba para observarlo más de cerca.

Lisa Prendes se acercó para ver a qué se refería.

—Una pera —respondió— un instrumento medieval de tortura. Lo usaba la Inquisición para hacer confesar a las mujeres que creían brujas.

—No sé si quiero saber lo que hacían con eso...

—Lo introducen por la vagina o el ano y con esa palanca del mango lo van abriendo dentro del cuerpo, como si fuera un paraguas.

El detective resopló.

—¡Cooper, mira esto! —dijo un policía que estaba a sus espaldas y que en ese momento alumbraba con su linterna una de las paredes. Había una serie de fotografías de una mujer rubia en varios momentos distintos, con ropa y peinados diferentes.

—¿Será otra víctima a la que ya habrá matado o la estará vigilando? —preguntó el policía.

—Lo segundo —dijo Cooper. Entonces llamó de inmediato al comisario— Señor, tengo motivos para creer que el Asesino del vertedero planea matar a Freya Skald. Tiene una pared empapelada con fotos suyas. La observa. Debemos ponerle vigilancia de inmediato.

—¡Cooper! —grito otro policía lejos, tras otra puerta cubierta con plástico.

—Debo dejarle, señor. Los chicos han encontrado algo más. Sí, le

mantendré informado. —Colgó de inmediato y se dirigió de dos zancadas hasta la habitación desde la que lo llamaban—. ¿Pero qué cojones es esto?

Las paredes metálicas estaban pintadas de blanco. Había una cama en un lado y en el otro, un baño improvisado, con ducha, lavabo e inodoro. Tenía un edredón de flores y unas esposas colocadas en los barrotes del cabecero. Aquella zona estaba limpia, no como el resto del hangar. Cerca de la cama se encontraba el tocador, con un espejo grande, un cepillo del pelo y cremas faciales. En la silla, con un respaldo de madera recto e incómodo, se encontraba un cojín con un nombre bordado: «Freya». Cooper hizo fotos de todo.

—La madre que lo parió —dijo Hopper—. Este cabrón es un romántico. ¿La va a torturar o la quiere enamorar?

—¿¡Enamorar!?! —preguntó Lisa Prendas—. ¿Secuestrar a alguien y mantenerla retenida entra dentro de tu idea de enamorar?

—De la mía no —respondió Hopper—, pero de la de ese loco parece que sí.

—¡No toquéis nada! —grito Cooper.

Todos se giraron hacia él.

—¿Por qué? —pregunto Hopper.

—Este hijo de perra no ha acabado de «jugar» en este lugar. Si no sabe que hemos estado aquí, podemos pillarlo *in fraganti*. Regresará, estoy seguro. Está habilitando una habitación muy bonita para su enamorada. —Miró a los de la científica—. Necesito que barráis el suelo todo lo posible, para que no detecte nuestras huellas. —Después miró a un par de agentes—. Quiero que busquéis micros o cámaras, por si tiene este sitio vigilado. Si no lo tiene, igual podemos tenderle una trampa. Él quiere tendérsela a Travis Duncan, ¿no? Pues el cazador igual resulta cazado...

Tardaron un par de horas en dejar el hangar lo más parecido posible a como

estaba y de ahí se dirigieron al otro lugar en el que la compañía de teléfono decía que había estado con cierta frecuencia el dueño de ese número.

Hopper se sentó al volante y Cooper, en el asiento del copiloto. Hizo una llamada mientras su compañero se incorporaba a la circulación.

—¿Travis? Hemos encontrado el nido de ese cabrón —le contó hasta el último detalle de lo hallado en el lugar—. Ahora nos dirigimos hacia el otro hangar que nos indicó la compañía telefónica. Es el mismo en el que tienes alquilado un trastero. Te ha tendido una trampa, así que vamos a tendérsela a él. Necesito que me des el número del periodista ese, el tal Bronstein. —Escuchó a Travis al otro lado del hilo telefónico—. Por supuesto que Freya estará bien. Dime que ya ha regresado de Oregón... Cuando fui a interrogar a tu mujer al hospital me dijiste que ella y Bronstein se iban para allá, ¿no?... ¿No han vuelto aún? ¡Joder! Eso lo complica todo. ¿Tiene algo que ver ese viaje con investigar a Nick Duncan? Me parece demasiada casualidad que la escapadita romántica sea en el estado del que procedéis Nick y tú. Ya, me lo figuraba. Bien, hablaré con alguien de la oficina de Renfield. Sí, no te preocupes, yo lo soluciono. Tú dame el número de Bronstein.

Cooper había enviado a Lisa Prendes y a otra agente a averiguar qué había en el tercer lugar que el asesino frecuentaba, según la compañía telefónica, pero era simplemente una plaza en un suburbio miserable a las afueras de Miami. Alrededor, había edificios de dos o tres plantas llenos de grafitis y gente muy joven trapicheando cerca de los portales. En alguno de aquellos apartamentos tal vez viviera el asesino.

Lisa había ido vestida de calle, sin el uniforme, para pasar desapercibida, pero aquellos chavales tenían un olfato especial para detectar a los policías, así que se dispersaron de inmediato y ella no quiso levantar más sospechas, así que se fue. Entró en la boca de metro más cercana y, cuando llegó a la

comisaría, fue a ver a uno de los informáticos, uno que le gustaba especialmente porque era como un cliché sacado de una película de empollones, pero era bastante guapo, a pesar de sus gafas negras de pasta, sus camisetas de quinceañero y su pelo estilo Kurt Cobain.

—Hola, Ron. Te traigo unas direcciones. ¿Podrías ver qué personas están vinculadas con al menos dos de ellas? Son dos hangares, un suburbio de las afueras y el hospital Hammond.

—Claro. Te llamo en cuanto tenga algo —le dijo él, casi sin mirarla.

Lisa salió de la sala de los informáticos y subió a pie los dos pisos hasta llegar al despacho de Cooper para contarle lo que había encontrado, es decir: nada.

Los Longstone vivían en una casa enorme en el centro mismo del pueblo. A juzgar por el número de ventanas de la segunda planta, Freya calculó que tendría unas siete u ocho habitaciones. La familia había servido como casa de acogida para muchos niños. En el jardín delantero había un estanque y un pino alto de cuya rama más robusta colgaba un neumático a modo de columpio. Colter recordaba que el camino hasta la puerta principal, a través del jardín, era de gravilla la última vez que había estado allí, pero ahora estaba enlosado. También habían arreglado el tejado y pintado la fachada de un color amarillo muy claro.

Llamaron al timbre y abrió la puerta un muchacho muy alto y desgarbado que los miró por encima de sus gafas sin montura.

—Hola. Mi nombre es Colter Bronstein. ¿Podríamos hablar con Phil y Kate Longstone?

—Lo siento, pero en estos momentos no están. Se han ido de viaje. —El muchacho extendió la mano para estrechársela—. Soy Harrison Duncan.

Colter le estrechó la mano y, a continuación, también lo hizo Freya.

—Yo soy Freya Skald. Encantada.

Cuando oyó el apellido, el joven frunció el ceño.

—¿Skald? —preguntó con cautela—. ¿Quieren hablar con mis padres del Monstruo?

—No exactamente —dijo Freya.

—Entonces, ¿qué hace usted aquí? —quiso saber Harrison.

—En realidad, queríamos hablar de Nick —dijo Colter. Freya le dio un codazo—. ¿Qué pasa? Este chaval ya es adulto, mira. —Señaló su camiseta de la universidad Western Oregon.

—¿Por qué queréis hablar de Nick? Murió hace...

—Sí, lo sabemos. ¿Cuándo decías que regresan los Longstone? —preguntó Freya.

—Mañana por la tarde, seguramente. A mi padre le están haciendo unas pruebas y mamá Kate lo acompañó al hospital.

—Entonces regresaremos mañana. Nos quedaremos varios días en la cabaña de Travis, así que, si llegan cansados, podemos esperar a que descansen. Gracias, Harrison —se despidió ella. Se dio media vuelta para irse y tiró de la manga de Colter para que la acompañara. Cuando ya estaban suficientemente lejos, le reclamó.

—¿Estás loco o qué? ¡Es un crío!

—Es un chaval de unos veinte años. Va a enterarse de todo igualmente.

—Colter, habíamos quedado en tener tacto.

—Freya... Trabajamos contrarreloj. Hay que pillar a Nick cuanto antes. Tal vez Harrison podría habernos dado información y... —En ese momento sonó su teléfono. Era un número desconocido—. Perdona, debo responder.

Se apartó unos pasos de Freya antes de descolgar la llamada.

—¿Sí?

—¿Colter Bronstein? —preguntó una voz que no conocía.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—El detective Cooper, de la policía de Miami Dade. ¿Está Freya Skald

cerca de usted?

Colter la miró.

—Sí, la tengo aquí mismo.

—Bien, pues sepárese para que no oiga esta conversación.

Colter tapó el auricular y le dijo en voz baja:

—Es del periódico.

Se separó un par de metros de ella.

—Ya está. Dígame.

—Hemos dado con el hangar donde Nick Duncan tortura a sus víctimas. Tiene las paredes llenas de fotos de Freya y ha habilitado un rincón para... Para mantenerla retenida —le explicó con detenimiento todo lo que habían hallado—. Creemos que la doctora Skald está en peligro. Acabo de llamar a la policía de Renfield y un par de agentes vestidos de paisano les seguirá en todo momento de manera discreta. Necesito dos cosas de usted, Bronstein, ¿está dispuesto a ayudar?

Colter aún no salía de su asombro. El miedo se había convertido en una bola instalada en su garganta que casi le impedía pronunciar palabra. ¿Realmente Nick iba a por Freya?

—Sí —respondió lacónicamente.

—Necesito que me dé el teléfono de un periodista de su entera confianza. Queremos tenderle una trampa a Nick Duncan —dijo Colter. Después le contó el resto del plan.

—La persona indicada es Zeke Alvarado. No encontrará un periodista más ético en toda Florida. Déjeme hablar con él y explicarle las cosas. Después le daré su teléfono, ¿le parece?

El detective Cooper estuvo de acuerdo y entonces Colter llamó a su amigo, que respondió tras el segundo tono.

—Dime, Colt.

—Necesito tu ayuda, Zeke. Es por algo muy, muy gordo.

—Pues tú dirás, *brother*.

—Confías en mí, ¿verdad? —le dijo, con un tono dramático que no era propio de él.

—Joder, pues claro. Con la de mierdas que hemos pasado juntos...

—Te voy a contar una historia y te voy a pedir un favor.

—Venga, dale.

Colter le contó con detalles que el Asesino del vertedero era Nick Duncan, el hermano adoptivo del detective Travis Duncan, que se había hecho pasar por muerto y ahora trataba de inculpar a Travis de sus crímenes. Le habló de la trampa que estaba planeando el detective Cooper para pillarlo, pues era ahí donde necesitaban su ayuda.

—Por supuesto que los ayudaré. Voy a avisar a Toby para que esté preparado con su cámara y, en cuanto nos avise Cooper, nos plantamos en los trasteros.

Cuando Colter colgó la llamada telefónica, Freya se acercó a él.

—¿Ha ocurrido algo grave? ¿Se trata de Nick Duncan?

El periodista decidió contarle una parte de la verdad.

—Han encontrado el hangar en el que Nick tortura a sus víctimas. El detective Cooper ha decidido tenderle una trampa. Como Nick quiere inculpar a Travis, van a hacerle creer que ha dado resultado. Entrarán al trastero de tu hermano y la prensa lo cubrirá. Zeke Alvarado va a retransmitirlo en la CNN. Cooper cree que así Nick bajará la guardia y cometerá algún error. Habrá agentes vigilando todos los lugares que, según su compañía telefónica, frecuenta ese número de teléfono.

Freya lo miró en silencio durante unos segundos.

—Ese plan no tiene mucho sentido, Colter. A menos que haya algo que no me estés contando.

—¿Por qué no tiene sentido?

—Porque, si es cierto que él ha dejado de matar tras sus cinco víctimas, tal y como indicó en la carta enviada a mi padre, no tiene motivos para regresar al hangar que han encontrado, de modo que no servirá de nada. Ese plan solo

serviría si la policía hubiese encontrado indicios de que Nick aún no ha terminado y planea llevar allí a otra víctima.

Colter resopló.

—Eres demasiado lista...

—Así que estoy en lo cierto. Hay otra víctima, ¿no? Lo que no entiendo es que me lo ocultes. ¿Por qué, Colter?

Él se movió inquieto.

—Dentro del hangar, encontraron un rincón limpio, con las paredes pintadas de blanco y muebles bonitos. En los barrotes de la cama había esposas. En el frontal, decenas de fotos tuyas tomadas durante meses y un cojín con tu nombre bordado —explicó Colter, con el ceño fruncido y sin dejar de mirarla.

—¿Viene a por mí? Pero eso no tiene sentido. No soy una víctima como esas a las que él persigue. Jamás dañé a ningún niño. Yo no... —fue incapaz de seguir hablando.

—¿Estás bien?

Freya miró a su alrededor y tragó saliva.

—No.

Colter dio un paso hacia ella y la tomó por los hombros.

—Cooper acaba de avisar a la policía de aquí. En estos momentos ya habrá un par de agentes de paisano protegiéndote. Yo también estoy aquí para protegerte. Ese cabrón tendrá que matar a tres hombres adultos si quiere llegar a ti.

—¿Podemos irnos a casa? Está anocheciendo —dijo ella, sin prestar atención a los intentos de Colter por calmarla.

—Por supuesto.

Ambos se dirigieron a paso firme hasta el aparcamiento donde habían dejado el coche para encaminarse de inmediato hacia la cabaña de Travis.

U nos veinte agentes de la policía de Miami Dade, capitaneados por los detectives Cooper y Hopper, llegaron pasadas las diez de la noche al hangar donde Travis Duncan tenía alquilado un trastero. Hopper se hizo el ofendido cuando se topó con la cámara de televisión delante de la puerta. «¡Fuera de aquí! ¡Están entorpeciendo la labor policial!», le gritó a Zeke Alvarado.

Entraron por la puerta principal y accedieron, armas en alto, al trastero número doscientos treinta y seis. El gerente les había facilitado las llaves y fue el propio Cooper quien abrió el portón. «¿Por qué van armados? ¿Creen que el asesino puede estar ahí dentro, atrincherado?», había preguntado el gerente. Hopper no respondió, solo le dijo que, por su propia seguridad, se dirigiera hacia la salida. La policía tenía casi la completa certeza de que Nick no estaba ahí dentro. El teléfono de prepago con el que se comunicaba con Hausser, de La Casa del Dolor, nunca había permanecido en aquel lugar más de diez minutos. «Lo suficiente para dejar una pista del crimen e irse», pensó Hopper.

Tras abrir el portón, encendieron el interruptor de la luz y se encontraron con un habitáculo de unos dos metros cuadrados con varias estanterías metálicas llenas de cajas con informes sobre los crímenes de Hans Skald. Travis Duncan ya les había contado que, tiempo atrás, cuando buscaba desesperadamente a su madre, se había hecho con esos informes para investigar por su cuenta y los tenía en el sótano de su casa, pero, cuando su

esposa y su hija se fueron a vivir con él, los guardó en ese trastero, pensando en deshacerse de ellos algún día, pero nunca había tenido el tiempo suficiente. Era informes muy delicados, llenos de datos y fotografías estremecedoras. Necesitaría horas y horas para meterlos en una máquina destructora de papel.

Junto a los informes sobre Skald, los policías encontraron la vieja máquina de escribir Olivetti con un pequeño defecto en la letra erre minúscula con la que el Asesino del vertedero había escrito todas sus notas y una cartera dentro de la cual se encontraban los carnets de conducir de todas las víctimas, excepto el de Molly Talbot, la mujer cuyo cuerpo aún no había aparecido. En el suelo, esquinada al lado de la puerta, estaba la máquina con la que había plastificado las notitas para Skald que introducía en la boca de sus víctimas.

Hallaron todo lo que esperaban encontrar y comenzaron a sacarlo en cajas negras para llevarlo a comisaría. Cooper y Hopper se prepararon para enfrentarse con Zeke Alvarado y sus preguntas para el noticiero de la CNN. Muy poca gente sabía que aquello era un simple truco, una trampa para que Nick Duncan creyera que iban a inculpar a Travis por los asesinatos. Tal vez así bajara la guardia y fuera a por Freya... Y entonces... Entonces, lo pillarían.

—Interrumpimos la conexión para ofrecerles una noticia de última hora. Según un informante anónimo, la policía del condado de Miami Dade ha dado con una pista capital para la resolución de los asesinatos de las mujeres halladas en diferentes vertederos y contenedores de basura de la ciudad. El tristemente conocido como Asesino del vertedero puede estar más cerca que nunca de acabar entre rejas. Hace unos momentos, y tal y como están viendo en sus pantallas, varios agentes de policía entraban en un hangar ubicado justo al lado del campo de tiro Lock & Load. —En esos momentos, Zeke dejó de salir en pantalla y comenzaron a retransmitir las imágenes en las que

varios policías armados y con linternas entraban en el hangar y el detective Hopper les gritaba: «¡Fuera de aquí! ¡Están entorpeciendo la labor policial!»—. Nos mantendremos a la espera, a ver si encuentran algo incriminatorio que logre dar con el asesino. Zeke Alvarado para CNN, desde el lugar de la noticia.

Freya y Colter llegaron a la cabaña pasadas las nueve de la noche. No habían hablado durante el trayecto desde el pueblo. Entraron en idéntico silencio y Bronstein cerró con llave la puerta y todas las contraventanas. Después, encendió el fuego. Por su parte, Freya, se había sentado en uno de los sillones y tenía la mirada perdida.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él, cuando acabó de colocar los troncos en la chimenea.

—Asustada —dijo ella. No le gustaba reconocerlo, pero era absurdo decir que se sentía tranquila. ¿Quién, en su sano juicio, no estaría aterrada al encontrarse en el punto de mira de un asesino en serie que viola y tortura a sus víctimas?

—Los agentes de Renfield con los que habló el detective Cooper están vigilando la casa ahora mismo. El hecho de que no los hayamos visto es bueno. Indica que son sigilosos y discretos. Si Nick se acerca a ti, tampoco los verá. Ya les han pasado una foto. Lo reconocerán en cuanto lo vean. Además, también yo estoy contigo. No permitiré que ese cabrón se acerque a ti. —Había tanta rabia en sus palabras, que Freya apartó la mirada de las llamas de la chimenea y lo observó.

—Nunca te di las gracias por lo ocurrido en Oslo, Colter.

—No importa.

—Sí que importa, así que gracias.

—De nada —respondió él, con una media sonrisa.

—Si no hubieras estado ahí, aquella loca me habría matado.

Él simplemente asintió. Era cierto, Marit Ekberg habría matado a Freya si Colter no hubiera estado allí para defenderla.

En realidad, Colter nunca debería haberse acercado a Freya. La misión que Hans Skald le había encomendado era averiguar si la joven estaba bien. El Monstruo sabía que su hija se había negado a seguir viviendo con su abuelo materno, pero desconocía dónde estaba ella en aquellos momentos. Alguien le dijo que se había marchado a Noruega y él pensó que podría estar viviendo con los Skald en Oslo.

Aquella mañana, Colter la había seguido desde la casa de uno de sus tíos en un barrio del extrarradio hasta una calle del centro. Cuando la muchacha salía de la librería, una mujer se abalanzó sobre ella y comenzó a golpearla en la cabeza. No había nadie en la calle, salvo él, que corrió para separarlas. Era incapaz de reducir a la atacante así que le dio un puñetazo en la cara y esta cayó inconsciente. Después llamó a la policía. Más tarde se enteró de que la atacante era Marit Ekberg, una noruegoamericana absolutamente obsesionada con el Monstruo de Florida, que dedicaba buena parte de su tiempo a enviarle cartas de amor y tratar de tener un encuentro con él en un vis a vis que nunca llegó. Había viajado de Miami a Oslo para acabar con Freya, pues la creía culpable de que Skald estuviera en la cárcel. La única carta de Hans Skald que recibió Marit fue tras este incidente. El Monstruo le mostraba su desprecio por lo que le había intentado hacer a su hija.

Colter había acudido al hospital en el que Freya estaba ingresada para preguntar por su estado a la familia, pero sus tíos insistieron en que entrara a la habitación. Bronstein se quedó impresionado al verla en el hospital con la cabeza vendada. Hablaron durante un rato. Ella sonreía y los ojos le brillaban a pesar de lo que le había ocurrido. Pensó que su padre tenía razón: Freya era pura luz. «La luz de toda luz», había pensado él, recordando aquella película de Coppola en la que Drácula se lo dice a Mina. Acababa de cumplir veinte años y aquel extraño sentimiento por ella, que solo tenía catorce, lo hacía

sentir culpable, por eso se había ido de Oslo sin despedirse siquiera, pero antes habían compartido varias tardes hablando en el hospital y lo que ella le había contado de su padre lo hizo reflexionar mucho sobre el tema.

Hasta ese momento, para Colter, el Monstruo era un justiciero que asesinaba a personas monstruosas: madres que torturaban, maltrataban y vendían a pederastas a sus propios hijos. No sentía pena por aquellas víctimas, pero entonces Freya le pregunta: «¿Que las víctimas sean despreciables hace menos asesino a mi padre? ¿Lo hace menos monstruoso? Piénsalo, Colter. Lo que ha hecho es monstruoso, sea quien sea la víctima. Que alguien merezca la cadena perpetua no exime de culpa a quien lo tortura y lo mata. ¿Qué nos diferenciaría de esas mujeres que torturan a sus hijos si justificáramos lo que mi padre ha hecho con ellas?». A Colter, eso le cambió la vida.

—Tampoco te he dado las gracias por ayudarme en Nápoles —dijo ella, sacando a Bronstein de sus recuerdos del pasado.

—No hace falta que me des las gracias por todo ahora.

—Sí, hace falta porque tengo que pedirte un enorme favor y ni siquiera he sido agradecida con los favores que me hiciste en el pasado.

—¿Qué favor?

Ella respiró hondo y pensó cada palabra antes de pronunciarla.

—Necesito desesperadamente confiar en ti en estos momentos. Necesito creer que no estás aquí recabando información para un próximo libro o un artículo periodístico. No me traiciones —por dentro, ella podría tener un volcán en erupción, pero por fuera cada palabra fue dicha como si una mala actriz tratara de hacer el papel de mujer desesperada y no le saliera. Era tan fría, estaba tan acostumbrada a no mostrar debilidades que Colter sintió una piedad infinita por ella.

—No te voy a traicionar. Nunca te he traicionado.

En el rostro de ella se dibujó una sonrisa triste. Llevaba más de medio libro de Colter leído y, efectivamente, aún no había encontrado en él ni una sola de

las confidencias que le había hecho en Oslo.

—Quizá lo mejor sea que regresemos a Miami, Freya.

Lo miró con el ceño fruncido.

—Por supuesto que no. Hemos venido aquí a recabar información. El pasado de Nick es la respuesta a su presente, a quién es y a dónde está. Nunca dejaré que el miedo me domine. —Se levantó del sillón y se acercó al fuego. Las llamas dieron un tono dorado a su rostro.

—¡Eres asombrosa! —dijo Colter, antes de poder refrenar su lengua.

Freya se giró para mirarlo de frente.

—Lo que te pasa es que estás deslumbrado. No sé qué te ha contado mi padre de mí para dejarte en ese estado durante años, pero...

—Lo que tu padre hizo es ponerte delante de mis ojos para que te viera, simplemente. Todo lo demás no tiene nada que ver con él, sino contigo, con el modo en que llevaste a la policía ante un asesino que resultó ser tu propio padre, con cómo te negaste a que te cambiaran el apellido porque lo que siempre has pedido a gritos es que te acepten y te quieran tal y como eres. No te ocultas, no maquillas la verdad, pero tampoco te permites flaquezas. Eres quien eres y asumes las consecuencias con dignidad y la cabeza bien alta. Eres la persona más increíble que he conocido en mi vida.

Ella lo miraba casi sin pestañear.

—Ojalá fuera tan maravillosa como crees.

—Ojalá pudieras verte a ti misma de manera realista, verte como te veo yo.

Se miraron el uno al otro durante unos instantes, sin que ninguno de los dos hablara ni apartara la mirada. Sonó entonces el teléfono de Colter. Miró la pantalla.

—Es Cooper. —Descolgó la llamada—. ¿Sí? Bien de acuerdo. Gracias por avisar.

Cuando colgó, Freya le preguntó:

—¿Y...? ¿Qué te dijo?

—El teléfono de Nick se ha activado en una calle de Miami. No vamos a

bajar la guardia por eso, pero es más que seguro que ese cabrón no está en Renfield.

Ambos respiraron tranquilos.

—¿Te importa que durmamos aquí? —le preguntó Freya—. Podemos coger unas mantas del armario y echarnos en los sillones. No sé por qué, pero ahora mismo este es el único lugar en el que me siento segura, quizás porque tiene dos salidas, la delantera y la de la cocina. Si te has fijado, las habitaciones no tienen escapatoria. Las ventanas están muy altas y, si tuviéramos que salir por ellas, nos romperíamos como mínimo una pierna.

Colter se rascó la barbilla.

—¿Te ocurre a menudo?

—¿El qué?

—Buscar escapatoria cuando estás en un lugar cerrado.

—Siempre. Mi padre me entrenó desde muy pequeña. ¿Qué broma, eh? Cree que todas las personas son como él, así que adiestra a su hija para escapar de un posible atacante.

—¿En serio?

—Te lo juro. Nunca aparco cerca de una furgoneta, porque es uno de los métodos más habituales de secuestro. Cuando camino por la acera, lo hago por el lado externo, nunca pegada a la pared, porque si pasas cerca de un callejón, alguien puede estar esperándote y meterte dentro de un tirón. Jamás doy la espalda a una puerta, ni vivo en un edificio con una sola salida. Tengo controladísimo el hospital en el que trabajo. Conozco varias maneras de escabullirme incluso por las ventanas del primer piso, que son bajas y podría saltar sin problemas.

Colter la miraba anonadado.

—No puedes vivir así, creyendo que a la vuelta de cualquier esquina hay una bestia dispuesta a hacerte daño.

—¿Ah, no? Conviví doce años de mi vida con un asesino en serie y, en estos momentos, parece que soy el objetivo principal de otro.

—Joder, Freya... —El rostro de él mostraba tanta tristeza, que ella sintió la necesidad de tranquilizarlo.

—A ver, Colter, no pasa nada. Cada uno ha tenido la vida que ha tenido y lidia con ella como mejor puede. Me cuesta pensar que hay hombres buenos, no solo por quién es mi padre o porque Nick me tenga en su punto de mira, sino porque cada relación que he tenido me ha decepcionado. Me pregunto si existen hombres que no te quieran cortar las alas, hombres que acepten una ruptura sin hacerte chantaje emocional y hombres que se ciñan a la verdad cuando hablan de su relación contigo. Si tuvieras que hacerte una imagen de mí por lo que dicen mis ex, pensarías que soy fría como el hielo y desalmada.

—Lo pareces, según mucha gente —dijo Colter.

—¿Dirías que ahora me comporto contigo como hace una semana?

Colter lo pensó antes de responder. Lo cierto era que Freya parecía menos desagradable con él.

—No.

—Exacto: no, porque me pregunto si tal vez te juzgué con excesiva dureza y he aflojado. No me gusta ser injusta y, desde luego, no soy malvada.

—Es por el libro, ¿verdad?

—Sí. Te juzgué sin haberlo leído —dijo ella, pero debió de parecerle que estaba dándole demasiada cancha y puntualizó—, lo cual no quiere decir que tu primer libro no me parezca una basura oportunista.

—Eso no te lo puedo discutir —respondió él sonriendo.

Ella se quedó mirándolo unos segundos, hipnotizada. Tenía que reconocerlo: era el hombre más amable y paciente que había conocido en su vida y que fuera guapo no ayudaba.

—¿Por qué sonrías? —le preguntó Freya.

—Porque llevo veinte años de mi vida esperando a que me mires como lo haces ahora: sin asco, sin desprecio y sin odio.

—Madre mía, Colter, ¿te estás oyendo? Veinte años esperando...

Él tomó aire.

—Veinte años, sí —respondió con sencillez, sin un atisbo de vergüenza tras habérselo dicho. ¿Acaso debía avergonzarse por sentir algo tan hermoso por ella?

—Tú sí que eres asombroso —le dijo, tras emitir una breve sonrisa. Pero esta vez, no había doble intención en sus palabras y eso hizo que Colter, por primera vez, renovara una esperanza que ya creía casi perdida.

Lisa estaba viendo en la televisión el reportaje íntegro de Zeke Alvarado en la CNN y tuvo que reconocer que era grandioso. Parecía del todo real. Tanto el momento en el que los policías entraron en el trastero de Travis como cuando, tiempo después, comenzaron a sacar cajas y más cajas con todo aquello que había sido utilizado por el Asesino del vertedero. El reportaje finalizaba con la detención del supuesto asesino. No había trascendido aún ningún nombre, pero en las imágenes se veía cómo un hombre esposado, con el rostro tapado con una chaqueta, era introducido en comisaría.

Travis no estaba muy de acuerdo con el plan al principio, pero no porque le pareciera un mal plan, sino porque no quería dejar el hospital. Estaba obsesionado con la idea de no estar presente en el nacimiento de su segundo hijo, precisamente porque no había superado aún el hecho de no haber asistido al nacimiento de su primogénita. Los médicos le aseguraron que a Alana le faltaban, al menos, dos semanas y el comisario le prometió que, en cuanto tuviera la primera contracción, él saldría de la celda y lo conducirían directamente al paritorio junto a ella.

Lo que nadie se había atrevido a decirle es que la cárcel es un lugar sumamente peligroso para un policía y que el único modo de protegerlo era instalarlo en una de las celdas del corredor de la muerte, donde solo había un recluso en aquellos momentos: Hans Skald, el Monstruo de Florida.

Hausser entró en la comisaría de policía con prisas. Se dirigió al mostrador de información y esperó a que el agente que había tras él acabara de atender a una anciana. Se movía a un lado y a otro, intranquilo. Cuando por fin llegó su turno, se dio cuenta de que no recordaba el nombre de ninguno de los dos detectives que habían ido a verlo, solo el de ella.

—Necesito hablar con la agente Prendes. Es muy urgente.

Lo miró con gesto serio.

—Veré lo que puedo hacer...

Hausser se inclinó sobre el mostrador para poder hablar más bajo.

—Tengo información sobre el Asesino del vertedero —casi susurró.

—Quien lleva ese caso es el detective Cooper. Le pasaré con él.

El agente levantó el teléfono y marcó el número de extensión del despacho en cuestión, pero nadie respondió.

—En estos momentos nadie... —comenzó a decir.

—Por favor, es muy urgente. El sospechoso se ha puesto en contacto conmigo para preguntarme si... —Hausser fue interrumpido por el agente.

—El sospechoso ya está entre rejas. ¿No vio la televisión esta mañana?

—Debe de haber un error, entonces —respondió él.

En esos momentos vio a Lisa Prendes salir de una puerta al fondo y comenzó a gritar su nombre.

—¡Agente Prendes!

Ella se dio la vuelta para mirarlo, frunció el ceño y se acercó.

—Deje de gritar inmediatamente o lo echo de aquí —le dijo el agente que estaba en el mostrador.

—Tranquilo, Dick. Yo me ocupo de él. —Lisa lo estaba mirando extrañada. Le indicó que la siguiera hasta una sala que solían utilizar para hablar con las familias cuando venían a saber los avances de las investigaciones sobre la muerte de algún ser querido. Con otro gesto le indicó que se sentará en uno

de los sillones. Ella eligió el que estaba justo al lado—. ¿Qué ocurre?

Hausser sacó el teléfono, rebuscó algo y se lo enseñó a la joven.

—Hace unos minutos recibí este mensaje de Bolka... Quiero decir, del Asesino del vertedero. Me pregunta si sigue en pie la fiesta de disfraces del fin de semana. Le he dicho que sí y me acaba de confirmar que asistirá.

Lisa asintió mientras repasaba la conversación de whatsapp.

—Pero agente Prendes, si es cierto lo que han dicho esta mañana en las noticias, hay alguien en prisión por ese delito. ¿Bolka es inocente? No lo tenía claro, por eso vine.

—Ha hecho muy bien. No puede hacer caso de todo lo que ve en la televisión, ¿verdad? —Ella sonrió con cierta timidez—. No sé qué puedo contarle y qué no, tengo que hablar antes con mis superiores, pero es muy probable que nos infiltremos en su fiesta. ¿Podría esperar aquí hasta que hable con el detective Cooper?

Él asintió.

Media hora más tarde, Cooper, Hopper y la agente Lisa Prendes entraron en la sala para hablar con Hausser. Hasta ese momento, ella no había podido fijarse bien en él, pero ahora que estaba entretenido hablando con los detectives, se dio cuenta de lo atractivo que estaba sin su traje oscuro, que era la ropa con la que siempre lo había visto en La Casa del Dolor. En esta ocasión llevaba unos vaqueros gastados, una camiseta blanca y unas deportivas oscuras. Parecía joven y desenfadado, sexy y peligroso... Pero no tan peligroso como cuando estaba rodeado de látigos y esposas. Lisa se preguntó si verdaderamente le gustaba el BDSM o solo era una más de esas lectoras de novela erótica que idealizaba ese mundo porque en los libros aparece reflejada solo una versión *light* y romántica. Le horrorizaba pensar en látigos, pero le excitaban las órdenes, las esposas y hasta alguna que otra cachetada en el culo... El *spanking*, como lo llamaban los del «gremio». ¿Pero eso significaba que era sumisa o solo que era una mujer abierta a la que le gustaba el sexo juguetón y picante? No lo sabía ni hasta ahora se había

atrevido a averiguarlo.

—Buenos días, Hausser —lo saludó Hopper—. Este es mi compañero, el detective Cooper.

Los hombres se estrecharon la mano.

—Quiero agradecerle la rapidez con la que ha venido. No se imagina lo importante que son esos mensajes. Pero antes de nada, tengo que contarle algo que muy pocos saben, precisamente para que no trascienda y dé al traste con nuestros planes. Tiene que prometernos discreción absoluta.

—Por supuesto —respondió Hausser.

Cooper le contó entonces el plan que habían urdido para cazar al Asesino del vertedero.

—De modo que es mentira que han pillado al culpable. Es una treta para que Bolka baje la guardia... —dijo Hausser.

—Sí. Su fiesta es el lugar ideal para cazarlo. Nos infiltraremos y, en cuanto esté dentro de la casa...

—Me parece bien, pero habrá mucha gente en la fiesta, gente importante para nosotros. Les pido la misma discreción de la que yo haré gala. Mucha de esa gente ocupa puestos de responsabilidad, son padres y madres, miembros destacados de la sociedad que no quieren que trascienda su estilo de vida «alternativo».

—Por supuesto —respondió Cooper.

—Bien, pues ya que estamos de acuerdo, habrá que comenzar a urdir el plan... No podemos dejar nada al azar.

A Colter lo despertaron unos maullidos que procedían del exterior. Notaba la pesadez en los párpados. Había dormido mal. Aquel sillón era infernal. Le dolía el cuello y la espalda. Sintió algo de frío, pero era lógico si tenía en cuenta que la manta que lo cubría había rodado hasta sus pies y que el fuego

de la chimenea llevaba apagado al menos un par de horas.

Escuchó otra vez el maullido. Miró hacia el sillón donde estaba Freya y comprobó que seguía profundamente dormida, así que se levantó con cuidado de no hacer demasiado ruido, aunque los viejos tablones del suelo de la cabaña crujían a cada paso que daba.

Abrió la puerta principal y vio a un gatito de escasas semanas maullando desesperado. Estaba en los huesos.

—¿Tienes hambre, chico? —le preguntó con un hilo de voz que era apenas un susurro. Dio dos pasos hacia él y el gatito se erizó entero, doblando casi su tamaño y emitiendo un bufido amenazante. A Colter le hizo gracia y soltó una breve risa—. ¿Eres arisco, eh, amiguito? Está bien, veré si hay algo para ti en la cocina.

Por desgracia, en aquella casa no había absolutamente nada comestible. Chascó la lengua con fastidio y salió de nuevo.

—Lo siento, pequeño. No tengo nada que darte —le dijo, a modo de disculpa. El gatito le dio la espalda, como si lo hubiera entendido y se alejó a paso ligero.

Cuando volvió a entrar, Freya comenzaba a desperezarse en el sillón.

—Buenos días —le dijo.

Ella lo miró mientras contenía un bostezo dentro de la boca cerrada. Tenía los ojos hinchados y los labios también, como si acabaran de besarla sin miramientos. Colter sacudió la cabeza para borrar esa idea de su mente y evitar así una erección.

—Buenos días —respondió ella con voz pastosa.

—En esta casa no hay nada para comer.

—Lógico. Travis no vive aquí. La última vez que estuvo fue durante Acción de Gracias del año pasado.

—Podría ser más previsor... En la despensa de mi cabaña tengo varias latas de conservas. Duran años y años y nunca sabes cuándo las vas a necesitar.

Freya, que aún estaba medio adormilada, acabó de despertarse del todo

cuando escuchó aquello.

—¿Tienes una cabaña? ¿Dónde?

Él asintió.

—En el lago Formosa, en Orlando. Allí es donde paso los fines de semana y cada minuto libre que tengo. Tiene un embarcadero y un magnolio de doscientos años en el jardín trasero. —La miró—. No es exactamente una cabaña como esta. Es más bien una casa familiar, bastante grande, de hecho, pero construida al estilo de una cabaña tradicional.

—Por eso tu apartamento parece un despacho, porque lo es.

—Lo uso mientras acabo de arreglar la casa del lago.

Ella asintió, pensativa. No tenía ni idea de quién era Colter Bronstein.

—¿Tienes familia en Florida? —le preguntó. No sabía muy bien por qué, pero creía que no era de allí, sino que había nacido y vivido más al norte.

—Soy de Fort Lauderdale, como tú. —Sonrió—. Mi madre y mi hermano aún viven allí.

—¿Y tu padre?

Él hizo una mueca como si aquella pregunta le hubiera dolido.

—¿No quieres hablar del tema, Colt?

—No, pero no por eso voy a dejar de hacerlo. —Trató de sonreír, sin lograrlo—. Mi padre murió hace veintidós años.

—Lo siento.

—No lo sientas. Era un hijo de puta que nos maltrataba y de esto sí que no me apetece hablar ahora, si no te importa.

—Por supuesto —dijo ella. Se levantó del sillón, se echó sobre los hombros la manta y se acercó a él. Le puso la mano en el antebrazo y apretó, mostrándole apoyo—. Por supuesto, Colter.

Él tomó esa mano entre las suyas y se la llevó a los labios. Fue un gesto rápido, reflejo, involuntario... Después de haberlo hecho, se quedó paralizado. ¿A qué había venido aquello? Ella no le había dado ningún tipo de señal. Levantó la vista y se topó con la mirada de ella, que ladeó la cabeza,

pensativa, sin apartar los ojos de él.

—Esto no puede ser, Colter. Sabes que no puede ser.

—¿Por qué? —preguntó él en un tono tan bajo y tan íntimo que a Freya se le removió algo en el estómago. Seguía agarrándole la mano y su contacto cálido hizo que su corazón latiera más deprisa.

—Mi padre está detrás de todo esto, ¿no lo entiendes? Lo que sientes no es real. No sé qué te ha dicho sobre mí para manipularte, pero...

—Dime que no te intereso o que harás todo lo posible por que no te interese y lo respetaré, pero no pongas en duda lo que yo siento, porque no te lo permito. No estás aquí. —Soltó la mano femenina que tenía entre las suyas y se golpeó el pecho a la altura del corazón—. No sabes lo que siento ni por qué lo siento, así que no uses algo que ni siquiera alcanzas a comprender para rechazarme. Recházame por lo que tú sientes, no por lo que crees que siento yo. No soy como esos tipos que van a perseguirte y a molestarte cuando los rechazas. Te respeto, Freya. Tu palabra para mí es ley, ¿entiendes? Basta con que me digas que no y no insistiré más.

—Cállate —suplicó, incapaz de escucharlo por más tiempo. La manera que tenía de comportarse con ella, respetando su espacio, comprendiéndola, teniendo paciencia, le estaba calando más hondo de lo que quería reconocer.

Él se calló de inmediato.

—Siento haberte molestado —dijo después de un rato—. No volverá a pasar, jamás volveré a sacarte este tema —prometió él.

—¡No quiero que te me acerques, ni física ni emocionalmente! No puedo permitírmelo —le dijo ella entonces, con voz temblorosa.

—Lo entiendo.

—Pero tampoco quiero que te alejes.

Él la miró.

—Pues si no me das más datos, no sé cómo interpretar eso. Sin un mapa, no sé cómo llegar a donde quiero, Freya.

—¿Y dónde quieres llegar, Colter?

Dio un paso hacia ella.

—Aquí. —La tocó con el dedo índice a la altura del corazón—. Aquí. — Señaló ahora su cabeza—. Y aquí. —Acarició con el dedo pulgar el labio inferior de ella.

A Freya se le escapó un gemido y ni siquiera trató de disimularlo.

—Puedo darte esto último ahora —le dijo. Dio un paso hacia él y entreabrió la boca, esperando que la besara.

Él sonrió con cierta tristeza. Sacudió la cabeza.

—Pero no lo quiero así, lo quiero cuando haya conseguido lo demás. Lo quiero cuando me hayas dejado entrar en tu corazón, ¿me entiendes?

—Colter...

—Lo sé, lo sé... No puedes darme eso, pero yo tampoco puedo darte lo otro, aunque me muera por dártelo. En el sexo contigo, ahora mismo, tú solo pondrías el cuerpo y yo pongo mi corazón sin defensas y no me lo puedo permitir. No me lo quiero permitir, Freya, aunque me muera por ti.

—Colter... —volvió a murmurar ella—. ¿No podemos empezar al revés y ver cómo evoluciona esto?

—No puedo. No quiero. Estoy enamorado de ti desde que era un crío sin haberte tocado nunca y sin haber hablado más que unas cuantas veces contigo. Si te toco, ya no tendré salvación. Podría dejarme llevar si al menos estuvieras abierta a dejarte llevar tú, pero tienes el corazón blindado por miedo, ¡y lo entiendo!, pero entiéndeme tú también. Te quiero, joder, aunque suene a locura. Te quiero tanto que no he podido enamorarme de nadie porque mi corazón es enteramente tuyo, porque no quiero conformarme con menos que tú. No puedo tenerte a medias, tu cuerpo sí, pero tu corazón no... Eso me destrozaría.

—Colt...

Él resopló.

—Deja de usar mi nombre de esa manera y de mirarme así. Venga, salgamos a desayunar.

Justo en ese momento el gatito volvió a maullar, como si se quejara de que llevaran un rato sin prestarle atención, pero en cuanto Colter se agachó y le preguntó: «¿Qué quieres, chico?», él se apartó, se erizó y le bufó. Colter rio de buena gana.

—Mira, Freya, es igual que tú. El miedo le impide acercarse a buscar lo que quiere y lo que necesita. Pero aprenderá. ¿Verdad que aprenderás, chico?

El gato retrocedió.

Travis Duncan entró en la cárcel del condado aquella misma noche, con la cabeza gacha para no ser reconocido por ninguno de los reclusos que se aplastaban contra los barrotes, ansiosos por que sus insultos y abucheos fuesen escuchados. Además de ser un policía —que por sí mismo ya pondría seriamente en peligro su vida dentro de la cárcel—, estaba acusado de violación y ese era uno de los pecados imperdonables entre los presos. Los medios de comunicación aún no habían hecho público de manera clara y contundente el perfil de las víctimas, así que al Asesino del vertedero no se le consideraba un justiciero de esos que tanto gustan a la opinión pública porque liquidan a seres indeseables, sino un simple y maldito violador y eso ponía en peligro su vida dentro de prisión, de ahí que el alcaide hubiera decidido que Travis fuese confinado en el corredor de la muerte, cuyas celdas estaban todas vacías a excepción de la de Hans Skald.

Solo el alcaide sabía que Travis era inocente y que todo aquello no era más que una trampa para que el verdadero asesino se relajara y se volviese menos precavido. En la comisaría temían que, si también lo sabían los guardias de la prisión, la noticia acabara filtrándose a la prensa y adiós plan.

—Con gusto te dejaría aquí, entre estas bestias, para que te dieran tu merecido, maldito hijo de perra —le susurró el guardia que lo conducía a su celda.

Travis no respondió nada. Se concentró en caminar sin tropezarse con las

cadenas que le habían puesto en los tobillos. Su entrada en prisión había sido uno de los momentos más humillantes de toda su vida. No se creía capaz de olvidar el instante en que uno de los guardias inspeccionó todos los agujeros de su cuerpo para comprobar que no introducía armas ni drogas. Ahora caminada a duras penas, arrastrando los pies y abrazado a la manta y la almohada que le habían dado. Solo cuando vio que dejaba atrás el corredor de las celdas y lo metían en el corredor de la muerte, el detective Duncan decidió hablar.

—¿Dónde me lleváis?

—Cállate —le gritó el guardia, al tiempo que lo empujaba, pues se había detenido unos instantes.

Travis retomó el paso lento con el que caminaba y vio cómo la tarjeta magnética del guarda abría la puerta de aquella otra zona de la cárcel estatal. Caminó por el largo pasillo en absoluto silencio y, al llegar a mitad del trayecto, escuchó una voz familiar.

—¿¡Travis!?! —preguntó Hans Skald—. ¿Qué demonios haces aquí?

Él lo miró de soslayo y no le respondió. Continuó caminando hasta llegar a su celda, tres más allá de aquella en la que se encontraba el Monstruo de Florida. El guardia le obligó a colocar las manos sobre la cabeza antes de desatarle las cadenas de los tobillos. Finalmente se escuchó el ruido metálico de la puerta de la celda y el chasquido final, cuando se cerró por completo.

Hans Skald esperó a quedarse solo con Travis para volver a preguntarle.

—¿Me puedes decir qué demonios ha pasado?

Travis no solo no debía hablar, sino que tampoco deseaba hacerlo.

—No seas niño, Travis. ¿Por qué demonios estás aquí? —Había verdadera desesperación en la voz de Skald—. ¿Esos imbéciles de tu comisaria se han creído las pruebas que dejó Nick?

Como Travis permanecía en absoluto silencio, echado en su camastro, Skald estrelló con impotencia los puños contra la pared.

—Me ocuparé yo mismo de ese malnacido.

—Pudiste haber evitado todo esto. Tan solo tenías que contar lo que sabías, en vez de jugar, como haces siempre —le espetó Travis.

—No sé dónde está Nick. ¿Crees que le permitiría hacerte daño? Si supiera dónde está, ya me habría ocupado de él.

—Tendría que oírte Olivia. —Travis emitió una risa irónica—. Como le prometiste que jamás volverías a matar a alguien, cree que cumplirás tu palabra. Pobre ilusa.

—Antes me dejaría arrancar un brazo que faltar a la palabra que le di a uno de mis hijos. Dije que, si supiera dónde está Nick, me ocuparía de él, no que lo iba a matar. Lo arrastraría hasta esa maldita comisaría en la que trabajas y se lo tiraría a los pies del inútil de tu comisario, ese que prefiere creer en pruebas falsas que te incriminan antes que en ti.

—Si sabes algo, habla ahora. Habla ya. En estos momentos, Alana podría estar dando a luz a mi hijo... Sola, como cuando nació Melissa —maldijo entre dientes—. Si no puedo estar en el nacimiento de Erik... Todo esto es culpa tuya, Skald, lo sabes, ¿no? Ese chalado quiere despertar tu admiración. Te vanaglorias de proteger a tus hijos y mira en qué estado estamos: yo en la cárcel y Freya...

—¿Qué le ocurre a Freya? —la voz de Skald era casi un rugido, a medio camino entre la ira y el miedo.

—Nick la tiene en el punto de mira. Han encontrado el lugar donde lleva a sus víctimas y había un rincón muy especial preparado para Freya, con fotos de ella por todas partes. Lleva meses siguiéndola. ¿Sabes lo que le hará si la encuentra? ¿Tienes una mínima idea de lo que va a hacerle a tu princesa? —le gritó Travis.

Esperó unos instantes, pero la respuesta del Monstruo no llegaba.

—Eso sí te ha hecho daño, ¿verdad, Skald? —le dijo Travis—. Si sabes algo, dilo o encontraremos a Freya en un vertedero el día menos pensado.

—¡No! —gritó—. No puede hacerle nada a Freya. Ella no encaja en el perfil de sus víctimas.

—¡Pero le gusta! Es una mujer preciosa, la desea, la codicia. Ha preparado una especie de habitación romántica para ella. Romántica, pero con esposas para que no se le escape.

—¿Dónde está ella? —preguntó desesperado—. ¿Está con Bronstein?

—Sí. Están juntos y muy lejos del estado.

—Bien, entonces no le ocurrirá nada. Él se dejaría matar antes de permitir que Nick le tocara a Freya un solo pelo.

Travis rio con ganas.

—¿En serio piensas eso? Entonces no eres tan listo como todos dicen. Bronstein no es más que un oportunista que está tratando de sacar tajada de todo esto. Escribirá otro libro, se convertirá en *best seller* y se retirará a vivir a una mansión en las Bahamas. En un par de meses no recordará ni el nombre de Freya.

—No seas imbécil, Travis. No te va ese papel. Colter Bronstein está enamorado de Freya desde que la conoció en Oslo. Está más loco por ella de lo que jamás te podrías imaginar. Tan loco que las idioteces que tu hiciste por Alana y Kurt por Olivia palidecen ante lo que él lleva haciendo por ella desde hace casi veinte años, cuidándola en la sombra como un ángel protector.

—Estás como una puta cabra, Skald. Juegas con todos nosotros como si fuéramos títeres en tu teatro particular, uniendo vidas o destrozándolas a tu antojo. No sé, ni me importa, si Bronstein ama a Freya, pero lo que sí sé es que ella jamás nunca sentirá nada por él. Tus manipulaciones no darán resultado porque Freya es más lista que todos nosotros. Es incluso más lista que tú y sabe perfectamente lo que estás haciendo.

—Ay, Travis, cuánto te queda aún por aprender sobre el corazón humano y sus derivas —dijo Skald casi en un susurro.

Ralphie entró en el despacho del detective Cooper como una tromba, sin

llamar siquiera. Lisa Prendes casi salta de la silla en la que se encontraba, frente al despacho, y Cooper y Hopper lo miraron anonadados.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? Casi me matas de un susto —dijo Hopper.

Ralphie tenía la respiración agitada como si acabara de correr una maratón.

—¿Recordáis que os dije que trataría de desbloquear el archivo de la adopción de Nick? Bien, pues lo he conseguido y agarraos, porque no os lo vais a creer... Molly Talbot quiso que su hijo, el pequeño Nick, tuviera acceso a los datos de sus progenitores en caso de enfermedad, así que tengo el nombre del padre.

—¿Y...? —preguntó Cooper.

—Es Hans Henning Skald.

Los tres policías se quedaron mirando boquiabiertos a Ralphie.

—¡No me jodas! ¿El Asesino del vertedero es hijo del Monstruo de Florida? —murmuró Hopper, incrédulo.

—¿Estamos seguros de esa información? —quiso cerciorarse Cooper.

—Para estar del todo seguros, tendríamos que hacerle una prueba de paternidad, pero lo que sí sabemos es que Molly Talbot nombra a Skald como progenitor con el que contactar por si Nick necesitara algo en caso de enfermedad grave, como una transfusión de sangre de ese grupo tan raro que tiene y que, casualmente, es el mismo que el de Skald.

—¡No me jodas! —volvió a repetir Cooper.

—Ese hijo de puta de Skald estuvo jugando con nosotros todo este tiempo... Maldito cabrón —dijo Lisa, que hasta ese momento no había logrado abrir la boca, impactada como estaba por la noticia.

—Eso lo comprobaremos inmediatamente. No estamos seguros de que él lo sepa. ¿Creéis que por proteger a Nick iba a poner en peligro a Travis y a Freya? —preguntó Cooper—. Tráeme todo lo que tengas sobre Molly Talbot y la adopción. Nos vamos a la cárcel.

Hans Skald se sentía impotente por primera vez en años. Ni siquiera en prisión había sentido que no controlaba su destino y el de los suyos, pues tenía sus pequeños trucos para salir de la cárcel en caso necesario. Incluso ahora tenía ese poder, el de escapar, por más que el alcaide y los guardias creyesen que lo tenían maniatado. Pero se sentía impotente porque no podía pararle los pies a Nick, ni proteger a Freya y el bienestar de su hija dependía solo de ella misma y de Bronstein.

Cuando esa tarde le dijeron que en una hora dos detectives de la policía de Miami irían a hablar con él, una sombra negra nubló su pensamiento y pasó los peores sesenta minutos de su vida, mucho peor que cualquier cosa que hubiera sufrido durante su infancia a manos de su madre y los «amigos» de esta. ¿Y si venían a comunicarle que Nick había atrapado a Freya? ¿Y si en aquellos momentos él estaba haciéndole...? ¡No, no podía pensar en eso! Estrelló el puño contra la pared una, dos, tres veces, hasta que los nudillos desaparecieron bajo una capa densa y pegajosa de sangre.

—¿Sabes algo, Travis? —preguntó en voz tan alta que casi lo podrían escuchar desde el pabellón de los presos comunes—. ¿Es cierto lo que me dijiste de que Freya estaba lejos de aquí con Bronstein?

—Sí, es cierto. Ella está bien, estoy seguro —le respondió, apretando después los labios con rabia. Por un segundo se había puesto en su lugar y había imaginado qué sentiría él si temiera por la vida de su pequeña Melissa. También habría deseado que alguien lo tranquilizara si supiera que ella estaba bien.

Cuando al fin estuvo frente a los detectives Cooper y Hopper, no disimuló su pavor. Llevaba la mano derecha envuelta en una vieja camiseta empapada de sangre. Nadie le preguntó qué había pasado, más allá del guardia, que no había recibido respuesta por su parte.

—¿Qué ocurre? —preguntó ansioso—. ¿Freya está bien?

Ni siquiera había esperado a que los detectives se sentaran. Lo hicieron con calma. Colocaron dos pesadas carpetas en la mesa y lo miraron con frialdad.

—¿Por qué no nos dijiste que Nick Duncan era hijo tuyo? —preguntó Cooper, sin rodeos.

La cara de Hans Henning Skald pasó de la preocupación al estupor en una décima de segundo.

—¿De dónde habéis sacado esa idea? No es hijo mío.

—Basta de mentiras, Skald. Sabemos que sí lo es.

El Monstruo se inclinó en el respaldo de su silla con gesto impaciente.

—No, no lo es.

—La madre del chico dice que sí —Cooper abrió una de las carpetas y sacó el documento de la adopción. Skald lo leyó con detenimiento. El Asesino del vertedero constaba con el nombre de Nicholas Talbot, hijo de Molly Talbot. En una de las hojas se indicaban que el padre era Hans Henning Skald, por si Nick necesitaba una transfusión de sangre. Tenía el mismo tipo que el Monstruo y sus hijos.

—Jamás he conocido a ninguna Molly Talbot —declaró él.

Cooper sacó una foto reciente de la anciana y se la colocó delante. Skald la miró con detenimiento y negó con la cabeza.

—No la he visto en mi vida y tengo memoria fotográfica.

Cooper sacó otra foto más antigua de ella, quizás de la época en la que se había quedado embarazada. Esta vez Skald frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —quiso saber Hopper—. ¿La conoces?

—Me resulta familiar, pero no es alguien al que haya visto a menudo y desde luego, no es alguien con quien me haya acostado. De hecho, fijaos en la fecha de nacimiento de Nick: un año después de Freya. Es imposible que sea mi hijo. No me he acostado con nadie desde la muerte de mi última mujer y eso se produjo dos meses antes de que Nick fuese concebido, si tenemos en cuenta que nació en febrero.

—Entonces, ¿por qué Molly Talbot te nombra aquí en caso de enfermedad

grave de su hijo?

Skald se encogió de hombros. El porqué de aquello no le interesaba lo más mínimo. Solo quería sacar de circulación a Nick y mantener a salvo a Freya.

—Vamos a ver, Hans... ¿Puedo llamarte Hans? —No esperó respuesta—. Molly Talbot no es ninguna de esas fans idiotas que quieren un hijo tuyo y se manifiestan ante la penitenciaría pidiendo tu libertad cuando sale la fecha de tu ejecución. Todo hace pensar que es una buena mujer, una enfermera inteligente y solitaria que se jubiló de una clínica de fecundación *in vitro* hace pocos años y...

—¿Una clínica de fecundación *in vitro*? —preguntó Skald con cierto tono de alarma—. ¿Qué clínica?

Cooper entrecerró los ojos un segundo, después buscó la información entre sus papeles.

—La clínica Sanningram, en Tampa.

Skald se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué pasa? —quiso saber Cooper.

—Esa es la clínica a la que fuimos Mariah y yo cuando no quedaba embarazada. Ellos hicieron posible que naciera Freya.

Skald tardó más de una hora en decidir si debía contarle a Travis que Nick Duncan era realmente su hermano biológico.

—¿Estás despierto? —preguntó. Hacía mucho que no escuchaba ningún ruido en la celda de su hijo. Este emitió un gruñido por toda respuesta—. Cooper vino a contarme algo que aún no acabo de creerme y, sin embargo, tiene toda la pinta de ser cierto.

—¿Sobre Freya?

—Sobre Nick.

—¿Lo han pillado? —la voz de Travis sonó más ansiosa de lo que él hubiera deseado.

—No, no es eso. Han logrado desbloquear el expediente de la adopción de Nick. Su madre biológica dejó por escrito el nombre del padre.

—¿Qué importancia tiene eso? —preguntó Travis con desgana.

—Soy yo.

—¿Tú eres qué? —Travis no parecía entender lo que acababa de decirle.

—El padre de Nick.

Travis tardó en responder.

—¿Qué cojones me estás queriendo decir, Skald?

—Nick es hijo mío. Es tu hermano.

Travis guardó silencio durante un par de minutos, tratando de discernir si aquello era otra treta del Monstruo.

—¿Es un nuevo juego psicológico? No entiendo que...

—No es ningún juego. No tenía ni idea de que era hijo mío.

—¿Cómo que no?

—No, no lo sabía. El nombre de su madre no lo había escuchado jamás —
murmuró Skald.

—¿Entonces?

—Mariah y yo queríamos tener hijos, pero ella no acababa de quedarse embarazada, así que fuimos a una clínica de fecundación *in vitro*. Gracias a eso nació Freya. La madre de Nick era enfermera en esa clínica. Si realmente es hijo mío, y todo apunta a que sí, la única explicación que se me ocurre es que usara mi muestra de semen para quedarse embarazada.

—Pero Nick es más joven que Freya.

—Tiene un año menos, sí, pero una parte de la muestra quedó congelada en la clínica. Lo olvidé hasta que ellos mismos me llamaron muchos meses después. Mariah había muerto. Freya era un bebé. Ya no quería tener más hijos con nadie, así que ordené que destruyeran la muestra, de hecho tuve que ir a firmar unos papeles... Pero no la destruyeron, parece ser... Alguien la usó y aquí está Nick.

—¡No, no puede ser! —dijo Travis con desesperación—. ¿Crees que él lo sabía?

—Puede que sí, no lo sé. Recuerda que ya te conté que vino a verme a Florida cuando era un adolescente y vivíais con los Longstone en Oregón. Dijo que era mi hijo, pero las fechas no encajaban, le dije que eso no podía ser cierto porque tras la muerte de Mariah jamás volví a acostarme con nadie, entonces él confesó que no era mi hijo, pero que me admiraba. Puede que me mintiera y sí lo supiera. Puede que lo descubriera más tarde.

—No, no... No puede ser. Es demasiada casualidad. ¿Cómo acabamos Nick y yo juntos en la casa de los Longstone?

—Me temo que eso es algo que solo pueden responder los Longstone. No creo en las casualidades. Tenían que saberlo.

Colter colgó el teléfono, tras una llamada de más de media hora. Freya se extrañó de que él solo respondiera con monosílabos y de que la cara se le hubiera demudado.

—¿Ha ocurrido algo grave? —le preguntó entonces, con el tazón humeante entre las manos y el regusto de la tarta de fresa aún en el paladar. Tenían razón los que decían que no había tartas como las de aquel lugar.

Colter recordó las palabras del detective Cooper: «Será mejor que tú mismo se lo cuentes a Freya. No creo que le guste demasiado que un perfecto desconocido como yo le descubra que hay un nuevo miembro en su familia».

—Era Cooper. Descubrieron algo gordo sobre Nick tras desbloquear el expediente de adopción. —Tomó aire antes de decírselo—. Es hijo de tu padre.

—¿Cómo?

Colter se daba cuenta de lo que aquello suponía para ella. Hasta hacía un año y medio, Freya había creído que era hija única. Después descubrió la existencia de Travis y Olivia... Y ahora Nick. Esto último era mucho más duro que lo demás, pues no era comparable descubrir a dos hermanos que eran dos buenas personas con una vida normal a toparse con que no solo eres hija de un asesino en serie, sino que también eres hermana de otro.

—Nick es hijo de Skald, pero tu padre no lo sabía —comenzó a explicarle, justo antes de darle todos los detalles sobre la madre de Nick y de la clínica de inseminación *in vitro*.

Colter la miró con cautela tras ofrecerle toda la información. No sabía cómo iba a reaccionar después de algo de semejante calibre, pero una vez más Freya lo sorprendió por su fortaleza y la manera pragmática que tenía de enfrentar los golpes de la vida.

—Creo que los Longstone tienen muchas cosas que explicar —dijo la joven—. De todos los hogares adoptivos del país, Travis y Nick acabaron

conviviendo juntos en el mismo y eso no puede ser casual, así que vamos a verlos, porque estoy deseando escuchar la explicación que tienen que darnos.

Freya llamó a la puerta de los Longstone. Nadie acudió y estaba a punto de hacerlo por segunda vez cuando escuchó unos pasos que se acercaban. Fue la señora Longstone quien los recibió. Su rostro mostraba preocupación.

—¿Freya? —preguntó antes de que esta dijera nada. Después miró al periodista—. Imagino que tú eres Colter Bronstein. Travis me dijo que vendrías.

—¿Travis le avisó? ¿Cuándo? —quiso saber la joven. En esos momentos, Travis estaba entre rejas.

—Hace unos días.

«Antes de entrar a la cárcel», pensó Freya.

—Entonces ya sabrá que necesitamos hablar con ustedes de...

—De Nick, sí, pero no podréis hablar con Phil. Lo han dejado en observación y no saldrá del hospital hasta mañana —se adelantó la anciana—. Sé de lo que queréis hablar conmigo: pensáis que Nick es el Asesino del vertedero. Sé que creéis que Nicky está vivo, pero me parece imposible. Pasad, por favor.

Freya y Colter fueron conducidos a una sala amplia con chimenea y dos enormes sofás. Tomaron asiento.

—¿Os apetece un café? —preguntó la anciana. Ambos dijeron que no.

—Estamos aquí, señora Longstone, para tratar de saber dónde puede estar escondido Nick o cuál puede ser su siguiente paso —explicó Colter.

—No sé dónde puede estar. Tampoco sé qué pretende hacer... Es más, sé que está muerto, por más que ustedes digan lo contrario.

—Seguro que sabe más de lo que cree —insistió Colter—. ¿Tenía Nick algún enemigo cuando era pequeño o adolescente? Me refiero a alguien que

lo maltratará, alguien que se metiera con él en el colegio.

La señora Longstone frunció el ceño.

—A Nicky le hicieron mucho daño, pero no fueron niños de su edad. Cuando llegó a nuestra casa tenía casi trece años y el cuerpo lleno de pequeñas marcas y cicatrices. Le habían apagado cigarrillos en la espalda y atizado en las piernas. Los doctores creen que pudieron pegarle con un cable. Él nunca dijo nada, jamás quiso hablar de su pasado. Era un niño difícil y se llevaba mal con Travis. Nunca congeniaron.

—¿Sabe que Nick trata de inculpar a Travis de sus crímenes?

—Sí. Trav me lo dijo —respondió, con un hilo de voz—, ¿pero estáis seguros de que es Nick quien ha matado a esas muchachas y quien quiere incriminar a Travis?

—Completamente seguros. Nos lo ha dicho Hans Skald —le dijo Colter.

Al escuchar el nombre de Skald, la anciana enderezó la espalda y alzó las cejas, sorprendida.

—¿Skald? ¿Qué tiene que ver Skald en todo esto? —preguntó, confundida.

—Díganoslo usted —murmuró Freya.

La señora Longstone enmudeció. Se miró los zapatos y cuando finalmente alzó la vista, fijó los ojos en Freya.

—Ya sabes quién es Nick, ¿verdad? —Como vio que Freya asentía, se mordió el labio—. ¿Lo sabe Travis?

—Que yo sepa, no. Aún no. Pero lo sabrá y tendrá muchas preguntas que hacerle.

—Dios mío...

—¿Qué pasó, señora Longstone? ¿Cómo terminaron Travis y Nick en su casa, juntos? Porque no fue casual...

—Sí lo fue, aunque no lo creas. Lo fue. Al principio lo fue.

—Explíquemelo, por favor —le pidió Freya—, porque me cuesta creer que sea posible una casualidad tan grande.

—Tanto Travis como Nick tienen el grupo sanguíneo de Skald, el AB—.

Una rareza. Están incluidos en un banco de datos, porque, en caso de que se necesite con urgencia un donante, se solicita ayuda al banco. Nos avisaron de que un muchacho había intentado suicidarse en Carlton y que necesitaban urgentemente sangre. Vinieron a buscar a Travis en un helicóptero. Philip lo acompañó. En el hospital se enteró de que era un muchacho de un hogar de acogida. La familia decía que era ingobernable, que había huido de ellos y de la asistente social y, cuando lo encontraron en un motel de carretera, cerca de la frontera de Idaho, se sintió atrapado y se cortó las venas. —Suspiró—. A Phil le dio tanta pena que habló con la asistente social, le preguntó si nosotros podíamos hacernos cargo de él. Le dijeron que estudiarían el caso. Esa misma tarde, Phil escuchó a los médicos decir que, si Travis no hubiera llegado, habrían tenido que ir a la prisión a buscar al padre biológico del muchacho, el Monstruo de Florida. Fue ahí donde se enteró de que era hijo de Skald. Cuando nos llamó la asistente social dos semanas más tarde para decir que les parecía viable nuestra propuesta de acogida, no tuvimos corazón para negarnos. Es más, nos parecía cosa del destino que los hermanos se hubieran encontrado de esa manera. Pensamos que podrían llegar a ser grandes amigos y que algún día les diríamos los lazos de sangre que los unían, pero las cosas no salieron como esperábamos. Los chicos nunca se llevaron bien. Se odiaban a muerte. Nick imitaba a Travis, lo vigilaba, lo seguía. La situación era insostenible. Fueron años muy duros.

—Sé por Skald —intervino Colter— que Nick fue a verlo a Florida. Trató de que lo dejaran visitarlo en la cárcel, pero Skald prefirió salir para hablar con el chico. Nick se hizo pasar por Travis, pero el Monstruo de Florida no es tonto. Las cuentas no le salían. Parece que Nick se había enterado de que Travis era hijo de Skald y se empezó a obsesionar con los crímenes de este justo en la época en la que él comenzaba a tener sus propias pulsiones asesinas. Debió de enterarse de que sí era verdaderamente hijo de Skald hace poco. Puede que eso desencadenara toda esta ola de crímenes.

—Puede, no lo sé... —dijo la anciana—. Nosotros tratamos de darle amor y

protección, pero era un niño demasiado dañado. Había sufrido tanto que ya no había vuelta atrás. Estos días, desde que me avisó Travis de que ibais a venir, estuve pensando en las señales que Nick debió de emitir durante aquellos años y que ni Phil ni yo supimos interpretar. Aparecieron muchos perros y gatos torturados durante una temporada. Nick tendría trece o catorce años. La policía creyó que se trataba de rituales satánicos hechos por alguna pandilla de locos, pero ahora me pregunto si no sería el propio Nick. He estado leyendo libros sobre el tema, ¿sabes? Y cuentan ese tipo de anécdotas.

—No se torture, señora Longstone —dijo Colter—. Usted es una buena mujer que trató de ayudar a alguien que ya estaba demasiado herido.

La anciana asintió y miró a Freya.

—¿Y cómo estás tú, cariño? ¿Cómo te afecta todo esto? —le dijo, mientras le palmeaba la pierna con delicadeza.

Freya centró la mirada en la anciana y oyó el eco de aquella palabra, *cariño*, dicha con voz maternal... Una palabra que hacía tiempo que nadie usaba con ella y dicha en un tono desconocido para quien nunca tuvo una madre. Ahogó un gemido, apretó las mandíbulas y se dijo a sí misma que no iba a llorar... Pero ya no podía más. Ni siquiera pidió disculpas. Se levantó del sofá y se escabulló por el pasillo buscando un lugar en el que refugiarse y estar sola hasta que lograra calmarse. La primera puerta que se topó fue la del baño. Se encerró allí y trató de recobrar la serenidad, pero antes de lograrlo, oyó la voz de Colter al otro lado de la puerta.

—¿Estás bien?

Freya maldijo entre dientes.

—Sí. Solo necesito un minuto —respondió con desgana.

Como él no le dijo nada más, supuso que se había marchado y respiró tranquila. Se sentó en el suelo con la espalda recta, cerró los ojos y dejó pasar los segundos. Sabía que iba a tranquilizarse, que solo necesitaba un par de minutos para volver a ser la Freya de siempre, la que mantiene a raya sus emociones, pero la señora Longstone había tocado una fibra dentro de ella

que permanecía dormida desde hacía muchos, muchos años. Además, durante los últimos meses habían ocurrido demasiadas cosas, había llegado demasiada gente a su vida para quedarse, había descubierto que no era hija única: Travis, Olivia, ahora Nick. Volver a ver a su padre fue un verdadero cataclismo y reencontrarse con Colter también la había sacudido. Algo dentro de ella susurraba: «No puedo más», pero su cabeza se impuso, como hacía siempre. «Sí, por supuesto que puedes».

Cuando al fin se sintió con fuerzas para salir, abrió la puerta y se encontró con Colter sentado en el suelo, con la espalda pegada a la pared del pasillo y esperándola. Parecía verdaderamente preocupado. La miró sin atreverse a pronunciar ni una palabra. Aquel nudo en el estómago que sintió con la actitud tierna de la señora Longstone volvió a crecer de nuevo en su interior, solo que en esta ocasión, no pudo reprimir el llanto. Entró otra vez en el baño, pero no alcanzó a cerrar la puerta a tiempo. Colter entró y, antes de darse cuenta siquiera, él la abrazaba con fuerza y ella hundía la cara en su pecho sintiendo una oleada de ternura y agradecimiento. Gimió y suspiró, mientras escuchaba los susurros tranquilizadores de él. «Estoy aquí. Siempre he estado aquí, de una u otra manera, y siempre estaré», le decía una y otra vez, mientras le acariciaba el pelo, y una voz traicionera que salió del fondo del corazón de Freya le respondió: «Lo sé»... Porque efectivamente lo sabía, aunque se lo negara a él y a sí misma. Lo sabía. Era consciente de que Colter Bronstein estaba locamente enamorado de ella y de que sería capaz de hacer cualquier cosa por verla feliz, y esa certeza hizo que algo dentro de Freya, dormido durante décadas, se despertara.

Se apartó lo suficiente para poder mirarlo a los ojos.

—Lo sé —repitió de nuevo. Levantó la mano y le acarició el rostro. Él cerró los ojos.

—Sé que lo sabes —murmuró.

El hechizo del instante quedó rotó por la voz preocupada de la señora Longstone, que les hablaba desde la sala de estar.

—Señor Bronstein, ¿Freya está bien?

Ambos se apartaron sin dejar de mirarse.

—Sí, señora. Estoy perfectamente —respondió Freya.

—Deberíamos irnos —susurró Colter. Ella asintió.

Se dirigieron a la sala y se encontraron a la anciana sentada en el sillón más cercano a la chimenea. Parecía preocupada.

—Siento mucho todo lo que estás pasando, querida —le dijo a la joven, tomándole una mano cuando esta ya estaba suficientemente cerca—. Sé por Travis lo dura que ha sido tu vida desde que tu padre entró en prisión. Y ahora Nick...

Freya iba a negar con la cabeza, a restarle importancia a este hecho, como hacía siempre que no quería que los demás supieran que emocionalmente comenzaba a perder pie, pero algo llamó su atención. Sobre la repisa de la chimenea, había una foto de graduación de todos los muchachos que habían pasado por casa de los Longstone. La joven señaló uno con mano temblorosa. La anciana miró el retrato.

—Sí, ese es Nick —dijo con pesar.

Freya se maldijo por no haber tenido nunca la curiosidad de saber cómo era Nick Duncan. Durante aquellos días en que se le había relacionado con las mujeres aparecidas en el vertedero, nunca se preocupó por saber qué rostro tenía aquel hombre.

—Lo conozco... —la voz de Freya era apenas un balbuceo.

—¿Cómo? —Colter frunció el ceño.

—Lo conozco, lo he visto... Pero ahora tiene la cabeza afeitada. Trabaja en el departamento de mantenimiento del hospital. ¡He hablado con él varias veces! No se hace llamar Nick, sino Bert.

—¿Estás segura? —pregunto Colter, ansioso.

—Completamente, Colt. ¡Es él!

La anciana señora Longstone se llevó las manos a la cara.

—¡Dios mío! —murmuró—. Así que es cierto. Nicky está vivo.

—Tenemos que llamar al detective Cooper —la apremió Colter.

—Todo este tiempo —murmuró Freya—. A mi lado todo este tiempo, en el mismo hospital en el que trabajo, cerca de donde Alana está ingresada. Tuvo mil oportunidades para secuestrarme. Estaba justo a mi lado. ¡A mi lado!

—Freya, mírame —la instó Colter—. ¡Tenemos que llamar a Cooper ya!
Ella asintió.

Colter marcó el número de teléfono del detective, pero nadie contestó. Llamó después a la comisaría para que le pasaran la llamada a su despacho.

—En este momento no está en comisaría. Si quiere le dejamos su recado y le llamará en cuanto regrese —le dijo el agente al teléfono.

Colter se pasó las manos por el pelo, nervioso.

—Tenemos que avisarle urgentemente —miró el reloj.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué miras el reloj? —quiso saber Freya.

—Esta noche se celebra una fiesta en un local sadomasoquista al que solía ir Nick. Ha confirmado su asistencia y el gerente del local avisó a la policía, así que varios agentes se infiltrarán para cazarlo, pero quizás no haga falta poner en riesgo a la gente de esa fiesta. Si sabemos dónde trabaja y qué identidad usa, tal vez puedan pillarlo por sorpresa en el hospital o ver la ficha que rellenó al ser contratado y saber cuál es su domicilio.

—Sigue intentando localizar a Cooper. Yo hablaré con Kurt para que avise a Lisa Prendes —dijo Freya.

Sentada en su sillón, la señora Longstone miraba fijamente, con lágrimas en los ojos, el retrato de Nick Duncan que en esos momentos tenía entre las manos.

Lisa Prendes llevaba puesto un vestido negro de tirantes, que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, y unos zapatos de tacón alto. Se había recogido la larga melena en una cola alta y se había maquillado con esmero. Se vio guapa cuando se miró al espejo, pero lo que verdaderamente le indicó que en efecto lo estaba fue la mirada larga de Hausser. El máster de La Casa del Dolor no era un hombre como los demás y de eso se había dado cuenta Lisa muy pronto. Algo le decía que él se sentía atraído por ella, pero era más una intuición que otra cosa, pues Hausser no había hecho jamás ningún intento de acercamiento.

El agente Hopper acababa de salir y Lisa se encontraba sola en el despacho de Hausser cuando este entró, imponente, vestido por entero de negro: pantalón, camisa, chaqueta y zapatos. La miró apenas un segundo, después se acercó a uno de los armarios y sacó algo.

—Debes llevar esto puesto. Es por tu seguridad —le dijo, mostrándole un collar de perro del que pendía una hache mayúscula plateada—. Es el collar que pongo a las sumisas que están bajo mi protección.

—¿Los dominantes creerán que soy de tu propiedad? —preguntó ella con el ceño fruncido.

Hausser sonrió antes de responder.

—No. Cuando tengo una sumisa en propiedad, lleva el collar con una hache roja. Es la norma de la casa. Esta es plateada e indica que estás bajo mi

protección, así que nadie se te acercará sin hablar antes conmigo. Es una manera de protegerte.

—Comprendo —murmuró ella.

Hausser se colocó detrás de ella y le puso el collar. Durante una breve fracción de tiempo los dedos masculinos tocaron la delicada piel del cuello de ella, que se erizó.

—Ya está —dijo Hausser.

Ella se miró en el reflejo del cristal de la vitrina y acarició, pensativa, la hache que pendía de su cuello.

—Aunque lleves el collar, no te confíes —le recomendó el máster—. No te apartes de la sala principal, a menos que vayas con uno de tus compañeros de la policía. Estaré vigilándote en todo momento, pero tú también debes poner de tu parte. No te escabullas, ¿de acuerdo?

Lisa se dio la vuelta y lo enfrentó.

—¿Te preocupa que alguno de tus amigos dominantes pueda hacerme algo?

—Los que conozco desde hace más de veinte años no, pero tras lo ocurrido con Bolka, no me resulta fácil confiar en los nuevos.

—O sea que sí, te preocupa —concluyó ella con una sonrisa.

—Sí, me preocupas —reconoció Hausser. Se miraron durante unos instantes—. ¿Tardará mucho en volver el detective Hopper?

—Sí. Hay muchas cosas que organizar para que Nick no se nos escape esta noche. De todos modos, no te preocupes tanto por mí. Soy policía, ¿recuerdas? Me han entrenado para cosas como esta.

—Creo que tú y yo tenemos que hablar —dijo de pronto. Tomó asiento tras su escritorio y le indicó con un gesto de la mano que ella hiciera lo mismo en la silla que había enfrente.

—¿Hablar? ¿Nosotros? —preguntó ella un poco nerviosa—. ¿De qué?

—Creo que te interesa el BDSM. Al menos, crees que puede interesarte, aunque no estás del todo segura, ¿no es así?

Lisa lo miró boquiabierta durante unos instantes. Aquello era de lo más

inadecuado. Poco profesional. ¿Pero cuándo volvería a tener oportunidad de hablar con un verdadero dominante? La mayoría de aquellos con los que había contactado en las redes sociales no eran más que mamarrachos con ganas de golpear y manipular a las mujeres, verdaderos maltratadores camuflados de otra cosa. Hausser parecía distinto, así que debía aprovechar la oportunidad de hablar con él.

—Sí. Estoy llena de dudas, pero creo que podría interesarme, no lo sé...

Él asintió.

—¿Por qué crees que puede interesarte? —su tono de voz era tan tranquilizador que ella estaba empezando a relajarse, a pesar de lo delicado e íntimo de la situación.

—Leí algunos libros y... —No fue capaz de encontrar la expresión adecuada.

—Quieres decir que te excitaste al leer escenas de BDSM en alguna novela —terminó él.

—Sí.

—¿Has tenido algún tipo de contacto con este mundo?

—Entré en algunos chats y hablé con gente, pero no me ofrecían ninguna confianza, así que nunca me atreví a quedar cara a cara con nadie. Además, algunas de las cosas que decían no me gustaban en absoluto y entonces empecé a dudar de si realmente esto era lo mío.

—¿Puedo preguntarte qué cosas no te gustaban o es demasiado íntimo? No quiero hacerte sentir incómoda.

Ella se mordió el labio y Hausser centró justo ahí su atención antes de volver a mirarla a los ojos.

—No soporto la sangre, ni el dolor, ni las humillaciones. No podría disfrutar con cosas así. Si la sumisión es eso, no es para mí.

—Entiendo. Imagino que si has estado investigando sobre el tema sabrás que hay muchos tipos de parejas en el BDSM. No a todas les gusta lo mismo. Hay sadomasoquistas y también hay otras parejas que disfrutan con los

protocolos donde uno ordena y otro obedece.

—Lo sé.

—Lo sabes y aún dudas, ¿por qué?

—Porque me gusta a ratos. No me imagino obedeciendo a un dominante cada segundo de mi vida.

—Eso tampoco tiene por qué ser así. La comunidad BDSM la hacemos entre todos los que pertenecemos a ella y hay personas que lo ven como un juego restringido solo al sexo y otros que lo sacan del dormitorio y lo llevan a su vida en general. Unos se excitan así, otros con el dolor, algunos se excitan si son profundamente humillados o si humillan. Hay sumisos que entregan todo su dinero al dominante, otros que se excitan pidiéndole permiso hasta para mear... Lo importante es encontrar a la persona adecuada para ti, la que vea el BDSM como tú lo ves y respete tus límites. No es más que eso, Lisa.

—¿Y a ti qué te gusta?

Hausser tardó en responder, como si estuviera sopesando la conveniencia de hacerlo.

—Yo soy sádico. —Se detuvo un instante para que ella pudiera procesar la información—. Me excita que la sumisa me entregue su dolor.

Lisa tardó en reaccionar.

—Te gustan las masoquistas, entonces.

—No. Las masoquistas se excitan con el dolor. La mayor parte de las que conozco lo soportan por su propia satisfacción, no por la del dominante. Lo que a mí me gusta es que una sumisa aguante ese dolor por mí, porque quiere complacerme.

Lisa lo miró seria y se dio cuenta de que aquella explicación no le gustaba nada.

—No es la respuesta que esperabas, me temo —dijo Hausser.

—No, no lo es. ¿Crees que no soy sumisa, verdad?

Él se encogió de hombros.

—No eres una sumisa adecuada para mí, pero puedes ser una estupenda

sumisa para otro tipo de dominante. Tienes que encontrar a alguien que...

—Pero tú crees que realmente no soy sumisa.

El máster buscó las palabras adecuadas y se tomó su tiempo.

—Desde que se pusieron de moda las novelas de temática BDSM, en la comunidad no hemos ganado para disgustos. Por un lado, están los hombres que van de dominantes y en verdad son maltratadores. Buscan sumisas porque les parecen presas fáciles para su violencia y nos dan mala fama a los que de verdad respetamos los límites. Por otro lado, esto se ha llenado de sumisas que van de princesas... ¿Puedo ser descarnadamente sincero contigo al hablar de este tema? Creo que necesitas saber la verdad si quieres probar suerte en este mundo.

—Claro, adelante —dijo ella, con el estómago encogido.

—Un dominante no suele acabar siendo tu marido, ni tu novio, ni te lleva de compras a Rodeo Drive en una limusina. Tu dominante es tu dominante y tú estás ahí para complacer sus deseos, de manera que tu satisfacción será que él esté satisfecho. En ocasiones, él podrá premiarte, si lo considera oportuno, pero no es su obligación darte un orgasmo, ni besarte en la boca tras follar, ni ir de cenita romántica. La obligación de tu dominante es educarte para que puedas soportar las duras pruebas a las que te obligará a enfrentarte, cerciorarse de que tras una sesión con él, cuando te vas a tu casa, estés física y emocionalmente en un estado óptimo, respetar tus límites... Esas son sus obligaciones. Las novelas que lees te muestran a una mujer que convierte al dominante en un gatito enamorado de manera que ella acaba mandando en esa relación y él abandona el BDSM o se adapta a algo más ligero que sea del gusto de ella. Eso no ocurre en la realidad. Los dominantes buscamos alguien a quien podamos llevar a nuestro terreno. Si te enamoras de tu sumisa y aceptas que a ella no le gusta eso, acabarás tarde o temprano buscando una sumisa con la que sí estés en consonancia. Así son la mayoría de los dominantes que conozco. Después están los otros, los que también han llegado al BDSM tras leer novelas y mezclan noviazgo con relación BDSM,

pero lo que realmente practican es sexo duro. El BDSM es otra cosa. Así que respondiendo a tu pregunta diré que no creo que seas sumisa, sino una mujer curiosa que quiere experimentar y eso está bien, siempre y cuando busques a alguien que sepa verdaderamente lo que ofreces y no se lleve a engaños. Es triste ver a un dominante dedicar tiempo y esfuerzo para adiestrar a una sumisa y que ella le salga con que quiere amor y una casita con jardín.

Cuando acabó de hablar, Lisa sentía frío en todo el cuerpo. ¿Había usado la palabra «adiestrar», como si las sumisas fueran animales? No podía responderle y dudaba de que las piernas la sostuvieran. No sabía por qué, pero le había parecido que Hausser estaba enfadado con ella y que le estaba echando una reprimenda por algo malo que ella no recordaba haber hecho. Se levantó en silencio, aun a riesgo de caerse, y se dirigió a la puerta.

—Lisa...

Ella no se volvió.

—Lisa...—repitió él, pero ella no respondió. Hausser logró llegar a la puerta del despacho antes de que ella la abriera.

—Me dijiste que podía ser descarnadamente sincero.

—Lo que no te dije es que podías utilizar ese tono conmigo, como si me estuvieras riñendo porque estás enfadado.

—Es que estoy enfadado, pero no es contigo, sino conmigo —explicó muy serio.

—¿Contigo por qué?

—Porque me gustas y porque me gusta gustarte, aun sabiendo que no eres sumisa, por más que tú pudieras creer que sí, y por más que sepa que lo que me ofrezcas nunca será suficiente y lo que yo te pida siempre será demasiado. Otro te engañaría, te diría que eres sumisa y que él te ayudaría a encontrarte a ti misma, pero solo lo haría para aprovecharse de ti. Yo nunca haría eso. Ningún verdadero dominante lo haría, precisamente porque lo que nos gusta son las sumisas de verdad, las que disfrutan cediendo el control y tú no eres así. Te apetece jugar, pero siendo tú quien controla el juego y eso se nota. Yo

no quiero eso, Lisa. En mis juegos siempre mando yo. Siempre.

Ella alzó la mirada para enfrentarlo.

—Y como eres un tipo que sabe lo que quiere, me has dejado las cosas muy claras para que no me haga ilusiones.

—Para que ninguno de los dos, ni tú ni yo, se haga ilusiones —recalcó—. Es por el bien de ambos.

—Perfecto, entonces. Me ha quedado más que claro. ¿Puedes apartarte de la puerta para dejarme salir?

Él se apartó al instante.

—Por cierto, Hausser, han debido de hacerte algo terrible para que huyas así de las relaciones.

—No has entendido nada, Lisa. La relación entre un amo y su sumisa es seria y profunda, llena de cuidados y dedicación, pero lo que nosotros llamamos cuidados y dedicación vosotros lo consideráis violencia y dolor. Nos relacionamos de otra manera, pero no es peor ni es menos profunda.

—Eso de que no es peor es muy discutible. Lo que me has contado me ha dejado helada, pero te agradezco que me hayas mostrado la realidad. Veo que lo que se narra en las novelas no tiene nada que ver con el verdadero BDSM. Estoy a mil años luz de ser sumisa, desde luego.

—Lo importante es que ambos tengamos muy claro lo que somos y creo que ahora ya lo sabemos —le dijo con tono paciente.

Ella no respondió nada, simplemente se fue.

La Casa del Dolor abrió sus puertas a las once de la noche. Los socios y los invitados comenzaron a llegar apenas diez minutos más tarde y en aquellos momentos era difícil moverse de unos salones a otros. Lisa aún seguía visiblemente alterada tras la conversación con Hausser y se preguntaba por qué demonios él había elegido ese momento en concreto para

desestabilizarla. Ella debería estar concentrada en la operación policial que acababa de comenzar, pero no podía sacarse de la cabeza sus duras palabras. «Tal vez tengas más miedo tú de mí que yo de ti, Hausser», pensó Lisa. ¿Qué otra explicación podría tener que se diera tanta prisa en marcar las distancias con ella? Puede que al señor dominante le costara «dominar» la atracción que sentía por ella y que había sido palpable desde la primera vez que se vieron. Pero a Lisa ya no le interesaba ni lo más mínimo. «Quiero que la sumisa me entregue su dolor porque desea complacerme», había dicho. Aquello era de locos. No, desde luego, si ser sumisa consistía en ansiar el placer del dominante más que el propio, ella no lo era en absoluto. No concebía las relaciones si no se daban entre iguales. ¿Cómo pensó alguna vez que ella podía tener una gota de sangre sumisa en sus venas? Era curiosa, tal y como dijo Hausser. Juguetona. Le gustaba probar cosas nuevas y puede que las esposas y un azote suave de vez en cuando tuvieran su morbo, pero lo que el máster le expuso con tanta crudeza se alejaba terriblemente de lo que ella pudiera considerar excitante y deseable. De hecho, le daba miedo.

—Buenas noches. Eres nueva, ¿no?

La voz sonó a sus espaldas y la sacó de sus pensamientos. Lisa se dio la vuelta para enfrentar al hombre que le estaba hablando en aquellos momentos. Su tono había sonado alto y claro en medio del bullicio de la fiesta. Era rubio y medía cerca del metro noventa, con unos ojos claros y risueños. Ella recordó lo que le había dicho Hausser acerca de no fiarse de nadie. Señaló el collar que llevaba al cuello por toda respuesta.

—Sí, ya lo veo —dijo él, sonriendo ampliamente—. Estás bajo la protección del máster, pero no te preocupes. No pretendo nada. Soy de fiar. —Le guiñó un ojo.

—Hausser me dijo que, hasta para hablarme, los dominantes tendríais que pedir su permiso. ¿Se lo has pedido?

—La verdad es que no. Como no pretendía nada contigo, ni lo pensé... Lo siento, discúlpame —dijo, al tiempo que comenzaba a retirarse.

«Maldito Hausser». No quería que él tuviera ningún tipo de poder sobre ella y, desde luego, no quería que fuera su protector. Llevaba toda la vida protegiéndose sola.

—Discúlpame tú —dijo ella, logrando que él volviera a acercársele—. Soy nueva en esto. Nunca había estado en una fiesta así antes y estoy a la defensiva.

—Es normal. No te preocupes. —Volvió a dedicarle una sonrisa—. No quiero tener problemas con Hausser. Será mejor que te deje. Encantado de conocerte.

—No me has dicho tu nombre —le recordó Freya.

—Ni tú me has dicho el tuyo tampoco, señorita...

Ella sabía que debía buscar un seudónimo, así que titubeó antes de responder.

—Colibrí —dijo por fin.

—Señorita Colibrí. Preciso nombre. Yo soy Yute.

—¿Yute? Vaya...

Él rio.

—Sí, Yute. Me gusta mucho jugar con cuerdas, atar... Soy un loco del *shibari* y de las cuerdas de yute.

—Ah, de acuerdo. Ahora entiendo el nombre.

Se miraron a los ojos durante un segundo.

—Que pases una buena noche, señorita Colibrí. —Le guiñó un ojo.

—Igualmente, señor Yute —respondió Freya, sin dejar de mirarlo.

Era agradable conocer a alguien con gustos tan poco sangrientos, después de la terrible conversación con Hausser. Atar parecía totalmente inofensivo, si lo comparaba con el látigo.

Siguió a Yute con la mirada hasta que desapareció de su vista y después buscó entre el gentío a alguno de los detectives que llevaban el caso, pero con quien se topó fue con Hausser. Estaba a escasos metros de ella, apoyado contra la chimenea, metido en una conversación con otros dominantes a los

que no les prestaba ninguna atención, pues sus cinco sentidos estaban puestos en Lisa, que lo ignoró a propósito, dándole la espalda. Sabía que no le había gustado que hablara con Yute, pero al infierno con él y con sus malditas normas.

Cooper entró por la puerta principal completamente vestido de negro. Le dirigió una mirada fugaz y murmuró algo a su micro que Lisa escuchó a través del diminuto auricular que llevaba en la oreja.

—¿Has visto a Nick? —le preguntó.

—Aún no —respondió ella, sintiéndose culpable por haber estado más pendiente de aquel dominante que de su trabajo. ¿Qué demonios le estaba pasando? Tan solo había hablado con Yute para desafiar la orden de Hausser cuando debería haber estado pendiente de la operación policial que estaba en curso.

Lisa llevaba toda la tarde en La Casa del Dolor. Parecía que llevaba siglos esperando el inicio de aquella fiesta. Necesitaba capturar a Nick, irse a casa y no volver a pisar nunca más aquel club sadomasoquista.

Se movió entre los invitados. Algunos dominantes le dedicaban miradas hambrientas que se desvanecían en cuanto posaban los ojos en la hache plateada de su collar. Era la protegida de Hausser y nadie tocaba nada que llevara la marca del máster.

—Tomad posiciones —dijo Cooper a través del auricular.

Todos se dirigieron a sus puestos, de manera que la salida anterior y posterior del club estuvieran vigiladas, así como las ventanas por las que Nick podría escabullirse.

—¿Todos listos? —pregunto el detective. Cada uno de los agentes presentes en aquella fiesta respondió afirmativamente.

Eran las once y media pasadas cuando Nick Duncan descendió del taxi

justo delante de La Casa del Dolor. Cruzó de acera, siguiendo a la pareja que había delante de él y que parecía ir al mismo sitio, pero algo lo detuvo. Alguien estaba entrando en esos momentos por la puerta y, al fondo, detrás de la sumisa que había abierto, Nick vio una cara conocida. Una mujer. Se quedó paralizado en medio de la calle. Estaba seguro de que no la conocía del club... ¿Dónde la había visto antes? Tenía el pelo oscuro recogido en una cola alta y lleva un vestido negro apretado y unos tacones infinitos. Nick nunca olvidaba una cara, así que era solo cuestión de concentrarse. No podía entrar en el club arriesgándose a que alguien lo reconociera como Nick Duncan, aunque con la cabeza rapada estaba bastante irreconocible. ¿Dónde demonios la había visto? Fue entonces cuando le vino la imagen, como un fogonazo, de aquella mujer con uniforme de policía entrando en la comisaría. Sí, era ella, no había dudas. La recordaba de la época en la que estaba vigilando a Travis y se pasaba horas y horas apostado ante la ventana del pasillo de un edificio abandonado, frente a la comisaría. ¿Qué probabilidades había de que a una policía le interesara el BDSM y acudiese a aquella fiesta? Meneó la cabeza, tratando de borrar esa idea. Estaba demasiado paranoico, como si tuviese manía persecutoria. ¡Nadie lo buscaba! ¡Nadie sabía que él era el verdadero asesino del vertedero! Travis estaba en la cárcel. La policía encontró las pruebas que él había dejado para inculparlo. Trató de tranquilizarse y reanudó el paso para llegar por fin al otro lado de la acera, pero entonces se dio cuenta de que un hombre estaba parado ante las escaleras que conducían a la puerta del club. ¿Estaba mirándolo de reojo? Aquello no le gustaba nada. Dio un par de pasos hacia atrás y escuchó como el tipo gritaba: «¡Nos ha visto!». Nick no esperó ni un segundo más para echar a correr. Lo hizo tan deprisa como pudo, sin mirar hacia atrás para ver cuántos lo perseguían y lo cerca que estaban. Simplemente corrió y corrió. Llevaba muchos meses preparándose para persecuciones como aquella. Tenía varios lugares por toda la ciudad en los que esconderse y desaparecer. Como los ratones, Nick tampoco confiaba su vida a un único agujero. Se metió por un callejón, saltó una valla metálica

y desapareció en la noche. Los policías dieron vueltas y vueltas durante más de una hora por cada calle y callejón colindantes, pero el Asesino del vertedero, definitivamente, se había esfumado ante sus propias narices.

—¡Lo teníamos, joder, y se nos escapó! —bramaba Cooper.

Hopper, Lisa y los demás agentes estaban reunidos ante la acera del club sin saber qué decir.

Cooper sacó el teléfono de su bolsillo para llamar al comisario y vio que tenía doce llamadas perdidas de Colter Bronstein. También había un mensaje de voz. Lo escuchó: «Hemos estado en casa de los Longstone. Freya ha visto una foto de Nick y lo ha reconocido. Dice que ha hablado varias veces con él. Trabaja en el servicio de mantenimiento del hospital Hammond y se hace llamar Bert».

¿Sería cierto aquello? ¿Podrían tener semejante golpe de suerte? Cooper quería creerlo con todas sus fuerzas.

—¡Chicos! —gritó, casi histérico—. No todo está perdido. Tenemos una nueva pista.

—¿Estás despierto, Travis? —le preguntó Skald a su hijo.

—Sí —respondió él de mala gana, aunque no lo hizo inmediatamente. Siempre le hacía esperar un poco sus respuestas.

—Estuve pensando en lo que dijiste el otro día. Entiendo que estés preocupado porque se adelante el parto de Alana y no puedas estar presente en el nacimiento de tu hijo.

—No voy a hablar de ese tema contigo —respondió, cortante.

—No tienes que hablar, solo escucharme. Claro que querrías estar allí, pero el niño ni se enterará. Alana te echará de menos y tú tendrás que vivir con esa desilusión, pero no es culpa tuya. Nada de esto lo es. Además, el niño ni se enterará, como te dije. Estate presente el resto de su vida, cada vez que te

necesite. Eso es lo importante.

—No quiero hablar de padres e hijos contigo, Skald. Dime, tanto que te vanaglorias de hacer cualquier cosa por los tuyos, ¿también harías cualquier cosa por Nick?

—Por supuesto.

Travis resopló.

—¿Harías cualquier cosa por el hombre que intentaba incriminarme y que pretende secuestrar a Freya?

No podía verlo, pero Skald tenía los puños apretados.

—Tendré que encontrar la manera de hacerlo. No se trata de poner a un hijo sobre otro, sino de protegerlos a todos. ¿Crees que no te quiero solo porque no estuve a tu lado durante toda tu vida? ¿O que no quiero a Olivia? Con Nick me sucede lo mismo. Acabo de saber de su existencia, pero es hijo mío y eso me basta. Haría cualquier cosa por él sin dudarlo.

—¿No te preguntas cómo acabamos él y yo en casa de los Longstone?

—Sí, Travis, claro que me lo pregunto, pero estoy seguro de que solo los Longstone pueden respondernos a eso. Ellos fueron buenos contigo y fueron buenos con Nick. Les debo, al menos, un voto de confianza. Hicieron lo que hicieron para manteneros juntos, aunque al final saliera mal. Estoy seguro.

—Nick le escribió a Colter, igual que hacías tú. De todos nosotros, es el más parecido a ti. Se parece en la peor parte, desgraciadamente.

—¿Escribió a Colter? ¿Para qué? —preguntó Skald, intrigado.

—Para nada importante... Para decirle que se sentía halagado de que saliera en los medios tratando de llamar su atención y que estaba bien y en su hogar, que no se preocupara por él.

Travis no podía ver a Skald desde su celda, pero se había quedado petrificado. «En su hogar». Si Nick estaba en su hogar, Skald sabía exactamente dónde debía ir a buscarlo.

Esa noche, cuando uno de los guardias le trajo la cena, Skald le dijo que se encontraba mal.

—No soy tan tonto como para picar. Quieres que te saquemos de la celda, ¿eh?

—No hace falta. Solo necesito que un doctor venga a verme. Al ir a orinar he sangrado.

El guardia se rio.

—No te preocupes, no te vas a morir de eso. Te matarán antes en la silla eléctrica, monstruo.

—¿Vas a negarle asistencia médica? —pregunto Travis, que se había acercado a las rejas de su celda.

—¿Estás preocupado por tu papá, Duncan? —se burló el guardia.

Skald comenzó a gritar.

—¡Necesito un médico! —lo repetía una y otra vez, cada vez más alto, hasta que los presos del pabellón próximo comenzaron a corearlo también a gritos: «¡Necesita un médico!». Lo que ni Travis ni el guardia sabían es que aquella era una contraseña de petición de socorro que todos los presos conocían. Skald necesitaba ayuda para escapar y la mayoría de ellos, sobre todos los que llevaban décadas allí dentro, le debían más de un favor, así que lo ayudarían fuese como fuese. De hecho, varios presos y Skald tenían un plan preparado desde hacía quince años.

Colter había insistido en comprar comida para gatos en el supermercado y ahora colocaba un cuenco en el porche delantero de la cabaña.

—También necesitará agua —le dijo Freya, que lo observaba desde la puerta.

—Bien pensado.

Entró en casa y, a falta de otro cuenco, salió con un tazón lleno de agua que colocó al lado de la comida.

—Si le das de comer, no aprenderá a valerse por sí mismo y morirá. Es un gato callejero, ¿qué será de él cuando nos vayamos y se quede aquí solo? —trató de hacerlo reflexionar Freya.

—¿Y quién dice que vaya a quedarse aquí solo? —La miró por encima del hombro con una sonrisa.

—¡Te lo vas a llevar! —exclamó, incrédula—. Seguro que has pensado incluso en un nombre.

—Claro. Se llama Arisco.

—Menudo nombre que le has puesto al pobre.

Colter se encogió de hombros.

—Le pega más llamarse Arisco que Confiado, ¿no?

—De pequeña tuve un gato que se llamaba Botas porque era enteramente blanco, excepto las patas, que eran negras.

Colter rio.

—Botas es peor nombre que Arisco. Es un nombre horrible, Freya.

Ella sonrió antes de preguntarle:

—¿Tuviste alguna mascota de pequeño?

—Tuve peces durante un tiempo, pero mi hermano se compró uno tropical un poco territorial que se comió a todos los míos. Lloré la noche entera. Muchos años después, con veinte, tuve un perro, un pastor alemán extraordinariamente listo. Se murió con doce años y creo que aún no me he recuperado de su pérdida.

—¿Cómo se llamaba?

Colter carraspeó antes de responder.

—Se llamaba Oslo.

—¿Oslo? —preguntó—. ¿Por qué?

Metió las manos en los bolsillos y la miró fijamente.

—Fui a buscarlo a la perrera pocas semanas después de haberte conocido. Necesitaba a alguien a quien dar todo lo que no podía darte a ti, supongo.

Freya se quedó helada.

—¿Por qué? —preguntó ella, moviendo la cabeza a uno y otro lado—. ¿Por qué me quieres así? No me conoces, Colter. Soy un desastre... Estoy llena de miedos, de traumas que maquillo con esta actitud fría y distante. No dejo que nadie se acerque porque temo que puedan quitarme la máscara. Me paso la vida aterrorizada. La gente me da miedo. Los hombres... —No pudo seguir hablando.

—¿Crees que no sé todo eso? No serías humana si lo que te ha ocurrido no te hubiera dejado cicatrices.

Ella se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, pero ni siquiera trató de ocultarlas y mucho menos de huir.

—¿Entonces qué te gusta de mí, Colter? No entiendo nada de esto. Puedo entender que en aquel momento, cuando nos conocimos, hubieras sentido algo, pero ahora, veinte años después...

—Me gusta tu lucidez para distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto.

También tu fortaleza, tu manera de pelear como una leona por tu identidad, por mantener el apellido porque a ti te daba la gana, ese modo que tuviste de reivindicar que no eras culpable de lo que hizo tu padre y, si alguien te trataba mal por ello, la culpa era de esa persona. Mantienes aún hoy el apellido y me resulta asombroso. Me gusta tu integridad. Admiro tu inteligencia. Son tantas cosas las que podría decirte... Pero después hay algo mucho más material, más a nivel de piel... Me gustas tú, entera. Cuando te miro y me miras siento algo pesado en el pecho. Me gusta cómo caminas, cómo mueves las manos. Tus labios, tu pelo, cómo sonríes... Lo haces poco, pero es todo un espectáculo. Me muero por besarte, por acariciarte. Llevo media vida creyendo que eres la mujer perfecta para mí. Lo supe en Oslo. Eres tú, siempre has sido tú.

Freya no apartó ni por un segundo la mirada de él.

—Lo nuestro es imposible. Lo sabes, ¿verdad? No lo digo por cabezonería. Es imposible, porque estoy aterrorizada, porque lo quieres todo de mí y me da miedo que me desnudes completamente, que me hagas daño otra vez. No quiero volver a sufrir. No quiero vivir con miedo a que me traicionen. No quiero sentir esto que siento cuando estás cerca porque no me hace bien.

Colter frunció el ceño.

—¿No te hace bien sentir algo por mí?

—No, no me hace bien. Solo quiero vivir tranquila, sin sobresaltos, sin sentir nada profundo que me desgare, sin que sientan por mí nada profundo tampoco.

—¿Te estás oyendo? Eso no es vida, Freya.

—¡Lo que yo sentí cuando me abandonaste en Oslo tampoco! —Suspiró y dejó que las lágrimas salieran libremente y por fin lo dijo en voz alta, tantos años después. Se había enamorado de él y había quedado destrozada tras su marcha.

Colter palideció.

—Dios... No quise hacerte daño. Tuve miedo, perdóname —le dijo, con

impotencia.

—¿Miedo?

—Tenías catorce años y estaba loco por ti. Me rompiste la vida en dos tras unas cuantas conversaciones. Eras la hija de Skald y le tenía miedo a él, a lo que podía hacerme si tú y yo teníamos algo. Además, eras demasiado joven. Ahora la diferencia de edad no se nota, pero entre catorce y diecinueve hay un abismo. Eras una niña y yo me sentía culpable de que me gustaras como una mujer. Creí que era lo mejor para los dos, pero no había aterrizado el avión en Florida y ya me di cuenta de que había cometido el error más grande de mi vida. Llamé a tu tío y me dijo que tú no querías volver a saber de mí. ¡Pero yo te quería! Te quería y te quiero. Llevo toda mi vida intentando ser digno de ti, ser un hombre que no te recuerde a las cosas malas que has sufrido, que no te recuerde al que una vez fui. Soy un periodista más ético y un hombre mejor porque te tenía siempre en mente, en cada paso del camino. Te quiero, Freya Christa Skald, te quiero de una manera tan absoluta, tan animal, que siento que has dejado en mí tu marca y no puedo salir de tu influjo, no quiero salir de él, además. Entiendo que tengas miedo, yo también tengo miedo, pero, si me das una oportunidad, te juro que te haré feliz, que volverás a creer y que seré tu apoyo y tu compañero, un viento siempre a favor en tu vida que te ayudará a avanzar si te atascas.

Freya dio varios pasos hacia atrás. Nunca había creído que existieran hombres como el que tenía delante. Si era cierto lo que decía, Colter Bronstein era el hombre que ella imaginó que sería cuando lo conoció en Oslo. Pero estaba asustada. No sabía de qué, pero tenía miedo.

—No creo que pueda ahora mismo —dijo ella.

—¿Y qué crees que puedes darme ahora?

Ella se lo pensó unos instantes, pero no respondió a la pregunta.

—¿Me das tu palabra de que no estás jugando conmigo? —Al parpadear, las lágrimas que estaban contenidas en los ojos resbalaron por sus mejillas. La pregunta sonó tan infantil y tan cándida que a él se le partió el corazón.

—Sí, te doy mi palabra.

Freya lo miró y le creyó. Era una locura creerle, pero le creía.

—Necesitaré algo de tiempo.

—Tienes todo el que quieras.

—Lo que puedo darte ahora es sinceridad. Desde que nos encontramos, te he mentado respecto a lo que siento. —Carraspeó antes de seguir—. No te pude olvidar. Silencié lo que sentía porque me dolía demasiado. Verte en la comisaría, cuando nos citaron para pedirnos que fuéramos a la cárcel a hablar con mi padre, fue un mazazo. Hablé con una de mis mejores amigas y, por primera vez, reconocí ante alguien lo importante que habías sido en mi vida.

Colter sonrió.

—¿Qué es exactamente lo que te da miedo de mí? ¿Que te esté utilizando para sonsacarte información sobre tu padre? ¿Que finja estar enamorado de ti?

—Me da miedo todo. Me siento vulnerable cuando estoy cerca de ti. No puedo ser este personaje que he creado, fuerte y segura todo el tiempo, haces que baje la guardia y me asusta. Temo no ser la persona con la que llevas veinte años soñando y que te des cuenta cuando me conozcas más a fondo. Estoy aterrizada ante la idea de sentirme tan cómoda contigo, porque podrías estar engañándome. Pienso en que me beses y me tiemblan las piernas... No quiero ser esta mujer boba que soy cuando tú estás cerca.

Colter no acababa de creer lo que ella le estaba diciendo. Saber que le afectaba su presencia de aquel modo era música para sus oídos.

—No eres boba. Sentirse vulnerable es normal cuando alguien te gusta mucho, cuando sabes que vas a tener que abrirte y dejar que vean tu verdadero yo. ¿Cómo crees que me siento? Estoy asustado también, ¿y si no soy lo suficientemente bueno para ti? ¿Basta con todo este amor que siento para que la relación salga bien?

Oyeron el maullido del gatito y, de algún modo, toda la tensión del momento se desvaneció. Ambos sonrieron. No salieron al porche a

comprobar si Arisco estaba comiendo, lo daban por seguro.

—Iremos despacio —dijo Colter—, tenemos todo el tiempo del mundo.

—No me siento preparada para casi nada contigo. Haberte dicho todo esto ya me parece una locura. Es como ponerme una diana en el pecho para que lances flechas. Es como abrir la puerta para que vuelvas a herirme.

Él adelantó el brazo y acarició suavemente un mechón de pelo de ella.

—No volveré a hacerte daño.

Todos los agentes destinados al caso del Asesino del vertedero habían subido a los coches patrulla y abandonaron la calle en la que se encontraba La Casa del Dolor para dirigirse al barrio en el que vivía Bert Olson. Los agentes que estaban custodiando la habitación de Alana, la esposa de Travis Duncan, pidieron información sobre el operario de mantenimiento que respondía a la descripción y al nombre que les había dado Freya.

—Envíale la foto del verdadero Bert Olson a Colter, a ver lo que dice la doctora Skald. Puede que se haya obsesionado tanto con el tema que ya crea ver a Nick en todas partes. Estos dos hombres no se parecen en nada —dijo el detective Cooper, comparando las fotos de ambos.

—Si Nick se afeita la cabeza, tal y como dijo Freya que lo vio, puede dar más el pego, ¿no crees? Es decir, si ya lo conociera mucha gente en el hospital no, pero, si solo lo hubiera visto el entrevistador cuando optaba al empleo y, tras eso, al empezar a trabajar, Nick lo sustituyera, nadie se daría cuenta. Hace el turno de noche. Casi siempre está solo —respondió el detective Hopper.

—Freya tiene que estar aterrorizada —intervino Lisa—. Estaba allí mismo, a su lado. Tuvo mil oportunidades de secuestrarla, ¿por qué no lo haría finalmente?

Hopper le envió la foto del carnet de conducir del verdadero Bert Olson a

Colter y esperó la respuesta, que llegó escasos segundos más tarde.

—Me ha respondido Bronstein. Dice que Freya jamás ha visto a este tipo, que quien se hacía pasar por él era Nick y que llevaba el pelo rapado.

En esos momentos estaban pasando por debajo de la autopista 95. En los arcenes de uno y otro lado se veían las tiendas de campaña improvisadas donde vivían vagabundos. Lisa contó más de veinte. Estaban entrando a una de las zona más pobres e inseguras de Miami.

—¿Vamos a Liberty City? —preguntó Lisa.

—Sí, allá vamos, al lugar que tú estuviste vigilando hace una semana. La compañía telefónica nos dijo que el teléfono desechable de Nick Duncan se encendía con mucha frecuencia en ese lugar. Ahora ya sabemos por qué. Seguramente vive en el apartamento de ese tal Bert Olson.

—¿Lo habrá matado? —preguntó Lisa.

—Estoy casi seguro —respondió Cooper.

—El GPS indica que estamos a un par de minutos —dijo Hopper, que era quien iba al volante.

Vieron casas bajas, pegadas las unas a las otras a modo de largos barracones. Unos kilómetros más atrás, las casas mostraban aspecto cuidado y hermosos jardines. Ahora veían fachadas desconchadas, tierra removida, más parecida a una escombrera que a un jardín, y aceras levantadas.

—Hemos llegado —anunció Hopper. Aparcó cerca de la acera y el resto de los coches patrulla que los seguían lo hicieron detrás.

Salieron de los automóviles con los chalecos antibalas y sacaron sus armas. Cooper golpeó la puerta de apartamento 213.

—Policía del condado de Miami Dade. Abran la puerta.

Espero alguna respuesta durante unos segundos y, al no obtenerla, hizo un gesto a uno de los agentes, que abrió la puerta de una patada.

Cooper fue el primero en entrar, seguido de Hopper, Lisa y el resto de los agentes, que se desplegaron por las escasas habitaciones del apartamento.

—¡Nada! —gritaban, tras comprobar cada rincón.

—Está limpio. Creo que utilizaba el hangar para llevar a las mujeres y trazar su plan de secuestrar a Freya. Aquí dormiría y poco más.

—¡Venid! —gritó Lisa desde la habitación. Estaba en penumbra y una vieja colcha roja cubría la cama.

Todos entraron en el dormitorio y vieron lo que ella tenía que enseñarles. Las puertas del armario estaban abiertas de par en par y dentro había un ajuar completo para un bebé: una cuna, metida en su caja y aún sin montar, mantas, ropa y pañales de recién nacido, biberones...

—¿Pero qué demonios es esto? ¿Piensa secuestrar a un bebé? —preguntó Hopper.

—¿El bebé que van a tener Alana y Travis? Quizás por eso trabajaba en el mismo hospital en el que se encuentra Alana —elucubró Lisa.

—Esto se pone peor por momentos... —murmuró Hopper, justo antes de preguntar a los agentes si ya habían llegado los de la científica para tomar muestras del apartamento.

La policía envió a todos los medios de comunicación una fotografía de Nick Duncan y otra retocada por ordenador para mostrar el aspecto que tendría con la cabeza rapada. Todo el país conocía a esas horas el rostro del Asesino del vertedero.

El guardia abrió la celda de Travis Duncan en completo silencio. No había ni rastro de los comentarios irónicos que siempre le dirigía cuando se encontraba con él.

—Te vas —le dijo simplemente.

Travis imaginó que ya se habría enterado de por qué estaba allí encerrado. Tal vez ya hubieran capturado al Asesino del vertedero. El alcaide les habría informado a todos. Se levantó del camastro —llevaba echado y mirando al techo, sin hacer nada más, un buen rato— y se dirigió al pasillo.

—¿Vais a llevar a Skald a la enfermería? No ha dicho ni una palabra en toda la tarde. Creo que está enfermo de verdad.

El Monstruo no había abierto la boca desde hacía horas y eso no era normal en él. Desde que había entrado en prisión, Travis soportó su cháchara constante, dándole consejos, intentando sonsacarle información sobre la familia. Aquel sí era el verdadero Skald, no ese ser callado que ocupaba la celda cercana. Travis estaba seguro de que algo serio le ocurría.

—Por supuesto que vendrá el doctor —dijo el guardia, usando un tono serio, carente de ironía y algo inseguro, lo cual extrañó a Travis—. Skald sabe que vendrá el doctor y también sabe que algunas cosas llevan su tiempo.

—Lo sé —la voz cavernosa del Monstruo de Florida salió del fondo de su celda.

A Travis le resultó raro todo aquello: el tono del guardia, que se había dedicado a burlarse de Skald desde que él estaba allí, aquellas alusiones al doctor... ¿Por qué no lo llevaban a la enfermería y listo? Si lo que tenía era más grave de lo esperado, que lo trasladaran al hospital en una UCI móvil.

—¿Por qué hay que esperar al doctor? ¿Qué le ocurre al de la cárcel?

—Vamos, Duncan. En marcha —fue toda la respuesta que recibió por parte del guardia.

Al pasar ante la celda de Hand Skald, este se levantó y se acercó a los barrotes. Travis se detuvo y lo miró. No tenía muy claro qué decirle, pero sabía que necesitaba decirle algo.

—En cuanto salga, hablaré con el alcaide. Exigiré que te vea un médico —aseguró.

—No lo hagas, Travis, por favor. No te involucres en nada que tenga que ver conmigo. Me encuentro mejor y el médico llegará. No es nada grave, ¿no me ves? No estoy tan mal. No hables con el alcaide —esbozó una sonrisa— o la gente empezará a creer que te preocupas por el bienestar de tu viejo padre.

—De acuerdo —le dijo, antes de continuar caminando. Skald asintió, después miró al guardia. Travis hubiera jurado que el funcionario temblaba.

Freya se lo había pensado mucho para hacer aquella llamada. No tenía tanta confianza con Olivia como para hablar de esos temas. Era su hermana, sí, pero hacía solo unos meses que se había enterado del parentesco y le costaba demasiado dejar a la gente entrar en su vida como para abrirle las puertas de par en par a Olivia de repente, pero nadie más que ella podría entender por lo que Freya estaba pasando en aquellos momentos.

Marcó el número de teléfono y Olivia respondió casi de inmediato.

—Hola, Freya. ¿Estás bien? —Olivia parecía sorprendida por la llamada y no era de extrañar. Freya jamás antes la había llamado.

—Un poco desconcertada, pero bien —dijo—. Necesito hablar contigo de un tema.

—¿De qué?

—De ti y de Kurt, de cuando supiste que te habías enamorado de él y que Skald era tu padre, así que amabas al hombre que lo había encarcelado —explicó, enrollándose más de la cuenta—. ¿Cómo te sentiste?

—Ya veo por dónde vas... Alana me habló de Colter Bronstein. Me dijo que, cuando él fue al hospital, notó entre vosotros cierta tensión.

—Oh, vaya... Sois un par de chismosas, ¿eh? —le salió el comentario sin pensar. Olivia se rio.

—Creo que sé lo que tratas de decirme, Freya... A ver... Fue un *shock* descubrir que Skald era mi padre y que mi marido lo había encarcelado. Fue peor aún descubrir que había estado manipulándonos para que nos enamoráramos, pero por encima de todo eso estaba lo que sentíamos Kurt y yo. Era amor de verdad, amor del bueno, del que perdura con los años y se fortalece cada día más. Renunciar a algo así por no darle gusto a nuestro padre es una estupidez, Freya. ¿Tú quieres a Colter? Kurt me ha dicho que te trató mal hace muchos años, en Oslo. Debes tener cuidado con ese tipo de hombres. Sé que eres inteligente y madura, pero a veces el amor nos ciega. Si

te ha hecho daño a propósito una vez, podría volver a hacerlo.

—No me hizo daño a propósito. Me equivoqué. Creí que había ido a Oslo a sonsacarme información para un libro sobre mi padre y resulta que fue el propio Skald quien lo envió allí porque ya planeaba que nos enamoráramos. Es una locura. Colter no usó nada de lo que le conté en su libro, de hecho, escribió el segundo para darme información sobre la infancia de mi padre, para que yo pudiera entender lo que le había llevado a convertirse en un monstruo. Fue todo un mal entendido. Él... me quiere. Ha hecho cosas por mí increíbles.

—¿Y tú lo quieres?

—Creo que sí. —Respiró hondo—. No, no lo creo. Lo sé. En Oslo me enamoré de él y, de alguna extraña manera, ese sentimiento siempre ha estado en mi corazón.

—Entonces, ¿por qué dudas?

—Fui testigo de lo que tú y Kurt sufristeis por lo que se decía de vosotros en la prensa, por cómo cuestionaban vuestra relación, por ser la hija secreta de Skald y el policía que lo metió entre rejas.

—Olvídate de eso. Vuestra relación no será fácil, Freya, pero si estás segura de lo que sientes, no pongas en peligro un sentimiento así. Si Colter te quiere la mitad de lo que Kurt me quiere a mí y tú le correspondes, no dudes, no te paralices por el miedo. Sé valiente, deja que hable tu corazón.

«Deja que hable tu corazón», repitió Freya, con una esperanza renovada en que la gente podía ser mejor de lo que ella se imaginaba.

—Le digo que está tramando algo —aseguró Travis al alcaide.

Antes de abandonar la prisión fue conducido a su despacho para que le informaran sobre las últimas novedades: que Nick Duncan había suplantado la personalidad de un operario de mantenimiento del hospital Hammond y que a punto estuvieron de atraparlo en una fiesta de un club sadomasoquista, pero logró escapar.

—No se preocupe, detective. Hans Skald siempre intentará manipular a los demás para conseguir cosas, pero le aseguro que, en esta ocasión, no logrará nada.

Travis no estaba del todo convencido.

—Prométame que lo tendrá vigilado en todo momento —le pidió, con cierta angustia. La idea de que Skald escapara y pudiera tener libre acceso a su esposa y a su hija lo aterrorizaba.

—Por supuesto que lo tendremos vigilado en todo momento, pero no por esto que usted me cuenta, sino porque es lo que llevamos haciendo desde que se escapó de la cárcel y fue capturado en su casa junto a su esposa. Entiendo cómo se siente, Duncan, pero tenga por seguro que de aquí no se va a escapar nunca más.

Travis asintió. Ojalá aquello fuese cierto. Sin embargo, tenía una extraña sensación. Skald estuvo muy raro desde que supo que Nick había logrado escapar de la policía y, al fin y al cabo, Nick Duncan era hijo suyo. A saber

de lo que sería capaz el Monstruo con tal de encontrarse con él.

—No soy tan mala como ellos dicen.

Colter estaba quitándose el abrigo cuando oyó esta confesión de Freya. Acababan de llegar a la cabaña, tras varias horas hablando con personas del pueblo que no pudieron darles ningún dato nuevo sobre Nick Duncan, ni mucho menos indicarles dónde podría estar escondido.

—¿Qué? —le preguntó él, dándose la vuelta para mirarla.

—Los hombres con los que tuve alguna relación... Sé que hablan pestes de mí, pero no soy tan mala.

Le dolía que él pudiera haber escuchado muchos comentarios negativos. De hecho, sabía que los había escuchado porque en una ocasión se lo había echado en cara. «A los hombres solo les das migajas», le había dicho.

—Ya me lo figuro. —Colter sonrió, pero se dio cuenta de que no era un comentario sin más. A ella, verdaderamente le preocupaba aquello—. Lo que digan de ti me da igual. Lo que me importa es cómo seas conmigo. —Trató de tranquilizarla.

—Es cierto que fui fría con ellos y que marqué las distancias, pero no engañé nunca a ninguno. Sabían que la verdadera intimidad me daba cierto miedo. No me refiero al sexo, que al fin y al cabo es un acto natural como comer, al menos para mí. Me refiero a la intimidad, ¿entiendes? A dormir toda una noche juntos, a hacer planes, a contar tus miedos, a apoyarte en el otro si algo va mal... Esas cosas que te vuelven vulnerable, porque empiezas a contar con la otra persona y... —Dejó de hablar.

—Y es cuando desaparece de tu vida, ¿no es eso lo que ibas a decir? Aprender a vivir sin tu padre tuvo que ser muy difícil y yo no ayudé con lo que te hice en Oslo.

—No, no ayudaste. —Ella se sentó en el sofá y Colter la siguió—. Venías a

verme cada día al hospital, hablábamos durante horas, parecía que te gustaba... Me hice ilusiones y, entonces, desapareces sin decir adiós. Me dejas una carta que me entrega una enfermera en la que te excusas por tener que regresar a la universidad.

—No hubiera podido despedirme en persona —confesó él.

—¿Sabes lo que pensé? Que te habías enterado de algún modo de que mi padre era un asesino en serie y habías huido de mí. No tenía ni idea de que sabías desde el principio quién era yo y no até cabos hasta que sacaste tu libro y te hiciste tan famoso, incluso fuera de Estados Unidos.

—Ya...

—No es tu culpa. Soy adulta y soy psiquiatra. Sé que te he usado como excusa para no volver a arriesgarme a sufrir, para no tener relaciones que me saquen de mi zona de confort, pero es que no me había compensado arriesgarme... hasta ahora. —Lo miró. Colter estaba a escasos centímetros de ella, mirándola a su vez.

—¿Qué me estás queriendo decir? —Él deseaba cerciorarse para no dar ningún paso en falso. Hacía solo dos días que le había dicho que no estaba preparada para iniciar una relación con él.

—Quiero decir que aún necesitaré tiempo para abrirme contigo, pero deseo hacerlo, deseo intentarlo al menos y quiero que sepas que, si ninguna de mis relaciones cuajó —tomó aire para infundirse valor—, es porque mi ideal eras tú, pero no el chico que realmente eras, sino el que yo imaginaba que eras: generoso, bueno, comprensivo... Me enamoré de un sueño que no me ha dejado avanzar, igual que te ha pasado a ti, y creo que ha llegado el momento de comprobar si estamos hechos el uno para el otro o no; si nos hemos obsesionado por una persona imaginaria o si tú y yo, los de carne y hueso, gustamos tanto al otro como el ideal que nos formamos en la cabeza.

Colter no supo qué decir. Había soñado tantas veces, durante tanto tiempo, con que ella llegara a sentir algo por él que aquella confirmación lo dejaba petrificado, con la emoción ahogándole la garganta. Le miró la boca y Freya,

como si su mirada fuese tan material como una caricia, la entreabrió para él.

«Joder, ¿en realidad está a punto de pasar lo que creo o no es más que un puñetero sueño?», se preguntó él.

—Dime que pare si no quieres esto —le dijo a Freya. No soportaba la idea de dar un paso en falso y alejarla de él. Para su sorpresa, Freya se movió con agilidad felina y se le sentó encima, a horcajadas.

—¿Te he dejado suficientemente claro lo que quiero? —le dijo con una sonrisa, pero él no pudo sonreír. A duras penas lograba respirar. Entonces recordó algo: «¡Maldita sea, no tengo condones!».

Cuando ella bajó la cabeza para besarle, Colter la agarró firmemente por las caderas, la colocó sobre su erección y atrapó sus labios. Freya gimió, sorprendida. Por algún motivo, creía que Colter sería menos apasionado. Tal vez se debía a que solía asociar que los tipos que eran buenos en la cama tenían un carácter frío, cerrado y distante. Cuando Colter le habló de sus sentimientos, ella asumió que en la cama sería de los «suaves». Pero no. Su boca era fuego líquido. Su lengua acarició la suya con verdadera maestría. Freya gimió y enterró los dedos en su pelo, tirando de él con ansia.

«Podemos hacer mil cosas sin que haga falta follar. Compraré condones después», trató de consolarse Freya, que estaba lamentándose por lo mismo que él, aunque curiosamente ninguno sacó el tema. Parecían poseídos, como si no quisieran perder el tiempo en hablar y solo desearan estar así, piel con piel.

Colter sabía a café y besaba como un demonio que sabe lo que debe hacer para arrastrarte directamente al infierno. Sus lenguas chocaron, se devoraron. Llevada por cierta desesperación, ella se frotó contra la erección de él, arrancándole una especie de gruñido. La agarró por la cintura como si no pesara nada y la colocó de espaldas sobre el sofá. Todo estaba yendo muy deprisa y sentía que la sangre le ardía y el corazón se le desbocaba. Aún estaban vestidos, pero no recordaba que la desnudez de ninguno de sus antiguos amantes la hubieran excitado ni siquiera la mitad.

—Tenía miedo de que no fuera así —murmuró entonces, mientras él le besaba el cuello y acariciaba sus pechos por encima de la ropa.

—¿Qué? —preguntó Colter, apartándose lo justo para mirarla, pero tan cerca que sus narices se tocaban.

—Tenía miedo de que no me gustara el sexo contigo.

Él se rio.

—Aún no sabes si te va a gustar el sexo conmigo. Solo estamos empezando a jugar.

—Me gusta jugar contigo, entonces —murmuró. Metió sus manos por debajo de la camiseta de él y lo acarició desde los hombros hasta llegar a la cinturilla del pantalón. Después, alzó las caderas para sentirlo más cerca. Cerró los ojos con fuerza cuando él comenzó a desabrocharle la blusa.

—No alces el muro ahora, Freya. Abre los ojos y mírame —le pidió Colter.

Ella obedeció, pero le costaba mantener la mirada y se mordió el labio.

—No sé si podré...

—Si no puedes, es que no estás preparada para esto y no pasa nada. Esperaremos. Pero cuando lo hagamos, quiero que me mires.

—Siempre cierro los ojos. Siempre —había cierta angustia en su voz.

—¿Por qué? —El dejó de desabrocharle los botones de la blusa.

Se encogió de hombros.

—Porque soy un poco avestruz, supongo. Si no veo a la otra persona, es como si ella no me viera tampoco. —Su sonrisa era forzada—. Me da vergüenza, pero hay algo más... Si no veo a ese hombre que me toca, es como si estuviera sola, como si me masturbara... ¿Me entiendes?

Colter asintió.

—A mí tampoco quieres verme.

—A ti me da miedo mirarte, Colt. —Volvía a morderse el labio—. Ahora mismo siento algo aquí que me dificulta respirar. —Se señaló el pecho.

Él comenzó a incorporarse, alejándose de ella.

—¡No! Por favor, no. Quiero hacer esto. Deseo hacerlo. —Tiró de la

camiseta de él para que se acercara de nuevo, para que se echara sobre ella—. Haz lo que estabas haciendo. No hace falta que lleguemos hasta el final, si no quieres, pero al menos necesito tocarte y que me toques. No cerraré los ojos, te lo prometo, pero no te alejes. Me da miedo, es como estar al borde de un precipicio... Pero quiero saltar contigo.

—No quiero que te fuerces, si no estás preparada para esto. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Ella unió sus manos detrás del cuello de Colter y lo empujó hacia ella hasta que sus bocas casi estaban pegadas.

—No he estado más segura de nada en toda mi vida. Tengo miedo porque jamás he estado con alguien por quien sintiera esto. Es nuevo para mí.

—Entonces ven aquí. —Se levantó del sofá y extendió la mano para que ella la tomara. Tiró después de Freya y la cogió en brazos.

—¿Qué haces?

—Para algunas cosas soy un poco clásico, rubia. Más vale que te vayas acostumbrando.

Ella no supo exactamente qué significaba aquello. La subió en brazos por la escalera y al llegar al pasillo del primer piso preguntó: «¿En la tuya o en la mía?».

—En tu habitación —respondió ella—. Después del sexo querré escapar y es muy violento decirle a alguien que se vaya. Es mejor... escabullirse.

Colter frunció el ceño, abrió la puerta de su dormitorio con el pie y la depositó sobre la cama.

—Explícame eso.

Freya estaba tumbada sobre la colcha verde, con el pelo extendido y los labios hinchados. A él le pareció sacada de un sueño, no una mujer real.

—No me gusta dormir con nadie. Me siento... incómoda.

Él meneó la cabeza y por un segundo ella creyó que se había enfadado o que se echaría atrás.

—Por el amor de Dios, mujer, ¿hay algo que me vayas a poner fácil o

contigo todo tiene que ser como escalar el Everest en chanclas?

Freya rio al ver la cara de él, la invadió una ternura desconocida, pero acto seguido meneó la cabeza casi con furia. Decenas de imágenes cruzaron entonces por su mente... Imágenes de aquello que quería compartir con Colter. Y lo cierto era que quería compartirlo todo.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, preocupado.

—Acabo de tener una visión aterradora. ¡Acabo de predecir el futuro! Me voy a enamorar de ti como una loca —el tono que usaba no era precisamente de júbilo. Estaba asustada.

—Lo sé. Está escrito, Freya. Te volverás loca por mí y yo ya lo estoy por ti —le dijo Colter con una media sonrisa—. Te juro que estás a salvo conmigo, tanto tú como tus sentimientos.

Se colocó sobre ella en la cama, aplastándola con su peso. Se apoyó en los antebrazos para poder mirarla de cerca antes de besarla. Se notaba que estaba tan ansiosa como él. Jadeaba y aún no la había tocado. Descendió entonces y le mordió suavemente el labio inferior.

—Voy a desnudarte entera. Quiero verte. Lo necesito, ¿de acuerdo? —le dijo él.

Ella simplemente asintió.

Colter terminó de desabrochar los botones de su blusa y, cuando accidentalmente sus nudillos tocaban su piel, Freya se estremecía. No dejó de mirarlo en ningún momento, mientras le quitaba los pantalones y le desabrochaba el sujetador. Finalmente, cuando los dedos masculinos se introdujeron en el elástico de sus bragas, ella soltó todo el aire que había estado conteniendo.

—¿Estás bien? —quiso asegurarse Colter.

—Ansiosa, pero bien. Muy bien.

Él sonrió antes de lamerle uno de los pezones. Su lengua se deslizó suavemente y ella se arqueó pidiendo más, exigiendo más, y solo se conformó cuando los dientes de él tomaron el pezón mientras lo succionaban.

—¿Es esto lo que quieres, Frey?

Ella no pudo responder, solo clavarle las uñas en los hombros. La mano de Colter descendió hasta perderse entre sus piernas.

—Sí, por favor, sí —gimoteó ella.

—Pensar que puedo provocarte esto... —murmuró él, al notarla empapada. Dejó un reguero de besos por el abdomen de Freya antes de hundirle la boca entre las piernas. Había pasión en cada lamida. Había absoluta dedicación. Seguía vestido y el roce de la tela de su ropa contra la piel desnuda hacía que Freya se incendiara aún más.

—Me excita que estés vestido, estar desnuda —logró balbucear.

Colter no respondía, estaba memorizando su sabor salado, atesorando los gemidos y la manera en la que se retorció de placer. Sabía que estaba a punto de correrse y sonrió cuando las palabras de Freya se lo corroboraron, pero ella no pudo ver su gloriosa sonrisa.

—No pares ahora, Colt, por favor, no pares.

No lo haría por nada del mundo. No pararía. Recorrió su coño con una lamida larga y lenta al tiempo que le introducía dos dedos y los movía. Ella explotó gritando su nombre, hundiendo los dedos en su pelo para asegurarse que la boca masculina no se separaba de su clítoris.

—Dios, Dios, Dios... —Gimió, cuando las olas del orgasmo aún no habían desaparecido del todo—. Ha sido... Dios...

Colter se incorporó en la cama, se limpió la boca con la manga de su camisa y después se la quitó y la tiró al suelo. Observó a Freya desmadejada y sonriente.

—Ven aquí —le dijo ella.

Colter se tumbó a su lado y la abrazó. Entontes sintió la mano de Freya acariciándole el pecho de manera descendente hasta llegar a su ombligo. Antes de darse cuenta, aquellos dedos femeninos estaban apretando su erección y ella tan pronto lamía su cuello como lo mordisqueaba.

—¡Joder! —siseó, dejándola hacer.

Freya estaba desnuda, de rodillas ante él, que se encontraba tumbado boca arriba en la cama. Le desabrochó los botones del pantalón.

—Ayúdame —le pidió, para que él alzara las caderas y poder así quitarle fácilmente los pantalones y los calzoncillos. Su erección apareció frente a ella, que se relamió. Una gota brillaba sobre su glande. Se inclinó sobre él y lo escuchó jadear, anticipándose a lo que sentiría cuando ella se la metiera en la boca.

Freya lamió su polla desde la base hasta la punta antes de engullirla entera.

—Hostia puta, Freya. Me vas a matar —maldijo entre dientes.

Ella comenzó a meterla y sacarla de la boca de manera rítmica, acompasada, sintiendo que los gemidos de él era la mejor banda sonora que había escuchado en su vida. Perdió la noción del tiempo. No sabía si habían pasado cinco minutos o media hora. Toda su atención estaba centrada en comer aquella polla como si de ello dependiera su vida.

—Voy a correrme, Frey —le avisó él para que se la sacara de la boca si quería, pero Freya no quería sacársela. Al contrario. Intensificó el ritmo, se la engulló hasta que el glande de él se perdió en lo más hondo de su garganta y sintió su tensión, su orgasmo, todo su placer.

Era la primera vez que un hombre se corría en su boca. Depositó suaves besos en el abdomen de Colter y entonces sintió cómo sus brazos la agarraban por las axilas y la arrastraban hacia él. La acurrucó contra su pecho. Freya escuchó los locos latidos de su corazón.

—No tengo palabras para esto —murmuró él.

Ella alzó la cabeza y depositó un beso en su barbilla.

—¿No trajiste condones, verdad?

El rio antes de responder.

—No. Nunca imaginé que este viaje acabaría así. Di por supuesto que tú tampoco traerías. No creo que follar conmigo estuviera entre tus planes cuando salimos de Miami. Pero si hubiera tenido condones, te habría empotrado de tal manera que mañana nos costaría caminar a los dos.

A ella le gustó que él ni siquiera hubiera intentado follar sin condón. Estaba asqueada de los tíos que trataban de convencerla de meterla a pelo. ¿Pero qué les pasaba a los hombres? Juraban que estaban sanos y que no tenían enfermedades de transmisión sexual. Eran niños con ganas de meterla en caliente que lo habrían intentado, y quizás hasta hecho, con sabe Dios cuántas mujeres y que jamás se habrían realizado ningún tipo de análisis. Cuando un tipo se ponía pesado con eso de follar sin condón, ella se largaba. Le daba igual estar desnuda. Se vestía y lo dejaba allí tirado. No, no se folla sin condón con desconocidos. No, no se folla sin condón con hombres que no te aporten unos buenos análisis para comprobar que no tienen enfermedades de transmisión sexual. Conocía demasiados casos de mujeres que habían confiado y ahora estaban recibiendo tratamientos para paliar las consecuencias de ese error.

—Fanfarrón... Que no podríamos caminar al día siguiente. Ya será menos —dijo ella riéndose.

Colter la colocó de espaldas en el colchón, se puso sobre ella, le abrió las piernas sin miramientos y le introdujo tres dedos de golpe. Freya aún estaba excitada, tras la felación que acababa de hacerle. Emitió un grito de sorpresa y después un jadeo profundo que se iba intensificando cada vez que él se movía dentro de ella y le mordisqueaba los pezones.

—¿Por qué no te ríes ahora, Frey? —susurró con sorna mientras ella gemía y se retorció—. Vamos, dime ahora que no soy capaz de hacer que al día siguiente camines con las piernas arqueadas. Dilo, Frey.

Ella lloriqueó, mordiéndose el labio y mirándolo con la vista casi extraviada.

—Sé que puedes hacerlo, maldita sea —dijo ella, entre gemidos—. Sé que puedes hacer conmigo lo que quieras.

—Y tú conmigo, Frey. Y tú conmigo —declaró él mientras introducía más profundamente los dedos dentro de ella y la catapultaba al orgasmo por segunda vez en media hora.

La dejó reposar, abrazado a ella. Cuando Freya se incorporó, le preguntó:

—¿Te vas a tu habitación?

—No, solo voy al baño. —Se bajó de la cama y caminó desnuda hacia la puerta. Justo en el quicio se dio la vuelta—. Bueno, en realidad sí, ahora necesitaría escabullirme, como siempre, pero no voy a hacerlo, Colt. Solo voy al baño. Volveré en un minuto.

Lisa llevaba muchas semanas investigando los grabados en los relojes de las víctimas, visitando a cada grabador, a cada relojero y a cada joyero de Miami, pero nunca había obtenido una respuesta... Hasta aquella tarde.

James Holmes era joyero y había abierto su negocio hacía más de diez años. El local era pequeño, pero estaba en un barrio elegante y su decoración era exquisita. Tenía éxito y se notaba, pero no debía de ser demasiado ambicioso o de lo contrario se habría mudado a un local de mayores dimensiones. Solo vendía joyas que él mismo diseñaba y «forjaba», pero se dedicaba al grabado, faceta esta en la que era considerado un auténtico maestro.

Lisa entró a su joyería a las cinco de la tarde de un jueves lluvioso. Unos minutos antes había comenzado, sin previo aviso, una de esas tormentas tan habituales en Miami, de las que te pillan en medio de la calle en sandalias y sin paraguas. Se resguardó en el local, tras cruzar la avenida entre los coches, sin esperar a que el semáforo se pusiera en verde.

—¡Madre mía! —exclamó, nada más notar que la fina lluvia había dejado de empaparla. Se sacudió el pelo y se quitó con las manos las gotas de agua que tenía en la cara—. Vaya día...

—Buenas tardes —le dijo el señor Holmes con una sonrisa.

Al principio, Lisa no vio de dónde venía la voz. Dio varios pasos en dirección al mostrador y se dio cuenta de que había un hombre sentado en una mesa pegada a la pared, medio escondida tras un anaquel con joyas

antiguas. Llevaba un extraño monóculo que se quitó para mirarla.

—Buenas tardes —respondió ella entonces.

El joyero se levantó y se acercó al mostrador.

—¿Qué desea?

Lisa sacó las fotografías de su bolso y enseñó su placa.

—Soy la agente Prendes, de la policía del condado de Miami Dade. ¿Podría decirme si hizo usted estos grabados? —Adelantó la mano con las fotografías. El hombre las cogió y miró fijamente, una a una.

—No he sido yo quien ha hecho estos grabados, pero sí hice uno igual a estos. La misma palabra.

Lisa enderezó la espalda, sorprendida. Seguía preguntando por inercia, pero hacía bastante que había perdido la esperanza de que aquella pista los acercara al grupo de pedófilos de internet. Tanto es así que había acudido sola, sin la prevención de ir acompañada de otro agente, que es lo que Cooper le había ordenado.

—¿De verdad? —Frunció el ceño—. ¿Cómo puede estar seguro de que no es ninguno de estos el que usted hizo?

Se encogió de hombros antes de responder.

—El tipo de letra, la presión del grabado —se colocó de nuevo el monóculo, que debía de ser una especie de lupa, sobre el ojo derecho— y la punta utilizada para grabar.

—¿Se acuerda del tipo de reloj que era, señor...?

—Holmes. James Holmes —informó él, mientras se acercaba a un cajón y rebuscaba durante unos segundos—. Creo que me acuerdo, pero vamos a comprobarlo... Aquí está —mostró una factura—. Era un Rolex. Hace tres meses que me lo encargaron y pagaron al contado.

—¿Recuerda cómo era la persona que se lo encargó?

—Sí. No suelen traerme muchos Rolex para grabar una palabra tan extraña. Suelo grabar frases bonitas y de recuerdo. Eran dos hombres. Uno era alto y rubio. El otro, moreno y muy elegante, con acento británico.

«El prometido de Lucy Woodson», pensó Lisa.

—¿Los reconocería si regreso con una fotografía?

—Sí, creo que podría reconocerlos a ambos.

—¿Habló de algo más con ellos?

—No. Me encargaron el grabado y se fueron. Vinieron a recogerlo a los dos días, pagaron al contado y se marcharon de nuevo. Nada más.

—De acuerdo... Regresaré para enseñarle unas fotografías, a ver si reconoce a alguien.

—Estoy aquí desde las nueve y media de la mañana hasta las ocho de la noche. La espero.

Lisa se despidió y llamó a Cooper nada más salir de la joyería para informarlo.

—Menos mal que recibo una buena noticia —dijo—. Ahora mismo tenemos tantos frentes abiertos que no hay suficientes agentes para patrullar las calles, buscar a Nick Duncan e investigar al grupo de pedófilos cibernéticos, pero ya podemos hacerlo bien o se nos echará encima toda la prensa y la opinión pública del país.

—Lo haremos bien, Cooper. Del primero al último agente de la comisaría están dándolo todo.

—Lo sé, pero he recomendado a tu padre que deje que Kurt Donahue vuelva a trabajar en el caso, con nosotros. Lo necesitamos. Es uno de los mejores policías que conozco. Travis, cuando salga de la cárcel, podría sumarse también, pero entiendo que su lugar está en el hospital, junto a su mujer.

—Cuantos más seamos, mejor. —Ella dudó si sería el momento de pedirle aquello, pero lo preguntó de todos modos—. ¿Podría dejar un poco antes mi turno? Querría ir a hablar con Bloom.

—¿La directora de Servicios Sociales? —preguntó Cooper.

—Sí. Prometí al señor O’Kieff, el vecino de Lauren Wilson, que intercedería para que le permitieran tener a las niñas en régimen de acogida.

Las pobres han perdido a su madre y están rodeadas de extraños. Parece que él ejercía de abuelo con ellas y...

—De acuerdo —la interrumpió Cooper—. Me parece una buena idea... Y no cambies, Prendes, ¿de acuerdo? No dejes de implicarte en los casos. Eso es lo que te convertirá en una gran policía.

Ella estaba sonriendo y Cooper sabía que sonreía, aunque no pudiera verlo —Eres un buen tipo, Cooper, quién me lo iba a decir.

Ahora quien sonreía era él.

La señora Bloom era directora de la DCF[2] desde hacía casi diez años. Tenía fama de ser extremadamente concienzuda y desconfiada a la hora de entregar niños en acogida. «Bastante han sufrido estos niños tras ser separados de sus padres, por irresponsables que fueran estos, como para enviarlos a una casa poco adecuada. Debemos extremar el cuidado», les decía una y otra vez a todos sus representantes.

Lisa había pedido una cita con ella como cualquier ciudadano normal, pero la señora Bloom, que tenía por costumbre supervisar su libro de citas cada tarde, al acabar su jornada, le envió un mensaje muy cariñoso, aunque en tono recriminatorio. «¿La pequeña Lisa trata ahora a la tía Bloom como a una desconocida? Ven a casa y déjate de citas oficiales. Serás agente de la policía, pero te he cambiado muchas veces los pañales de bebé».

La agente Prendes aparcó el coche delante de la casa de la señora Bloom. Hacía muchísimo tiempo que no la visitaba, pero ver aquella puerta de madera y estilo español la hizo acordarse de los veranos de su infancia jugando en la piscina con las gemelas Bloom, pero aquello había sido antes de que su madre huyera con el marido de la señora Bloom.

La puerta se abrió antes de que ella alcanzara el último escalón.

—¡Cuánto tiempo! —exclamó Karen Bloom con una sonrisa. Llevaba un

caftán de color fucsia. Siempre le había gustado recordar que su familia procedía de Marruecos y que antes de ser la señora Bloom, había sido la señorita Hassam.

—Años y años. Al aparcar ante tu puerta me han venido mil imágenes de aquellos veranos... —Se calló por miedo a traerle recuerdos desagradables a la mujer que tenía frente a ella. Karen pareció darse cuenta.

—Lo que hicieron mi marido y tu madre no debería habernos separado a nosotros.

No debería, pero sí los había separado. Ella había visto durante toda su vida a las gemelas. Pasaban juntas un mes de verano en la Patagonia argentina, donde su madre y el exmarido de Karen Bloom se habían establecido tras su huida.

—Vamos, pasa, Lisa. Te he preparado uno de esos chocolates que tanto te gustaban de niña. ¿Te siguen gustando aún?

—Siempre. El chocolate, siempre —respondió ella, dándole a sus palabras un énfasis humorístico.

La casa no era tal y como la recordaba. «Mamá lo está redecorando todo, pintándolo de colores claros. No hay quien esté en casa con tanto ruido y tantos obreros entrando y saliendo». Le había dicho Nina, una de las gemelas, la última vez que habían quedado para comer juntas.

La sala principal era ahora un lugar con pocos muebles, todos blancos. Las paredes habían sido pintadas en un tono rosa empolvado. Lisa se sentó y Karen fue a la cocina a traer el chocolate. Lo sirvió con la ceremonia y el cuidado que siempre ponía en cada cosa que hacía.

—Dime, ¿querías verme por algo relacionado con el trabajo? —le preguntó, justo antes de sentarse en el sillón de enfrente.

—Sí y no. Tuve noticia de este asunto por un caso que estamos investigando en comisaría: la muerte de Lauren Wilson.

—Dios mío, sé quién es. Espero que deis pronto con el monstruo que la mató.

—Quería hablarte de sus hijas. El Estado ha asumido la tutela y están en uno de vuestros centros de acogida, pero hay alguien que desea quedarse con su custodia.

—¿Te refieres a esa tía que tienen a cientos de kilómetros de aquí? Olvídate de eso. Cuando la llamamos, se escaqueó. Tampoco parece una persona estable que sea capaz de asumir la tutela de dos menores.

—No, no. Me refiero en realidad al vecino, al señor Tate O’Kieff. Va a verlas todas las tardes, según me dijo. Las niñas lo quieren como a un abuelo y estarían mejor con alguien familiar que en un lugar tan desangelado. Ya han sufrido bastante.

Karen la miró por encima de la taza humeante que acababa de llevarse a los labios.

—¿Te lo ha pedido él, Lisa?

—No exactamente. Me ofrecí yo al ver su preocupación y...

Karen alzó una mano, indicándole que no quería escuchar más sobre el tema.

—No puedo contarte todo lo que debería, porque me debo a mi secreto profesional, pero sí lo justo para que entiendas que jamás, bajo ninguna circunstancia, debes intervenir en favor de un padre de acogida. Nosotros solos ya nos equivocamos bastante, aun investigando a las familias, pero que una policía intervenga puede hacer que uno de mis representantes te haga caso y... meta la pata. A O’Kieff le hemos prohibido visitar a las niñas. Ellas se quedaban muy alteradas cuando él venía y se niegan a hablar de él. Lo hemos investigado y *voilà*, él mismo fue padre de acogida y su expediente no es el mejor. Su esposa fue asesinada de un fuerte golpe en la cabeza y, aunque nunca se pudo demostrar su culpabilidad, las dudas sobre el tema son demasiado grandes. Además, los chicos que tenía acogidos se escapaban sin cesar, uno incluso intentó suicidarse cuando lo encontraron escondido en un motel de carretera. Prefería morir que ir a su casa, ¿te lo imaginas? No, no tendrá ningún tipo de acceso a Nelly ni a Fanny.

Lisa se quedó paralizada ante la última declaración de Karen Bloom, pero no solo por descubrir el pasado oscuro del señor O’Kieff, sino por algo más que ella había dicho, una historia que le era vagamente familiar...

—¿Recuerda el nombre del muchacho? —preguntó.

—¿Qué muchacho?

—El que intentó suicidarse en el motel de carretera —puntualizó Lisa.

—Claro, estuve revisando los papeles hace apenas dos días, pero no puedo darte un dato así. Es privado.

—Solo dime si se llamaba Nicholas... O Nick —Lisa no sabía que apellido tendría en aquella época. Los Duncan le dieron el suyo cuando lo llevaron a su casa y seguramente, tras la adopción, ya no llevaría el Talbot de su madre.

Karen entrecerró los ojos.

—Sí, se llamaba Nicholas. ¿Cómo lo sabes?

Lisa se levantó del sillón y se llevó las manos a la cabeza. Aún no sabía lo que aquello podía significar, pero significaba algo seguro. No existían casualidades de ese calibre.

—Tengo que irme, Karen. Gracias por todo, por el chocolate, por la información, por todo...

Echó a correr hacia la puerta.

—Pero si ni siquiera te ha dado tiempo a probar el chocolate...

Lisa no podía escucharla ya. Se subió al coche y se incorporó a la circulación a toda velocidad.

Freya no fue capaz de dormir ni un segundo, pero había pasado toda la noche en aquella cama, junto a Colter, y eso para ella era todo un triunfo.

—No te escabullas sin decirme nada —le hizo prometer él—. Si estoy dormido, despiértame y dime que te vas. No te lo impediré, no trataré de convencerte, pero quiero saberlo. Me dolería descubrir por la mañana que has

huido de mí en medio de la noche sin decirme nada.

Verlo dormir había sido precioso. Desnudo, relajado entre las sábanas. Le había resultado imposible mantenerse alejada, así que en algún momento lo había acariciado con suavidad, para no despertarlo, o había depositado un beso fugaz en su cuello. Incluso lo escuchó murmurar su nombre en algún momento de la noche y tuve que ejercer verdadero autocontrol para no despertarlo y preguntar: «¿Estás soñando conmigo?».

Colter se despertó a eso de las ocho de la mañana. Se despezó con la calma de un gato y abrió con dificultad los ojos. Los paseó por la habitación despacio, hasta que se topó con el rostro de ella, que lo miraba muy atenta, entonces sonrió.

—Así que lo de anoche fue cierto... Por un segundo, al despertar, creí que podía haberlo soñado.

—Fue cierto. Fue muy cierto —dijo ella, mientras se acercaba a él y se acurrucaba contra su pecho—, pero también debiste de soñarlo. Dijiste mi nombre mientras dormías.

—Ummm... O sea, que después de vivirlo, lo recreé de nuevo.

—Menos mal que fue mi nombre el que dijiste. Si hubieras dicho otro, habría sido... —dijo ella, en plan de broma.

Él se removió incómodo.

—Pues sí. Decir el nombre que no debes en un mal momento es...

Ella se apoyó en el codo para poder mirarlo a los ojos.

—¿Te ha pasado alguna vez?

Colter carraspeó.

—Sí, alguna vez me ha pasado. —La miró con los labios fruncidos—. Ella me dijo por la mañana que en sueños había pronunciado tu nombre. Como también es periodista y había leído mis libros, tuvo claro a qué Freya me estaba refiriendo. En fin, fue bastante desagradable. No se lo tomó bien.

—Vaya...

Se miraron el uno al otro con una sonrisa tonta en los labios. Estaban frente

a frente, desnudos y sorprendidos por esa recién estrenada intimidad. Ella se atrevió a confesarle algo.

—Hace unos años, te vi en un programa de televisión. El presentador te preguntaba por los libros sobre mi padre. Me enfadé muchísimo escuchándote. Por ese entonces tenía una relación informal con un compañero de la facultad. Fui a su apartamento para acostarme con él. A veces uso el sexo para olvidarme de cosas que me hacen daño —se excusó—. Fui a verlo buscando eso, olvidarme de mi enfado por unos instantes. En el momento menos indicado, lo llamé Colter... Fue muy incómodo y vergonzoso, pero al menos él no sabía a qué Colter me estaba refiriendo.

Él sonrió e iba a decir algo, cuando escuchó los maullidos.

—¡Mierda! —exclamó—. Se me ha olvidado ponerle la comida a Arisco.

Salió de la cama de un salto, se puso rápido el bóxer y bajó a toda prisa las escaleras mientras Freya se quedaba tumbada y muerta de risa. Lo oyó trastear por la cocina y abrirle la puerta al gato... y después un bisbiseo. ¿Acaso le estaba hablando al minino? Decidió bajar a comprobarlo. Se puso la camiseta del día anterior y trató de no hacer ruido al descender por las escaleras, para no alertarlo y poder escuchar lo que le decía a Arisco.

—Sé que necesitas tiempo, chico —le susurraba en esos momentos—, pero tenemos todo el tiempo del mundo. Tarde o temprano te darás cuenta de que soy de fiar.

El gato hizo un ruido extraño mientras comía, un sonido que no era un ronroneo, pero tampoco un bufido. «Se lo está ganando», pensó Freya con una sonrisa de admiración. Estaba mirando a Colter desde el último escalón, pensando si era conveniente interrumpirlo. Él miró hacia atrás, como si intuyera la presencia femenina, y al verla sonrió de manera tan luminosa que a ella se le encogió el corazón. «Madre mía, lo amo. Amo a este hombre, joder», pensó, asustada.

—Necesitamos condones —dijo entonces ella, tratando de que la broma rompiera lo intenso del momento.

Él negó con la cabeza.

—No es eso lo que estabas pensando —respondió Colter con una seguridad arrolladora.

Freya abrió la boca para decir algo, pero no fue capaz. Él se levantó y en dos zancadas estaba a su lado. La abrazó fuerte contra su pecho.

—Yo también, Freya —dijo.

—¿Tú también, qué? —preguntó ella desconcertada.

—Eso que estabas pensando y no te atreves a decirme. Yo también.

Ella hundió la cara en su pecho. ¿Era todo aquello verdad? ¿Lo que ella sentía, lo que él decía sentir? ¿Iba a durar aquella felicidad o se esfumaría como agua entre sus dedos?

—No, Freya, no voy a irme —lo oyó decir.

Se separó de él, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Pero qué demonios te pasa? ¿Puedes leer la mente?

Colter la miró muy serio.

—No hace falta. Te observo, te escucho... Te conozco.

Ella lo estaba mirando extasiada. Levantó la mano, pero no dijo nada. Era incapaz. El nudo que tenía en la garganta le impedía pronunciar ni siquiera un monosílabo. Lo acarició. Dejó que las yemas de sus dedos se pasearan por la mejilla masculina.

Él acabó por inclinar el rostro sobre el de ella y la besó. Fue un beso suave al principio, dulce. Movié los labios sobre los de ella con tanta calma que Freya creyó que jamás sentiría su lengua invadiéndola. Cuando al fin lo hizo, emitió un gemido profundo, pero no era de pasión. Una emoción demasiado fuerte para ser contenida dentro explotó en su garganta. Colter notó la humedad de su rostro y se apartó para observarla. Freya estaba llorando, pero no había pena en sus ojos, sino una especie de expresión entre el asombro y la alegría. Él sonrió y volvió a abrazarla.

—Yo también a ti, rubia —le susurró, como si en efecto pudiera leerle la mente y saber lo que estaba pensando.

Lisa Prendes entró como una tromba en la sección de Delitos Informáticos de la comisaría. Se dirigió a grandes zancadas a la mesa de Ralphie Alder. Se acercó a él por la espalda.

—Necesito ver el expediente de adopción de Nick Duncan —dijo de sopetón.

Ralphie saltó en su asiento y se dio la vuelta para ver quién le había dado semejante susto.

—Joder, Prendes, casi me da un infarto. ¿No sabes entrar como las personas normales?

—Necesito ese informe, Ralphie —insistió ella—. Quiero comprobar si aparece un nombre.

—¿Qué nombre? Me sé de memoria la historia de ese tipo.

—Tate O’Kieff —dijo.

Ralphie asintió.

—Tuvo a Nick en régimen de acogida durante varios años, ¿por qué preguntas por él?

Lisa se llevó las manos a la cabeza. Era consciente de que había descubierto algo gordo.

—Es el vecino de una de las víctimas de Nick Duncan. ¿Qué posibilidades hay de que eso ocurra por pura casualidad? Este caso está lleno de casualidades que resultan no serlo...

—Ven, vamos a leer el informe —le dijo Ralphie.

Lisa acercó una silla y se quedó mirando la pantalla del ordenador mientras su compañero le mostraba el informe.

—Aquí es donde comienza a hablar de Tate O’Kieff.

Lisa leyó la historia: aquel tipo y su esposa habían acogido a Nick cuando tenía nueve años. A los trece se escapó. La policía lo encontró en un motel de carretera y, al verse acorralado, Nick se cortó las venas. Prefería morir a regresar a la casa de acogida. Fue ingresado, necesitaba urgentemente una transfusión y ahí entraron en juego los Longstone y Travis Duncan, que fue su donante.

—¿Qué le hacía ese cabrón para que Nick prefiriera morir a estar bajo su techo? —preguntó Ralphie.

—La señora Longstone dice que Nick nunca quiso hablar de su pasado, así que nadie lo sabe. Acabo de estar con la directora Bloom... Soy una soberana gilipollas. ¿Sabes que he ido a intervenir a favor de O’Kieff para que pudiera quedarse con la custodia de las niñas de Lauren Wilson? Me pareció un pobre anciano preocupado por las hijas de su vecina y ha sido Bloom quien me ha dicho que no tenía un historial muy limpio y que le habían prohibido visitar a las niñas. Casi las meto en la boca del lobo otra vez. ¿Por qué seré tan imbécil? —dijo Lisa.

—No te culpes, Prendes. Hay que tener mucho cuidado con esas cosas, no fiarse de buenas a primeras, pero no te castigues por creer que la gente es buena. Yo he perdido esa capacidad y es triste. Mira, te voy a decir algo que te animará. ¿Recuerdas que te dije hace tiempo que Jack White tenía a uno de sus agentes infiltrados en redes de pedófilos de internet? Ha logrado ganarse la confianza de uno de ellos. Uno muy especial, además, porque era muy amiguito del tal Milton Zacher, el prometido de Lucy Woodson, y hablaban como si se conocieran fuera del foro, en persona.

—¿En serio? Dios...

—¡En serio! Lleva meses intentando ganárselo. Le ha prometido que le

dejaría jugar con su sobrinita de seis años, solo para que accediera a quedar con él. Le dijo que para que le deje jugar con ella, necesita más confianza. Le ha pasado una foto de una niña para tentarlo.

—¿Le ha pasado una foto? —preguntó Lisa horrorizada.

—Claro, Prendes. ¿Cómo te crees que se gana la confianza de esos pedófilos? Usa alguna de las fotos que incautan para que esos cabrones se fien de ellos. No piensan que un poli va a hacer algo así.

—Qué asco da todo esto...

—Lo sé, pero gracias a eso, el infiltrado ha quedado esta tarde con un amigo de Zacher y de Lucy Woodson. Lo vamos a detener y haremos que hable, que delate a todos los que conoce, que nos dé nombres y apellidos. Ojalá hubiera una manera mejor de hacerlo, pero mientras se nos ocurre, usamos todas las armas a su alcance para meter a esos desgraciados entre rejas.

—No os juzgo, en serio. Tiene que ser terrible trabajar en algo así, tener que confraternizar con ese tipo de gentuza... ¿Dices que esta tarde quedan? ¿Lo sabe ya Cooper?

—Acabo de decírselo.

—Empezamos a estar cerca de saber quiénes son esos cabrones. Esta mañana he dado con el joyero que grabó la palabra en uno de los relojes que tenían las víctimas. Dice que eran dos hombres, uno con acento inglés y otro rubio y muy alto. Creo que el inglés puede ser Zacher. Le voy a enseñar una fotografía, a ver si hay suerte. Si el infiltrado detiene al pedófilo del chat que era amigo de Zacher, podrá decirnos quién es el rubio alto.

—Estamos cerca de pillarlos a todos, Prendes, estoy seguro.

—Me voy, Ralphie. Tengo que contarle a Cooper lo que he descubierto sobre Tate O’Kieff.

—No creo que lo encuentres. Estará montando el dispositivo para pillar al pedófilo con el que ha quedado nuestro infiltrado. —Le guiñó un ojo y se concentró nuevamente en la pantalla de su ordenador.

Lisa le había escrito un mensaje a Cooper, preguntándole dónde tendría lugar la encerrona al pedófilo y justo en ese instante recibía la dirección de la cafetería, pero eso tendría que esperar. En esos momentos estaba entrando en la joyería. El señor Holmes estaba atendiendo a un cliente. Se entretuvo mirando los anillos que estaban expuestos en uno de los mostradores. Cuando por fin se quedaron solos en la tienda, el joyero la saludó.

—Buenas tardes, agente. Imagino que trae la fotografía.

Lisa asintió. Sacó varios retratos y los colocó sobre la mesa de madera que había al fondo de la tienda.

—¿Reconoce a alguno de estos hombres como el que le trajo el reloj?

Él miró las fotos con calma.

—Es este, sin lugar a dudas. Este es el inglés del que le hablé —dijo, mientras señalaba la fotografía de Milton Zacher—. El rubio no es ninguno de estos que me muestra aquí. Tenía la voz ronca y parecía ser el verdadero jefe, aunque el inglés se comportaba como si también tuviera poder. No sé si me explico. Aunque obedecía al rubio, no parecía ningún muerto de hambre.

Lisa salió del establecimiento convencida de que Zacher era un pez gordo dentro de la red de pedófilos y de que el rubio alto que lo acompañaba era un pez más gordo aún. Envío otro mensaje a Cooper informándole sobre sus avances y diciéndole que se dirigía a la cafetería que él le había indicado

El agente Hammett, que era el policía infiltrado en la red de pedófilos, entró en la cafetería y tomó asiento en la mesa más apartada del local, la que estaba en el rincón, al lado de la puerta por la que se accedía a los baños. Había llegado diez minutos antes de la hora acordada.

—¿Se me escucha bien? —susurró, para comprobar que el micro que

llevaba oculto funcionara correctamente.

—Sí, alto y claro —respondió Cooper. El agente pudo escucharlo a través del diminuto auricular que tenía escondido en la oreja izquierda.

No tuvo que esperar apenas nada para que su contacto apareciera. El pedófilo del chat con el que se había citado se hacía llamar PapiDulce y sentía predilección por las niñas rubias de siete años, aproximadamente. El agente sabía que había abusado de varias, a pesar de que él no lo hubiera confirmado. Llevaba observándolo y ganándose su confianza casi un año. El caramelo envenenado que utilizó para convencerlo de salir de su escondite y verse cara a cara fue una foto de una niña pequeña rubia con un vestidito rosa y una corona de princesa. Dijo que era su sobrina y que se quedaría con ella aquel fin de semana, así que podrían «jugar» juntos con la niña, pero para eso deberían conocerse antes.

PapiDulce entró en la cafetería a la hora señalada. Llevaba una gorra de *baseball* de los Tampa Bay Rays que impedía distinguir sus rasgos desde la distancia a la que se encontraban Cooper y el resto de los agentes. El tipo se acercó a la mesa.

—¿Eres Denver87? —le preguntó al agente infiltrado.

—Sí. Tu eres PapiDulce, supongo —susurró.

El pedófilo asintió, con una sonrisa, y se sentó frente a él.

—Aquí estamos, por fin —dijo—. ¿Cuándo irás a recoger a nuestra princesita?

El agente Hammett sabía que tenía que grabarlo diciendo las suficientes cosas comprometedoras como para que en un juicio no cupiera ninguna duda de sus intenciones con la niña.

—Dentro de una hora... Qué pasa, ¿estás ansioso? —preguntó el agente con una sonrisa fingida.

—No te imaginas hasta qué punto. Hace mucho que no me como un caramelito... ¿Te lo has comido tú muchas veces?

—A mi sobrina no, me he comido otros caramelos, pero no este. Te dije

que la niña tiene cinco años, ¿verdad? Sé que te gustan un poquito mayores.

—No hay problema... Cinco años está bien. ¿Tienes pensado que nos la follemos o no llegaremos hoy a tanto? —preguntó PapiDulce.

El agente sintió que se le contraía el estómago por el asco. ¡Ya lo tenía! Con esas palabras sería más que suficiente para meterlo en prisión. Escuchó la voz de Cooper a través del auricular: «Vamos para allá. Espera a que lleguemos. Tenemos a ese cabrón, Hammett».

Varios agentes entraron en el local y apuntaron al pedófilo con sus armas.

—Policía de Miami Dade. Arriba las manos —gritó Cooper, mientras otro de los agentes tumbaba a PapiDulce sobre la mesa y lo esposaba—. Tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga podrá ser utilizado... —Llegado a este punto, Cooper dejó de hablar. La gorra de *baseball* que llevaba el pedófilo se cayó y pudo ver su rostro. Lo conocía. Cooper conocía a aquel tipo. Había estado en comisaría prestando declaración. Era Harry Petersen, el administrador del condominio donde vivían Lucy Woodson y Milton Zacher.

Lisa Prendes había ido al hospital a ver a Travis y a Alana. Según los médicos, todo iba bien. Era más que probable que el niño naciera a los nueve meses, pues la amenaza de parto había desaparecido tras las semanas que había permanecido a reposo.

La pareja escuchaba boquiabierta el relato de Lisa sobre la vinculación con el chat de pedófilos del administrador del condominio donde vivía Lucy Woodson y la relación existente entre Tate O’Kieff y Nick Duncan.

—Vamos a pensarlo con calma, porque esto tiene una vuelta de tuerca, seguro —dijo Travis—. ¿Qué quiere Nick?

—Hacer pagar a quienes abusan de niños. Liquidarlos. Torturarlos. Ralpie dijo que varios de los miembros del chat habían muerto

—Imaginemos que Nick asesinó a esos hombres, que ellos son sus

verdaderos objetivos, pero que en un momento determinado, quiso inculparme a mí de unas muertes y eligió a mujeres vinculadas también con la red de pedófilos. Ahora descubriste que son mujeres que están cerca de hombres de la misma red. ¿No parece que les esté enviando un mensaje?

Lisa se quedó pensativa.

—Sí, puede que sí...

—¿Habéis contactado ya con Tate O’Kieff?

—No —dijo Lisa—. No tenemos nada contra él. Tuvo en acogida a Nick Duncan, de acuerdo, pero no hemos encontrado nada que lo relacione con estos pedófilos.

—¿Y por qué crees que Nick asesina a pedófilos? ¿Por qué asesinaba Skald a madres que abusaban de sus hijos? Vengan una y otra vez lo que les hicieron a ellos de pequeños. Abusaron de Nick y lo más seguro es que lo hiciera Tate O’Kieff. ¿Por qué, si no, intentó suicidarse cuando lo encontraron en aquel motel? Porque prefería morir que regresar a la casa de O’Kieff.

—Joder...

—Tate O’Kieff es la persona a la que verdaderamente ha querido asesinar Nick durante todo este tiempo. Cada persona a la que ha matado no ha sido más que un sustituto. Se ha estado preparando. Tal vez no se atreviera a enfrentarse con el hombre que... —Travis no pudo seguir. Por primera vez en su vida, lo único que sintió por Nick fue lástima. Ni odio, ni rabia, solo lástima.

—Llamaré a Cooper para decirle que vigile a O’Kieff, quizás así pillamos a Nick. Si es su objetivo, irá a por él tarde o temprano.

Alana se incorporó en la cama. Había estado escuchando la conversación echada de medio lado.

—Si el asesinato de Lucy Woodson era un aviso para Petersen, el administrador, y el de Lauren Wilson era un aviso para Tate O’Kieff. ¿A quién quería avistar Nick con el asesinato de Mary Johns, la luterana que

trabajaba como voluntaria en un comedor social, y con el de Tiffany Torben, la esposa del entrenador de fútbol de un equipo infantil?

Lisa y Travis se miraron el uno al otro.

—Hay que investigar el entorno de Mary Johns y el de Tiffany Torben —dijo Lisa—. Alguien cercano a ellas está metido en el ajo también... Esos relojes son la clave. Menos mal que te diste cuenta de que el trabajador del vertedero lo había robado del cadáver de Lucy Woodson, Travis.

El detective Duncan asintió.

—Menos mal que te diste cuenta tú de la inscripción.

Colter aparcó la furgoneta delante de la única farmacia del pueblo.

—Me muero de vergüenza —dijo ella, sin atreverse a descender del vehículo—. Todos nos conocen, por desgracia. Sabrán con quién usarás los condones. Sabrán... En fin. Sabrán que tú y yo...

Colter rio a carcajadas.

—¿Y qué más da?

—Sí da más... La hija del Monstruo de Florida y su biógrafo oficial, la extraña pareja. ¿No recuerdas cómo trataron las televisiones y los periódicos la relación entre Olivia y Kurt? La hija secreta de Hans Skald y el policía que lo apresó... Nadie entendía que se hubieran enamorado. Resultaba, no sé, de mal gusto. ¿Qué crees que dirán de nosotros?

—Me importa una mierda lo que digan de nosotros.

Ella se mordió el labio. Colter sintió rabia por no poder quitarle de la cabeza esa preocupación.

—Mírame, Frey —murmuró con ternura. Ella obedeció—. No quiero llevar esto en secreto. No es nada de lo que avergonzarse. Al contrario: me siento orgulloso de lo que siento por ti y afortunado de que quieras intentar que esto funcione, así que vamos a bajarnos los dos de la furgoneta y antes de entrar

en esa farmacia llena de cotillas, voy a darte un beso que hará palidecer cualquier beso que hayan visto antes. ¿Lo harás?

Ella sonrió. Siempre acababa haciéndola sonreír. Dijo que sí con la cabeza y descendió del vehículo. Vio cómo él hacía lo mismo, rodeaba la furgoneta y se plantaba a escasos centímetros.

—Te quiero, rubia, y el que no pueda entender eso, que se vaya al infierno —le murmuró contra los labios justo antes de darle un beso de película. Colter la devoró, más que besarla. Hundió las manos en su pelo y la acercó a él. Freya sintió que flotaba. Intentó amoldarse al ritmo frenético del beso, pero descubrió que jadeaba más que cuando años atrás cruzó la meta durante el maratón de Nueva York.

Colter se alejó unos centímetros del rostro femenino, le guiño un ojo, la tomó de la mano, entrelazó los dedos con los suyos y la arrastró hacia la farmacia. En cuanto cruzaron las puertas acristaladas, se dieron cuenta de que tanto los dependientes como los clientes habían estado mirándolos, boquiabiertos.

Colter se detuvo frente al mostrador.

—Una caja de condones, por favor. La más grande que tenga.

Colter y Freya se subieron a la furgoneta con la enorme caja de condones y la mirada asombrada de los vecinos del pueblo clavada en sus espaldas. Habían dejado los móviles en sus respectivos asientos y él dijo, alzando las cejas:

—Me he quedado sin batería, no sé ni cuántas horas hace. No me di cuenta —la miró con una sonrisa—. Haces que me olvide de todo.

—Me gusta que te olvides de todo cuando estamos juntos. Yo tampoco me acordé de mirarlo.

Lo ojeó en ese momento

—Nadie ha enviado nada, así que no habrá novedades sobre el caso —dijo ella.

—Y, aunque las hubiera, ¿qué vamos a hacer nosotros? No hemos averiguado nada en estos días. Es asunto de la policía, no nuestro.

—Es verdad... ¿Sabes qué? Voy a apagar el móvil. ¿Qué te parece si nos tomamos unos días sabáticos? ¿Alguien espera noticias tuyas?

—No.

—Voy a enviarles un mensaje a mis hermanos para que no se preocupen y lo apago. —*Hermanos*, los había llamado *hermanos* por primera vez—. Un par de días solo para nosotros.

Él alzó una ceja antes de responder.

—Te voy a tener a mi merced dos días. —Resopló—. Más vale que estés en

buena forma física, rubia.

Ella rio a carcajadas.

Lisa le transmitió al detective Cooper, palabra por palabra, todo lo que había hablado con Travis.

—Necesitamos la orden del juez antes de acercarnos a Tate O’Kieff. Hay que convencer al comisario de que necesitamos una patrulla vigilando la casa de la madre de Mary Johns, porque hay un pedófilo rondándola; también debemos vigilar la antigua casa de los Torben por el mismo motivo, y hay que redactar los informes de manera que no quepa la menor duda de la necesidad de todo ello, pero lo haremos Hopper y yo. Vamos a quedarnos aquí toda la noche. Te vemos mañana. Descansa, Lisa. No sé cuántas horas llevas trabajando. ¿Cuánto hace que no duermes? ¿Treinta horas? Has hecho casi triple turno, así que descansa.

Ella no se quejó. Estaba agotada. Fue al supermercado que había cerca de su casa para comprar algún plato de comida precocinada. No le apetecía perder ni un minuto preparando nada, ni siquiera una mísera ensalada. Solo se veía capaz de meter en el microondas algo y esperar a que se calentara, nada más.

Se encontraba delante del refrigerador, tratando de decidir si se llevaba o no una tarrina de helado de chocolate cuando alguien que estaba detrás de ella la saludaba.

—Hola, Colibrí —dijo ese alguien en un susurro, muy cerca de su oreja.

Se dio la vuelta rápidamente y se topó ante sus narices con Yute, el dominante que había conocido en la fiesta de La Casa del Dolor. Su rostro sonriente era el que ella conocía, pero su aspecto era muy diferente. Sin ir completamente vestido de negro y sin el ambiente estricto de la fiesta, él no parecía el mismo. Llevaba barba descuidada de tres días y el pelo rubio

revuelto. Sus vaqueros estaban gastados y rotos. Su camiseta verde había conocido momentos mejores. Lo miró tan fijamente que él adivinó lo que estaba pensando.

—Esta pinta terrible tiene una explicación. —Volvió a sonreír—. Llevo un par de días en la cama con un catarro monumental y alimentándome a base de sopa de sobre. Hoy es el primer día que no tengo fiebre y he salido a comprar.

—O sea que vives aquí cerca... —preguntó ella, sorprendida por la coincidencia y por no haberlo visto nunca antes por el supermercado. Aquel era un barrio pequeño.

—No, vivo lejos de aquí, de hecho, pero vengo cuando quiero comprar verdura fresca y ecológica. Tengo el firme convencimiento de que, cuanto peor como, más me enfermo. Llevo una temporada alimentándome mal y ya he tenido dos catarros en menos de dos meses.

Ella lo miró con el ceño fruncido, indicando que no se creía del todo esa teoría suya. Pensó muy seriamente si decírselo o no.

—Acabo de salir de un turno de mil horas y lo último en lo que pienso es en comida sana. Voy a engullir cualquier cosa rápida y a dormir. Lo hago habitualmente y nunca me enfermo.

Él sonrió. Tenía una sonrisa increíble.

—Si no hubieras dicho que estabas cansada, te habría invitado a una buena cena casera. —Achicó los ojos antes de seguir hablando, como hacen los miopes cuando quieren fijar la mirada—. He pensado en ti. Me preguntaba si te interesaría ser modelo de cuerdas. ¿Te han atado alguna vez?

Lisa rio nerviosa.

—Sí, me ataron mis primos, de pequeña, cuando jugábamos a indios y vaqueros. ¿Qué es una modelo de cuerdas?

La postura corporal de él se relajó. Se notaba que aquel tema le gustaba, aunque estuvieran hablándolo en medio de un supermercado.

—Algunos atadores atan a sus parejas, a sus sumisas, pero hay mujeres a

quienes les gusta ser atadas, simplemente por la belleza del resultado. Les gusta el *shibari*, que es el término japonés para designar el *bondage*, el arte de atar.

—Entiendo. ¿Y por qué quieres atarme?

—Porque eres guapa, tienes un cuerpo atlético y podría hacer maravillas contigo, si me dejas. Hago espectáculos en el Monsters of None, ¿lo conoces?

—He oído hablar de él, pero nunca he entrado.

—El ambiente es mucho más distendido que el de La Casa del Dolor. Las jerarquías no están tan marcadas. Se dan cursos para enseñar a atar y se hacen espectáculos.

—Así que quieres atarme en público...

—Sí. Antes tendríamos que hacer al menos una sesión en privado, para ver cómo eres de flexible y qué cosas puedo y no puedo hacer.

—Ya... —Ella no parecía muy convencida—. No me atrae la idea de estar atada e indefensa en manos de un desconocido.

La sonrisa de él se amplió tanto que le iluminó el rostro entero.

—De eso se trata, de que cuando me permitas atarte, me conozcas tanto ya, confíes de tal manera en mí que pondrías tu vida en mis manos sabiendo que nunca te haría ningún daño.

El pensamiento de Lisa voló hacia Hausser. ¿Si jamás se hubiera puesto en manos de alguien que le despertaba sentimientos tan intensos, cómo planteárselo siquiera con aquel desconocido, por endiabladamente atractivo que le resultara? Iba a decirle que no, cuando él habló.

—Si en algún momento te apetece probarlo —le dijo, tendiéndole una tarjeta de presentación, donde aparecía su nombre artístico, Mr. Yute, y un número de teléfono—, me mandas un mensaje e iré a hablar con Hausser para pedirle permiso. ¿Sigues estando solo bajo su protección o ya eres suya?

—Yo no soy de nadie —declaró ella con la cabeza muy alta, pero se dio cuenta de que había sido demasiado brusca y cambió el tono—. Él me protege, pero no soy de nadie.

—Aún —recalcó él.

Lisa lo miró. Era difícil no sonreírle cuando hablaba. Tenía unos increíbles ojos azules. Por un segundo trató de imaginarse atada y a su merced y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Debo irme, a ver si duermo un poco —dijo ella.

—Llévatelo. Uno nunca debe renunciar al placer —le dijo Yute, metiendo en su cesta de la compra la tarrina de helado de chocolate que ella había estado mirando con deseo minutos antes.

«Placer». Aquella palabra había sido pronunciada por Yute con una cadencia especial.

Eran las once de la noche cuando los detectives Cooper y Hopper recibieron los últimos faxes de las seis comisarías de policía a las que les habían pedido los informes sobre los pedófilos del chat que habían muerto. El primer informe les había llegado más o menos a las tres de la tarde y, en cuanto leyeron las notas del forense, supieron que habían dado con una pista mucho más que importante. Habían sido asesinados. Fax a fax comprobaron que se encontraban ante una oleada de crímenes en serie cometidos por el mismo hombre, pues todos y cada uno de los cadáveres presentaban las mismas características. Lo que aún no podían asegurar es que fuese Nick Duncan, pues los asesinatos de las mujeres del vertedero y los de esos hombres eran muy diferentes entre sí. Sin embargo, ellos también habían sido azotados con un látigo y eso debían tenerlo en cuenta. Todo apuntaba a que Nick Duncan estaba detrás de todas aquellas muertes, pero tenían que demostrarlo.

Corrieron al despacho del comisario en cuanto tuvieron los seis informes en su poder.

—Todos los pedófilos del chat fueron asesinados por el mismo hombre —dijo Cooper, justo después de que Hopper y él tomaran asiento en dos de las

sillas del despacho—. Todos ellos aparecieron en sus propias casas con la palabra «pederasta» grabada en la frente a punta de cuchillo y evidentes signos de tortura. Las marcas de la espalda que presentaban habían sido hechas con un látigo por alguien no demasiado diestro, pero debemos tener en cuenta que los seis asesinatos se produjeron hace años, de manera que Nick era aún inexperto. El primero de los pedófilos fue asesinado hace casi siete años. El último que encontraron, hace dos. Todos pertenecen a diferentes estados y, como las comisarías no comparten información a nivel nacional, nadie se había dado cuenta de que estaban siendo exterminados por el mismo asesino en serie.

El comisario se levantó de la silla, excitado.

—Eso quiere decir que puede haber más víctimas que no conozcamos. Tenemos que emitir una alerta a nivel nacional. Vamos a pasar las características muy claras para que nos reporten cualquier caso en el que un varón haya sido torturado, azotado con un látigo, asesinado en su propia casa y marcado en la frente con la palabra «pederasta». Yo mismo me encargaré de hacerlo.

—Podemos estar ante el caso más espeluznante de asesinatos en serie que este país haya visto jamás —dijo Cooper.

—El hijo ha superado al padre —dijo Hopper, en clara referencia al número de asesinatos cometidos por Skald en comparación con los que se preveía que había cometido Nick Duncan.

—Necesitamos patrullas vigilando el entorno de Mary Johns y Tiffany Torben. Nick Duncan las mató como aviso para pedófilos de la red que tienen relación estrecha con ellas.

—¿Habéis cotejados nombres? Si Petersen, el gerente del condominio de Lucy Woodson, ya había sido interrogado por la policía, quizás ya hayamos interrogado a algún pedófilo más sin saber que lo era.

—Sí —respondió Hopper—. Sigue un patrón: mata a mujeres que viven cerca de sus compinches. Todos ellos pertenecen a la misma red de pedófilos,

seguramente se habrán ido captando unos a otros. Hablaré con Ralphie, a ver si encuentra alguna coincidencia. Tal vez algunos de los hombres a los que hayamos interrogado sea vecino de las víctimas.

A la una de la madrugada, uno de los presos del módulo A apareció ante la celda de Hans Skald.

—Tuvimos algunos problemillas para prepararlo todo, por eso hemos tardado más de lo previsto —susurró, mientras buscaba en el manajo de llaves que le acababa de robar al guardia la que abría aquella celda. Pronto dio con ella.

—Lo importante es que has cumplido tu palabra —dijo Skald, mientras se incorporaba en el camastro y se ponía en pie.

—Siempre pago mis deudas, Skald. El favor que me hiciste fue muy grande y el que te devuelvo lo es también. Le hemos hecho creer a uno de los guardias que teníamos secuestrada a su hija para que nos ayudara, así que date prisa. Cuando se entere de que es mentira, tienes que estar muy lejos de aquí.

Skald movió la cabeza afirmativamente.

—¿Tienes lo que acordamos?

El Monstruo de Florida temía que se le hubiera olvidado lo que habían planeado años atrás. Siempre quería tener las espaldas cubiertas y uno nunca sabía cuándo iba a ser necesario un buen plan de huida.

—Todo, tal y como lo planeamos. —Le dio una llave—. El coche está en el aparcamiento posterior, en la plaza ochenta y tres. Hay provisiones en el maletero para varios días. No encontrarás a nadie en los pasillos que te

conducen a la salida. El camino ya lo conoces, no es la primera vez que sales de aquí a hurtadillas. —Le guiñó un ojo y le dio una tarjeta magnética—. Con esto abrirás todas las puertas.

—¿Y los guardias?

El preso rio.

—¿Te importa su suerte, Skald?

—Le prometí a alguien que no moriría nadie más por mi culpa. Sí, me importa.

—No están muertos, ¿crees que soy gilipollas? Me caería la perpetua. Simplemente se despertarán en unas horas con un dolor de cabeza de caballo.

Skald asintió. Le dio una palmada en el hombro y se despidió.

—Gracias por esto y que te vaya bien.

—Lo mismo digo. Que te vaya bien.

Hans Skald recorrió los pasillos de la cárcel sin ser molestado por nadie. A esas horas de la noche, la mayoría de los presos dormía. Solo estaba despierto alguno que otro, pero al verlo pasar, no dijeron ni una palabra, levantaron la mano para despedirse. El Monstruo llegó hasta el estacionamiento y se cambió el mono de presidiario por unos pantalones negros y una camisa de cuadros que encontró en el maletero. Se subió al coche, puso la llave en el contacto y se encaminó hacia Fort Lauderdale.

Freya y Colter hicieron el viaje de regreso a la cabaña desde la farmacia tarareando las canciones de la emisora local, grandes *hits* de los 80. Cuando comenzó a sonar Cyndi Lauper, los dos cantaron a pleno pulmón *Girls Just Want To Have Fun*.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Colter. Había parado en un semáforo y la miraba fijamente. Había algo tierno y adolescente en todo aquello.

Ella asintió antes de preguntar, a su vez:

—¿Y tú?

—Bah, no —respondió con fingida indiferencia y una sonrisa traviesa—. Ayer comprobé que te derretías como mantequilla entre mis dedos, así que...

—Ah, pero... ¿Tenías dudas de que eso ocurriera? Un tipo seguro de sí mismo como tú...

—Tuve mis dudas, claro. Tú también.

Ella rio. Empezaba a acostumbrarse a que fuera tan fácil hablar con Colter. Siempre le había resultado difícil comunicarse con los demás, especialmente con los hombres, en parte porque los que se habían acercado a ella no sabían escuchar, solo hablar de sí mismos, así que nunca encontraba el momento para meter baza en sus monólogos.

—Sí, tengo miedo. Cada minuto que paso contigo temo que aparezca al fin la gran diferencia que nos separe. Es como si todo fuera demasiado bueno, demasiado fácil, ¿no te parece? Como si en cualquier momento pudiera pasar algo que diera al traste con todo.

—No tengo esos pensamientos negativos. Creo que el amor, el de verdad, no es complicado. La vida es complicada, pero no el amor. Sientes o no sientes. Te das o no te das. Soy un hombre fácil, Freya. Hablo con claridad de lo que quiero y lo que no, para no confundir a nadie. Me gusta la vida tranquila y sin sobresaltos, entregarme a quien se lo merece, en la amistad y en el amor, no jugar con los demás, hacer la vida agradable a quien está a mi lado. Quizás se deba a que... —Se detuvo. Tragó saliva.

—¿A qué? —preguntó ella con cautela. El semáforo acaba de ponerse en verde y él inicio la marcha.

—A que no es eso lo que viví. Mi padre estaba siempre enfadado con el mundo, siempre diciendo cosas hirientes. Después estaba lo otro... Los cardenales que mi madre tenía por todo el cuerpo. Ella aguantaba por nosotros, creía que era lo mejor... Joder, la vida no puede ser tan complicada, ni tampoco el amor. Es fácil: amar como si fuera el último día de tu vida, como si te fueras a morir esa noche y tuvieras que dar por la otra persona

todo lo que hay en tu corazón, porque no tendrás más oportunidades. Sin miedo, sin muros... Amar a quemarropa.

Justo en ese momento, llegaron a la cabaña. Aparcaron el coche y él apagó el motor, pero ninguno de los dos se apeó. Estaban apoyados contra los respaldos, mirándose en silencio.

—A quemarropa y sin miedo —repitió ella en voz baja.

Él asintió.

—Eres un hombre increíble, Colter Bronstein.

—Eso dice mi madre, pero viniendo de ti, me impresiona bastante más, la verdad —replicó él con una sonrisa.

Freya lo miró sin pestañear, muy seria.

—¿Entramos? —le dijo al fin.

Ambos se apearon del vehículo y se encaminaron hacia la cabaña tomados de la mano. Arisco los esperaba echado en el felpudo y, en cuanto los vio, se puso en pie de un salto y se rozó contra la pierna de Colter ronroneando.

—No me lo puedo creer —dijo Freya, anonadada.

—Esto es todo lo que necesito para ser feliz. —Sonrió, mientras la miraba —, mi gato y mi chica ronroneándome y frotándose contra mí. —Le guiñó un ojo y sonreía tanto que el corazón de ella se iluminó.

—Venga, dale de comer y después hazme un poco de caso a mí —le dijo a Colter.

Lo vio ir con rapidez a la despensa para buscar la comida del gato. Dejó el cuenco en el porche y después se acercó a la mesa de la cocina donde ella se había sentado.

—Hola, forastera —le dijo, aún de pie, a su lado.

—Hola, forastero.

La tomó por la cintura como si apenas pesara y la sentó sobre la meseta. Se acercó mucho a ella y Freya le rodeó el cuello con los brazos y la cintura con las piernas.

—Te quiero, Freya. Te quiero como nunca he querido a nadie, como nunca

podría querer a nadie. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —susurró ella, con la nariz pegada a la suya y los ojos cerrados, pero incapaz de decir en voz alta que ella también estaba enamorada de él.

Los labios de Colter acariciaron los suyos con suavidad y sus manos descendieron por su espalda hasta que la agarró por las nalgas para acercarla a su erección. Estuvieron besándose y tocándose por encima de la ropa, como adolescentes, durante mucho tiempo, gimiendo, mordiéndose. Entonces él comenzó a desabrocharle el largo vestido camisero que ella llevaba puesto y la observó unos instantes, simplemente cubierta por la braguita y el sujetador. Tenía la piel muy blanca y un lunar cerca del ombligo. Él se lo lamió. Freya tiró de su pelo para que se incorporara y poder besarlo y también comenzó a quitarle la ropa. Empezó por la camisa y después se peleó con la cremallera. Siempre había sido torpe con las cremalleras. No recordaba cuántas había roto y atascado a lo largo de su vida.

Él se quitó los zapatos y los pantalones deprisa. Solo lo cubría un bóxer. Ella aún llevaba puestos los zapatos de tacón. Se miraron. Las respiraciones eran pesadas, ardientes. Las bocas chocaron ansiosas. Los besos eran húmedos... Y, sin embargo, había mucho más que simple pasión en aquellas caricias. El modo en el que se miraban, en el que se tocaban, eran de una ternura y una intimidad tan grandes que a Freya le estaba costando incluso respirar. La necesidad que tenía de Colter no era física, era emocional. En ese momento, no quería una maratón sexual, ni una coreografía digna del Circo Del Sol. No quería mil posturas y mil orgasmos. Quería unirse a él, así de simple. Sentirlo dentro, que fuera tierno y suave.

—Necesito... —comenzó a decir.

—¿Suavidad? ¿Intimidad? —preguntó él, tanteando lo que ya había creído adivinar.

Ella asintió.

Colter comprobó si estaba húmeda. Introdujo dos dedos y ella gimió. Estaba lista para él. Entonces la penetró lentamente mientras acariciaba sus

pezones. Freya cerró los ojos por un instante, pero los abrió de inmediato para no perderse ni un gesto del hombre que tenía frente a ella. Se movían con suavidad, gemían, se robaban el aliento con besos profundos y lentos y cuando estaban a punto de alcanzar el orgasmo, se miraron muy intensamente, gimiendo, casi boqueando. El placer los alcanzó casi al mismo tiempo. Ella primero, él apenas medio minuto más tarde. Temblaron, abrazados. Ella murmuró muy quedo: «Yo también te quiero». Lo dijo tan bajo que solo supo que él la había escuchado por el modo en que la estrechó más fuertemente contra su pecho.

Un par de horas más tarde, la cruda realidad se abrió paso a puñetazos: tenían que regresar a Miami. Habían estado todo ese tiempo abrazados en el sofá, besándose a ratos, hablando.

—Qué pocas ganas tengo de irme de aquí —dijo ella.

—Me pasa lo mismo. Esto es un pequeño oasis, casi parece que estamos escondidos del mundo. Cuando regresemos, la ciudad y la gente nos engullirán. Tal vez encontremos poco tiempo para vernos... No sé... —Él parecía preocupado.

Freya lo miró.

—¿Eso te preocupa?

—¡Claro! —la miró, expectante.

—Estamos construyendo juntos algo grande, Colter. Una relación. ¿No lo notas? Te dije hace un rato lo que siento. Sé lo que tú sientes. Nada ni nadie nos va a separar.

Él la acarició.

—También está el otro tema. —El rostro de él no mostraba ya preocupación. Era lo bueno de Colter. Aún mantenía intacta su capacidad de creer, sobre todo en Freya. Si ella le decía que lo suyo continuaría, así sería.

Ahora su mirada era más bien cómica.

—¿Qué otro tema?

—Arisco. Si él quiere, me lo llevaré conmigo, pero no pienso meterlo en el avión. ¿Te imaginas cómo se sentiría encerrado en una jaula y abandonado durante horas allí dentro?

Ella puso los ojos en blanco.

—A ver... ¿Qué propones?

—Que regresemos en coche. Podemos alquilar uno en el pueblo de al lado. He estudiado la ruta. Nos llevaría unos tres o cuatro días. ¿Qué me dices?

Ella lo miró con una enorme sonrisa. Aquel hombre era pura ternura.

—¿Qué te voy a decir? ¡Pues que sí! Llevas dos décadas moviendo montañas por mí, ¿cómo no iba a acompañaros a Arisco y a ti al fin del mundo si hace falta?

Hans Skald tardó aproximadamente media hora en llegar desde Miami hasta Fort Lauderdale. Lo miraba todo a través de la ventanilla de la furgoneta, sorprendiéndose de lo mucho que había cambiado la ciudad durante las décadas que había estado en prisión. Era cierto que se había escabullido de la cárcel en diversas ocasiones, pero siempre por pocas horas y nunca había salido de Miami, de modo que era la primera vez que volvía a su ciudad desde que había sido capturado por la policía. En la radio sonaba *Sharp Dressed Man* de ZZ Top, su grupo favorito, y en medio del drama que lo había obligado a escapar, aún le quedaron ganas para tararear la canción mientras daba golpecitos en el volante al ritmo de la música.

La calle que conducía hasta su casa, en otro tiempo ancha y casi vacía, era ahora una avenida ribeteada de árboles y con casas unifamiliares y cuidados jardines delanteros. Enseguida vio, en lo alto de la colina, su casa. Era cierto que ya no le pertenecía, pero siempre sería su casa. La primera que había comprado poco antes de casarse con Mariah Devon. El hogar donde había nacido y crecido Freya. Su casa.

Ahora no era más que un cascarón vacío, casi una ruina, pero aquella edificación victoriana de diez habitaciones había conocido tiempos mejores. Treinta años atrás, su esposa y él la habían rehabilitado y llegó a ser una de las casas más hermosas de la ciudad.

Condujo el coche hasta la parte trasera de la colina, sacó del maletero las

bolsas de provisiones y las escondió tras unos arbustos. Después llevó el vehículo hasta un aparcamiento alejado y lo dejó allí. Se quitó los guantes que había utilizado para no dejar huellas en el volante y regresó caminando. Buscó las bolsas de provisiones tras el arbusto y subió los escalones traseros que conducían al patio. Rompió el cristal de la doble puerta francesa del comedor y entró en la casa. Estaba oscuro y no se oía nada.

—¡Nick! —gritó—. Soy Hans Skald. Vengo solo.

El silencio era absoluto, a excepción de una sirena de ambulancia que se escuchaba a lo lejos, pero eso no disuadió al Monstruo. Sabía que Nick estaba allí escondido. No le cabía ninguna duda.

—Voy desarmado y no me acompaña la policía, Nick. Me he escapado de la cárcel. Necesito que hablemos. Voy a ir hacia la entrada principal con las manos en alto y te esperaré ahí sin moverme. Confía en mí.

Seguía sin escucharse nada. Skald dejó las bolsas de comida en el suelo, se llevó las manos a la cabeza y caminó despacio hacia la entrada. Esperó a Nick al pie de la enorme escalera de madera. Skald no supo muy bien cuánto tiempo había pasado hasta que escuchó los pasos que subían por las escaleras del sótano haciendo crujir las viejas tablas de los escalones.

Nick Duncan apareció entre las sombras apuntándole con una pistola.

—Si me estás engañando... —murmuró con rabia.

—No soy ningún chivato y antes me dejó matar que ayudar a la policía a pillarte. Eres mi hijo —dijo, quebrándosele un poco la voz.

Nick parpadeó, sorprendido.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó. Estaba demacrado y la cabeza rapada le daba aspecto de enfermo.

—Me lo dijo la policía. Investigaron a tus víctimas y todas tenían el mismo perfil, excepto Molly Talbot. Dieron con el archivo de tu adopción y lo desbloquearon. Imagino que es lo que tú mismo lograste hacer también y por eso te enteraste.

Nick no respondió.

—¿Cómo me encontraste?

—Por la carta que le enviaste a Colter Bronstein. Le dijiste que estabas bien y en tu hogar. ¿Qué otro hogar podrías considerar tuyo tras saber que eras hijo mío? Solo este.

Nick se mantuvo en silencio, mirándolo.

—Necesito hablar contigo, chico —le dijo—. El odio hacia Travis te viene de lejos, pero Freya... ¿Por qué querías hacerle daño a ella?

—¿Daño? —preguntó con el ceño fruncido, sin dejar de apuntarle con el arma—. Jamás le haría daño a Freya. ¿De dónde sacas eso?

—Encontraron el hangar donde llevabas a las mujeres, me lo contó Travis. Lo tenías todo preparado para...

—¡No! Yo no iba a hacerle daño. Es complicado. Además, en cuanto supe que era mi hermana... Yo no... —Se pasó la mano por la cabeza rasurada—. Es muy largo de explicar.

Skald se acercó a él de dos zancadas rápidas y lo abrazó fuerte. Era, al menos, diez centímetros más alto que su hijo.

—Nick, Nick... Cuanto lo siento... Lo siento, lo siento. Nadie volverá a hacerte daño jamás. No, mientras yo viva, hijo. Te lo juro. Si hubiera sabido hace años, cuando viniste a verme a Florida, que verdaderamente eras mi hijo, todo habría sido distinto. No te habría dado los consejos que te di. Hubiera querido para ti otra vida, no esta, llena de muerte y miseria.

Nick se abrazó a Skald y respiró profundamente, como si llevara una vida entera esperando escuchar algo así.

—Ella está abajo —dijo entonces Nick.

—¿Quién? —preguntó Skald. Se separó un poco para mirarlo a la cara y por un instante se preguntó si se estaría refiriendo a Freya.

—Mi madre. Está en el sótano. —Lanzó una mirada extraña al Monstruo—. Viva.

Skald miró hacia las escaleras que conducían al sótano con el ceño fruncido. Notaba que un sudor frío le recorría la espalda. Los recuerdos

acudieron a él en tropel despertando una sed que ya creía apagada.

—¿Siempre la has tenido aquí? —le preguntó.

—Sí. A ella nunca la llevé al hangar. No es como las demás.

El Monstruo lo miró durante unos instantes antes de tomar la iniciativa de bajar al sótano. Nick lo siguió en silencio. Volvía a sentir el mariposeo en el estómago que había acompañado a cada bajada, tantos años atrás, cuando él mismo escondía allí a las mujeres que secuestraba. Se preguntó si Nick estaría haciendo con su madre lo mismo que él había hecho con la suya, si estaría saldando viejas cuentas.

Acabó de bajar las escaleras con cierta cautela. Ya no estaba allí el viejo armario de las herramientas que le había servido para tapar la puerta de acceso al zulo. Se acercó a pasos lentos, expectante ante lo que se iba a encontrar, pero, para su sorpresa, nada de lo que allí vio cuadraba con las ideas que se había hecho. Molly Talbot, la madre de Nick, estaba sentada en un camastro limpio. Estaba aseada y peinada. Llevaba un sencillo vestido de flores. Lo único que demostraba que estaba allí contra su voluntad es que le habían colocado un grillete alrededor del tobillo y que este estaba sujeto por una cadena a un gancho de la pared. El grillete de hierro estaba forrado con tela para no producirle rozaduras.

Cuando Molly vio a Skald, lo reconoció de inmediato y ahogó un grito, quizá porque comenzó a imaginarse lo que le esperaba, sin embargo, el Monstruo se volvió hacia Nick.

—¿Y esto? —le preguntó, señalando el grillete forrado de tela.

El joven apretó los labios y no respondió.

—¿No querías hacerle daño, Nick? —continuó Skald.

Él negó con la cabeza.

—¿Entonces para qué la secuestraste?

—Al principio sí quería hacerle daño, antes de conocerla, pero después...

Los dos miraron a Molly, que estaba aterrorizada, hecha un ovillo sobre el camastro y con los ojos cerrados. «Por favor, no», musitaba una y otra vez.

Skald buscó algo en lo que sentarse. Encontró un cajón de madera. Lo colocó cerca de la mujer y se sentó a su lado.

—Abra los ojos, señora Talbot. Nadie va a hacerle daño, se lo prometo. Tenemos que hablar —dijo Skald, usando un tono cortés.

Ella abrió los ojos despacio y lo miró.

—Necesito que me cuente cómo es que Nick es hijo mío, si usted y yo jamás intimamos —le preguntó, ocultándole que la recordaba de la clínica.

Molly tragó saliva. Estaba pálida, demacrada por el miedo, pero se notaba que la habían cuidado. No parecía desnutrida.

—Por favor, se lo suplico, no me haga...

—Nick no le ha hecho nada y yo no voy a hacerle nada. Tranquilícese y cuénteme lo que le pido.

Ella carraspeó antes de hablar.

—Trabajaba en una clínica de fecundación *in vitro*. Usted fue allí con su esposa —explicó Molly—. Asistía al doctor Albright y fui testigo de cada paso que daban, de la ilusión. Parecía que iba a ser un padre perfecto... Querían tener familia numerosa. Habían congelado una muestra de semen para un futuro embarazo, tras el nacimiento de su hija, pero entonces usted ordenó que desecharan la muestra... Me encargaron a mí hacerlo, pero deseaba más que nada en el mundo ser madre. No tenía nada, a nadie, estaba desesperada. Pensé que un bebé cambiaría mi vida, que me haría compañía, así que arreglé las cosas con uno de los doctores. No hacíamos daño a nadie. Era una muestra que iban a tirar... Usted parecía tan amable, tan inteligente, incluso guapo... Pensé que el bebé heredaría todo eso y que sería más feliz de lo que nunca he sido yo. Al principio todo fue bien.

Skald la escuchaba en absoluto silencio, con un gesto casi amable en el rostro.

—¿Y qué pasó?

Ella cerró los ojos con fuerza.

—La depresión volvió con más fuerza que nunca. ¿Ha tenido alguna vez

una depresión? —preguntó; Skald negó con la cabeza—. A veces eres incapaz de salir de la cama. Muchas veces se me olvidaba darle de comer a Nicholas, que solo tenía dos años. No podía pedirle ayuda a nadie. Era nueva en la ciudad, solo llevaba tres años. Me cuesta hacer amigos y con mi familia no podía contar. Mi infancia no fue... buena. Temía que, si Asuntos Sociales me quitaba al niño, le dieran la custodia a mis padres y no podía permitirlo. Una noche me desperté tras una pesadilla, ni siquiera recordaba lo que había soñado, solo que me perseguían. Esa fue la primera vez que pensé en tirarme por la ventana o tomarme un bote de pastillas, pero Nicholas dormía en su cuna y me pregunté: «¿Qué será de mi niño? Tendré que llevármelo conmigo». Eso me asustó, pensar en matarme y... matarlo para que no quedara solo o a merced de mis padres. A la mañana siguiente fui a la oficina del menor y les expliqué mi caso, les hablé de que mis padres eran peligrosos y bajo ningún concepto podía quedar a su cargo. Me propusieron el régimen de acogida hasta que me mejorase, pero la depresión no remitía y ellos me decían que el niño estaba bien. Pensé que estaría mejor que conmigo. No quería que sufriera lo que yo sufrí.

Skald se puso de rodillas frente a ella.

—No fue su culpa, Molly. Nada de esto es culpa suya. Hizo lo que debía para mantener a Nick a salvo. Fueron otros los que fallaron, los que abusaron de él y lo maltrataron, no usted. El amor de madre fue lo que la llevó a hacer lo que hizo, la adopción, y es el gesto más grande y generoso que he visto. — Adelantó la mano para limpiarle las lágrimas del rostro. Después se dio la vuelta para mirar a Nick, que los escuchaba con la espalda apoyada en la pared y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Tu madre te amaba, Nick, y tu padre también te ama. Sé que no te parece un consuelo, que no borra todo lo que te han hecho, pero créeme, sí es un consuelo. Te lo dice alguien que no sabe quién fue su padre y a quien su madre jamás quiso. No es lo mismo aceptar que el mundo te odió y te maltrató que quien te odie y te maltrate sea el mismo que debería amarte y

protegerte.

Nick asintió. Skald pensó que intentaba no hablar porque, de hacerlo, habría comenzado a llorar.

—Ella no puede seguir aquí y lo sabes, de lo contrario no la habrías cuidado tanto y tan bien. No es culpable de nada, jamás te hizo daño, al contrario.

Nick asintió de nuevo.

—¿Sabe dónde estamos?

—No —dijo el joven.

—Bien, entonces no hace falta que nos cambiemos de escondite cuando la hayamos liberado.

—¿Vais a liberarme? —preguntó ella con un hilo de voz, sin creérselo.

—Claro, Molly, tranquila, Nick no sería capaz de hacerle daño, ni yo se lo permitiría tampoco.

Ella asintió, justo antes de mirar a su hijo.

—Lo siento, Nicholas. No te imaginas cuánto. Creí que estabas con una buena familia, que te querían y te cuidaban, que estabas mejor con ellos de lo que jamás estarías conmigo. Si hubiera sabido... —La detuvo un sollozo que le impidió seguir hablando.

—Los Longstone fueron muy buenos conmigo. Fueron los O’Kieff quienes... me hicieron daño —explicó mientras se arrodillaba ante ella y la liberaba del grillete.

—No debió de ser fácil para usted descubrir quién era el hombre al que había elegido como padre de su hijo —dijo Skald.

Ella lo miró con tristeza.

—No me lo podía creer. Cuando lo vi en la televisión, yo... No me lo podía creer. El Monstruo de Florida.

Molly Talbot se levantó del camastro.

—Tenemos que vendarte los ojos —le dijo Nick. Ella asintió—. Cuando quedes libre, escucharás que he hecho cosas muy malas. Yo...

Ella le acarició la cara, con lágrimas en los ojos. Él se los vendó y los tres

se encaminaron hacia el patio exterior. Skald debía ir al aparcamiento donde había dejado el coche.

Kurt entró en la comisaría media hora más tarde de haber recibido la llamada del detective Cooper, justo en el instante en que Hans Skald se subía al coche y emprendía rumbo a Fort Lauderdale. A Kurt lo esperaban en el despacho el propio Cooper, junto a Hopper y Lisa Prendes. Tomó asiento y después de los saludos de rigor, Cooper entró en materia.

—Le hemos pedido al comisario que te readmita en el caso. No damos abasto y tú conoces la investigación.

—De lo último en lo que habéis estado trabajando, no tengo ni idea —respondió Kurt, mientras se mesaba la barba con calma.

—Pero conoces mejor que ninguno de nosotros la primera parte de la investigación y necesitamos hablar contigo sobre Adam Advertine.

—¿El que robó el reloj?

—Sí... Verás —Cooper pensó en la manera más breve de contarle lo necesario para que entendiera la deriva que estaba tomando la investigación —, hemos descubierto un patrón: Nick ha estado asesinando a decenas de hombres por todo el país, pedófilos con los que contactó en una red de la internet profunda donde logró infiltrarse mientras seguía la pista del hombre del que realmente quería vengarse, un tal O’Kieff que lo tuvo varios años en régimen de acogida, antes de haber vivido con los Longstone. Abusaba de él, no sabemos hasta qué punto llegaron las cosas, pero creemos que es de extrema gravedad. En un momento determinado, algo pasó en su vida y decidió vengarse de Travis, así que comenzó a asesinar mujeres y a dejar pistas para incriminarlo, pero no eran mujeres elegidas al azar. Todas ellas estaban involucradas en la red de pedófilos y creemos que, al asesinarlas, mataba dos pájaros de un tiro: inculpar a Travis y aterrorizar a los pedófilos.

Pensamos que si Petersen, el administrador del condominio donde vivía Lucy Woodson, estaba metido en la red y si O’Kieff, quien fuera su padre de acogida, también lo está y es vecino de Lauren Wilson, quizás en el entorno más cercano de Mary Johns y Tiffany Torben también nos topáramos con alguno y ¡eureka! Pusimos vigilancia en las que fueron las casas de ambas y descubrimos que alguien que ya había aparecido en la investigación era su vecino: Adam Advertine. Hasta ahora, todo lo que tenemos es circunstancial, pero acabamos de recibir la orden para registrar su casa y olisquear en su ordenador. ¿Cómo se comportó él ese día? ¿Te acuerdas?

—Lo cierto es que a Travis le había parecido rara una cosa... Solo robó el reloj. Tenía prisa, porque podían pillarlo, pero en vez de coger la pulsera, que tenía no sé cuántos diamantes, para lo que hubiese hecho falta un simple tirón, prefirió perder tiempo en abrir el complicado cierre del reloj... ¿Y si la reconoció a ella y al reloj y quiso hacerlo desaparecer para que la policía no lo investigara?

—Puede ser. Nos costó encontrar los portátiles del novio de Lucy Woodson y el de Lauren Wilson, que aparecieron ocultos en dobles fondos de cajones —dijo Hopper—. Ahora pienso que tal vez tenían otros ordenadores a la vista y esos fueron los que hicieron desaparecer tanto O’Kieff como Petersen, creyendo que así no hallaríamos pruebas. Lo que no sabían es que tenían otros, que es los que usaban para entrar en el chat y que las víctimas los tenían bien ocultos.

—Hay que seguir vigilando la casa de Mary Johns —dijo Lisa—. Sé que otro de los pedófilos ronda ese lugar, bien porque sea vecino, bien porque sea amigo de la familia. Esos hombres las captaron para la red y las premiaban por sus videos regalándoles relojes. Estamos ante una pirámide infame y debemos hacerla caer desde la cúspide hasta la base. Los encerraremos a todos en la cárcel y tiraremos la llave para que no puedan salir jamás de ahí.

—Lo haremos, pero no hoy... Nos merecemos un descanso. ¿Cuántas horas llevamos trabajando? He perdido la cuenta. —Miró entonces a Kurt—. Por

cierto, ¿han descubierto algo Colter y Freya?

Kurt negó con la cabeza.

—Sabes tanto como yo. Recibí un mensaje de ella diciendo que iban a desconectar los teléfonos. —Se encogió de hombros.

—¿Hay algo entre ellos? —preguntó Hopper, tan incorrecto como siempre.

Kurt volvió a encogerse de hombros.

—¿Y O’Kieff? ¿Ya lo habéis detenido o como en el caso de Adam Advertine es todo tan circunstancial que aún no podéis dar ningún paso? — Kurt trataba de cambiar el tema de la conversación. No le gustaba hablar de la vida de Freya con nadie.

—Tenemos una orden para entrar en su casa, pero a él no lo encontramos por ninguna parte.

Kurt frunció el ceño.

—Tal vez Nick Duncan se os haya adelantado.

En ese momento, sonó el teléfono de Cooper. Respondió con monosílabos, todos vieron cómo su rostro palidecía. Colgó y tardó en hablar.

—¿Qué demonios ha pasado? —le preguntó Hopper.

—Ha habido un motín en la cárcel del Estado. Un motín... pacífico, sin muertos. Alguien echó somníferos en el tanque del agua que beben los guardias y los vigilantes. Acaban de despertarse. Han mirado las cámaras y han visto a varios presos ayudando a escapar a Skald.

Kurt se levantó de la silla dando un salto.

—¿Ha logrado huir o lo han pillado? —preguntó con nerviosismo.

—Escapó hace tres horas. Imaginamos que alguien lo esperaba en un coche, pero debía de encontrarse en algún ángulo ciego del aparcamiento, porque no aparece en las cámaras.

Kurt se llevó las manos a la cabeza y maldijo entre dientes.

Se habían levantado muy temprano por la mañana para preparar las maletas. Colter estaba un poco preocupado por Arisco. No sabía cómo se tomaría lo de estar tantas horas encerrado en un coche, pero desde luego lo que sí tenía claro era que no lo metería en una de esas pequeñas jaulas para gatos.

Colocaron las maletas en el maletero y en cuanto abrieron la puerta de atrás, Arisco se subió de un salto y se acurrucó en el asiento. Freya miró a Colter anonadada.

—Hay truco —dijo ella—. No me creo que al gato le salga de manera natural subirse al coche así.

Él sonrió.

—¿No me vas a decir cuál es el truco? —insistió ella.

—No hay ningún truco, Freya. Arisco ha entendido que lo dejo libre, que no le hago nada que él no quiera y que, encima, le doy comida. —Alzó la mano—. Se ha dado cuenta de que estar conmigo es un chollo.

Freya se rio.

—Ya. ¿Esto es una especie de metáfora, Colt? ¿O un mensaje subliminal para mí? ¿Estás queriendo decirme algo con esta lección que me estás dando con el gato?

Colter la miró.

—No. Lo hago por él. Me gusta Arisco. El mundo sería mejor si alguien tendiera una mano a quien está perdido. Hoy se la tiendo yo a él, algún día tal vez alguien me la tienda a mí. Pero, si quieres sacar alguna lección de esto, es fácil. —Se acercó a ella y la empujó suavemente hasta que quedó atrapada contra el coche. Sus cuerpos se tocaban. Sus labios estaban a punto de hacerlo—. Estaré contigo siempre, en lo bueno y en lo malo. Te querré y te respetaré hasta mi último aliento, por más arisca que seas. Es así de simple. ¿Una declaración demasiado intensa para ti, señorita Escarcha?

Ella se puso de puntillas para besarlo, pero cuando él intentó profundizar el beso, Freya lo detuvo.

—Ya estoy acostumbrada a lo intenso que eres... Y me gusta.

Colter le palmeó el trasero, le besó la punta de la nariz y le dijo casi en un susurro.

—Entremos en el coche. Nos espera un largo viaje.

Ella obedeció.

—Por cierto, Colter, ya no soy la señorita Escarcha. No lo soy desde que me derretiste. —Le guiñó un ojo y se sentó en el asiento del copiloto.

Lisa Prendes miró durante unos segundos la tarjeta que le había dado Yute y en la que indicaba un número de teléfono de contacto y un local en el que «actuaba» dos noches por semana a eso de las diez. Según sus cálculos, el espectáculo empezaría en media hora. No le dio demasiadas vueltas. Simplemente le apetecía. Se puso un vestido azul y unos tacones altos y se dirigió al local.

Le sorprendió que estuviera tan lleno. En absoluto era como se esperaba. Carecía de la elegancia y el lujo de La Casa del Dolor. Todo era mucho más informal. Parecía un bar normal, si no fuera porque tenía un foso para las «actuaciones». La mayoría de la gente miraba desde arriba, asomados a una barandilla, pero ella decidió bajar por la estrecha escalera de caracol y colocarse en primera fila.

Nadie presentó a Yute, tampoco a la mujer que la acompañaba, que iba ataviada con un simple tanga de color *nude* que la hacía aparecer completamente desnuda. Él iba descalzo y llevaba unos simples pantalones negros muy cómodos y una camiseta del mismo color. Cuando la gente comenzó a aplaudir, desvió la atención del público hacia la joven, que lo miraba con devoción, indicando que era a ella a quien debían aplaudir.

Una suave música japonesa inundó sus sentidos. Yute se acercó a la muchacha, le retiró la larga melena negra para decirte algo al oído. Ella sonrió, soñadora. Ya tenía los ojos cerrados y no volvería a abrirlos hasta el

final. Viéndolo atar a aquella muchacha, Lisa entendió el erotismo del *shibari* y la absoluta confianza que debías tener en tu atador para dejar que te inmovilizara. A Lisa le angustiaba el simple hecho de pensarlo.

Yute acariciaba la piel de la joven justo antes de hacer pasar por allí la cuerda. Hubo un segundo en que él se agachó para tensar el nudo del pecho y entonces vio a Lisa. Ella juraría que había sonreído y se sintió avergonzada, aunque él no pudiera notar la humedad entre sus piernas. Estaba excitada. Mucho. No podía dejar de pensar en que Hausser la atara a ella de aquella manera. Hausser y no Yute.

El momento más tierno fue, tras haberla atado y colgado de una polea, dejándola suspendida como un ángel, el inicio del paso contrario: desatarla con delicadeza, comprobando que no había rozaduras ni daño en ninguna parte, los suspiros de la joven, sus leves gemidos ante las atenciones de Yute, mientras él miraba a Lisa de tanto en tanto.

Finalmente, él le puso una bata estilo kimono a la muchacha y le dio un abrazo largo y un beso en la frente y ella se marchó. Yute se acercó entonces a ella con pasos calmados y las manos en los bolsillos del pantalón, mientras el público lo aplaudía.

—¡Qué sorpresa! ¿Te ha gustado? —le preguntó en cuanto llegó a su altura.

—Ha sido... —Pensó la palabra adecuada—. Ha sido precioso, delicado, emocionante...

Él sonrió.

—Sabía que te gustaría. ¿Te apetece que tomemos algo?

Lisa asintió. Subieron la escalera de caracol y pidieron un vino en la barra. Después se sentaron en una mesa apartada.

—La chica a la que ataste... ¿Por qué se fue sola? —preguntó ella.

—Necesita estar sola después de que la aten. Es una experiencia íntima e intensa y es necesaria cierta... recuperación. Algunas sumisas necesitan la compañía del dominante y otras, todo lo contrario.

—¿Es tu sumisa?

—No. Es una buena amiga a quien ato a veces. A ella le interesa otro dominante. —La miró por encima de la copa de vino antes de beber—. Le interesa Hausser.

Lisa intentó que Yute no notara en ella ninguna emoción.

—Igual que a ti —dijo él.

—A mí no. ¿Por qué dices eso? —respondió ella nerviosa.

—Mira, pareces una buena chica y un poco inexperta en este campo.

—¿Qué campo? ¿El de las relaciones? —comentó ella, alzando las cejas. No le estaba gustando ese tono paternalista que usaba con ella.

—El BDSM. Me siento obligado a avisarte. No es algo que yo pueda demostrar, ¿de acuerdo? Pero hay algo en Hausser que no me gusta, así que ten cuidado.

Lisa alzó las cejas, alerta.

—¿Cuidado? ¿Por qué?

Yute negó con la cabeza, como si no quisiera entrar en más detalles.

—Tú solo ten cuidado y no vayas a sus orgías, solo eso. Cuídate, ¿de acuerdo?

Una señal de alarma del tamaño del Empire State se encendió en Lisa.

—¿Tienes que decirme por qué? —improvisó—. Ya he quedado para ir a una de sus fiestas privadas —mintió—. Creo que irán otros dominantes y algunas sumisas.

Yute frunció los labios. Se lo pensó durante unos instantes.

—Fui a una de sus fiestas una vez y me pareció que alguna de las sumisas era demasiado... joven.

Lisa palideció.

—¿Joven? ¿Te refieres a menor de veintiuno o a joven... de verdad?

—Muy joven. Simplemente eso. No diré más.

Lisa había enmudecido. No. No podía ser. ¿Hausser era otro de los pedófilos de la red? No era del todo descabellado pensarlo. Al fin y al cabo, Nick llevaba un tiempo rondándolo, como habría hecho con todos aquellos

hombres a los que había matado. Un extraño dolor se le instaló en la boca del estómago.

—Pero realmente, ¿cómo eran de jóvenes?

—No quiero decir nada más. Ya he dicho demasiado, pero tenía que advertirte para que tuvieras cuidado. Te veo muy... deslumbrada con él.

Lisa desconfiaba de Yute. Algo no acababa de cuadrar.

—¿Entonces por qué sigues yendo allí? ¿Por qué no lo dejaste del todo?

—Es complicado... Una de la sumisas de La Casa del Dolor es mi hermana y no me hace caso cuando le hablo de Hausser. Está encandilada con él, como todas. Como tú. Una cosa es que no vaya a las fiestas privadas de Hausser y otra muy distinta que deje a mi hermana a su suerte con ese tipo. Me paso por allí de vez en cuando para vigilarla.

—¿Por qué no lo denunciaste a la policía?

Él sonrió con amargura.

—No conoces a Hausser, no sabes el poder que tiene ni la gente tan importante que va a sus fiestas, empezando por varios políticos. ¿Crees de verdad que le harían algo a él? No, me lo harían a mí, por eso me callo y te recomiendo que hagas lo mismo. Negaré haberte dicho esto. Si lo denuncias estás sola, que conste.

Lisa movió la cabeza con rabia.

—Debo irme —dijo.

—¿Viniste en coche? —le preguntó.

—No. En taxi y así regresaré a casa.

—¿Me permites que te lleve? Te veo alterada y este sitio está bastante alejado de todo.

Ella se lo pensó durante unos instantes y finalmente asintió. La verdad es que no le apetecía salir sola a la calle en busca de un taxi y, a esas horas, ninguno acudiría a su llamada en esa parte de la ciudad.

El teléfono de Travis Duncan sonó a las cinco y media de la madrugada. Había bajado el volumen para no molestar a Alana, que dormía tranquilamente, mientras él se había acomodado en el sillón de la habitación del hospital, que ya se había convertido en su segunda casa. Miró la pantalla. Era el detective Cooper.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Travis, preocupado. Sabía que si Cooper lo llamaba a esas horas era porque había ocurrido algo.

—Vamos a redoblar la vigilancia de la habitación de Alana. Hemos enviado a dos agentes más.

—¿Pero por qué? —insistió Travis.

—Acaban de llamarme de la cárcel estatal. Ha habido un motín. —Tomó aire para seguir—. Skald se ha escapado.

—¿Qué?! —Travis había alzado la voz y despertado a su mujer, que se incorporaba en esos momentos con dificultad, debido al avanzado estado de gestación.

—Lo siento, Travis. No puedo decirte nada más, porque tan solo sé lo que acabo de contratar, pero Hopper y yo salimos ahora mismo hacia la cárcel. En cuanto tengamos más detalles, te avisamos.

—¿Kurt y Olivia lo saben?

—Sí. A quien no logramos localizar es a Freya. Tampoco a Colter Bronstein.

—Trataré de ponerme en contacto con ellos —dijo, antes de colgar.

Alana lo miraba con desconcierto.

—¿Qué ha pasado?

Él la miró, sin saber cómo contarle aquello. La última vez que el Monstruo había estado fuera de la cárcel, había secuestrado a Alana y a Melissa.

—Skald se ha fugado de la cárcel —dijo, por fin.

Alana se llevó ambas manos a su abultada barriga, como un gesto reflejo para proteger al bebé.

Lisa debía convencer a Yute de que denunciara en la comisaría a Hausser, de que contara lo que había visto. Si ella lo decía, el detective Cooper le creería, pero eso no sería suficiente para que el comisario pidiera una orden. El juez solo vería indicios, y necesitaba pruebas para entrar en un local a desmantelarlo entero.

Se dirigían al aparcamiento que había enfrente. El coche de Yute era un Toyota deportivo, un clásico de los años ochenta que había ido reformando poco a poco.

—Tienes un gusto estupendo para los coches —dijo ella, en cuanto se sentó en el asiento del copiloto.

—Lo tengo mejor para las mujeres —respondió con una sonrisa, pero sin lograr la turbación en ella que pretendía.

Se incorporaron a la circulación y permanecieron en silencio unos minutos. Lisa pensó si era buen momento para intentar convencerlo.

—¿Me prometes que no te vas a asustar si te confieso algo? —preguntó.

—¿Tan grave es? —preguntó él con guasa; como vio que ella estaba muy seria, cambió de tono—. De acuerdo, te lo prometo.

Lisa giró la cabeza y vio su perfil, tenía la mirada clavada en la carretera.

—No tenemos por qué dejar a Hausser salirse con la suya. Yo te ayudaré, si lo denuncias. Soy policía.

Yute se quedó en silencio, mirando al frente como si no hubiera escuchado lo que Lisa acababa de decirle. De pronto, estalló.

—¡Lo sabía!, maldita sea... —rugió él, enfadado de pronto.

—¿Qué? —Ella no entendía aquella reacción.

—¡Cállate, joder! No puedo pensar si hablas —le gritó.

En ese momento, Lisa sintió un puñetazo en plena cara. Tras eso, perdió el conocimiento.

Hans Skald había salido de la casa para ir a recoger el coche que había dejado en un aparcamiento de las afueras. Tardó media hora en regresar. Nick lo esperaba en la parte de atrás de la casa, acompañado de Molly Talbot, a quien habían vendado los ojos.

Subieron al vehículo e hicieron el trayecto en silencio la mayor parte del tiempo.

—También la trajiste con los ojos vendados, ¿verdad? —preguntó Skald para cerciorarse de que ella no podía dar detalles de su ubicación.

—No exactamente —respondió Nick—. Me presenté en su casa diciendo que era su hijo y que quería hablar con ella. Cuando me hizo pasar a la sala, en un descuido, eché un par de pastillas de dormir desechas en su té. No se despertó hasta que ya se encontraba en el sótano.

—No diría dónde estás aunque lo supiera, Nicholas, pero usted, señor Skald, debería entregarse —dijo la mujer, sorprendiendo al Monstruo, por su valentía—. No creo que vaya a hacer nada bueno fuera de la cárcel y no quiero que arrastre a Nicholas en sus historias. Entiendo que quiera conocer a su hijo, pero...

—Le doy mi palabra de que no le haré daño a Nick, señora Talbot —le prometió Skald—. Solo necesito hablar con él.

Después de eso, ninguno volvió a decir ni una palabra. Skald le susurró al oído a Nick que condujera rumbo a Tampa, con el fin de despistar a la policía. Cuando llegaron a una calle cercana a un parque, el Monstruo indicó que detuviera el coche.

—Ha llegado la hora, señora Talbot —le dijo a la anciana.

Fue Nick que se apeó para abrirla la puerta y ayudarla a bajar. El lugar estaba desierto, pero le constaba que no era peligroso, de lo contrario no la dejaría allí abandonada a su suerte.

—Cuenta hasta cien antes de quitarte la venda de los ojos, ¿de acuerdo? —

indicó Nick.

—No diré nada. Nicholas, pero cuidado con Skald.

—Debes hablar, contarlo todo. La policía te busca desde hace mucho. Saben que te secuestré. Si no cuentas la verdad, creerán que me encubres y podrías tener problemas. Por favor, cuéntalo todo.

—¿También lo de Skald?

—Todo.

—De acuerdo, hijo —respondió.

Nick miró aquel rostro con los ojos tapados y se fijó en su boca. ¿Cuántos besos le habría dado siendo pequeño? ¿Cuántas palabras de amor le habría susurrado? No lo recordaba y nunca lo sabría, pero lo que sí sabía es que su madre lo había querido y que su padre lo quería, y eso, en medio del infierno que había sido su vida, era un rayo de inmensa felicidad.

—¿Puedo darte un abrazo, Nicholas? —preguntó ella, extendiendo los brazos para que él pudiera acercarse, pues ella no veía dónde estaba. Por toda respuesta, él la abrazó con fuerza—. Quiero volver a verte, hijo. Estaré esperándote siempre, no lo olvides.

Nick asintió, sin dejar de abrazarla. Cuando se separó por fin, tenía los ojos llenos de lágrimas.

Colter y Freya estaban a menos de ochenta kilómetros de Miami. Se habían ido intercambiando el volante cada dos horas, habían tomado café en todas las cafeterías con buena pinta que se encontraron en la ruta y Arisco no se había despertado ni una sola vez, como si el traqueteo del coche lo mantuviera anestesiado.

—¿Te importa que encienda un momento el teléfono? Llevo dos días sin comunicarme con el mundo y tengo miedo de que Alana ya haya dado a luz.

Colter sonrió. Freya quería hacer ver que era más fría y distante de lo que realmente era. Alana era su cuñada, Travis era su hermano y el bebé que iba a nacer, su sobrino. Estaba preocupada y era normal, pero Colter se preguntó si ella se estaría dando cuenta de que estaba abriendo su corazón a mucha más gente de la que seguramente deseaba.

—Claro, no hay problema. Me prometiste dos días y me has dado dos días inmejorables. —Le sonrió.

Freya sonrió también. Encendió el móvil, introdujo la contraseña y esperó. Unos segundos más tarde, comenzó a escucharse el tintineo característico de los mensajes.

—Casi cuarenta mensajes —dijo ella, preocupada—. Ha debido de pasar algo.

Tardó un segundo en abrir la aplicación para comprobar lo que le habían escrito. Colter esperó, expectante. También él se preocupó ante el aluvión de

mensajes. Freya los estaba leyendo en silencio, sin decir nada.

—¡Para! —le dijo entonces—. ¡Por favor, para en cuanto puedas!

—¿Pero qué ocurre? —preguntó, angustiado. Ella no respondía.

Detuvo el vehículo en la primera área de servicio que encontró.

—¿Qué pasa, Frey?

—Se ha escapado de la cárcel... —La mirada de ella estaba perdida en algún punto indefinido.

—¿Qué?... ¿Quién? —preguntó Colter sin comprender.

—Mi padre. Ha huido. ¿Por qué?... ¿Para qué? —murmuró, golpeando la guantera con rabia.

Él no fue capaz de pronunciar ni una palabra. Encendió su móvil y, al igual que ella, tenía decenas de mensajes, tanto de Travis Duncan como de su amigo Zeke Alvarado.

—Vámonos a casa. Si no paramos, llegaremos en nada —dijo él.

Ella no respondió. Se llevó la mano a los labios, asustada.

—¿Qué demonios va a hacer mi padre, Colt? No lo entiendo...

Skald y Nick cambiaron de automóvil en Tampa. Habían abandonado el coche y forzado la cerradura de una ranchera. El Monstruo temía que la policía hubiera visto por las cámaras el vehículo con el que había huido de prisión.

—¿Por qué Freya? —le preguntó Skald de pronto. Siempre había conocido la enemistad entre Nick y Travis... ¿Pero qué había hecho Freya para merecer lo que él le tenía preparado?

—No quería hacerle ningún daño, que quede claro. Ni siquiera cuando no sabía que era mi hermana.

—¿Entonces? —volvía a preguntar Skald mientras ponía el intermitente para incorporarse al carril derecho en dirección a la salida hacia Fort

Lauderdale.

—Necesitaba que mi vida tuviera un sentido. Eso es todo.

—¿Y qué tiene que ver Freya en todo esto?

—Le contaste al periodista ese que escribió dos libros sobre ti que Freya había dado sentido a tu vida, que ser padre lo había cambiado todo. Yo quería eso: que mi vida tuviera sentido, amar a alguien, cuidarla como nunca me cuidaron a mí de pequeño, hasta que llegué a casa de los Longstone.

—¿Qué demonios pretendías hacer con Freya? —preguntó Skald horrorizado.

—No iba a... forzarla, si es lo que estás pensando. Quería que me conociera. Era la opción perfecta. Es hija tuya. El hijo que tuviera con ella sería también tu nieto. Eres la única persona que he sentido que me entendía. Yo...

—¿Pensabas que, tras ser secuestrada, Freya podría enamorarse de ti? ¿No ves que ese plan es una locura? —Skald empezaba a comprobar hasta qué punto la mente de Nick estaba perturbada.

—¿Y cómo iba a conquistarla, eh? Estabas en la cárcel. No viste a los tipos con los que ella salía. No soy el hombre más guapo de Florida, ni tengo ninguna otra cosa reseñable. Soy inteligente, sí, me lo han dicho mil veces, ¿pero qué he hecho con esa inteligencia? Nada. No se me ocurrió otra manera de acercarme a ella, así que convencí a un pobre diablo de que se presentara a la entrevista para un trabajo en el hospital como operario en el servicio de limpieza y, cuando consiguió el puesto en el turno de noche, me lo cargué y ocupé su lugar. Me afeité la cabeza, comencé a vivir en su apartamento, pero esto último me pareció demasiado peligroso. Alguien podría darse cuenta de que no era el verdadero Bert Olsen, así que me fui... Después descubrí que Freya era mi hermana y abandoné el plan.

—¿Por qué seguiste en el hospital, entonces?

—Para vigilar a Travis. Su mujer estaba allí y...

—¿Pensaste en secuestrar al hijo que iban a tener?

—Quizá... No lo sé... Creí que si Travis iba a la cárcel, ese niño iba a

necesitar un padre.

Skald meneó la cabeza, triste. Nick no tenía salvación. No podía tenerla.

—Las cosas habrían sido distintas si supiera que eras hijo mío. Nadie te hubiera apartado de mí y hoy serías un hombre distinto. Travis y tú serías amigos, además de hermanos, y habríamos sido una familia feliz y numerosa, tanto que yo no habría tenido tiempo para secuestrar mujeres —comenzó a fabular—, así que Freya jamás habría descubierto quién era yo antes de convertirme en padre y no habría acabado en prisión. Creceríais los cuatro felices y unidos. Iríais a la universidad, os casaríais. Vendríais a visitarme en Acción de Gracias y Navidad y algún que otro fin de semana. Puede que el maldito cobertizo no se hubiera incendiado y Mariah, mi esposa, no se hubiera muerto, así que habría ejercido de vuestra madre, la tuya y la de Travis. La vida podría haber sido buena para nosotros y hoy seríamos otros, pero las cosas fueron así y somos quienes somos, Nick. La vida es una mierda.

—Sí.

El sol comenzaba a despuntar en el horizonte. Casi no había tráfico. A lo lejos vieron el cartel que indicaba que Fort Lauderdale quedaba a menos de diez kilómetros.

Miami estaba tomada por la policía desde que, apenas dos horas antes, se enteraran de que Hans Skald se había escapado. Los helicópteros sobrevolaban la ciudad, las patrullas estaban colocadas en los puntos más estratégicos, en todas las salidas.

En comisaría, estaban revolucionados. Trabajaban a contrarreloj para tratar de averiguar dónde se había escondido. Tenían claro que los presos lo habían ayudado y que alguno de los guardias también, pero los primeros no dirían ni una palabra y era muy difícil averiguar quién de entre los segundos se había

atrevido a tanto.

El teléfono del comisario sonó y él, que se encontraba en el despacho de Cooper, corrió a responder. Su conversación se escuchaba lejana, pero algo en el tono hizo que Cooper se pusiera alerta. Llevaba los suficientes años trabajando con el comisario Prendes como para saber cuándo había que alarmarse. Este apareció de nuevo en el despacho del detective.

—Me acaban de llamar de la comisaría de Tampa. Molly Talbot entró allí hace media hora y contó una historia de lo más extraña. Nos vamos a Tampa, Cooper.

—¿Está viva? Creí que Nick la habría matado —dijo Cooper, mientras salía corriendo detrás del comisario.

—¡Despierta!

Lisa escuchó la orden como si alguien la pronunciara desde muy lejos. Intentó abrir los ojos, pero los párpados le pesaban. Emitió un leve quejido. Algo le dolía, pero no identificaba qué. El dolor era tan intenso que no podía localizarlo en un lugar concreto, sino en toda la espalda, aunque se hacía más insoportable en los hombros.

—¡Despierta! —gritó de nuevo la voz masculina.

Con mucho esfuerzo, abrió al fin los ojos. Había poca luz, pero aun así ese leve resplandor la obligó a cerrarlos momentáneamente hasta que se acostumbró. Miró a su alrededor. No reconocía el lugar. Trató de moverse y no pudo, así que dirigió la cabeza hacia su mano derecha para comprobar por qué no le respondía y descubrió que estaba atada. La izquierda también. Y las piernas. Se encontraba de pie e inmovilizada contra una superficie de madera. Por su forma adivinó que se trataba de una especie de cruz.

—Buenas noches, bella durmiente —dijo una voz masculina. Un hombre enorme se puso ante ella. Sus ojos llegaban a la altura de su pecho. Los alzó y

reconoció a Yute... Yute... Y entonces recordó lo que había ocurrido en su coche. ¡La había secuestrado! Forcejeó, pero aquellas cuerdas no cedían ni un ápice, lo único que hacían era lacerar la suave piel de sus muñecas y tobillos.

—Si te resistes será peor para ti..., pero mejor para mí. Me gusta cuando se me resisten. —Le guiñó un ojo, con una sonrisa.

Iba a gritar, pidiendo auxilio, pero descubrió que él le había puesto cinta adhesiva en los labios.

—¿Sabes por qué te pasa esto, Colibrí? Por listilla, por meter las narices donde no debes. Apuesto a que nadie sabe que has venido a ver mi espectáculo de *shibari*. Claro que no... ¿Qué iban a pensar que a una poli le gusten este tipo de cosas? Porque te gustan, ¿verdad, Colibrí? Esto era mucho más que un trabajo... Te infiltraste para pillarme, ¿eh? Nadie sabe que estás aquí. No vendrán a buscarte. Dime... ¿Te infiltraste para vigilarme?

Ella negó con la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos. Estaba aterrorizada. El rostro de Yute se oscureció entonces. Cogió impulso con la mano y le dio una bofetada tan fuerte que ella pensó que le habría arrancado algún diente. El dolor era tan intenso que le saltaron las lágrimas. El sabor a sangre inundó su boca.

—No me mientas, puta. Sé que nos pisáis los talones desde hace mucho, desde que el loco ese del vertedero comenzó a matar a nuestras chicas y dejárnoslas como regalitos cerca de casa. Encontrasteis los relojes y atasteis cabos, ¿eh? Es lo malo de trabajar con ineptos. Adam Advertine debió hacer desaparecer el reloj de la primera que apareció en el vertedero, pero el muy inútil... Petersen ni siquiera pudo encontrar el portátil de Lucy Woodson, como O’Kieff, que tampoco encontró el de Lauren Wilson. Por eso nos pillasteis. Esos putos pederastas carecen de iniciativa e inteligencia para todo lo que no sea jugar con un niño.

Algo debió de notar en la mirada de Lisa, porque se sintió en la obligación de justificarse.

—¿No pensarás que yo soy como esos mierdas, no? A mí no me van los

niños. Lo que me va es el dinero y, cuanto más fácil me resulte conseguirlo, mejor. ¿Sabes cuánto pagan esos obsesos por una foto o un vídeo de un niño o una niña? ¿Y tienes una remota idea de lo que pagan si les consigues un niño de carne y hueso para jugar?

Lisa cerró los ojos con fuerza. No, no sabía lo que pagaban y tampoco quería saberlo. Aquello era demasiado malvado, demasiado depravado.

—No me vas a hundir el negocio, Colibrí. Mira por dónde, te voy a regalar una sesión de BDSM. Sé que te gusta, no lo niegues. Imagino que preferirías que fuera el gran Hausser quien estuviera aquí, pero me temo que tendrás que conformarte conmigo —le dijo, mientras se alejó de donde estaba ella y rebuscó algo en un armario—. Pero mira qué suerte, ¿sabes a quién le pertenece esta mazmorra? ¡Exacto! A tu adorado Hausser. Estamos en el sótano de su casa nueva. Verás qué sorpresa se lleva cuando te encuentre aquí. Este fin de semana está visitando a su hija, que vive con su exmujer a treinta kilómetros de aquí, así que no me daré prisa. Tenemos tiempo. Quiero divertirme un poco contigo... Y tú creyéndome cuando te decía que a Hausser le gustaban jovencitas. Caíste en la trampa... Solo quería que reconocieras que eras policía. No lo tenía del todo claro.

En ese momento, se dio la vuelta y Lisa vio que tenía un látigo entre las manos. Era larguísimo y terminaba en una punta trenzada. Cuando lo desenroscó, lo estrelló con fuerza contra el suelo, emitiendo un chasquido que la dejó sin respiración.

—¿Estás preparada, Lisa? ¿No? Pues mejor para mí...

Cuando el comisario Prendes y el detective Cooper llegaron a la comisaría catorce de Tampa, se encontraron a Molly Talbot ovillada en un sofá de la sala de espera, tomándose un café humeante y acompañada de una agente de la policía que la trataba como si fuera a romperse.

—No ha querido que la llevemos al hospital —les comunicó la agente Gómez—. Dice que se encuentra en perfecto estado, que Nick la trató bien y, por lo que hemos visto, parece cierto. Está pálida, pero no tiene signos de desnutrición ni hematomas que indiquen algún tipo de maltrato.

El comisario asintió. Después entraron todos a la sala de espera.

—Buenos días, señora Talbot —la saludó el comisario, dándole la mano—. Soy el comisario Prendes, de la policía de Miami Dade. ¿Puedo hablar con usted?

—Ya se lo he contado todo a estos policías —dijo ella.

—Es importante, señora Talbot —insistió el comisario. Ella asintió, así que él tomó asiento—. ¿Es consciente de que Nick Duncan la ha mantenido retenida durante más de un mes?

Ella asintió.

—No perdí la noción del tiempo, porque al tercer día Nicholas colgó un calendario en la habitación en la que yo estaba.

—Dice que él no la maltrató. ¿Puede decirme, entonces, por qué la tenía retenida?

—Quería hablar, simplemente. Saber por qué lo abandoné, cómo había conocido yo a Hans Skald... Él creía que había sido concebido de una manera natural, pero...

—Lo sabemos, señora. Fue una fecundación *in vitro*.

Ella asintió y apretó las mandíbulas.

—Nicholas no me maltrató. Me mantuvo en un lugar limpio, me daba de comer. Si él estuviera solo, yo jamás habría venido a la comisaría a denunciarlo, por más que él me pidiera que se lo contara todo a la policía, pero tengo miedo.

—¿Miedo de qué? ¿Cómo es eso que dice de que no está solo?

—Está con Hans Skald y temo que meta a Nicholas en problemas, aunque él me juró que no.

El comisario se levantó de un salto.

—¿¡Con Skald!? ¿Recuerda dónde la mantuvieron cautiva?

—No, me sacaron de allí con los ojos vendados. Skald llegó anoche. Hablaron. Él convenció a Nicholas de que me liberara.

El comisario, aún de pie, dirigió una mirada de estupefacción al detective Cooper.

—¿Skald lo convenció para que la liberara?

—Sí... Creo que Skald no piensa hacer nada... Ya sabe... Nada de eso que suele hacer él, pero nunca se sabe con un asesino, ¿verdad? Espero que no le traiga más problemas a Nicholas.

El comisario entrecerró los ojos.

—Aunque no recuerde exactamente dónde estuvo encerrada, debe decirnos todo lo que recuerde del lugar y lo que escuchó cuando la traían en el coche, ¿de acuerdo? Por cierto, señora Talbot, ¿alguien le ha contado por qué están buscando a su hijo?

Ella lo miró sorprendida.

—Por mi secuestro, ¿no?

El comisario respiró profundamente antes de responder. Nunca era

agradable decirle a una madre quién era su hijo en realidad.

—No solo por eso, señora Talbot. No solo por eso —y comenzó a hablarle, sin entrar en detalles escabrosos, de las víctimas que habían ido apareciendo en los vertederos de los alrededores durante los últimos meses.

Nick Duncan y Skald se disponían a tomar uno de esos envases de café que venden en los supermercados y que se calientan si los agitas.

—Cuando yo mataba a todas aquellas madres, en realidad mataba a la mía una y otra vez —dijo el Monstruo—. ¿A quién matabas tú cada vez que asesinabas a una de tus víctimas? ¿Estabas matando a Molly Talbot?

Nick negó con la cabeza.

—Nunca odié a mi madre tanto como para eso... No, no era a ella.

—¿Entonces a quién?

—Todas esas mujeres no eran mis verdaderos objetivos.

Skald lo miró sin pestañear.

—Ah, ¿no? ¿Entonces quién?

—Es una historia muy larga.

—No tenemos nada mejor que hacer, Nick. Cuéntamelo.

—Mi primer padre de acogida me... hizo cosas —comenzó diciendo; dudó por un segundo si podría seguir. La voz le tembló, pero pudo continuar—: Me escapé, pero la policía me encontró y preferí cortarme las venas antes que volver a aquella casa. Ahí fue donde conocí a los Longstone. Mi tipo de sangre raro —lo miró con una sonrisa y dio un sorbo a su café—, el mismo que el tuyo, hizo necesario emitir una alerta de búsqueda porque no había reservas y los Longstone trajeron a Travis. No sé qué pasó ni cuál fue el motivo, pero, cuando salí de aquel hospital, no volví con los O’Kieff, sino que me llevaron a vivir con los Longstone, pero ni todo el amor del mundo hizo que pudiera olvidar y seguir con mi vida. No podía olvidar lo que él...

me había hecho.

Skald apretó la mandíbula y cogió a Nick por el cuello, atrayéndolo hacia él para abrazarlo. Estuvieron así mucho tiempo, sin que ninguno de los dos se apartara. Cuando al fin lo hicieron, Nick siguió hablando:

—Pasaron muchos años, yo tenía impulsos asesinos, pero los controlaba, eran solo fantasías, hasta que un día me detectaron el glaucoma. —Miró a Skald y confesó la verdad—. Voy a quedarme ciego. No me quedan más de cuatro o cinco años. Creo que eso es lo que los psicólogos llaman «detonante». Eso fue lo que me descontroló. Ciego... Iba a quedarme ciego. ¿Qué sentido tenía nada? Empecé a pensar en tener un hijo y en vengarme de mi padre de acogida, empecé a planear ambas cosas... Mi sorpresa fue que, al investigar y seguir a O’Kieff, descubrí la mierda en la que estaba metido; todos esos pedófilos y pederastas del chat, las aberraciones que hacían... Como no me atrevía a enfrentarme a O’Kieff, comencé matando a los otros.

—¿Los otros?

—Sí, los otros... Por todo el país. Decenas de depravados que acudían a citas creyendo que era como ellos y que tenía un hijo o un sobrino al que les permitiría tocar. Ellos eran mi objetivo. Mi verdadero objetivo. He perdido la cuenta de a cuántos maté, todos ellos con la palabra «violador» grabada en la frente. Malditos hijos de puta.

—¿Y las mujeres del vertedero?

Él se encogió de hombros.

—Un día vi a Travis en la televisión. Era uno de esos programas sensacionalistas que los perseguían a él, a Freya y a Olivia por puro morbo, para ver qué hacían los hijos de Skald, cómo vivían y a qué se dedicaban. Sentí por él todo el odio que me consumía de adolescente. Travis lo tenía todo y yo, nada. Representaba todo lo que quería y nunca tendría y encima, yo estaba quedándome ciego. El plan surgió solo, como un motivo más para levantarme por las mañanas y dar sentido a mi vida. Lo conocía tan bien. Llevaba observándolo media vida. Era como matar dos pájaros de un tiro:

asesinaba a aquellas madres asquerosas que estaban cerca de los pederastas e inculpaba a Travis. Pero ellas no era un verdadero objetivo.

El rostro de Hans Skald se había transformado en una piedra inexpresiva.

—Yo también le tenía miedo a mi madre, como tú a O’Kieff —explicó—. La torturé durante años, pero tenía que amordazarla para no escuchar sus insultos, porque me hacían sentir como un niño desprotegido otra vez, aunque yo fuera el torturador y ella estuviera atada. Le ponía una bolsa en la cabeza porque me aterrorizaba su mirada.

—Eso es lo que me pasa con O’Kieff. No me veo capaz...

Skald apretó la mandíbula. Era la primera vez en su vida que se encontraba en una encrucijada como aquella: mantener la palabra que le había dado a Olivia o ayudar a Nick a vengarse de su padre adoptivo. ¿Qué hacer cuando dos de sus hijos lo necesitaban y ayudar a uno suponía herir al otro? La solución no era fácil, pero era la única que se le ocurría: debía ayudar al que más lo necesitaba. Y eso se disponía a hacer.

—¿Sabes dónde está O’Kieff? —le preguntó el Monstruo.

Nick tardó un poco en responder.

—Lo tengo arriba.

—¿Arriba?

—Lleva un par de días ahí. Atado y amordazado. No me he atrevido a entrar en la habitación aún.

Skald se acarició la barbilla, como siempre que pensaba en algo que le suponía un cruce de intereses.

—¿Qué quieres hacer con él? —preguntó al fin.

—Hacerle pagar lo que me hizo. Hacer que se arrepienta hasta del día en que nació —respondió con rabia.

—Pues vamos allá.

Nick lo miró con los ojos vidriosos.

—Aún recuerdo cómo se mofaba de lo que me hacía, de que yo llorara o le pidiera que parara.

Skald apretó tanto las mandíbulas que le dolieron hasta los oídos.

—No tendrá oportunidad de hablarte, Nick, porque entrarás en la habitación con esto —le tendió el cuchillo que llevaba en la bolsa de víveres— y le cortarás la lengua. Después de eso, mudo ya, lo tendrás a tu merced para lo que quieras. Si te incomoda que te mire, le sacas los ojos con una cuchara y listo.

Nick lo observó esperanzado. Ambos se levantaron al mismo tiempo y subieron la amplia escalera de caracol que conducía al segundo piso. La habitación en la que lo tenía era la que en otro tiempo había ocupado el Monstruo de Florida con su esposa, la madre de Freya. Tate O’Kieff se debatió, aterrorizado, cuando la luz de la linterna lo envolvió. Estaba tirado en el suelo, atado de pies y manos y con una cinta adhesiva sobre los labios. Al mirar hacia arriba, Nick le pareció un gigante.

—¿Te acuerdas de mí, maldito hijo de puta?

O’Kieff abrió mucho los ojos en cuanto lo reconoció. En esos casi dos días que había estado allí encerrado no se le había pasado por la cabeza que el encapuchado que lo había golpeado y secuestrado fuese Nick, a quien no había vuelto a ver desde hacía muchísimos años.

Le quitó la cinta adhesiva de un tirón seco y cuando O’Kieff iba a implorar por su vida, Skald se abalanzó sobre él para mantenerle la boca bien abierta, agarrándole las mandíbulas con las manos. Nick tomó su lengua sin demasiadas complicaciones, aunque le resbalaba entre los dedos, y se la cortó de un solo tajo. La sangre manchó sus manos y él se las miró con una enorme sonrisa en la cara mientras el anciano gritaba a todo pulmón. El Monstruo de Florida no sonreía. Solo podía pensar en la promesa que le había hecho a su hija Olivia y que acababa de romper.

Freya había llamado a Travis y también a Olivia para preguntarles si sabían

algo más sobre su padre, pero ninguno pudo darle nuevos detalles. Lo único de lo que logró enterarse era de que nadie había resultado herido durante la fuga de Skald y eso, de alguna manera, le hizo tener esperanzas. Tal vez no deseara hacer daño, pero entonces... ¿qué pretendía hacer? ¿Por qué había huido?

Llegaron delante de la casa de Kurt y Olivia a las once de la noche. Colter aparcó en la acera de enfrente y llamaron al timbre. Fue Kurt quien abrió, pero detrás pudieron ver a Olivia con Melissa en los brazos, que lloraba desesperada.

—Hola —dijo Freya, pero la voz se le rompió. Kurt la abrazó con fuerza y a ella le extrañó que aquel abrazo ya no le resultara tan sanador como en el pasado. Kurt había sido como el padre que no había tenido desde que Skald entrara en prisión, a pesar de que no tenía edad para ser su padre, y en él siempre había encontrado consuelo, pero aquel abrazo ya no era su refugio ante la adversidad y supo por qué... Ahora conocía el poder que ejercían sobre ella los abrazos de Colter Bronstein.

—Pasad, chicos —dijo Kurt. Palmeó la espalda de Colter y le dio un beso en la cabeza a Freya. Después, cuando ya hubieron entrado, cerró la puerta.

La niña lloraba desesperada.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Freya a Olivia.

—No lo sé, estoy tan nerviosa, tan fuera de mí, que creo que de algún modo se lo estoy transmitiendo.

En cuando la pequeña Melissa escuchó la voz de Freya, volteó su rubia cabecita y estiró los brazos hacia ella.

—Ya voy, amor mío —le dijo Freya, que se apresuró para llegar hasta la niña y cogerla en brazos. La acurrucó contra su pecho y empezó a murmurarle, de forma muy queda—. Todo está bien, mi pequeña. No pasa nada. Tranquila.

Colter había apoyado la espalda contra la pared y tenía las manos en los bolsillos. Miraba a Freya sin poder apartar la vista y tanto Olivia como Kurt

se dieron cuenta del inmenso amor que contenía esa mirada, de la ternura que desprendía. Se miraron entre ellos. Olivia alzó las cejas y Kurt se encogió de hombros, en una conversación sin palabras.

Melissa se quedó dormida como por arte de magia. Freya siempre conseguía que la niña se tranquilizara entre sus brazos. Se sentó en el sofá sin dejar de acunarla y preguntó:

—¿Se ha sabido algo?

—Acabo de hablar con Hopper —informó Kurt—. Molly Talbot acaba de aparecer sana y salva en una comisaría de Tampa.

—¿Cómo? —preguntó Freya, incrédula—. ¿Nick no la asesinó?

Kurt negó con la cabeza.

—No, no la asesinó. La señora Talbot dijo que Nick la había tratado bien, que solo quería conocerla y hablar con ella. Le explicó a la policía que la idea de liberarla no fue de Nick, sino de Skald. Están juntos, Freya.

Ella abrió la boca para decir algo, pero pareció pensarlo mejor.

Por supuesto, aquello tenía sentido. Su padre había huido para ayudar a Nick. De algún modo supo dónde estaba y había ido a su encuentro.

—Es su hijo... —murmuró.

Buscó con la mirada a Colter y se mordió el labio. Se levantó despacio, depositó a Melissa en los brazos de Olivia y se acercó al periodista. No hizo falta que dijera nada, él supo lo que sentía, lo que necesitaba. Fue Colter quien dio los dos pasos que los separaban para abrazarla. Ella le echó los brazos al cuello y lloró desconsoladamente.

—Estoy aquí, tranquila. Lloro, te hará bien —le dijo él, hundiendo la cara en su pelo y acariciándole la espalda.

Tanto Kurt como Olivia estaban impresionados. No conocían esa versión de Freya. La hija de Hans Henning Skald no pedía ayuda. No lloraba. No se mostraba vulnerable. Y qué decir de Colter... ¿Quién iba a pensar que tuviera un corazón y que le perteneciera a Freya?

Lisa despertó metida dentro de una jaula. No sabía qué hora era ni cuánto tiempo llevaba allí encerrada. Intentó incorporarse y un dolor lacerante en el costado se lo impidió. «No voy a darte la vuelta, no será tu espalda la que sufra. Quiero mirarte a los ojos mientras juego contigo», le había dicho Yute, que le enseñó entonces el látigo. Sus gritos se habían ahogado en la garganta porque la cinta adhesiva le impedía emitir sonido alguno.

Se llevó la mano a la boca para comprobar si él se la había quitado y, en efecto, lo había hecho. Ya no tenía la cinta adhesiva. Hizo muecas con la boca. Sentía un hormigueo en los músculos de la cara. Ya no estaba atada, ni amordazada, pero la había encerrado en una jaula en la que no podía ponerse de pie, ni tampoco estirarse echada. Permanecía encogida.

Cuando sus ojos se acostumbraron del todo a la oscuridad comprobó que estaba completamente desnuda y que el látigo había dejado marcas por su pecho y sus muslos. Le ardía la piel. El dolor era tan intenso que le costaba respirar. Permaneció encogida en un rincón de la jaula. Al fondo vio la cruz de San Andrés en la que Yute la había atado y azotado. Debía de tener planes para ella o, de lo contrario, ya la habría matado. Gimió. Imploró en silencio que la matara pronto, que no la hiciera sufrir como la noche anterior. Era cómico y terrible que fuera justo en la mazmorra de Hausser donde ella se encontraba en esos momentos. Cuánto había soñado con iniciarse en el BDSM de la mano de Hausser. Claro que aquello había sido antes de que él le hablara tan crudamente de lo que el BDSM era en realidad, antes de descubrir que sus deseos de sumisión no eran tales, sino tan solo los pensamientos calenturientos de una lectora de novela erótica que encontraba deseable lo que leía sin plantearse de verdad en qué consistía aquello que deseaba. Una luz se encendió entonces en lo más profundo de su agotado cerebro... «Hausser», murmuró. ¡Aquella era la casa nueva de Hausser!, eso es lo que le había dicho Yute. Palpó su muñeca izquierda con ansia y

comprobó que no le había quitado su reloj. Su maravilloso reloj inteligente. Suspiró, aliviada. Lo acercó al rostro con dificultad. El brazo le dolía muchísimo. Vio que eran casi las cuatro y media de la madrugada. Tocó la pantalla y buscó en su guía de contactos el número de La Casa del Dolor. Tenía poca batería y menos cobertura aún. «Por favor, que funcione, por favor», gimoteó. Llamó al club sadomasoquista. Los tonos sonaban con desigual intensidad debido a la mala cobertura.

—¿Sí? —respondió una voz femenina.

Lisa recordó que Yute le había dicho que Hausser estaba a una media hora de allí, visitando a su hija, pero tenía que intentarlo, al menos.

—Por favor, es urgente. Necesito que le digas a Hausser que estoy en la mazmorra de su casa nueva —logró balbucear.

—Perdone, ¿puede hablar más alto? No la entiendo. Además, la conversación se corta por momentos.

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

—Dile a Hausser que Lisa está en la mazmorra de su nueva casa —dijo, alzando la voz—. Lisa, mazmorra de su casa nueva. Avisa a Hausser. Es urgente —repitió, justo antes de que el reloj se quedara sin batería y se apagara—. No, no, no...

Lloró desesperadamente y, solo cuando se calmó, tras unos instantes, se dio cuenta de su error. ¿Por qué no había usado la poca batería que le quedaba para llamar a la policía y que la ubicaran rastreando su móvil, que estaba conectado a su reloj? ¿Por qué demonios su primer impulso había sido llamar a Hausser?

Hans Skald estaba sentado en el suelo, en una esquina de la desvencijada habitación que en otro tiempo había sido la suya. Miraba a su hijo. Lo había estado observando durante todo el tiempo en que Nick torturó a Tate O’Kieff. Aquel joven le recordaba más a sí mismo de lo que desearía reconocer y no le gustaba lo que veía. Tampoco le gustaba el ansia que lo consumía desde que viera la sangre de O’Kieff en manos de Nick.

El cuerpo desmadejado, destrozado a los pies del Asesino del vertedero, despertó los deseos de matar del Monstruo de Florida. Skald sabía que esa sed nunca se apagaría ni en él ni en Nick. Por algún extraño motivo, la inmensa mayoría de los seres que sufren aberraciones en su infancia no se convierten en asesinos, pero unos pocos, como él y como Nick, sí y solo encontraban descanso a su ira y a su miedo provocando pavor en otros, destrozándolos, derramando su sangre, torturándolos.

—¿Cómo te sientes? —preguntó el anciano.

—No fue como esperaba —respondió Nick, triste, con la mirada vacía.

Skald respiró profundamente.

—Nunca lo es. Cuando maté a mi madre, cuando al fin encontré el valor para hacerlo, creí que me sentiría liberado, que saldaría cuentas, pero no fue así. Nada de lo que les hagamos nos devolverá la inocencia ni la infancia. Nada nos llevará al pasado para vivir de nuevo nuestra vida como niños felices, amados y seguros en su hogar. Nos han destrozado y jamás pagarán

todo ese daño, les hagamos lo que les hagamos, y eso es lo más descorazonador que he aprendido en mi vida: no existe justicia para los niños que sufren... Los niños no deberían sufrir, maldita sea. Son lo único verdaderamente bueno que hay en el mundo.

Hubo un instante de silencio.

—He terminado. Ya no tengo nada más que hacer aquí. Nada —murmuró Nick.

—¿Qué quieres decir? ¿Te vas a entregar a la policía? —preguntó Skald, un tanto incrédulo.

Nick sonrió con tristeza.

—No, eso no. Me espera el corredor de la muerte. Años y años esperando a que me ejecuten. Me quedará ciego... Ciego y encerrado entre rejas. No. Haré las cosas a mi manera. Pero ya no tengo miedo. Al fin, no tengo miedo.

Miró a Skald mientras sacaba algo del bolsillo de su pantalón. Eran un paquetito envuelto en papel de periódico.

—Son hojas de estramonio. Una infusión de esto y moriré en pocos minutos. Es rápido. Lo tengo planeado desde hace un par de semanas. ¿Qué me queda ya? Nada...

Skald alzó las cejas, pero no parecía sorprendido. Aquella solución le parecía más comprensible que la de entregarse a la policía. Años atrás, él había esperado a los agentes en el sótano de su casa por Freya. No quería que se sintiera abandonada. Debía saber dónde estaba su padre, aunque ese lugar fuese la cárcel estatal. Si no hubiera tenido a nadie que lo necesitara y, si no encontrara sentido a su vida, si supiera que iba a quedarse ciego y que eso le impediría esconderse de la policía y huir, por supuesto que tomaría la misma decisión que Nick: morir.

—¿Estarás conmigo cuando me lo tome? —le preguntó Nick.

Skald se levantó de su rincón y se acercó al joven. Las suelas de sus zapatos entraron en contacto con la sangre pegajosa de O’Kieff, que encharcaba buena parte del suelo. Abrazó a Nick con tanta fuerza que el abrazo les dolió

ambos.

—No estás solo en esto, hijo. No volverás a estar solo jamás. Tu padre está aquí contigo y morirá contigo. Tomaremos esa maldita infusión juntos. Ya hemos hecho los dos todo lo que teníamos que hacer en este maldito mundo.

Nick lo abrazó con más fuerza aún y se sintió, por primera vez en su vida, en casa.

El sol ya entraba a raudales por la ventana cuando Yute bajó al sótano para ver a Lisa. La encontró con los ojos cerrados. Sabía que no había muerto, pero no podía precisar si estaba desmayada o dormida.

—¡Eh! —le gritó, mientras golpeaba los barrotes con una vara. El sonido se metía en el cerebro de la joven y activaba todos los dolores de su cuerpo, que habían permanecido casi dormidos, al igual que ella, durante las últimas horas.

Había perdido la esperanza de que Hausser hubiera recibido su mensaje de auxilio.

—¡Levántate, que tengo planes estupendos para ti! —gritó de nuevo Yute. Ella ni siquiera hizo el esfuerzo de incorporarse.

El teléfono de Cooper vibró. El número que el detective vio en la pantalla le resultaba desconocido. Acabó de colgar su chaqueta en el perchero del despacho y respondió.

—¿Sí?

—¿Detective Cooper? —Escuchó una voz masculina.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy Hausser, de La Casa del Dolor. Ha ocurrido algo extraño y estoy

preocupado. Recibí un aviso de Lisa o de una mujer que decía ser Lisa y que estaba en el sótano de mi casa. Hace tres horas que llamó, pero tenía el teléfono apagado y al encenderlo, hace un momento, escuché en el contestador el mensaje de una de las chicas de La Casa del Dolor. Estoy a casi una hora de Miami, tal vez sea tarde cuando yo llegue. Por favor, daros prisa. Tengo un mal presentimiento.

—¿Cómo? No entiendo...

—¿Por qué Lisa va a ir a mi casa? —preguntó, nervioso y excitado—. Nunca le dije dónde estaba mi casa. El Asesino del vertedero está por ahí suelto, ¿no?... ¿Y si la secuestró?

Cooper intentaba pensar cuántas horas hacía que no había visto a Lisa. Unas doce, más o menos.

—¿Y por qué iba a llevarla Nick al sótano de tu casa?

—No lo sé —titubeó—. Puede que porque está preparado como las salas que tenemos en La Casa del Dolor. Tal vez ella logró avisarme en un descuido de él.

—¿Qué cojones me estás diciendo? —A Cooper se le heló la sangre solo con imaginar que eso fuera cierto. Además, Nick Duncan y Skald estaban juntos, tal y como acababa de confesar Molly Talbot—. ¡Dios Santo! Dame inmediatamente la dirección de tu casa.

La taza con la infusión de hojas de estramonio humeaba entre las manos de Nick. Tras descubrir que Freya era su hermana, antes de que la policía lo relacionara con los crímenes del vertedero, había comprado una tetera eléctrica, pensando en aquel final. Lo malo fue descubrir que en el viejo caserón victoriano no había electricidad, como era de suponer, y tuvo que hacer un empalme en el poste eléctrico más cercano.

—¿Qué sentiste al enterarte de que eras hijo mío? —le preguntó el Monstruo.

—Me pareció una broma de mal gusto. Tanto desear cambiarme por Travis y, al final, también yo era un Skald. Fue una sorpresa y, al mismo tiempo, no lo fue. No sabría cómo explicarlo... Lo que he sentido que me unía a ti siempre estuvo ahí, desde hace años. Lo que no entiendo es que Travis y yo acabáramos en casa de los Longstone.

—Ese es un misterio que solo ellos podrán resolver. Sabían de mi parentesco con Travis, quizás se enteraron del tuyo igual, a través del documento de acogida legal, y quisieron que crecierais juntos. Quién sabe.

—Eran buena gente. Él vino a buscarme a Florida cuando me escapé para verte. Me dio un abrazo cuando vio que estaba sano y es algo que nunca olvidaré. Ella era muy cariñosa también.

Nick comprobó que la infusión tenía ya la temperatura óptima para ser tomada.

—¿Estás preparado? —le preguntó a Skald. Él asintió.

—Esta habitación que está ahí de frente —dijo, señalando la puerta de la derecha que veían desde donde se encontraban— habría sido la que tú compartirías con Travis. Hubierais sido grandes amigos si hubieseis crecido conmigo como hermanos. El otro dormitorio sería el de las chicas. Habríamos sido felices.

Nick asintió.

—¿Qué escribiste en esa carta? —le preguntó el joven, mirando la servilleta que Skald agarraba con fuerza.

—Me disculpo con Olivia por haber participado en el asesinato de O’Kieff. Le prometí que no volvería a matar, pero, entre cumplir mi palabra y acabar con el hombre que te hizo daño, la opción para mí era clara.

Nick lo miró emocionado. Tenía un nudo en la garganta. Aquel depravado acto de amor era para él más importante de lo que Skald lograría entender jamás.

—También indico dónde se encuentra enterrada mi última víctima. Quiero dejarlo todo bien atado. Me voy tranquilo. ¿Bebemos ya?

Nick se tomó de un trago la mitad del contenido de la taza y Skald hizo lo mismo con el resto de la infusión. Ni siquiera lo pensaron, no titubearon. Estaban completamente seguros del paso que iban a dar. Después, se echaron en el suelo juntos. La claraboya del techo inundaba de luz la habitación.

—Enciende ahora el teléfono. Lo rastrearán y llegarán aquí en una hora. Ya estaremos muertos para entonces.

Nick obedeció. Casi de inmediato comenzaron a sentir los cólicos y les sobrevinieron las primeras náuseas, aunque no llegaron a vomitar.

—Te quiero, Nick —le dijo Skald antes de cerrar los ojos para siempre.

—Te quiero, papá.

El joven tardó apenas medio minuto más en morir. Durante varios segundos, un hilo sanguinolento de espuma no cesó de salirles de las comisuras de los labios a ambos.

Lisa estaba lejos, muy lejos de aquel sótano. Al menos, su consciencia lo estaba. Su cuerpo, en cambio, volvía a encontrarse atado a la cruz de San Andrés y, en algún recóndito lugar de su cabeza, sabía que Yute la estaba torturando, pero el dolor había alcanzado ese umbral en el que el propio cerebro desconecta algo por mera autoprotección. Se desmayaba por momentos y, cuando volvía en sí, no estaba del todo despierta.

Yute se miró la mano. Le dolía de sostener el látigo, así que lo tiró al suelo. No entendía cómo aquella mujer soportaba tanto. La había abofeteado, había descargado sus puños contra ella, el látigo... Y ahí continuaba, resistiendo, pero él empezaba a aburrirse. Había dejado de ser excitante aquel juego desde el momento en que comprendió que Lisa no suplicaría por su vida, no le rogaría que parara. Cogió la cuerda de yute que había en el suelo y se la pasó alrededor del cuello. Había llegado el momento de acabar con ella. Se disponía a apretar cuando una voz llegó hasta él, amplificadas por un megáfono.

—¡Policía del condado de Miami Dade! Está usted rodeado. Salga con las manos en alto.

Se quedó paralizado. ¿Cómo demonios habían sabido que él estaba allí? Una esperanza se encendió entonces... ¿Y si no era a él a quien buscaban? Al fin y al cabo, aquella era la casa de Hausser.

Sus ilusiones se vieron renovadas muy pronto.

—Nick Duncan, Hans Skald —gritó una voz, nuevamente a través el megáfono—, salid con las manos en alto.

Yute miró a Lisa, sopesando si le daría tiempo a matarla o si podría usarla como rehén... O si tal vez sería mejor huir de allí, dejándolo todo atrás.

Repasó rápidamente todas las salidas que había en la casa. ¿Cuál elegiría para intentar huir? Lisa no estaba en condiciones para moverse y un rehén al que había que cargar como un peso muerto no era una buena baza.

Entonces vio el arcón en una esquina. Con sus escasas fuerzas, Lisa abrió los ojos, lo vio acomodarse dentro y cerrar la tapa.

Freya no había querido ir a su casa. Allí había recuerdos, álbumes de foto, cosas que le hacían daño. Se instaló en el pequeño apartamento de Colter. Dejó tirada la maleta en una esquina y en lo último en lo que pensó fue en deshacerla, algo impensable en una persona tan metódica como ella.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó él, que llevaba un rato observándola. Ella se había sentado en el sofá y tenía la mirada perdida.

—Tengo un mal presentimiento y no quiero pensar en ello. No quiero... —dijo, en voz queda.

Colter se sentó a su lado en el sofá y la atrajo hacia él para abrazarla.

—¿A qué tienes miedo, Frey?

Ella pensó durante unos instantes antes de responder.

—Sé que quiere ayudar a Nick. Sabe que es su hijo y no permanecerá de brazos cruzados mientras la policía lo persigue como a un animal acorralado, ¿pero qué pretende hacer? ¿Huir para siempre? Es absurdo.

—Quizá pretende conocerlo, simplemente. Puede que quiera hablar cara a cara con Nick antes de regresar a prisión. Ha estado entrando y saliendo de la cárcel varios años. Regresaba siempre, ¿por qué no va a hacerlo ahora?

Freya lo miró, le sonrió con tristeza y le acarició la mejilla.

—Regresaba por mí, para que yo no sintiera que me había abandonado. Volvía a prisión por mí, Colt, porque sabía que estaba sola y que me sentiría más sola sin saber dónde estaba él.

—Pues por eso va a regresar, Freya.

—No, no va a regresar. —Lo miró sin pestañear—. Ahora te tengo a ti y él lo sabe. Te tengo a ti.

Colter asintió.

—Sí, me tienes a mí. Me tienes para lo que sea. Me tendrás siempre —lo declaró con tanta intensidad y pasión que ella no pudo decir nada, simplemente lo besó.

Sus labios se encontraron con desesperación. Había tristeza en el beso, pero también entrega y confianza, una sensación agrisulce que la inundó por completo.

—Te quiero, Colter Bronstein —le dijo entonces, a escasos centímetros de su boca—. Más que eso: te amo. Sé que ya lo sabes, que lo supiste antes que yo misma, pero, aun así, tenía que decírtelo.

Él asintió emocionado.

La policía esperó durante cinco minutos la respuesta de Yute. La casa estaba rodeada y era prácticamente imposible que se escapara, pero cada segundo era decisivo. La vida de Lisa estaba en juego.

—No podemos esperar más —Hopper dijo—. Tenemos que entrar. Si quisiera negociar, ya habría dado señales de vida.

—Quizá no tenga nada con lo que negociar —le susurró Cooper, con la mandíbula apretada. Presuponer que Lisa podría estar ya muerta le dolía más de lo que hubiera imaginado. Había aprendido a respetarla en aquellas semanas que trabajaron juntos.

Hopper negó con la cabeza.

En ese momento, sonó el teléfono de Cooper.

—Es de la comisaría —dijo, antes de responder—. ¿Sí? —Escuchó en silencio—. ¿Cuándo dices que lo encendieron? Ajá. ¿Y dónde? —Apretó las mandíbulas—. ¡Maldita sea!

—¿Qué pasa? —le preguntó Hopper.

—Nick Duncan acaba de encender el teléfono móvil. Lo rastrearon. Está en Fort Lauderdale, en la antigua casa de Skald.

—¿La casa de los horrores?

Cooper asintió.

—Pero si Nick Duncan está en Fort Lauderdale, ¿quién cojones tiene aquí retenida a Lisa?

Cooper maldijo entre dientes.

—¡Chicos! —gritó a los policías que lo rodeaban—, vamos a entrar. Tened sumo cuidado. Una compañera nuestra está ahí dentro. No quiero que sea herida por fuego amigo.

Todos comprobaron que tenían bien ajustados los chalecos antibalas y entraron en la casa. Abrieron la puerta principal con la llave que les había facilitado Hausser y se desplegaron en silencio por las múltiples habitaciones. Todo era nuevo y reluciente. Olía al barniz recién aplicado en la madera del suelo y las escaleras. El sol se filtraba a raudales por las ventanas, aún sin cortinas.

Cooper recordó que Hausser le había hablado de su sala de juegos en el sótano. La había llamado «mazmorra». Quizás la tuvieran ahí. Bajó los escalones, acompañado de varios policías, mientras a sus espaldas escuchaba cómo sus compañeros gritaban: «¡Todo despejado!». Eso indicaba que no habían encontrado nada en la planta baja, la primera planta ni la buhardilla. Si verdaderamente Lisa estaba allí, debían de retenerla en el sótano.

Las escaleras descendían hasta la mazmorra. Estaba en penumbra, no se escuchaba ni el más leve murmullo. Cooper paseó la linterna por los distintos rincones y vio un bulto atado a una cruz.

—¡Arriba las manos! —gritó, pero el cuerpo no se movió.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la leve luz de la linterna distinguió la larga cabellera negra de Lisa. Su cabeza caía sobre el pecho.

—¡Agente herido! —gritó; después miró a los policías que tenía detrás—. Cubridme, chicos. El secuestrador puede estar por aquí escondido.

Apagó la linterna, así sería más difícil que una bala lo alcanzara, y se dirigió a tientas hacia donde recordaba que se encontraba Lisa. Los policías

se desplegaron por todo el sótano y no encontraron a nadie, entonces encendieron la luz y vieron el horror que allí se escondía.

—Lisa, ¿me oyes? —le preguntó Cooper con suavidad. Le buscó el pulso en la garganta y comprobó que estaba viva—. Estamos aquí, Lisa. Ya pasó todo. Soy Cooper.

Trató de enderezarle la cabeza, que caía como un peso muerto sobre su pecho, pero cuando Lisa escuchó el nombre de Cooper, abrió los ojos en un enorme esfuerzo y trató de hablar.

—Yu... Yut... Yute —dijo, entre balbuceos.

—No hagas esfuerzos.

Aquellas palabras activaron el mecanismo de defensa de la joven. ¡Tenía que avisarles dónde se había escondido Yute!

—Arcón —volvió a balbucear, con voz entrecortada, casi ininteligible.

Cooper la miró, alzando las cejas.

—¿Estás tratando de decir algo, Lisa?

—Arc... Arc... Arcón... —insistió ella, sin fuerzas ya.

—¿Hay alguien en el arcón?

Ella asintió.

Los sanitarios estaban bajando ya las escaleras con la camilla. Cooper le susurró algo al oído a uno de sus hombres y salieron del sótano. Varios policías se arremolinaban en la cocina. Cooper les dijo en voz baja:

—Los que subisteis a la buhardilla, ¿visteis un arcón?

—No, señor —respondió uno de ellos.

—Había uno en el sótano, señor —dijo uno de los agentes que había bajado allí con Cooper—. Estaba medio escondido, pegado a la pared del fondo.

—¿Grande?

Asintió.

—¿Tan grande como para que quepa un hombre?

—Sí... Es casi del tamaño de un ataúd.

—Lisa acaba de decirme que alguien se esconde en un arcón, así que vamos

allá.

Todos desenfundaron sus armas y comenzaron a bajar las escaleras. El arcón estaba justo detrás de la cruz de San Andrés. Con un gesto de la cabeza, Cooper indicó a sus hombres que lo rodearan. No tenía echada la cerradura, así que lo abrió usando el pie, sin dejar de apuntar con su pistola. Cuando la tapa cedió completamente, pudieron ver a allí echado a un hombre. Parecía tranquilo. Levantó las manos y entrecerró los ojos, pues le molestaba la luz de las linternas que le apuntaban justo al rostro. Yute no podía ver bien a los policías, pero suponía que lo estaban encañonando. Respiró hondo y maldijo para sus adentros. Lo habían pillado.

—Ya te tenemos, maldito hijo de la gran puta —dijo Cooper con rabia.

Los sanitarios sacaron a Lisa Prendes en la camilla y la condujeron hacia la ambulancia. Un montón de policías se arremolinaban alrededor de la casa. La ambulancia tenía las luces de emergencia encendidas. Algunos vecinos estaban siendo contenidos detrás del cordón policial e intentaban grabar con sus móviles lo que estaba ocurriendo, aunque nadie tenía claro lo que era aún.

Cuando los sanitarios estaban a punto de introducirla en el vehículo, ella escuchó una voz familiar.

—Está viva, ¿verdad? ¡Dígame que está viva!

Lisa abrió los ojos y volteó con dificultad la cabeza. Reconocía aquella voz. Alcanzó a ver a Hausser justo antes de desmayarse. Estaba despeinado y ojeroso, con la mirada extraviada por el miedo.

Los detectives Cooper y Hopper habían salido corriendo hacia Fort Lauderdale, tras ponerle las esposas al desconocido, que se había negado a

decir su nombre. Aquel maldito animal no había dicho ni una palabra mientras lo arrestaban, no había mostrado tampoco ninguna emoción humana. Nadie sabía por qué había secuestrado y torturado a Lisa, pero imaginaban que tenía relación con Nick Duncan, pues ambos eran clientes de La Casa del Dolor.

Antes que Cooper y Hopper, habían llegado ya varios coches patrulla. Uno de los agentes los esperaba fuera de la casa que había pertenecido a Skald.

—Estaban muertos cuando llegamos —dijo.

—¿Muertos? ¿Quiénes? —preguntó Cooper para cerciorarse, aunque ya esperaba la respuesta.

—Nick Duncan y Hans Skald. Creemos que se han envenenado.

—¿Un suicidio? No me lo puedo creer...

—Sí, un suicidio. Skald dejó incluso una nota. —El agente mostró la servilleta mentida dentro de una bolsa de plástico—. Y hay más: otro cadáver, pero este no se suicidó. Lo torturaron. Lo destriparon, literalmente.

Cooper no quiso leer aún la nota de Skald, prefirió entrar para ver la escena. Se puso los guantes de plástico y accedió a la casa. Estaba llena de gente, policías que iban y venían, también los de la científica.

—Los cadáveres están en la primera planta —dijo un agente al que no conocía—. En el sótano se encuentra el zulo donde tuvo retenida a Molly Talbot.

Sin decir nada, Cooper subió las escaleras. Aquella debía de haber sido una casa impresionante cuando Skald vivía allí, pero casi podía decirse que estaba en ruinas. Miró a través de la puerta abierta de la primera habitación que se encontró y vio allí un cuerpo ensangrentado, irreconocible, destrozado... Había sangre por todas partes. Era una verdadera carnicería.

—Creemos que ese puede ser Tate O’Kieff —dijo uno de la científica de la comisaría de Tampa que se presentó como el agente Bertmond—. A Duncan y Skald los tiene usted en la habitación de enfrente.

Cooper dirigió allí sus pasos y vio los cuerpos, uno al lado del otro. Ambos

estaban limpios, vestidos con ropas impolutas que no mostraban ningún signo de haberse manchado con el asesinato del hombre de la otra habitación. «Se han lavado y arreglado para morir», pensó Cooper. Al lado de Nick estaba la taza. Los dos tenían el rostro desencajado y un hilo de sangre en la comisura de los labios, pero, aun así, parecían tranquilos, en paz.

—Maldita sea. Han tenido una muerte plácida. Han elegido por sí mismos cómo irse de este mundo y no lo merecían. No merecían algo así —gruñó Cooper.

Otro policía acababa de subir corriendo las escaleras y les habló desde el umbral de la puerta.

—Está abajo un policía de Miami con dos mujeres. Me enseñó la placa, es el detective Travis Duncan. Como sé que es familia de Skald, no le he dejado entrar, ni a las mujeres tampoco, obviamente, pero insisten.

—¡Me cago en la puta! —exclamó Cooper—. ¿Cómo demonios se han enterado tan pronto?

Dio media vuelta y salió a grandes zancadas para encontrarse con ellos.

El detective Cooper salió de la que había sido casa de Hans Skald para encontrarse con sus tres hijos. El cuarto yacía muerto al lado del Monstruo.

Freya estaba pálida, desencajada. Travis y Olivia, mucho más enteros. Cooper los observó mientras bajaba las escaleras hasta el portón de entrada y se dio cuenta del aire familiar. Los tres tenían los ojos azul hielo de su padre. Nick Duncan, a juzgar por las fotografías que tenían en comisaría, también los había heredado. Freya y Olivia eran rubísimas, mientras que Travis tenía el pelo más castaño, pero los tres poseían rasgos nórdicos y nadie pondría en duda que pertenecían a la misma familia.

Cooper llegó a su altura con paso calmado.

—¿Son ellos? ¿Es verdad que están muertos? —preguntó Travis, sin poder disimular la ansiedad en su voz.

—No os puedo dejar pasar, chicos —dijo Cooper—. Vosotras ni siquiera pertenecéis al cuerpo y tú, Travis, aunque seas uno de nuestros detectives, no estás en este caso y te afecta demasiado de cerca. Entenderás que...

—Lo entiendo, Cooper. No pretendo entrar, solo saber... ¿Son ellos?

Cooper asintió.

—¿Están muertos? —preguntó Olivia.

—Sí, tanto vuestro padre como Nick. Todo parece indicar que se suicidaron. Había una taza cerca de los cuerpos. Debemos analizarla, pero contendrá algún tipo de veneno, seguramente.

—¡Gracias a Dios! —dijo Travis; después frunció los labios y miró a sus hermanas—. Sé que pensaréis que soy un insensible, pero este final era el mejor posible. Mientras ambos estuvieran vivos, no podríamos estar tranquilos. Hemos vuelto a ser testigos de lo fácil que era para Skald escapar de la cárcel. Si permanecía dentro es porque había elegido estar ahí. Hubiese podido escaparse y desaparecer hace décadas... Y en la calle sería un peligro incluso para nosotros y nuestras familias. —Estaba pensando en sus hijos, en la pequeña Melissa y en el bebé que aún no había nacido.

—No eres insensible, te entiendo —dijo Olivia.

Freya no habló, no dijo nada. Su rostro continuaba pálido, pero la frialdad de su mirada no dejaba entrever lo que verdaderamente estaba sintiendo.

—Tengo que volver dentro a procesar la escena, chicos —se disculpó el detective Cooper antes de dar media vuelta y regresar al interior de la casa.

—¿Estás bien, Freya? —le preguntó Olivia.

La joven la miró.

—¿Cómo debo responder a esa pregunta? ¿Quieres saberlo en serio?

—Claro.

—Estoy mal, algo que Travis no entenderá jamás y que tú, aunque más sensible a esto, tampoco entenderás del todo. Sí, estoy mal, jodidamente mal. He llorado cada día por el padre que perdí y me siento culpable por ello, por mi superficialidad, porque yo perdí a un padre asesino que acabó entre rejas, pero decenas de mujeres perdieron la vida por su culpa... Y aquí me tenéis, más de veinte años después gimoteando porque quiero volver atrás sabiendo todo lo que sé y evitar que mi padre mate a nadie, quiero recuperar mi infancia, mi vida, al padre amoroso que me enseñó casi todo lo que sé de la vida y del amor. Y lloro como una niña que quiere recuperar el juguete roto, pero quiere ese, no otro igual que ese. Desea ese, el que rompió.

Travis se acercó a ella y la abrazó por primera vez en su vida.

—Tú no has roto nada, no podrías haber previsto y cambiado nada. Entiendo tu dolor, pero...

—¿Lo entiendes? —le preguntó ella, separándose un poco de él para poder mirarlo a la cara—. No, no lo entiendes. Tu sentimiento no tiene fisuras: lo odias y ya está. Olivia le está agradecida por haberla ayudado y ya está, pero yo... Lo mío es distinto. Él era toda mi vida, lo único que tenía. Lo adoraba, lo reverenciaba... y lo metí en prisión. Descubrir quién era en realidad me destrozó la vida, no he podido jamás volver a confiar enteramente en nadie hasta...

Entonces recordó a Colter Bronstein. Sus palabras. Sus caricias. Su entrega.
—Hasta Colter —terminó Olivia.

—Colter... —repitió ella. Exacto, eso era justo lo que iba a decir. Hasta Colter, el mundo entero permaneció al otro lado del muro que Freya había levantado para protegerse, pero el muro se había derrumbado por completo. Colter lo había destruido, ladrillo a ladrillo, si no... ¿cómo es que ella estaba confesándose así con sus hermanos, con la guardia baja y mostrando todo su dolor?

Freya levantó la mirada del suelo y la dirigió a Olivia y después a Travis.

—Estoy enamorada de Colter Bronstein —les dijo—. De algún modo, lo he estado desde hace veinte años. Los malentendidos nos separaron y él ha tenido la paciencia de esperarme. Estoy enamorada, ¿entendéis? Y nada de lo que digáis de él hará que me aparte. Lo quiero, da igual lo que penséis. Da igual que creáis que los libros sobre nuestro padre lo convierten en un desgraciado. No lo conocéis como yo, no sabéis cómo me ama ni lo que ha hecho por mí en la sombra, sin buscar aplausos, solo para asegurarse de que yo estuviera bien. Lo quiero, ¿entendéis? —repitió de nuevo— y eso no tiene discusión posible ni vuelta de hoja.

—Está bien —dijo Travis—. No somos nadie para cuestionarte a ti ni a tu relación, no te preocupes.

—Regreso a casa de Colter —dijo ella, a modo de despedida.

Freya sacó la llave de su coche e hizo un movimiento de cabeza. Cuando estuvo suficientemente lejos, Olivia le preguntó a Travis:

—¿Te fías de Colter?

—Ni una pizca. Tiene mucho que demostrar y lo estaré vigilando de cerca. Si se piensa que puede reírse de mi hermana, es que aún no me conoce. Le arrancaré la piel a tiras.

Olivia alzó las cejas.

—Por Dios, cálmate. No saques tu lado Skald, ¿quieres? Cuando vinieron a casa, tras regresar de Oregón, vi algo en él... Hay cosas que no se pueden ocultar. Bronstein está enamorado de ella, pero aun así me da miedo. Es un periodista, al fin y al cabo. ¿Quién nos asegura que no le tentarán con ofertas para que cuente todo este lío del Monstruo del Florida y del Asesino del vertedero?

—Más le vale que la quiera de verdad y que no saque tajada de toda esta tragedia o entonces sí que voy a sacar mi lado Skald —sentenció Travis, con la mandíbula apretada.

Tras procesar el escenario, Cooper se acercó al joven de la policía científica que estaban acabando de etiquetar una de las pruebas.

—¿Me dejas la nota de Skald? —le pidió.

El joven la sacó del maletín. Estaba guardada en una bolsa de plástico y expandida, para poder leerla sin sacarla del envoltorio que la protegía.

Cooper observó el papel. Estaba arrugado. Skald lo tenía fuertemente agarrado en la mano derecha y por culpa del *rigor mortis* fue difícil abrir sus dedos, que lo presionaban con fuerza. Comenzó a leer.

Freya: no me iría así si no supiera que ya hay alguien en tu vida que te amará y te protegerá tanto como te amo y te protejo yo mismo. Te quiero más de lo que creí posible querer a nadie. Has sido siempre la luz de mi vida, lo mejor de mí. Los doce años que pasé a tu lado han compensado

todo lo sufrido. Has dado sentido a cada minuto de mi existencia.

Olivia: perdóname por haber roto la promesa que te hice. Nick me necesitaba más que tú en esos momentos. Si te sirve de consuelo, no hice nada, solo permití que él lo hiciera y créeme, O’Kieff se lo merecía. Aun así, perdóname. Tener que traicionar tu palabra me ha roto el corazón. No dejes de brillar como lo haces, mariposa mía. Que la vida te ofrezca siempre todo el amor que mereces.

Travis: eres un gran hombre y un gran padre. No hay nada de mí en ti, no temas, y agradezco todas las cosas buenas que has heredado de tu madre y ese sentido del honor y de la justicia que te inculcaron los Longstone. Sé feliz y haz felices a tus hijos.

Policía de Miami: en el kilómetro 76 de la carretera nacional que une nuestra ciudad con Fort Lauderdale, a los pies de un gran magnolio, encontraréis enterrado el cuerpo de Marit Ekberg. Es la única víctima de la que no os había hablado. La asesiné hace dieciséis años en una de mis múltiples escapadas. Cuatro años atrás había atacado a mi hija Freya en Oslo y quise asegurarme de que no volvería a hacerlo.

Eso es todo. Si puedo pedir un último deseo, es este: quiero que incineréis mi cuerpo y el de Nick, que unáis nuestras cenizas y las tiréis al mar.

Los tres hermanos y sus parejas estaban reunidos en la habitación del hospital, al lado de Alana. Habían pasado dos días desde el doble suicidio de Skald y de Nick Duncan, y la policía ya había ofrecido una versión oficial.

—Todo parece indicar que Nick llevó a su madre a la casa de Fort Lauderdale, que jamás la llevó al hangar donde torturó, violó y asesinó a las otras víctimas. Vivió con ella allí durante el mes que la retuvo y, por algún motivo, Skald supo exactamente dónde ir a buscarlo —explicó Kurt

Donahue, que estaba sentado al lado de su esposa Olivia y agarraba con fuerza su mano.

—Nick me envió una carta al periódico —dijo Colter—. En ella decía que le había halagado que yo saliera en la televisión para enviarle un mensaje. Me decía también que se encontraba tranquilo en su hogar. Su hogar... La casa de Hans Skald en Fort Lauderdale. La casa de su padre era su hogar. —Pasó el brazo sobre los hombros de Freya, que estaba a su lado y se estremeció levemente.

—¡Joder! —exclamó Travis—, por eso lo supo Skald. Yo le hablé del contenido de esa carta cuando estaba en la cárcel. Ahora que lo pienso, fue cuando comenzó a comportarse de manera extraña, diciendo que estaba enfermo, que necesitaba un médico, a gritos... ¡Era una contraseña! Así fue como avisó a los presos con los que estaba confabulado para que lo ayudaran a escarpar. Se dio cuenta de dónde podría estar Nick en cuanto le dije que él había escrito que se encontraba en su hogar...

—Soltaron a Molly Talbot —continuó Kurt— y, o bien secuestraron juntos a Tate O’Kieff o ya lo había hecho previamente Nick. Lo cierto es que, según la carta de Skald, fue solo Nick quien torturó a su padre de acogida. El Monstruo lo consintió. Ninguno de los dos tenía ya nada que hacer tras esta última venganza y la cárcel no era una opción viable para ninguno. Escapar tampoco. En la autopsia detectaron en Nick un glaucoma que lo habría dejado ciego. No, no había más opciones para ellos que la muerte. Para Nick, por su ceguera, para Skald porque, con lo poco que lo conozco, no creo que pudiera soportar seguir viviendo después de ver morir a uno de sus hijos, aunque fuera Nick y solo hubiera sabido de su existencia pocos días atrás. Se envenenaron con estramonio.

—¿Cuándo nos entregarán los cuerpos? —pregunto Freya—. Solo podré dar por finalizado este capítulo de mi vida cuando cumpla la última voluntad de mi padre.

—Esta tarde —dijo Kurt.

Hacía dos días que Lisa había sido ingresada. Sus heridas, sin ser mortales, sí eran de una importancia considerable. A las provocadas por el látigo en el torso había que añadir una costilla rota y fractura en el pómulo derecho. Además, la paliza le había dejado hematomas por todo el cuerpo y desprendimiento de retina en el ojo derecho.

El comisario Prendes no se había separado de su lado nada más que para asistir al interrogatorio del secuestrador de su hija, que se había negado a declarar en todo momento, de manera que el comisario estaba lleno de dudas y de preguntas que le rondaban la cabeza. ¿Dónde había secuestrado aquel tipo a Lisa? ¿Por qué la había llevado a casa del tal Hausser? Y, sobre todo, ¿por qué Hausser no se había movido de la sala de espera en los dos días que Lisa llevaba hospitalizada?

Tras tomarle las huellas digitales, descubrieron que el secuestrador estaba fichado por la policía por un delito de estafa cometido trece años atrás. Su verdadero nombre era Arthur James Horton y era natural de Misisipi. Trabajaba como ingeniero informático en una empresa de *software* y vivía solo en un apartamento al lado de la casa de Tiffany Torben, una de las víctimas del Asesino del vertedero. Cuando le enseñaron la foto al relojero que había hablado con Lisa y que había reconocido al novio de Lucy Woodson como uno de los que le había llevado el reloj de oro de Cartier para grabar, aseguró que aquel era el rubio alto que había acompañado a Milton Zacher y que se comportaba como el jefe de la banda de pedófilos. Aunque Yute no dijo ni una palabra, Adam Advertine, el operario del vertedero que encontró el cadáver de Lucy Woodson, estaba mucho más abierto a conversar y contar todo lo necesario para que no lo metieran en el pabellón de los presos comunes, donde un pedófilo como él no iba a ser Míster Popularidad, precisamente.

El comisario Prendes fue hasta la sala de espera y enfrentó a Hausser. Sabía

de sobra que era el administrador de La Casa del Dolor, el club sadomasoquista que habían estado investigando, y no le gustaba nada que estuviera allí.

—¿Señor Van Der Lem? —preguntó.

Hausser levantó la mirada de la revista que estaba leyendo.

—¿Sí?

—Soy el comisario Prendes. El padre de Lisa. ¿Puedo preguntarle qué hace usted aquí?

Hausser cuadró los hombros y se puso a la defensiva.

—No, no puede. Estoy en un lugar público, en un país libre. Lo que haga aquí es cosa mía. —No quería decirle que estaba allí por Lisa, pero tampoco quería negárselo.

—No vengo a echarlo, vengo a recomendarle amablemente que se largue. No sé qué ideas se habrá hecho usted sobre mi hija, tras conocerla durante la investigación, pero le aseguro que es una policía muy seria que no se va a involucrar con alguien que tenga algo que ver, del modo que sea, con un caso... Y menos si es alguien con unos gustos como los suyos —pronunció con cierto desdén.

Hausser no entró al trapo. No respondió nada. Abrió de nuevo la revista y siguió leyendo. Al ser ignorado, el comisario Prendes dio media vuelta y regresó a la habitación en la que su hija se encontraba convaleciente.

Freya y Olivia, acompañadas de Kurt y Colter, habían avisado a la funeraria para que fueran a recoger los cuerpos de Hans Skald y Nick Duncan en el depósito de cadáveres de la policía. Travis se había negado a acompañarlas, sin embargo, cuando llegaron al tanatorio y se encaminaron hacia la sala de las incineraciones, él estaba allí, con el ceño fruncido y las manos en los bolsillos, a pesar de que había jurado que no dejaría sola a Alana en el

hospital ni un minuto por un par de hombres que no significaban nada en su vida y que solo habían traído dolor al mundo.

Melissa iba en los brazos de Freya y, cuando vio a su padre, empezó a llamarlo con su vocecita infantil y a estirar los brazos hacia él. Travis la abrazó y la besó.

—Pensé que no ibas a venir. Dijiste que... —comenzó Freya.

—Skald dejó una nota de suicidio —la interrumpió él.

—¿Cómo?

Colter, Olivia y Kurt se acercaron a ellos, con idéntica cara de asombro.

—¿Y qué dice en ella?

Travis sacó del bolsillo del pantalón un folio doblado, la copia que le había dado Cooper, y comenzó a leer:

Freya: no me iría así si no supiera que ya hay alguien en tu vida que te amará y te protegerá tanto como te amo y te protejo yo mismo. Te quiero más de lo que creí posible querer a nadie. Has sido siempre la luz de mi vida, lo mejor de mí. Los doce años que pasé a tu lado han compensado todo lo sufrido. Has dado sentido a cada minuto de mi existencia.

Freya suspiró profundamente. Era justo el tipo de despedida que imaginaba que su padre escribiría. Colter se colocó detrás de ella y la abrazó por la espalda. Ella cerró los ojos y asintió.

Travis continuó leyendo:

Olivia: perdóname por haber roto la promesa que te hice. Nick me necesitaba más que tú en esos momentos. Si te sirve de consuelo, no hice nada, solo permití que él lo hiciera y créeme, O’Kieff se lo merecía. Aun así, perdóname. Tener que traicionar tu palabra me ha roto el corazón. No dejes de brillar como lo haces, mariposa mía. Que la vida te ofrezca siempre todo el amor que mereces.

Olivia dio una patada al aire y murmuró algo que no podían entender. Kurt

la tomó fuertemente de la mano.

—A mí me ha escrito esto —dijo Travis, y siguió leyendo la nota—:

Eres un gran hombre y un gran padre. No hay nada de mí en ti, no temas, y agradezco todas las cosas buenas que has heredado de tu madre y ese sentido del honor y de la justicia que te inculcaron los Longstone. Sé feliz y haz felices a tus hijos.

—¿Y ya está? —preguntó Olivia— ¿Eso es todo?

—No —informó Travis—, también le escribe unas palabras a la policía.

Mirad:

En el kilómetro 76 de la carretera nacional que une nuestra ciudad con Fort Lauderdale, a los pies de un gran magnolio, encontraréis enterrado el cuerpo de Marit Ekberg. Es la única víctima de la que no os había hablado. La asesiné hace dieciséis años en una de mis múltiples escapadas. Cuatro años atrás había atacado a mi hija Freya en Oslo y quise asegurarme de que no volvería a hacerlo.

—¿¡Qué!?! —preguntó Freya. Miró a Colter, que estaba pálido como un enfermo—. Esa es la mujer que me atacó delante de ti en Oslo, Colt. ¡La mató!

Colter no pronunció ni una sola palabra. Se pasó nerviosamente las manos por el pelo.

—Al indicarnos el paradero de su última víctima, cierra un ciclo. La policía ha buscado donde él indicó y, en efecto, encontraron unos huesos cubiertos de lo que parecía ser un viejo vestido. Harán pruebas, pero no creo que Skald haya mentado. Será Marit Ekberg. Se la quitó de encima para asegurarse de que no intentara hacerle daño a Freya de nuevo.

Colter carraspeó nervioso. Un hombre del tanatorio salió de detrás de una puerta con dos pequeñas urnas que contenían las cenizas. Salieron de la sala y se encaminaron hacia la playa, que quedaba muy cerca. Dieron un paseo,

bordeando la costa. Subieron por un pequeño camino hasta un alto desde el que se veía el horizonte, el mar. Había un banco y Freya, que llevaba una de las urnas, se sentó. Olivia, que llevaba la otra, hizo lo mismo, a su lado.

—Vamos a mezclar las cenizas ya —propuso Olivia. Tomó la urna de Freya y lo hizo ella misma, mientras su hermana tenía la mirada perdida en el horizonte. Después le paso la urna con las cenizas de ambos.

Freya tomó el pequeño recipiente entre las manos y sin pensarlo, sin más ceremonias, sin decir ni una palabra, lo destapó y dejó que las cenizas volaran libres. Todos observaron cómo se alejaban, en absoluto silencio.

—En el fondo, esto es lo mejor. Ya no sufrirán más. Ya no harán sufrir más. Se ha acabado, por fin.

—Sí —dijo Olivia.

—Pienso igual —respondió Travis, que acunaba a Melissa, pues se había quedado dormida en sus brazos.

Kurt y Colter estaban varios pasos más atrás que ellos, respetando aquel extraño momento. Aquella despedida.

El teléfono de Travis vibró. Lo sacó como pudo del bolsillo de su pantalón, tratando de no despertar a su hija.

—¿Sí? —respondió—. ¿Cómo? ¿Ya? ¡Ahora mismo voy!

—¿Es Alana? —preguntó Freya, mientras él le pasaba a la niña y esta la cogía con sumo cuidado.

—Sí. Ha tenido la primera contracción. —Las últimas palabras ya casi no las escucharon, pues él había comenzado a correr como alma que lleva el diablo.

Erik Duncan nació esa misma noche, a las cuatro de la madrugada. A su padre le dio tiempo de sobra a llegar para acompañar a Alana en las contracciones y, más tarde, pasar al paritorio y cortar el cordón umbilical. Travis lloró al ver a su hijo, cuyos ojos azules eran como los de la pequeña Melissa y también como los del propio Travis, los de Olivia y los de Freya. Un legado de Hans Skald.

Freya se hizo cargo de su sobrina Melissa mientras sus padres estaban en el hospital con Erik y pidió una excedencia, que su jefe le concedió de inmediato. Necesitaba tiempo para sí misma, tiempo para pasar página y tiempo para pasarlo con Colter.

Cuando le dieron el alta a Alana y a Erik, Melissa volvió a su casa con sus padres y su hermano, y Freya y Colter se quedaron solos en el apartamento de ella, al que él se había mudado sin planteárselo demasiado, como un acto de lo más natural. Pero durante esa semana apenas hablaron de nada y no hubo entre ellos demasiada intimidad, debido a la presencia de la niña y también al estado de ánimo de Freya.

—He pensado —dijo Colter—, que tal vez te apetezca conocer mi casa del lago. Tienes unos días libres y podríamos irnos juntos.

—¡Sí! —exclamó ella, ilusionada—. Es una gran idea. ¿No será demasiado caos para Arisco? He leído que a los gatos no les gusta mucho el cambio y ahora que ya se está adaptando a mi casa...

—Creo que Arisco es un gato viajero. ¿No ves la alegría con la que se sube siempre al coche?

Acababan de dejar a Melissa en casa de Travis y conducían de vuelta al apartamento de Freya en Little Havana.

—¿Hay algo que pueda hacer para que te animes? —preguntó Colter.

—La idea de ir a tu casa del lago me anima... Y también me animaría que no me trataras como si me fuera a romper.

Él sonrió.

—Te notaba extraña estos días, quise darte espacio, que estuvieras tranquila, pero que me tuvieras ahí. No sabía si es que estabas agobiada por ocuparte a tiempo completo de Melissa o porque, simplemente, esta situación aún te afecta demasiado. La muerte de tu padre, ya sabes... En fin, no te quería agobiar.

Freya lo miró. Sentía la emoción en el pecho creciendo, ocupándolo todo. Colter...

—Gracias. Gracias por estar ahí, gracias por respetar mi espacio y mis tiempos, por no agobiarme. Gracias por todo.

Él comenzó la maniobra de aparcamiento delante del apartamento de Freya.

—No tienes que darme las gracias.

—Ya lo creo que sí. Tengo que dártelas por tanto...

Se bajaron del automóvil y caminaron hacia el apartamento, tomados de la mano. Freya abrió la puerta y entró primero. Colter la seguía. Cuando ella se dispuso a dejar el bolso sobre el sofá, sintió que él tiraba del cinturón de su abrigo hasta hacer que ella retrocediera y chocara contra él. Se rio. Iba a darse la vuelta para besarlo, pero Colter se lo impidió.

—Quédate así —le dijo. Ella obedeció, conteniendo la respiración.

Colter comenzó a besarla. Le apartó el pelo y sus labios llegaron hasta el lóbulo de la oreja. Con habilidad, deshizo el nudo del cinturón del abrigo y lo dejó caer al suelo. Tocó sus pechos por encima de la ropa y metió las manos por debajo de la camisa para sacárselos por encima del sujetador, sin

desnudarla. Empezó a pellizcarle los pezones y ella gimió, se arqueó. Como él le impedía darse la vuelta, Freya tanteó con su mano hasta colocarla sobre su erección y empezó a manosearlo hasta arrancarle unos gemidos igual de desesperados que los suyos.

—Necesito que me folles, Colt. Lo necesito ahora —gimoteó.

Por fin pudo darse la vuelta y afanarse por desabrochar el cinturón masculino. Bajó los pantalones de él sin llegar a quitárselo y levantó su falda.

—Putas medias —gruñó Colter mientras se las rompía—. Y putas bragas —volvió a decir, mientras las desgarraba también, ansioso y con prisa.

—¡Dios! —exclamó Freya, sin soltar su erección, envolviéndola con su mano y moviéndose rítmicamente.

Camaron a trompicones hasta el sofá. Ella cayó de espaldas. Él estaba rasgando con los dientes el envoltorio del condón que acababa de coger del cajón de la mesa auxiliar y se lo puso deprisa. Se abalanzó sobre ella y la penetró con ferocidad. Ambos gritaron.

—Joder —dijo Colter entre dientes, justo antes de comenzar a entrar y salir de ella enfebrecido. Tiró hacia arriba de la camisa y hacia abajo del sujetador, que se habían recolocado, para liberar los pezones de Freya y los chupó mientras no paraba de moverse.

—¡Sigue, sigue! —le exigía ella, que estaba a punto de correrse. Entonces el orgasmo estalló, como si un látigo le recorriera la espalda y un incendio devastara sus entrañas. Gritó de placer y, cuando se hubo calmado, él la cogió en brazos para cambiar de postura sin dejar de penetrarla. Se sentó en el sofá y la colocó a horcajadas sobre él.

—Ahora fóllame tú —le dijo—. Haz que me olvide hasta de mi puto nombre.

Freya empezó a mover la pelvis dibujando círculos, apretando los músculos vaginales para succionarle la polla. Él echó la cabeza hacia atrás y comenzó a murmurar su nombre como una letanía. Todo su cuerpo se tensó cuando estaba a punto de correrse. Abrió entonces los ojos para mirarla, la agarró

fuerte por las nalgas para hundirse más profundamente en su interior y el placer explotó dejándolo exhausto.

Ella se dejó caer sobre él, que la abrazó fuerte y la besó en el cuello. Freya no podía verlo, pero Colter frunció el ceño y apretó la mandíbula, preocupado. Había algo que necesitaba hablar con ella y no quería dejar que pasara más tiempo.

Freya había ido a ver al pequeño Erik a casa de su hermano Travis, y Colter aprovechó para conducir hasta Fort Lauderdale y ver al suyo. La conversación que tenía pendiente con Holden no era agradable, al contrario. De hecho, le supondría un enfrentamiento con su hermano y lo sabía.

Aparcó el coche delante del edificio de apartamentos en el que vivía y llamó a la puerta. Unas horas antes, Colter le había enviado un escueto «tenemos que hablar» y Holden le había respondido con un lacónico «te espero a las cinco».

Su hermano abrió la puerta. Tenía el ceño fruncido y el pelo revuelto. Colter pasó sin ser invitado. La puerta se cerró detrás de él y ambos se miraron a los ojos.

—¿Vas a casarte con Freya? ¿Eso es lo que me vienes a decir? —preguntó Holden.

—No.

—Me he enterado del suicidio de Skald.

—Dejó una nota.

Holden lo miró sin comprender.

—¿Y?

—En ella informa a la policía de que, varios años atrás, se escabulló de la cárcel y asesinó a Marit Ekberg. Les dice dónde pueden encontrar sus restos —la voz de Colter era fría como el hielo.

—¿Qué? —Holden se pasó las manos por el pelo. Dio una vuelta sobre sí mismo y luego miró de nuevo a su hermano—. Eso es bueno, ¿no? Quiero decir...

—Necesito contarle la verdad a Freya, Holden.

—¡No! —exclamó fuera de sí—. ¿Estás loco? ¿Para qué?

—No puedo empezar una relación así, entiéndelo...

Holden se alejó de él. Fue hasta el gran ventanal que daba al jardín trasero y apoyó la frente en el cristal. Tardó en responderle.

—Este momento tenía que llegar, Colter, porque eres gilipollas de remate. ¿Por qué narices necesitas contarle algo que nadie nunca sabrá? Además, no es tu historia, es la mía. ¡Me lo prometiste!

—Te lo prometí porque había perdido toda esperanza de que Freya y yo algún día... Pero no quiero cimentar nuestra relación sobre una mentira.

—No se lo puedes contar. Te lo prohíbo, ¿me oyes? ¿Y si va a la policía y nos denuncia? Su hermano y su cuñado son detectives, joder.

—Freya no haría eso. Lo entenderá.

—¿Entenderlo? ¿Por qué? ¿Porque es la hija de un asesino en serie? No, no lo entenderá. Si esto llega a oídos de mamá, la mataremos de un disgusto.

—El delito ha prescrito, Holden. No pueden hacernos nada. Y, en todo caso, fue un accidente.

Colter metió las manos en los bolsillos, miró al suelo y dijo, antes de irse:

—Está en tus manos. Tú decides. No voy a romper el juramento que te hice, pero no puedo vivir así con ella, sabiendo que le miento, que hay algo muy importante que no sabe. No puedo, ¿entiendes? Está en tus manos que yo libere mi conciencia con la mujer con la que pienso pasar el resto de mi vida.

Como Holden no le respondió, Colter salió de su casa y regresó a Miami. Aquello era una sombra negra sobre su relación. Le afectaría. Ya le estaba afectando. Cuando miraba a Freya a los ojos, se sentía un traidor.

Freya y Colter hicieron las maletas e iniciaron el viaje a Orlando. Llegaron al lago Formosa aquella misma noche. Sacaron el equipaje del maletero y lo dejaron frente a la puerta de entrada. Arisco saltó desde el asiento trasero y se fue a inspeccionar la zona.

La casa estaba rodeada de árboles y daba justo al lago. Incluso tenía un pequeño embarcadero. Ella lo sabía porque Colter se lo había dicho, pero no era capaz de ver nada por culpa de la oscuridad.

—Espera aquí, tengo algo que hacer —le dijo Colter, mientras buscaba las llaves para abrir y entraba a toda prisa para encender los interruptores.

La casa entera se iluminó, tanto las luces del interior como las exteriores, y entonces Freya pudo verla en todo su esplendor. Era maravilla, toda de madera, e invitaba a entrar y quedarse allí para siempre.

Cuando Colter salió, la encontró mirando embobada cada detalle, desde las enormes ventanas hasta la chimenea de piedra.

—Es extraordinaria —le dijo.

—Sí, lo es, pero ahora mírame a mí —pidió él.

Freya lo miró con una sonrisa enorme.

—¿Qué? —preguntó ella, porque no sabía interpretar aquella mirada masculina.

—¿Recuerdas la primera vez que nos besamos, en la cabaña de Travis, cuando te subí en brazos a la habitación?

—Claro.

—Te dije que lo hacía porque soy un tipo clásico, un hombre que valora los ritos, ciertas tradiciones... No siento que vivamos juntos, Freya, a pesar de que no nos hemos separado desde que llegamos de Oregón. No siento tampoco que nuestra vida haya cambiado. Hemos compartido casa por comodidad, hasta ahora. Lo hicimos de una manera natural, sin plantearnos nada, pero quiero que nos lo planteemos. Quiero conocerte a fondo, Freya Christa Skald. Quiero vivir contigo y descubrir todas tus manías, y que tú descubras las mías. Quiero que limemos asperezas hasta estar tan

compenetrados que no recordemos siquiera el tiempo en el que no estábamos juntos. ¿Quieres vivir conmigo? ¿Quieres probar si somos el uno para el otro lo que ambos intuimos que somos y después, fugarte conmigo a Las Vegas para casarnos disfrazados de Elvis y Marilyn? ¿Quieres que esta deje de ser mi casa para convertirse en la nuestra y llenarla de animales y de libros y de niños... y de amor?

Ella sonrió, con lágrimas en los ojos.

—Sí, quiero —respondió muy solemnemente, con la voz entrecortada.

—Entonces ven aquí —le dijo, y la cogió en brazos para traspasar con ella el umbral. Freya se abrazó a él y comenzó a besarlo en las mejillas, el cuello, los labios. Eran besos rápidos que le iba dando entre risas.

La dejó en el suelo justo en el centro de la sala, donde había una enorme chimenea.

—No la he amueblado. Quiero que lo hagamos juntos, poco a poco.

Ella asintió. Estaba tan emocionada que no conseguía encontrar las palabras exactas para expresar lo que estaba sintiendo.

—Este es el primer día del resto de nuestra vida. Te haré feliz, Freya, y sé que tú me harás feliz a mí.

Se acercó a él, se puso de puntillas y lo acarició antes de depositar un beso leve en sus labios.

—Eres el hombre más extraordinario que he conocido en mi vida, Colter Bronstein y sí, te lo juro, te haré tan feliz como tú me haces a mí. Quiero una vida contigo, feliz y plena, larga, muy larga. Una vida sin más misterios, malos entendidos ni secretos. Te amo, Colter. Muchísimo —recalcó ella.

—Y yo a ti —murmuró él contra su boca, mientras la sombra negra del engaño amenazaba con romper aquella inmensa felicidad... Porque quería decírselo todo a Freya, contarle la verdad, para que nada se interpusiera entre ellos, ni la más leve sombra de una mentira. Pero no podía. Había dado se palabra de que no lo contaría.

Epílogo

Casi un año más tarde...

Colter y su madre llevaban horas preparando la cena de Acción de Gracias. El pavo era el plato principal, pero también habían cocinado una increíble variedad de entremeses y, como postre, una tarta de manzana, que era la especialidad de los Bronstein.

Holden y Freya llevaban más de una hora en la sala, sentados uno frente al otro, en los viejos sofás de tela verde. No se sentían cómodos estando juntos y eso se notaba. De hecho, había sido manifiesto desde el primer fin de semana que la pareja había ido a visitar a la madre de Colter. Mientras la señora Bronstein había sido un verdadero encanto con Freya, Holden apenas le había dirigido la palabra. «Está enfadado conmigo por otros asuntos, no le des más importancia», le había dicho Colter.

—Vi ayer en la televisión que al fin había finalizado el juicio contra los pedófilos de internet —dijo Holden, para romper el hielo.

—Sí... Casi cien hombres condenados a penas de entre catorce y veintiún años de prisión. Ojalá se pudran allí dentro —dijo ella, con un gesto que mostraba toda su repugnancia.

Holden estaba de acuerdo. Sobrevino un silencio tenso de varios minutos y él volvió a intentarlo.

—Vete pensando por qué vas a dar las gracias. Como eres la invitada de honor, mi madre te cederá el dudoso privilegio de dar el discurso durante la

cena —le dijo Holden, sacándola de sus pensamientos.

—Lo tengo más que claro. Daré las gracias hoy y siempre por lo mismo. Por Colter. «Gracias, Señor, por poner a Colter en mi camino», esa será la letanía que me escucharéis hasta el fin de mis días —respondió Freya con una sonrisa en la cara.

Holden respiró hondo. En la cocina se escuchaban ruidos de cacerolas y la conversación animada de Colter y su madre.

—No creí que lo vuestro durase ni un mes. Sinceramente, no pensé que fueras a hacerle caso. Estuviste enfadada durante demasiado tiempo por los libros que publicó. Lo vuestro no pintaba bien, pero me equivoqué.

Freya pensó si era conveniente hacerle la pregunta que le estaba quemando en los labios. Finalmente, se decidió.

—¿Estás enfadado con él por eso? ¿Por lo nuestro?

Holden negó con la cabeza.

—Mira, Freya, no tengo nada contra ti y quiero que eso te quede claro. Mi problema es con mi hermano. Me preocupa. No usa la cabeza cuando se trata de ti.

—Eso no es cierto. Es maduro, centrado. Te equivocas con él. Llevamos casi un año juntos, ¿le has visto hacer tonterías? Es un hombre responsable.

—Sé que lo es. Cuando tú no estás cerca es todo eso, pero si a ti te pasa algo, si siente que estás en peligro, pierde el norte. No piensa, solo actúa... Y me da miedo.

Holden se levantó del sillón y entró en la cocina. Regresó al poco tiempo con dos cervezas frías y le tendió una a Freya.

—¿Te refieres a lo que hizo en Nápoles?

—No, eso fue una tontería... Voló a Italia para demostrar que tú no eras quien había robado los documentos de la facultad. —Él dirigió una mirada rápida hacia la puerta cerrada de la cocina—. No quiero hablar de esto aquí. Mi madre podría escucharnos. ¿Damos una vuelta?

Freya asintió. Holden se asomó a la puerta de la cocina.

—Voy a enseñarle a Freya las obras de la casita de invitados. Ahora volvemos.

—De acuerdo —se escuchó la voz de Colter.

Holden le hizo un gesto con la cabeza, indicándole que lo siguiera y ella obedeció.

La noche estaba fresca, pero nada comparado con lo que estaba ocurriendo en Nueva York y otros estados del norte, donde las nevadas habían impedido a muchas personas llegar a las casas de sus familiares para celebrar Acción de Gracias y se habían quedado atrapados en aeropuertos y estaciones de tren y autobús.

—Cuando murió tu padre, Colter vino a verme. Necesitaba que le diera permiso para contarte algo, pero yo no estaba preparado. No quería que lo hiciera. No me fiaba de ti. Él me dijo que sentía que te estaba traicionando, que necesitaba decírtelo, pero me negué... Colter y yo siempre hemos chocado, somos muy distintos. Él es todo pasión y corazón; yo soy más cerebral y más práctico. Pero nos queremos mucho y esto nos ha separado.

—¿Lo nuestro os ha separado? —preguntó Freya, preocupada.

Estaban caminando despacio, siguiendo el sendero de baldosas que rodeaba la propiedad de los Bronstein en Fort Lauderdale. Las luces del vecindario estaban encendidas. Las familias comenzaban a reunirse alrededor de las mesas del comedor.

—No, lo vuestro no. Lo que nos separó es que yo me negara a que tú supieras lo que estoy a punto de contarte. Quiero a Colter, deseo que sea feliz. Si no le permití contártelo antes fue por miedo y porque la culpa me ha acompañado desde esa noche en la que ocurrió...

—¿Qué ocurrió?

Holden parecía nervioso, incómodo en su propia piel.

—Habían pasado casi cuatro años desde que vosotros dos os habíais conocido en Oslo. Colter no dejaba de pensar en ti. Estaba preocupado a todas horas. Decía que la loca que te había atacado volvería a hacerlo en

cuanto saliera de la cárcel, así que pidió a un amigo suyo que trabajaba en la aduana que le avisara si Marit Ekberg entraba en el país.

Holden se detuvo y la miró. En cuanto Freya escuchó el nombre de aquella mujer y recordó la declaración de su padre en su nota de suicidio, un nudo se le instaló en el estómago.

—Entonces empecé a notar muy nervioso a Colter. Venía a deshoras, apenas dormía, faltaba a las clases en la facultad. Le pregunté qué le pasaba y me lo contó. Me dijo que tú habías regresado a Miami y estudiabas en la universidad y que Marit Ekberg acababa de entrar de nuevo en el país. Temía que viniera a hacerte daño, así que montó guardia ante el apartamento que compartías con unas compañeras. Me preocupé más cuando tardó tres días en aparecer por casa. Lo llamé, le pregunté dónde estaba. Me dijo tu dirección, que había visto a Marit rondando tu edificio, que había hablado con la policía y no le habían hecho caso. De hecho, le preguntaron, desconfiados, que cómo sabía él por dónde se movía Marit Ekberg. No sé qué respondió.

»Ese día fui a buscarlo. Hacía tres días que no sabíamos de él y mi madre estaba preocupada. Lo encontré agazapado tras los setos del parque que había frente a tu edificio. Me obligó a esconderme con él. Estaba tratando de convencerlo de que dejara de jugar a los detectives cuando vimos a Marit tratando de colarse en el edificio. Colter corrió hacia ella para impedirlo. Fui tras él. Marit debió de escuchar nuestros pasos, porque se volvió y reconoció a Colter en el acto. Se quedó paralizada unos segundos, pero después sacó algo del bolso y caminó hacia mi hermano. Yo aparecí por su derecha y me abalancé sobre ella. Creí que sacaría un arma y, en efecto, así fue.

»No quería hacerle daño, solo proteger a Colter. Ella se calló, se golpeó con la cabeza en el bordillo. Todo estaba lleno de sangre. Lo comprobé, no tenía pulso. No sabíamos qué hacer. Llamar a la policía era complicado. Colter ya había tratado de explicarles que tú corrías peligro. ¿Qué pensarían ahora de nosotros? Nos asustamos. A Colter se le ocurrió llamar a tu padre. Sabía que él disponía de un móvil de forma clandestina. Hablaron un rato. Se lo contó

todo, tal y como había ocurrido, y Skald le dijo que debíamos irnos de allí, que él se ocuparía de todo. Lo último que vi, antes de alejarnos, fue el enorme cuchillo que llevaba en el bolso. Mis manos estaban manchadas de sangre, de eso me di cuenta después, así que debí de mancharme cuando me agaché para comprobar si estaba viva, no lo sé... No recuerdo casi nada de lo que pasó desde el instante en que supe que estaba muerta. Skald se ocupó de todo, no sé cómo lo hizo. Al día siguiente, no quedaba ni rastro de lo ocurrido allí y nadie echó nunca en falta a Marit Ekberg.

»Le hice prometer a Colter que jamás hablaríamos del tema, que no se lo contaríamos a nadie, pero él no quiere tener secretos contigo y... —No pudo continuar.

Freya había permanecido muda durante toda la narración. Ya no estaban caminando. Se habían parado, pero no sabía cuándo se había detenido. Dio un paso hacia Holden y lo abrazó.

—No fue tu culpa.

—Maté a un ser humano, Freya.

—Lo sé, pero no fue tu culpa. No hubo premeditación. No hubo deseo de hacer daño. Fue un accidente. Solo estabas protegiendo a tu hermano de una mujer desquiciada que pretendía atacarlo. Colter y tú me habéis salvado la vida y tú se la has salvado a él. Tu secreto está a salvo conmigo, Holden.

En ese momento, Colter salió por la puerta principal y los llamó.

—¡Ey, vosotros! La cena ya está lista.

Caminaron hacia la casa en silencio. Freya sentía un nudo en el estómago. Sentía enormemente el pesar de Holden, pero lo entendía. Empujó a Marit y ella se desnucó. ¿Cómo no iba a tener cargo de conciencia? Por más que Marit fuese una loca peligrosa. Pero lo que de verdad la tenía estupefacta era la honradez de Colter. Ella nunca jamás se hubiera enterado de que él y su hermano habían estado involucrados en la muerte de Marit. Hans Skald se había autoinculcado y nadie lo ponía en duda. Contárselo a Freya podría perjudicarlo. Los sentimientos de ella podían cambiar si sabía lo ocurrido esa

noche. Estaba harta de tanta muerte y destrucción. Pero así y todo, Colter no quería mentirle. Necesitaba decirle la verdad para que no hubiera secretos entre ellos.

Entraron en la casa y Freya se dirigió a la cocina. Colter estaba de espaldas, finalizando los últimos detalles de algún plato. Ella lo abrazó con fuerza. Él rio, porque no se lo esperaba.

—¿Y esta muestra de amor tan repentina? —preguntó.

—Holden me lo contó todo —respondió.

Él palideció al comprender de qué estaba hablando ella.

—¿Y? —quiso saber, ansioso.

—Nunca dejaré de sorprenderme tu honestidad y tu amor hacia mí. Creo que ha llegado la hora de que vayamos a Las Vegas y nos casemos.

Él rio, aliviado.

—No sabes qué alivio que... —comenzó a decir, pero el beso de Freya le impidió seguir. Fue un beso suave y rápido.

—Quizás Las Vegas no sea una buena idea. Prefiero que nos casemos rodeados de quienes nos quieren —dijo ella.

Él simplemente asintió.

—Como tú quieras, pero, cuanto primero, mejor— murmuró justo antes de volver a besarla hasta dejarla sin aliento.

FIN

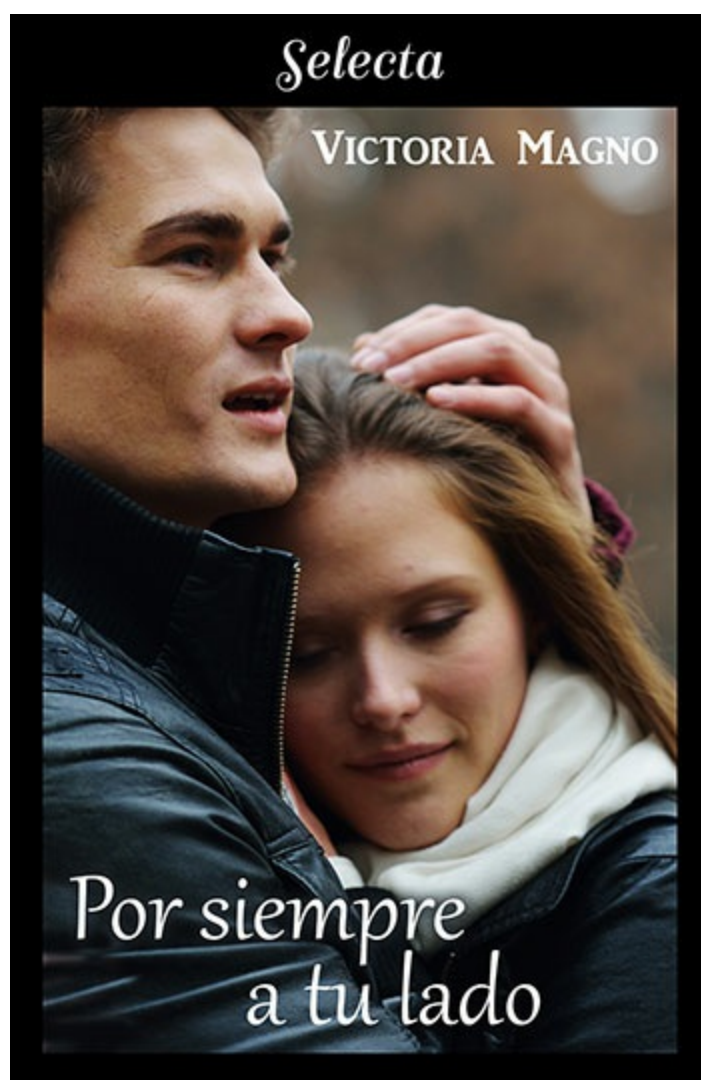
Si te ha gustado

Hielo en las venas

te recomendamos comenzar a leer

Por siempre a tu lado

de *Victoria Magno*



Prefacio

Jason observó su reflejo ante el espejo, el traje negro le otorgaba una imagen elegante, pero también dura, muy similar a la de su padre... Sus ojos, de un azul oscuro, brillaban a causa de las lágrimas no derramadas. Nunca en su vida había sentido tantos deseos de llorar, pero no se lo podía permitir, no ahora que su padre ya no estaba.

Ahora era su turno de ser fuerte. Ser el pilar de su familia.

Se lo había prometido al viejo antes de morir. Cuidaría a su madre y a sus hermanos. Debía ser el soporte que los sostuviera en ese momento de dolor y en los futuros que vinieran. No podía permitirse derrumbarse, a pesar del inmenso dolor que sentía. Y si lloraba, si dejaba salir las lágrimas, sabía que esa máscara de dureza con la que aparentaba una fortaleza que no sentía, se derretiría igual que el hielo bajo el sol en un día de verano, y dejaría al descubierto sus verdaderos sentimientos, la debilidad que ocultaba en su interior, el miedo a tener que enfrentar lo que vendría: el dolor, el terrible dolor que sentía ahora que su padre se había marchado para siempre.

Y no tenía idea de cómo afrontar la vida ahora sin su mejor amigo, su gran héroe, su maestro y mentor, su amado padre.

—Jason... —lo llamó Jared, su hermano un año menor, desde el umbral de la puerta de su habitación.

Se forzó en inspirar hondo para apartar el nudo que yacía en su garganta antes de girarse para encararlo y lo que vio le devastó el corazón. Jared, por lo general alegre y de sonrisa fácil, lucía demacrado. Las lágrimas habían dejado huella en su rostro y en sus ojos, hinchados y enrojecidos. Como no tenía un traje propio, estaba usando uno de su padre, que le iba un poco grande. De su cuello colgaba una corbata, también negra, que contrastaba con el blanco inmaculado de la camisa que llevaba puesta, también de su

progenitor.

Tanto su porte como su mirada delataban una aflicción tremenda que le estaba siendo difícil sobrellevar.

—¿Podrías ayudarme con el nudo? —le pidió su hermano, hablando con voz apagada—. Llevo una media hora intentando darle forma a esta corbata y solo he conseguido arrugarla.

—Eso es porque nunca aprendiste a anudarla, era papá quien siempre lo hacía por ti —dijo Jason, esbozando un asomo de sonrisa al tiempo que se aproximaba a su hermano para echarle una mano.

—El viejo debió preferir eso a continuar perdiendo el tiempo. Nunca pude entender el secreto de sus nudos de corbata.

—En realidad, es porque él disfrutaba teniendo esos minutos contigo para atenderte como si aún fueras un niño pequeño —confesó Jason, pasando una mano por el cabello de su hermano y alborotándolo.

Jared sonrió, derramando un par de lágrimas al tiempo que examinaba el nudo que su hermano acababa de hacer.

—Creo que de ser por papá, nunca nos habría dejado crecer. Él habría intentado protegernos del mundo toda la vida, incluso cuando llegáramos a ancianos... Claro, de haber conseguido vivir para hacerlo... —musitó, bajando la voz con tristeza.

Jason posó una mano sobre el hombro de su hermano, guardando un silencio colmado de aflicción, el dolor que ambos compartían en ese momento tan duro en sus vidas.

Escucharon el sonido de vidrio rompiéndose, seguido de un llanto inconsolable. Ambos corrieron hacia la habitación de su hermana, desde donde provenía el alboroto.

—¡Jackie! —gritó Jason, abriendo la puerta de golpe—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Su hermana, arrodillada en el suelo llorando a lágrima viva, le devolvió la mirada desde abajo, sosteniendo entre sus manos lo que parecían ser trozos

de vidrio y madera, los restos de una foto enmarcada que había estado colgada en su pared.

A su lado se encontraba su mejor amiga, una chica regordeta, con una melena rizada rubia que le cubría la mayor parte de su redondo rostro. Sus grandes ojos grises, ocultos bajo el marco de unas enormes gafas, también estaban llenos de lágrimas, mientras ella intentaba consolar a Jackie, abrazándola muy fuerte al tiempo que luchaba en vano para apartar los trozos de vidrio de las manos de su amiga. Pero Jackie los sostenía con tanta fuerza, que solo había conseguido hacerse sangre.

Jason sintió una punzada de dolor atravesarle el pecho al ver a su hermana en ese estado. Sin pensarlo, se aproximó a ella y la alzó por la cintura, intentando apartarla de los trozos de vidrio que se empeñaba en volver a unir.

—Jackie, ya basta. Por favor, tranquilízate... Lo que intentas hacer es imposible —luchó por razonar con ella.

—¿Qué ha ocurrido? —escuchó que Jared le preguntaba a la chica rubia, ayudándola a ella a ponerse de pie.

—Jackie quería llevar al funeral la foto que tenía en su pared, en la que salen su padre y ella de pequeña, pero al intentar cogerla, el clavo se ha soltado y el marco ha caído contra la baldosa y se ha roto —explicó la chica, observando a Jackie con los ojos bañados de lágrimas.

—¡Soy tan torpe! —gritó Jackie, entre sollozos, siguiendo en su intento de volver a unir los trozos rotos—. ¡Lo rompí! ¡Lo rompí...!

—¿Pero qué es lo que te pasa, Jackie? —le preguntó Jared, intentando razonar con ella—. Deja de hacer eso, te estás lastimando las manos. ¿Que no puedes volver a unir el vidrio, mujer?

—Está teniendo una crisis nerviosa —explicó Jason, arrastrando a su hermana hasta la cama—. Jared, trae las pastillas de mamá. Las que le recetó el médico ayer en el hospital.

Jared no lo dudó, salió corriendo de la habitación tan rápido como le permitieron las piernas.

—Necesito que me ayudes...Tú... Pequeña —Jason llamó a la niña rubia, un poco avergonzado porque no recordaba su nombre, a pesar de que la había visto al lado de su hermana desde que era una cría de parvulario. La chica había sido siempre tan tímida que nunca había sobresalido entre la multitud de amigos que solían rodear a su hermana menor.

—Me llamo Amy —dijo la muchacha, sin mirarlo, hablando con una voz suave y un poco rota, a causa de la emoción.

—Amy, ven aquí y ayúdame un poco, ¿vale? —le pidió, intentando mantener a su hermana sujeta a la cama—. Corre a la cocina y trae un poco de agua.

La chica asintió y salió corriendo de la habitación.

En pocos segundos volvió Jared, y pisándole los talones entró Amy, llevando el agua con ella.

Jason sacó dos pastillas del frasco y se las metió en la boca a su hermana, enseguida la ayudó a tragar un poco del contenido del vaso, para pasarlas.

Jackie empezó a relajarse poco a poco, aunque continuó llorando, envuelta entre los brazos de su hermano mayor y de Amy, que parecía reacia a apartarse de ella. Ella mantenía la foto, ahora sin marco, pegada contra su pecho, como si intentara abrazar a su padre otra vez, a través de ella.

—Mamá se ha quedado preocupada al escuchar que Jackie se ha puesto mal —contó Jared, nervioso y apurado—. Iré a llevarle las pastillas de vuelta y a explicarle lo que ha pasado.

—No le des detalles —le pidió Jason—. Solo dile que Jackie necesitaba calmarse un poco para el funeral. Y cuando vuelvas, trae el botiquín de primeros auxilios y el equipo de sutura de papá. Lo tiene guardado en su estudio, en la gaveta de...

—Sé donde lo tiene, ¿pero crees que Jackie necesite suturas? No la veo tan mal.

—Jackie no, pero Annie sí.

—Amy, se llama Amy —lo corrigió Jared, girándose hacia la mejor amiga

de su hermana. Entonces notó la sangre en su mano, que prácticamente había dejado un charco en el suelo.

—Oh, por Dios, ¡Amy! Lo siento tanto... —sollozó Jackie—. Mira tus manos, te has lastimado así al intentar ayudarme —musitó. Ya volvía a ser la de antes, y tras escuchar la conversación de sus hermanos, parecía sumamente preocupada por su amiga—. Ahora te quedará una cicatriz horrible por mi culpa.

—Está bien, no es nada —Amy sonrió, intentando ocultar la mano herida para no afectarla más.

—Amy, vamos a curar esa mano —le pidió Jason, tomándola por la otra mano para llevarla consigo, pero al hacerlo, ella soltó un gemido de dolor, y entonces se percató de que, aunque menos que la otra, también la tenía herida—. Pobre pequeña, cantidad de batallas de combate que te has ganado —le dijo, con sentida aflicción.

—Vale la pena pelear si luchas para proteger a tu mejor amiga —contestó la chica, con total sinceridad, y sin asomo de tirarse al drama ni darse toques de grandeza.

Jason se sorprendió con su respuesta, por lo general, las chicas de su edad no poseían tal temple ni madurez...

Ella lo acompañó al cuarto de baño y permitió sin rechistar que él le limpiara la herida. Debió ponerle un par de suturas, y ciertamente agradeció el temple que esa joven demostraba. No tenía mucha experiencia poniendo puntos, y el que ella se hubiese mostrado tan alterada como su hermana, habría significado un gran problema para él.

—Es hora de irnos a la iglesia —le comunicó Jared, de pie en la puerta—. Mamá y Jackie ya están esperando en la limusina.

—Vamos en un segundo —contestó Jason, terminando de vendar las manos de Amy—. Siento que tengas que usar esto, aún no soy un experto con los vendajes y no tengo nada más para cubrir las heridas, pero será solo por un par de días, ¿de acuerdo?

—Está bien, parecen un par de guantes blancos. Como los de las damas de antes...

Amy abrió los ojos como platos cuando él se inclinó y le dio un beso en cada mano, como uno de esos galantes caballeros de las películas antiguas que tanto adoraba.

—Ya está lista, señorita —le dijo cortés, y sonrió al notar el rubor que cubría por completo el rostro de aquella chica que lo observaba con esos grandes ojos grises como el océano en un día de tormenta.

Él le ofreció el brazo y la condujo hasta la limusina donde esperaban los demás miembros de su familia, listos para partir a la iglesia donde se llevaría a cabo el servicio en honor a su padre.

Una hora más tarde, la familia se encontraba sentada en la primera fila de la iglesia. El lugar estaba tan abarrotado de gente que había personas escuchando el sermón desde afuera. Así de querido había sido su padre.

Jason subió al estrado para dedicarle unas palabras a su padre. El féretro abierto yacía en el centro, a la vista de todos, rodeado de infinidad de arreglos florales que la familia, amigos y una gran cantidad de desconocidos para ellos, entre colegas, pacientes y personas agradecidas con él por su trabajo, con su enorme generosidad, habían llevado para homenajearle ese día.

Jason habló en nombre de su padre, ocupando el lugar de vocero de su familia. Su madre, sentada en el primer banco ante él, lloraba en silencio, escuchando sus palabras con el corazón afligido. Jackie, a su lado, también lo hacía, abrazada por Jared, que mantenía la mirada baja, fija sobre sus zapatos.

Llegó el momento en que Jackie debía pasar a cantar un himno para su padre. Ella lo había solicitado al párroco, pues a su papá siempre le había gustado que ella cantara, y había decidido darle ese último regalo en su funeral.

Sin embargo, cuando Jackie subió al estrado y se acercó al micrófono, comenzó a llorar de forma imparable.

Al notarlo, Amy corrió a su lado, a pesar de su timidez y al temor a ser el centro de atención, como lo sería al subir a su lado. Pero no le importó, ni siquiera lo notó, su amiga la necesitaba.

—Estoy aquí —le dijo, y la abrazó por los hombros, intentando infundirle ánimos. Pero Jackie no dejaba de llorar, incapaz de pronunciar palabra, mucho menos cantar—. Tranquila, no tienes que hacerlo —le susurró, intentando calmar a su amiga—, él lo habría entendido.

—Pero debe haber un himno... Él debe escuchar la canción que era su favorita cuando venía a misa, cada domingo —Jackie consiguió decirle entre sollozos—. No puede irse para siempre sin haberla escuchado una última vez...

—La cantará alguien más...

—Hazlo tú —le pidió, alargándole el micrófono—. Él te quería mucho, como a una hija. Por favor, hazlo tú, Amy. Nadie canta más bonito que tú, a él le gustará oírte cantarle...

—Pero Jackie, no puedo... —Amy recorrió la enorme iglesia con una mirada de pavor. Estaba a rebosar de gente, muchos de ellos alumnos de su escuela, que habían acudido por respeto a la familia. Después de todo, Adam Zivon había sido uno de los tres dueños del colegio privado adonde asistían.

Y también había sido el hombre que le permitió estudiar en su colegio cuando muchos otros se negaron a recibirla, a causa de su condición «especial». El que le otorgó la beca a Amy cuando su familia no pudo seguir cubriendo su colegiatura. El hombre que le había dado la aceptación y el cariño de un padre postizo, en cada ocasión que ella se lo topó durante las incontables visitas que hizo a la casa de sus vecinos, para ver a su mejor amiga.

Se lo debía.

Por encima de su miedo, del autismo, de lo que fuera que la paralizaba siempre cuando tenía que estar en público, esto era mucho más grande que ella. Y lo haría. Por Jackie. Por su padre, ese maravilloso hombre al que le

habría gustado también llamar padre.

—Lo haré —dijo, tomando el micrófono de la mano de su amiga.

Sus manos, cubiertas por los vendajes que Jason le había colocado, apretaron con fuerza el micrófono, a la vez que tomaba una honda bocanada de aire.

Y con el mismo cariño que le habría dedicado de haber sido su verdadera hija, cantó... Cantó con el alma misma, dejando ir en cada una de las palabras de la canción *Over the Rainbow*, la canción favorita de Adam Zivon, todo el cariño que por años no se atrevió a pronunciar en palabras. Y que esperaba, ahora, que él supiera lo mucho, mucho, que ella lo había querido y la gran importancia que él había tenido en su vida.

Jason escuchó cantar a esa chica de hoyuelos en las mejillas y rizos alborotados con el corazón en vilo. Jamás, en toda su vida, había oído una voz más hermosa, o con más sentimiento.

Las lágrimas acudieron a sus ojos al escuchar la canción favorita de su padre dedicada con tal maestría por esa chica, de la que hacía un par de horas no podía ni recordar ni el nombre.

Notó por el rabillo del ojo, cómo varias personas discretamente la grababan, seguramente reporteros de la prensa que habían acudido a atender el evento. Tal vez hicieran una mención de ella en los periódicos.

—Tiene una voz increíble, ¿no te parece? —le preguntó Jared en voz baja—. Quién hubiera dicho que la tímida Amy podía cantar así.

—Es un gran logro para ella, considerando su condición —añadió su madre, que había escuchado lo que Jared decía.

—¿Qué condición? —quiso saber Jason, intrigado.

—Tiene autismo —le explicó su madre, acercándose a su oído para asegurarse de que nadie más la escuchaba—. Asperger, según lo que me contó tu padre el día que la admitieron. La pobre criatura ha sufrido toda su vida por ello, le cuesta bastante relacionarse con la gente, es por eso que resulta asombroso que ahora haya sido capaz de pararse ante todas estas

personas y cantar. Es una muchacha extraordinaria.

Jason frunció el ceño y volvió a dirigir la mirada hacia Amy. ¿Asperger? ¿Autismo? Nunca lo habría imaginado... Era poco lo que recordaba de ese tema, en la carrera de medicina no era algo a lo que le prestaran mayor atención para su enseñanza. A lo más, podía recordar algunos personajes de películas que decían tener autismo, no obstante, Amy no se parecía a ninguno de ellos...

Y esa voz... Dios, esa voz era sublime.

En ese momento, Amy alzó la mirada y lo miró por una fracción de segundo a los ojos, antes de desviar la vista, y en ese momento, en ese instante fugaz, Jason sintió como si le atravesara el alma.

—Extraordinaria —musitó Jason, asintiendo levemente con la cabeza—. Ciertamente, es extraordinaria.

**¿Cómo reaccionará El Monstruo de Florida cuando otro asesino como él amenace la vida de sus hijos?
¿Cómo derretirá Colter Bronstein el muro de hielo que Freya Skald levantó para mantener lejos a todo el mundo?**

¿Podrán Freya y Colter dejar al margen sus problemas y trabajar juntos para capturar al peligroso asesino en serie que mantiene en vilo a la ciudad de Miami o pesará más el dolor que él le causó años atrás y el rencor que ella siente aún?

Marcia Cotlan nació en Oviedo en 1975. Estudió Filología y en la actualidad se dedica a la docencia. Escribe desde muy pequeña (poesía, relato, novela de misterio), pero no se atrevió con la novela romántica hasta hace cuatro años. Se decanta, especialmente por la romántica histórica y el suspense romántico, aunque ahora también está escribiendo contemporánea. En 2013 publicó *Corazones heridos*.

Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2019, Marcia Cotlan

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-32-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

- [1] *Bondage*, Disciplina, Dominación, Sumisión, Sadismo y Masoquismo.
- [2] Department of Children and Family (Departamento de los niños y la familia).

Índice

Hielo en las venas

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro

Sobre Marcia Cotlan

Créditos

Notas